

¡TRABAJADORES DEL MUNDO ENTERO, UNIOS!

KIM JONG IL

LA LITERATURA JUCHEANA

20 de enero de 1992

INDICE

1. EPOCA Y CONCEPTO ARTISTICO-LITERARIO

- 1) La nueva era exige un concepto artístico-literario autóctono.
- 2) Aportar a la causa de las masas populares por la independencia es la misión principal de la literatura.
- 3) La literatura de la era de la independencia debe ser una ciencia humanista jucheana
- 4) El carácter jucheano es la vida de la literatura
- 5) El valor ideológico y el artístico deben ir unidos
- 6) Hay que impedir la irrupción de corrientes ideológicas extrañas en el campo de la literatura

2. HERENCIA Y TRADICION

- 1) Primero la herencia, después la tradición
- 2) Es preciso heredar y perfeccionar brillantemente las tradiciones artístico-literarias revolucionarias
- 3) Es necesario valorar correctamente el patrimonio artístico y literario de la nación desde una posición independiente

3. LA CONCEPCION DEL MUNDO Y EL METODO CREATIVO

- 1) La historia de nuestro arte y literatura revolucionarios es la del realismo jucheano
- 2) El realismo jucheano es un método creativo que se basa en el concepto del mundo centrado en el hombre
- 3) El realismo jucheano exige reflejar el contenido socialista en la forma nacional

4. EL ENTE SOCIO-POLITICO Y LA LITERATURA

- 1) El ente socio-político es la fuente de la representación de nuestra literatura
- 2) La representación del Líder, tarea suprema de nuestra literatura
- 3) Las obras que representan al líder tienen su propia lógica
- 4) Es preciso representar profundamente la grandeza del Partido
- 5) Hay que crear el prototipo del hombre de tipo Juche

5. LA VIDA Y LA REPRESENTACION

- 1) Hay que tener una correcta comprensión acerca de la semilla de la obra
- 2) ¿Literatura del carácter o del suceso?
- 3) La fuerza de la representación está en la verdad y la filosofía
- 4) Es necesario enriquecer el mundo intelectual de la literatura
- 5) La obra cobra vida cuando su composición es buena
- 6) El éxito de la literatura está en la representación del lenguaje

6. FORMAS LITERARIAS Y LA CREACION

- 1) La poesía debe ser la bandera de la lucha que guía la época
- 2) Hay que desarrollar la literatura novelística según las exigencias de la época
- 3) Es preciso adaptar la literatura infantil a las peculiaridades psicológicas de los niños
- 4) Desarrollar en diversas formas todos los géneros literarios
- 5) Destacar las peculiaridades de la crítica a nuestro estilo

7. LA DIRECCION DEL PARTIDO Y LA LABOR LITERARIA

- 1) La labor literaria debe realizarse bajo la dirección del Partido
- 2) Dinamizar el movimiento literario
- 3) Hay que hacer de la literatura una obra de las masas
- 4) El escritor es el revolucionario que comparte el destino con el Partido

Hoy nuestro pueblo avanza con firmeza hacia el prometedor siglo XXI guiado seguramente por la idea Juche, en medio del impetuoso curso de la historia. Es sabido que en su avance la historia tropieza con pruebas y vicisitudes temporales, pero la marcha de la humanidad hacia la independencia, hacia el socialismo, es una indetenible tendencia de esta época. La literatura debe necesariamente dar pasos al compás de esta gran era y aportar activamente a la realización de la causa de la independencia de las masas populares.

Para cumplir con su honrosa misión que asume ante la época y el pueblo, la literatura debe realizar cambios radicales de acuerdo con las aspiraciones y exigencias de éste que avanza por el camino de la independencia. Los cambios en este campo se logran únicamente con una revolución artístico-literaria. Esta revolución requiere de profundas ideas y teorías capaces de alumbrar su camino. Y si ella carece de ideas, teorías y métodos rectores correctos, pierde el rumbo y marcha a la deriva como un barco sin brújula. La antorcha que alumbraba el rumbo de la literatura en nuestra época es la idea Juche.

Desde que proclamamos la revolución artístico-literaria enarbolando la bandera de la idea Juche, hasta la actualidad, hemos eliminado todo lo anticuado del campo de la literatura y establecido y llevado fielmente a la práctica los principios de la creación y las reglas de la estructuración representativa literaria a nuestro estilo, guiándonos por la convicción y la voluntad que nos fomentaba el Juche. La historia de nuestra revolución artístico-literaria es la de la creación y edificación del nuevo arte y literatura jucheanos, la de las gloriosas victorias, porque hemos abierto una época de gran prosperidad en estas ramas. En ese período, la justeza y la vitalidad de la original teoría literaria del Partido han sido confirmadas por los brillantes éxitos en la práctica de la creación.

La nueva teoría literaria jucheana refleja claramente las aspiraciones y exigencias del pueblo para llevar a feliz término la

causa de la independencia, el ideal de la humanidad. Al preservar esta teoría, nuestra literatura de carácter socialista y nacional puede mantener intacta su pureza y su índole revolucionaria, así como elevar continuamente su función y papel combativos, como potente arma ideológica capaz de contribuir activamente a la materialización de la independencia de las masas populares.

Nos corresponde seguir resolviendo de manera original, según nuestra convicción y voluntad, todos los problemas que se plantean en la producción literaria, para perfeccionar aún más la teoría jucheana de la literatura, y orientar con acierto su creación y así continuar alcanzando sin cesar nuevos horizontes. La literatura jucheana, impulsora del desarrollo de la época y orientadora de las masas populares en su marcha hacia el socialismo y el comunismo, seguirá avanzando eternamente.

1. EPOCA Y CONCEPTO ARTISTICO-LITERARIO

1) LA NUEVA ERA EXIGE UN CONCEPTO ARTISTICO-LITERARIO AUTOCTONO.

Nuestro arte y literatura, que alcanzaron la época de su gran prosperidad en los años 70 bajo la dirección del Partido, no han dejado de presentar incontables obras impactantes de alto valor artístico e ideológico en las décadas de los 80 y 90, las cuales aportan activamente a la causa revolucionaria del pueblo por el triunfo total del socialismo y la reunificación independiente y pacífica de la Patria. Hoy el imperialismo y la reacción se empeñan como nunca antes en suprimir el arte y la literatura socialistas y propagar los de la burguesía, pero los nuestros siguen manteniendo con firmeza, sin transigir en ningún momento, los principios revolucionarios y la pureza ideológica.

La época avanza ininterrumpidamente y cada día crecen las exigencias del pueblo respecto al arte y la literatura. Por lógica, estos deben progresar con el paso del tiempo y encauzar la lucha de las masas populares por la independencia. Si el arte y la literatura son los pioneros de la era y orientadores de la lucha de las masas populares por una vida independiente, podrán cumplir cabalmente con su papel como verdaderos manuales de la vida, como armas ideológicas capaces de sumar estas a la revolución y la construcción. A nuestro arte y literatura les corresponde conducir activamente el impetuoso curso histórico de la época y cumplir así con su misión ante la revolución.

Para que el arte y la literatura puedan ser fieles a sus deberes específicos, los escritores y artistas deben describir al hombre de nuestra época y su vida a partir de un nuevo enfoque. La nueva época

necesita un nuevo arte y literatura correspondientes y su creación es factible sólo si se basa en una nueva concepción artístico-literaria.

La nuestra es una nueva era de la historia cuando las masas populares, otrora explotadas y oprimidas, han surgido como dueñas de la historia, transforman el mundo según su voluntad y exigencias y forjan su destino con independencia y creatividad. Hoy ningún país, ninguna nación, desea vivir bajo el yugo y dominio de otros. Decidir el destino del país y la nación conforme a la convicción y con las fuerzas propias es la tendencia fundamental del desarrollo histórico que ninguna fuerza puede impedir.

El nuestro es un pueblo heroico que ha logrado vencer a dos imperialismos, en una generación bajo la dirección de nuestro gran Líder y de nuestro gran Partido, y un pueblo revolucionario que, al manifestar un espíritu de apoyarse en sus propias fuerzas y luchar con tenacidad, ha construido en esta tierra un socialismo a nuestro estilo, centrado en las masas populares. Cambios radicales se han registrado en su conciencia ideológica y en sus cualidades espirituales y morales. Entre estas cualidades se destacan las sumamente nobles: la infinita confianza y lealtad al Partido y al Líder, el fuerte amor y abnegado servicio a la Patria y al pueblo, el optimismo revolucionario y la inquebrantable voluntad de llevar hasta el fin la causa comunista, el sublime deber moral revolucionario y el fervoroso compañerismo entre el Líder y los soldados. Infinitamente orgulloso de tener al mejor Líder, al mejor Partido y al mejor país, el pueblo manifiesta hoy su firme decisión de anticipar la victoria total del socialismo y la reunificación independiente de la Patria enarbolando la bandera revolucionaria del Juche contra viento y marea.

Tales cambios radicales de la época y las aspiraciones del pueblo jamás pueden ser reflejados correctamente en las obras, si se vale del antiguo concepto artístico-literario. Esta nueva etapa de la historia exige un nuevo concepto artístico-literario.

El concepto artístico-literario jucheano es el que exige nuestra época. Se trata, en una palabra, del punto de vista y actitud que exige abordar el arte y la literatura poniendo en su centro al hombre. Este

concepto se basa en la idea Juche.

Por lo general, cuando se habla del concepto artístico-literario, se refiere al criterio y punto de vista que se tiene de este campo y a la posición desde que se lo aprecia y trata. Es el punto de partida para aclarar la naturaleza y la misión del arte y la literatura, los principios y las vías de la creación de las obras y el valor social de estas últimas. Tal concepto se plasma detalladamente en todo el proceso de la representación, a partir de la selección de la semilla para las obras. Aun cuando se trata de un mismo asunto de un mismo período, el resultado de la representación difiere según el concepto que tiene el escritor o el artista.

El concepto artístico-literario jucheano es el más correcto de nuestra época, pues está encaminado a crear una literatura verdaderamente realista que describa con mayor autenticidad al hombre, coloque a las masas populares como dueñas del mundo y de su propio destino y les sirva.

Ese concepto encarna las aspiraciones y exigencias de las masas populares en la era de la independencia.

Cada época del desarrollo histórico plantea ante el arte y la literatura las exigencias correspondientes. Por lo que la correcta apreciación de la época histórica y la exacta comprensión de sus exigencias resultan de suma importancia para establecer el concepto artístico-literario de la clase representativa de ese tiempo.

Las exigencias de la época no son otras que las de las masas populares y las de la clase progresista que, puestas en su centro, impulsan el desarrollo socio-histórico. En la época del capitalismo se presentó como requisito fundamental de las masas populares su liberación de las cadenas y el yugo del capital. Pero nuestra era presenta otras nuevas tareas históricas distintas a las de tiempos anteriores. Las exigencias actuales son las de las masas populares, dueñas del mundo y de su propio destino. La era independiente encara la histórica tarea de liberar al hombre, a las naciones y a las clases, así como de lograr la independencia de las masas a escala mundial. El arte y la literatura de hoy deberían satisfacer plenamente

estas nuevas exigencias de la época contemporánea.

Las tareas del arte y literatura en la nueva época pueden ser resueltas satisfactoriamente sólo cuando los escritores y demás artistas tengan bien establecido un concepto artístico y literario basado en la cosmovisión jucheana. De esta forma, pueden arrancar de raíces todo tipo de arte y literatura reaccionarios y sus remanentes, que han venido difundiéndose a lo largo de milenios por las clases explotadoras, y construir los auténticos que pueden servir realmente a las masas populares. Además, de esa manera puede crearse el prototipo del hombre nuevo, del hombre independiente, jamás creado, dar a conocer el verdadero valor del hombre como ser social más poderoso y digno en el mundo e inspirar la convicción y el ánimo revolucionarios a los contemporáneos que se han sumado a la lucha por la independencia.

El concepto artístico-literario jucheano encarna el carácter de la clase obrera en su punto de vista y posición acerca del arte y la literatura.

Cualquiera trata al hombre y su vida de distinta manera según su condición socio-clasista, por lo que el concepto artístico-literario refleja necesariamente las exigencias y los intereses de una u otra clase. La clase obrera cuenta con el concepto revolucionario al servicio de su misión histórica. Este concepto sostiene que la auténtica esencia y valor del arte y la literatura residen en contribuir activamente a la lucha del pueblo trabajador por la independencia. Sin embargo, el de la burguesía refleja los intereses de la clase explotadora que pretende mantener las viejas relaciones sociales de la explotación y opresión, la subyugación y el dominio, por lo que tergiversa la esencia del arte y la literatura y los ve como un medio para el placer y la obtención de ganancias. Mediante las obras, este concepto inculca a las gentes un egoísmo extremo, una ética y moral corrompidas, los cuales las incitan a perseguir a pesar de todo la comodidad y el goce, con lo que influyen negativamente en ellas, convirtiéndolas en esclavos del oro y paralizando la conciencia revolucionaria y clasista de las masas populares.

El concepto artístico-literario jucheano exige materializar en este campo las particularidades de nuestra nación.

Cada nación tiene su idiosincrasia formada a lo largo de la historia y sus propios gustos estéticos y sentimientos correspondientes a ella. Esta idiosincrasia, que otras no tienen o que se distingue con peculiaridad de la que tienen, se expresa concretamente en el modo de vida, idioma, hábitos y costumbres de cada pueblo. La idiosincrasia engendra la diferencia en la vida cultural y estética de los hombres y forma en ellos el concepto estético que se adecua a la peculiaridad de su nación. Se diría que el valor de una obra tiene mucho que ver con reflejar correctamente o no la idiosincrasia y la vida de su pueblo y tener o no gusto nacional su representación. Nuestra nación tiene sus propias peculiaridades. Por muy excelente que sea la semilla de una obra y por muy acertadamente que trate de los problemas sociales, de nada sirve si su representación no es del gusto de nuestro pueblo.

El núcleo medular del concepto artístico-literario jucheano es el original criterio y punto de vista acerca de la esencia del arte y literatura como ciencia humanista.

Cómo definir la literatura es la cuestión esencial del concepto artístico-literario, y sirve de base para aclarar los criterios y posiciones sobre todos los asuntos relacionados con ella.

El concepto jucheano considera la auténtica literatura de nuestra época como ciencia humanista jucheana. Nos referimos a una literatura de nuevo tipo que aborda cuestiones de la independencia y el hombre independiente, crea como prototipo al hombre jucheano y así aporta a la causa de la independencia de las masas populares.

La ciencia humanista jucheana ve al hombre en su relación social, pero no queda ahí, sino, dando un paso más allá, lo representa como sujeto que cambia y transforma la naturaleza y la sociedad, de acuerdo con las exigencias de la independencia. Ese prototipo es precisamente el hombre independiente, el ser comunista de tipo jucheano.

La literatura adquiere su valor como ciencia humanista cuando

aborda asuntos humanos significativos y los resuelve conforme a las exigencias inherentes al hombre. Los asuntos humanos significativos son aquellos que aclaran cuál es la razón del vivir, cuál es la vida más digna y valiosa y por dónde se llega a esa vida. La ciencia humanista jucheana plantea en la obra el asunto referente a la independencia considerándolo como el más significativo asunto humano y le da una cabal respuesta artística.

En el concepto artístico-literario jucheano ocupan un lugar importante el criterio y el punto de vista en cuanto a lo bello.

El concepto artístico-literario proporciona criterios y puntos de vista tanto sobre la naturaleza de la literatura como sobre la esencia de la belleza. Mediante el modelo del hombre y la vida, las obras responden a la pregunta: qué es lo hermoso y noble, lo trágico, lo feo, lo vil y lo cómico. No existe una obra que no hable de lo hermoso.

El concepto artístico-literario jucheano exige tratar y describir lo bello desde el punto de vista y posición jucheanos. Según este concepto, lo hermoso es la vida y la lucha del hombre independiente. La independencia es como la vida para el hombre, que es un ser social, por lo que nada es más hermoso que la vida de quien vive y lucha por ella. En las obras, independientemente de a qué época y sociedad pertenece el hombre que describen, deben encontrar lo bello en la vida de los que luchan por la independencia y describirla de modo verídico. Desde luego, en una sociedad explotadora, la lucha de las masas populares por la independencia es ensangrentada, dura y plagada de vicisitudes. En este proceso puede haber dolorosas víctimas y fracasos, insoportables sufrimientos y desgracias. Pero si los describen como vanos, como simplemente trágicos, tal obra no llega a mostrar la auténtica belleza de la vida ni explicar al hombre el verdadero sentido de la belleza. El arte y la literatura tienen el deber de enaltecer como héroes de la época a los caídos en aras de la independencia de las masas populares y proyectar con claridad y alto valor los altibajos de su vida, representándolos como trayectos enorgullecidos y cargados de optimismo revolucionario.

En el concepto artístico-literario jucheano también ocupan un

puesto importante el criterio y el punto de vista jucheano sobre la creación.

El punto de vista y la posición con que uno trata la creación literaria y artística son de vital importancia para asegurar el valor ideológico y artístico a las obras.

Lo más importante en su producción es tener el correcto punto de vista y posición en cuanto a qué obra se produce y para quién. El concepto literario-artístico jucheano exige resolver cuantos problemas se presentan en la creación desde el principio de verlo todo y meditarlo todo colocando a las masas populares en el centro y ponerlo a su servicio. Las masas populares son las dueñas del arte y la literatura, y la eterna vitalidad de estos consiste en servirles a aquellas. Los escritores y artistas tienen el deber de anteponer siempre los intereses de las masas populares y dedicar todos sus esfuerzos para crear excelentes obras que aporten al fortalecimiento del sujeto independiente de la revolución.

En la creación literaria y artística es importante tener un correcto criterio y punto de vista respecto al sujeto de ella. El concepto artístico-literario jucheano considera a los escritores y artistas como autores de la creación y busca en su conciencia ideológica el factor fundamental que decide el éxito de la creación. Nosotros abogamos por el factor ideológico también en la producción artística y literaria. Es la ideología la que lo decide todo en este campo, al igual que en todas las demás labores. El concepto jucheano no considera la creación como un simple trabajo, sino como una tarea revolucionaria y cree que las excepcionales obras revolucionarias y populares las pueden crear solamente los auténticos revolucionarios infinitamente fieles al Partido y al Líder, y los fervorosos patriotas leales sin límites al país y al pueblo. Ningún fervor revolucionario que emane del corazón se puede percibir en las obras de autores que no están preparados ideológicamente y consideran la creación como un simple trabajo. Sólo quienes la consideran un deber revolucionario y tienen la concepción jucheana del mundo pueden crear obras revolucionarias. Los escritores y artistas deben tener tal concepto y

crear obras maestras monumentales que puedan perdurar en la historia.

Autores de la creación son, en fin, los mismos creadores y artistas, por eso deben tener bien claro el concepto sobre el arte y la literatura y así pueden producir exitosamente las obras de alto valor ideológico-artístico que desea el Partido y que reflejan las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo.

Para establecer correctamente ese concepto se necesita ante todo pertrecharse firmemente con la idea artística y literaria jucheana. Esta encarna de forma abarcadora las exigencias de la idea Juche, de modo que al armarse con ella se puede resolver satisfactoriamente cualquier problema que se presenta en la creación y edificación del arte y literatura. Y con ella los escritores y artistas pueden establecer el Juche en la creación y reflejar correctamente la esencia del arte y literatura como ciencia humanista, así como defender sus principios de carácter partidista, de clase obrera y popular y combinar armoniosamente el valor ideológico y el artístico.

A fin de establecer correctamente el concepto artístico-literario jucheano, es necesario armarse cabalmente con las teorías correspondientes, las cuales dilucidan todos los problemas, desde los principios para la creación del arte y la literatura de la era independiente hasta los métodos de creación y elementos representativos como la semilla, núcleo de la obra, el tema, la creación del carácter del protagonista y la descripción de la vida. Tales teorías liberan a los autores de viejos esquemas e ideas y les permiten resolver a nuestra manera cuantos problemas prácticos se presentan en la producción del arte y literatura de la era de la independencia. Además, aportan a solucionar exitosamente los problemas asociados a cómo heredar las tradiciones revolucionarias del Partido en la esfera del arte y literatura, llevar adelante desde una posición crítica la herencia cultural de la nación y convertir a amplias masas trabajadoras en genuinas creadoras y beneficiarias del arte y la literatura, así como a resaltar, tal como exigen la época y el actual gusto estético del pueblo, los nuevos principios de la estructuración

de la trama que le da prioridad a los sentimientos, las características del antagonismo en las obras con temas del realismo socialista y la modalidad que permite revelar estéticamente la naturaleza de la vida.

Para establecer correctamente el concepto artístico-literario jucheano, es necesario también conocer bien la esencia y las exigencias de los métodos de actividades específicas en esta esfera y realizar la labor creadora en correspondencia con ellos.

Estos métodos significan, en resumidas cuentas, resolver desde una posición independiente y a nuestra manera todos los problemas que se presentan en la creación y dirección del arte y la literatura. Para poder crear el arte y la literatura que se avienen con las exigencias de la era de independencia, se debe contar con la idea y teoría acerca de los mismos y establecer la teoría y metodología en la dirección del Partido sobre ellos. Sin esta dirección, el arte y la literatura no pueden avanzar ni un paso como sucede en todos los demás sectores de la revolución y construcción. Si la intensifica el Partido y los escritores y artistas la acatan conscientemente, es posible desarrollar a plenitud el arte y la literatura como un arte y literatura autóctonos que encarnan la ideología única del Partido y la idea revolucionaria del Líder. La creación artística y literaria, un componente de la labor ideológica del Partido, constituye un quehacer importante, pues trata la idea del hombre y ejerce una gran influencia en su vida política e ideológica, de modo que ha de ser llevada a cabo bajo la dirección única del Partido. Al recibir esta dirección, se hace posible defender y materializar cabalmente la idea y la teoría jucheanas sobre la esfera, sin vacilar ante nada y convertir nuestro arte y literatura en elementos literalmente jucheanos que enaltecen generación tras generación la causa revolucionaria del Partido, así como en ejemplos del arte y literatura socialista y comunista.

En la intensificación de la dirección partidista sobre el arte y la literatura, resulta de suma importancia el establecimiento de sistemas y métodos de dirección y creación correctos, los cuales fueron renovados a nuestro estilo en los años 60 mientras el Partido dirigía

la revolución cinematográfica, de modo que los escritores y artistas pusieran de manifiesto su creatividad y talento colectivo, conscientes de ser dueños de la creación. Es aconsejable que los escritores, artistas y los funcionarios del sector materialicen cabalmente las exigencias de los sistemas y métodos de creación que encarnan el gran espíritu y método Chongsanri y el sistema de trabajo Taean.

El establecimiento del concepto artístico-literario jucheano tiene una relación inseparable con el de la concepción revolucionaria jucheana del mundo. El primero puede ser instituido de modo correcto cuando lo está con firmeza el segundo, ya que el concepto artístico-literario se controla y se determina por la concepción del mundo. Del mismo modo que no resulta sencillo el proceso de la formación de la concepción revolucionaria del mundo, el concepto artístico-literario jucheano tampoco se adquiere con facilidad, estudiándolo una o dos veces, o con la mera comprensión de teorías relacionadas con él. Tal concepto se consolida únicamente cuando se hace de él una convicción inmovible mediante una constante preparación ideológica y continuas prácticas de la creación.

La formación del citado concepto se ha de realizar constantemente a lo largo de toda la vida, hasta que cesa la labor creadora. Los escritores y artistas deben realizar de modo eficiente el trabajo encaminado a establecer el concepto artístico-literario jucheano, preparándose así como fervorosos patriotas y comunistas que dignifiquen su condición de abanderados de la época e ingenieros del espíritu humano.

2) APORTAR A LA CAUSA DE LAS MASAS POPULARES POR LA INDEPENDENCIA ES LA MISION PRINCIPAL DE LA LITERATURA.

La literatura es un medio importante del que el hombre no puede prescindir para su vida. Mediante la literatura revolucionaria, el hombre profundiza en la vida, aprende las distintas facetas de

significativos asuntos sociales e impulsa con fuerza la lucha revolucionaria y la labor constructiva con criterios y posiciones correctos acerca del mundo. A medida que se desarrolla la sociedad, se enriquece la vida y se vuelven más independientes las masas populares, sus exigencias por la literatura siguen elevándose ininterrumpidamente y se va acrecentando la influencia de la misma sobre la actividad humana. El escritor, muy consciente de su sublime misión ante la época y la revolución, debe crear muchas obras revolucionarias que pudieran ser dignificadas como ciencia humanista.

La descripción del hombre y su vida y el servicio leal a las masas populares son la naturaleza de la literatura como ciencia humanista. Incluso cuando una obra haya proyectado vívidamente al hombre y su vida, carece de todo valor si no ayuda a dotar a la gente con ideas progresistas, si no le aporta amplios y profundos conocimientos de la vida ni le transmite una ética noble ni un hermoso sentimiento estético.

Defender la independencia de las masas populares y servir activamente a la causa de la revolución jucheana, encaminada a materializarla, constituye la misión principal de nuestra literatura.

La causa revolucionaria del Juche es una tarea gloriosa destinada a construir y perfeccionar la sociedad comunista, supremo ideal de la humanidad, bajo la bandera de la gran idea Juche. Esta causa, cuyo inicio se debe a nuestro gran Líder, ha llevado a cabo ya brillantemente las dos etapas de la revolución social: la democrática antimperialista y antifeudal y la socialista, y avanza en su nueva fase superior de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche. Es una obligación de la literatura dar respuestas exactas a cómo debe vivir, trabajar y luchar el hombre, por medio de una verdadera descripción de alto nivel ideológico y artístico de las proezas y las hermosas acciones que se realizan y se ponen de manifiesto en la realización de las tres revoluciones: la ideológica, la tecnológica y la cultural, encaminadas a culminar la causa jucheana. Únicamente una literatura capaz de responder correctamente a las preguntas de la

época puede servir de poderosa arma de la educación ideológica, de medio seguro para la comprensión de la vida y de íntimo amigo para quienes implantan la cultura y la estética.

Contribuir la literatura a la causa jucheana significa, a fin de cuentas, hacer aportes al fortalecimiento del sujeto independiente de la revolución.

Nuestra literatura debe servir activamente a consolidar la unidad entre el Líder, el Partido y las masas, el ente socio-político, y a que el pueblo pueda dignificar su vida socio-política.

La creación de la imagen del líder de la clase obrera resulta particularmente importante.

En otros tiempos, se sostenía que para que la literatura socialista pudiera cumplir con su misión, debía, ante todo, crear el prototipo del comunista. Es cierto que tal creación es una exigencia indispensable de dicha literatura, pues de esa manera se puede armar a la gente con la idea revolucionaria de la clase obrera y estimularla a participar activamente en la lucha revolucionaria. De ahí que la literatura socialista anterior considerara la creación del prototipo comunista como tarea principal y pusiera su atención principal en la solución de esa tarea. Pero lo cierto es que ello no es suficiente para cumplir las tareas de la literatura socialista, pues la profunda representación de las actividades revolucionarias del líder es el único modo de proyectar en forma global y honda la esencia de la causa de la clase obrera y el proceso legítimo de su victoria, así como de contribuir a la formación de las personas como comunistas infinitamente fieles a su líder.

La literatura socialista debe proyectar bien la interrelación entre el líder, el partido y las masas, conjunto que tiene como eje al primero.

Y para contribuir decisivamente a la causa de las masas populares por la independencia, la literatura tiene que elevar sus funciones de educación político-ideológica, de comprensión de la vida y de enseñanza cultural-emotiva.

Aquí la primera tiene una importancia particular.

Nuestra literatura es un arma ideológica en manos del Partido y

un medio potente al servicio de la educación y transformación ideológica de las personas. Al elevar tal función, puede cumplir con su papel y misión como arma ideológica que contribuye realmente a la transformación de toda la sociedad según la idea Juche.

A la literatura le compete reflejar exactamente la idea Juche, la línea y la política del Partido que la encarnan. Una y otras constituyen las únicas guías directrices para la revolución y la construcción y puntos de partida para todos nuestros pensamientos y actos. Debemos apoyarnos firmemente en ellas también para describir verídicamente en las obras los nuevos problemas que plantean nuestra grandiosa realidad y época. Sin conocerlas, es imposible comprender con acierto el curso de desarrollo de la revolución coreana, el avance del pueblo, los resonantes éxitos de hoy y las brillantes perspectivas ni retratar con un sentido de realidad la lucha por defender y lograr la independencia. Para exhortar enérgicamente a las masas populares a la lucha revolucionaria y la labor constructiva al describir verídicamente la palpitante realidad y el proceso de desarrollo de nuestra revolución que ha avanzado pujantemente bajo la dirección del Partido y el Líder, la literatura debe reflejar correctamente la gran idea Juche y su encarnación, la política del Partido. Solamente una literatura que las haya reflejado cabalmente, puede servir de medio poderoso capaz de educar a la gente como revolucionarios, como comunistas de tipo Juche que luchan hasta las últimas consecuencias para la culminación de la causa revolucionaria del Juche y la reunificación independiente de la Patria.

Nuestra literatura debe contribuir activamente a exaltar el espíritu de dar primacía a la nación coreana. Esto resulta de suma importancia para elevar su función ideológico-educativa. Por medio de una vívida representación de la grandeza de la nación coreana, la literatura conducirá al pueblo a participar activamente en la revolución y la construcción, con el orgullo de haber nacido como coreanos, con el convencimiento de la excelencia de sus creaciones, su fuerza y sabiduría, así como con una firme fe en nuestro porvenir.

La educación en el espíritu de conceder primacía a la nación coreana resulta más apremiante en estos tiempos en los que los imperialistas actúan más aviesamente para descomponer por dentro a nuestro régimen socialista y en los que algunos países socialistas retornan al capitalismo debido a la falta de fe en la revolución. Sin el orgullo y dignidad nacional es imposible obrar con su propia mente y de forma independiente, defender las conquistas de la revolución y luchar consecuentemente hasta culminar la causa revolucionaria del Juche. Es necesario que las obras literarias expongan claramente que somos una nación digna que tiene una gran idea, excelentes tradiciones y una larga historia. Es decir, que nuestra nación es una nación inteligente que cuenta con la gran idea Juche, guía de la era de la independencia, lo cual la humanidad no ha conocido jamás en su historia; con gloriosas tradiciones revolucionarias de haber derrotado dos imperialismos en una sola generación; y con cinco milenios de historia y una brillante cultura. En particular, las obras propagarán a toda voz la idea de que nuestro Líder y nuestro Partido son los mejores. Tales obras podrán hacer que el pueblo se sienta orgulloso de su grandeza y, con la firme determinación de enaltecerla aún más, haga gala del heroísmo impar y optimismo revolucionario en la gran construcción socialista para llevar a feliz término la causa revolucionaria del Juche.

Para poder contribuir activamente a la causa de la independencia de las masas populares, la literatura tiene que elevar su función cognoscitiva de la vida, lo que ayuda a la gente a entenderla más profundamente y a esforzarse aún más por mejorarla.

La literatura proporciona amplios conocimientos de la vida humana. La inmortal obra clásica *Mar de sangre* nos transmite amplios conocimientos y nos pone en pleno contacto con la realidad social de nuestro país en los años 30. Por medio de una pormenorizada descripción sobre la vida de una mujer que no conocía siquiera por qué los japoneses irrumpieron en el país, qué significa la revolución y por qué hay que hacerla, pero que posteriormente comprende la revolución y participa en la lucha bajo

la influencia de su espeso e hijos, la novela nos da a conocer con profundidad cómo era la sociedad de aquel entonces, plagada de contradicciones y males. Resulta un buen ejemplo de la función cognoscitiva de la literatura *La Comedia Humana*, de Balzac, de la cual Engels dijo que, tratándose solamente del detalle económico, esta serie de novelas, síntesis de la historia de la sociedad francesa, enseña mucho más que los volúmenes de todos los especialistas de su tiempo, incluyendo los historiadores, economistas y estadísticos.

Cada obra debe ser el fruto de grandes esfuerzos y meditaciones del autor sobre distintos aspectos, para así convertirse en un medio potente de la comprensión de la vida. Lo importante en ello es mostrar las distintas facetas de la vida en diversas y ricas descripciones. Una representación unilateral y monótona no puede retratar la vida de una forma rica y variada, tal y como es en la realidad. En el objeto de la descripción literaria se incluyen, además de la lucha de las masas populares por la independencia, todas las esferas y campos de la vida, y aun cuando se trata de una obra, la esfera de la vida no está restringida o limitada sino entrelazada con complejas ramificaciones. Solo describiendo la complicada vida tal y como es en la realidad, la literatura puede presentarla en su estado rico y diverso.

A fin de hacer de la literatura un medio eficiente para la comprensión de la vida, es necesario reflejar verídicamente la esencia de esta y las leyes de su desarrollo. Describir con veracidad la vida es un requisito consustancial a la literatura. Sin veracidad, es imposible aclarar la esencia de la vida y lograr su objetivo cognoscitivo. Por ejemplo, si vamos a describir la vida de los obreros de una fundición de hierro, deberíamos proyectar en escenas reales el panorama de la vida en la ciudad metalúrgica, donde se respira a todo pulmón el fervor revolucionario y el espíritu combativo de los obreros. Así, la gente, si bien no han ido jamás a dicho centro de trabajo, asimilarían la vida y los sentimientos de sus obreros, como si fueran sus propias experiencias.

Para contribuir a la causa de las masas populares por la

independencia la literatura debe elevar su función de educación cultural y estética.

La literatura es un excelente medio de la educación cultural y estético, además de ser un arma poderosa para la instrucción político-ideológica y la comprensión de la vida. Sus obras se crean no sólo para darles a los hombres una correcta comprensión acerca del mundo y las ideas sanas, sino además para cultivarlos estéticamente. Nuestra educación cultural y estética es una labor encaminada a cultivar la vida y los sentimientos revolucionarios y el gusto estético nacional que se ajustan a la era de la independencia. La literatura ha de regalarle a la gente los hermosos y nobles sentimientos y vida y contribuir a elevar su cultura y sus valores humanos. La educación cultural y estética resulta de suma importancia, pues enseña a la gente a afirmar en la vida lo hermoso y noble y a negar lo feo y vil. El hombre del tipo Juche, comunista de nuestra era, es ideológicamente sano y tiene elevada cultura y profundos sentimientos. Los hombres insensibles que no leen poesía ni han leído novelas, no pueden poseer un corazón apasionado. Gente tan seca y fría no puede atraer a las masas ni mostrar sentimientos humanitarios.

Para poder contribuir a la educación cultural y estética mediante una profunda descripción de los contemporáneos con sus excelentes cualidades como revolucionarios y como hombres, es preciso proyectar vívidamente y en escenas concretas, las ideas, los sentimientos y la vida del hombre real, sin caer en la enumeración de rígidas frases políticas o consignas.

El escritor debe crear la mayor cantidad posible de obras de alto nivel ideológico-artístico que aporten al cumplimiento de la causa de las masas populares por la independencia y estimular así enérgicamente la lucha de nuestro pueblo para llevar a feliz término la causa revolucionaria del Juche.

3) LA LITERATURA DE LA ERA DE LA INDEPENDENCIA DEBE SER UNA CIENCIA HUMANISTA JUCHEANA

Hace mucho que presentamos la nueva idea de que la literatura de la era de la independencia debe ser una ciencia humanista jucheana, lo cual renovó el concepto de los escritores sobre la literatura y motivó nuevos cambios en su creación. No fueron pocos los escritores que, con una correcta comprensión de la literatura, produjeron excelentes obras de acuerdo con las exigencias de la nueva época. Obras como las novelas *Albor de la revolución*, *Marcha Penosa* y *Zona de fieros combates*, pertenecientes al ciclo *Historia inmortal*; los guiones filmicos *Lucero de Corea*, *Sol de la nación* y *Aval*; el drama en varios actos *Siguiendo la bandera de la victoria*; y los poemas líricos *Mi Patria* y *Madre*, constituyen éxitos de alto valor ideológico-artístico que reflejan las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo. Sus semillas y estilos son distintos, pero responden por igual a las exigencias de la ciencia humanista jucheana.

Es inadmisibles copiar la antigua literatura clásica para la creación de una literatura de la nueva era. Es necesario aprender de esa literatura los buenos aspectos, pero ella no puede ser jamás el paradigma de la literatura contemporánea, pues refleja la realidad social de sus tiempos y ninguna literatura puede saltar por encima de su época.

La nueva era exige una nueva literatura y la de nuestra época tiene que ser la ciencia humanista jucheana.

Esta es una nueva literatura surgida en reflejo de las exigencias de la era independiente. Desde luego, no somos los primeros exponentes del criterio de que la literatura es una ciencia humanista. En el pasado, muchos abogaron por ese concepto, demostrando las características de la literatura. Sin embargo, ningún escritor o teórico

de ningún tiempo o país ha podido dilucidar cuál es la naturaleza de la literatura como ciencia humanista. Este asunto se ha solucionado correctamente sólo en nuestra era, a raíz de la creación de la idea Juche. Y sobre la base de esta idea, hemos planteado que la naturaleza de la literatura como ciencia humanista consiste en que describe al hombre y su vida, y le sirve.

La peculiaridad esencial que distingue a esta nueva literatura surgida en reflejo de la época de la independencia de las anteriores radica en que su fundamento filosófico es distinto. Sobre la base del principio filosófico jucheano, ella aclara la naturaleza del hombre que tiene como vida la independencia y los problemas humanos que parten de esa naturaleza, con lo cual coadyuva a presentar al hombre como dueño del mundo y de su destino y a que desempeñe su responsabilidad y papel como tal.

Para ser una ciencia humanista jucheana, la literatura debe ver y describir al hombre acertadamente.

La literatura es un arte que crea la representación humana y ésta es como el rostro de aquella. Según cómo ve y describe al hombre se define su fisonomía como ciencia humanista y se decide su valor ideológico-artístico. También se debe a este factor su separación en muchas tendencias. Los distintos conceptos y principios de ver y describir al hombre hacen contradictorios el realismo y el naturalismo que reflejan por igual al mundo desde el punto de vista objetivo. Mientras que el primero considera al hombre un ser social y proyecta con veracidad su carácter social, el segundo no halla en él más que un ser natural y describe su instinto animal. Al basarse en la idea Juche, nuestra literatura ha llegado a solucionar con mayor exactitud el problema de ver y describir al hombre conforme a su naturaleza y como un ser social independiente, creativo y consciente.

Aun así, algunos escritores siguen proyectando al hombre con la vieja concepción. Ellos no lo ven más que como síntesis de las relaciones sociales y se limitan a revelar las exigencias de la época, la esencia de las clases y las particularidades individuales que encarna el carácter del mismo. Debido a ello, los personajes de

algunas obras, si bien tienen distintos nombres y rostros, no se destacan como nuevos tipos de hombres, y causan la impresión de ser iguales a los presentados en las obras de otros tiempos. El prototipo clásico del hombre creado por la literatura de otros tiempos no puede ser el eterno modelo de la creación del carácter. El pueblo de nuestra época quiere encontrar en la literatura a un nuevo tipo de hombre, al arquetipo del ser independiente que, consciente de su condición de dueño del mundo y de su propio destino, transforma la naturaleza y la sociedad creativamente, según su voluntad y necesidad. La creación de este nuevo hombre que supera a los de obras clásicas depende de si el autor puede describirlo o no según las exigencias de la idea Juche y desde una óptica nueva y principio nuevo.

La ciencia humanista jucheana requiere, a la hora de describir al hombre, tipificarlo sobre la base de su naturaleza.

Por supuesto, la literatura del realismo de los tiempos anteriores también planteó como requisito indispensable la tipificación del hombre en su descripción, pero tal asunto no pudo ser resuelto atinadamente pues en aquellos tiempos no se había esclarecido aún científicamente la naturaleza humana. La tipificación del hombre implica el problema de cuán profunda y verídicamente se lo describe como prototipo de una clase o capa, por lo que sin adentrarnos en su naturaleza no se puede afirmar que se han materializado cabalmente las exigencias de la tipificación.

Los rasgos y cualidades espirituales y morales del hombre como ser social se basan en su naturaleza y se definen por la misma. A la literatura le compete hacer una profunda descripción de la naturaleza humana y, sobre esta base, encaminarse a crear un nuevo carácter, en lo cual deben ir unificadas la generalización y la individualización.

A fin de presentar como prototipo a un personaje en la literatura, es preciso acatar atinadamente las exigencias de la generalización.

En la creación del carácter, la generalización debe fundamentarse en la naturaleza del hombre. Esta naturaleza, es decir, la independencia, la creatividad y la conciencia, se expresa en forma

concreta en la vida y el trabajo. La actitud propia del dueño de la revolución y la construcción es una expresión concreta de la naturaleza humana. Son revelaciones concretas de esta naturaleza el aprecio de la vida socio-política, más que la física, la fidelidad al Partido, a nuestro Líder, a la sociedad y al colectivo; la oposición al servicio a las grandes potencias, la firme defensa de la soberanía de la nación, la forja de su destino con la propia fuerza; la no-sujeción a las fórmulas existentes y los viejos esquemas para solucionarlo todo creativamente y de acuerdo con la situación de cada cual; y la solución de todos los problemas que se presentan en las relaciones colectivo-individuos sobre la base del principio del deber revolucionario y el compañerismo. La literatura tiene el deber de hallar y hurgar en el aspecto que revele con mayor intensidad y claridad la naturaleza del hombre, y así generalizar con profundidad su verdadera imagen como ser social independiente, creador y consciente.

Quienes creen que la generalización en la descripción del carácter de personajes positivos o negativos se logra poniendo en claro solamente su situación clasista y sus exigencias, incurren en una desviación. Naturalmente, esta exposición es uno de los requisitos fundamentales para la descripción del personaje. Pero la descripción del personaje limitada en su interés clasista puede convertirlo en un ser deformado, desprovisto de cualidades espirituales y morales que debe poseer necesariamente como hombre. En fin, a esta proyección parcial se debe en gran medida el hecho de que algunas obras presentan a veces personajes carentes de sentimientos y cualidades humanas, secos y rígidos y que no conocen cómo es el vivir. Para hacer un retrato cabal del hombre como ser social, es indispensable profundizar en sus rasgos espirituales y morales, al tiempo que en sus exigencias clasistas. Tales rasgos se determinan por la conciencia ideológica independiente del hombre. Precisamente es revelación de esta conciencia su carácter clasista y nacional, importante aspecto de sus cualidades espirituales y morales. A medida que se describe con amplitud y profundidad esa conciencia del hombre, se descubre con

mayor claridad su carácter clasista y peculiaridad nacional.

Para presentar como prototipo a un personaje en la literatura, también se deben satisfacer las exigencias de la individualización, al igual que las de la generalización. En el mundo no existen hombres iguales ni en lo físico ni en la personalidad. En ese sentido, podemos decir que en la literatura describir al hombre es describir su personalidad. La cuestión es cómo hacerlo.

Si analizamos los personajes que aparecen en algunas obras observamos que algunos tienen la personalidad en contradicción con su mundo espiritual. Unos la tienen bien confusa y otros la llevan como algo tan inapropiado como una giba. La discordia de la personalidad hace que el hombre sea de una forma en una escena y diferente en otra. La razón fundamental para ello radica en que el escritor no comprende bien la naturaleza ni la personalidad del hombre.

La personalidad del hombre es la revelación concreta de su naturaleza, la cual se manifiesta de distintas formas según el grado de su preparación, condiciones de trabajo y el ambiente de la vida. Por regla general, quien posee una gran independencia, creatividad y conciencia expone claramente su personalidad. Y esto es lógico, porque se trata de personas que defienden a toda costa, y en cualquier circunstancia su dignidad y sus exigencias por la independencia, así como piensan y actúan siempre de modo creativo. De ahí la necesidad de singularizar las características de los personajes, conforme a sus exigencias inherentes, para poder individualizarlos. De esta forma su personalidad se adhiere inseparablemente a su mundo interior y se manifiesta, siempre e invariablemente, de forma impresionante.

Para que la literatura pueda ser una ciencia humanista jucheana, es preciso que establezca bien la relación del hombre con el mundo.

En la literatura debe ser descrito el mundo con el hombre en su centro, es decir, mostrar que todo lo que existe adquiere su valor mientras está al servicio del hombre, y explicar el cambio y el desarrollo del mundo principalmente mediante la actividad humana.

A fin de describir el mundo teniendo al hombre como su centro,

es preciso, ante todo, mostrar con profundidad su actitud ante el entorno, o sea, describir verídicamente su imagen, que no lo trata fatalmente o de una forma pasiva, sino revolucionaria y activamente, así como lo transforma con un fin bien determinado y no a ciegas.

Para describir con sentido de realidad la actitud del hombre ante el mundo, resulta importante establecer correctamente su relación con su medio. Este asunto ha sido debatido durante muchos años como un tema estético de gran importancia en la creación literaria. El realismo anterior también planteó como un requisito fundamental la creación de un carácter típico en un medio típico. Sin embargo, en su intento de cumplir esa exigencia, pecó por su incapacidad para resolver atinadamente la interrelación del carácter humano y su medio. Si bien hicieron hincapié en el papel determinante del medio sobre el carácter, algunos no lograron demostrar la activa reacción y papel de éste respecto a aquél. En la mayoría de los casos, subrayaban que el carácter está controlado y regido por el medio. Muchos veían en el medio un factor decisivo que determina el carácter y la acción del hombre. Y en un tiempo se propagó ampliamente la “teoría del predominio del medio”, según la cual el hombre está regido por el medio y también por éste están controlados y determinados su carácter y acción. Por esta razón en la creación literaria se cometieron varios errores que subordinaban el carácter al medio. Si nos aferramos a tal “teoría”, no podemos exponer claramente la naturaleza del hombre ni crear una literatura verdaderamente realista que contribuya a elevar su posición y papel.

Como se sabe, el hombre se desenvuelve en medio del mundo, por eso la literatura tiene que describir correctamente las distintas influencias que el medio natural o las condiciones sociales ejercen sobre su vida y actividad. Pero la atención principal de la descripción ha de dirigirse a la lucha del hombre que no obedece al medio o la condición social, sino los transforma según sus necesidades mediante su actividad independiente, creadora y consciente. Solo cuando se logra en la literatura la unidad del carácter humano y su medio, dándole la atención principal al primero y no al segundo, puede

resultar la obra algo real que se corresponde con la naturaleza, la posición y el papel del hombre.

Para describir el medio poniendo la atención principal al hombre, también es importante tener en cuenta, además de sus exigencias, la lógica objetiva del medio. No se debe ignorar esta lógica, argumentando que el medio natural y las condiciones sociales se controlan y transforman por el hombre. Si uno la ignora y cae en el subjetivismo, pensando únicamente en anteponer al personaje, no puede describir con un sentido real la vida y al hombre, para no hablar del ambiente, estropeando finalmente el conjunto de la representación.

En la literatura el medio ha de ser, más que un recurso para exteriorizar el mundo interior del personaje, una condición indispensable para su existencia, un objetivo de sus actividades. Al describir el medio natural y las condiciones sociales según lo que exige y aspira el hombre en su vida y la finalidad con que él los transforma se puede hacer un auténtico retrato de ese ser que se desarrolla en la naturaleza y la sociedad.

En la descripción del proceso de la transformación natural y social por el hombre, la literatura debe subrayar las características esenciales de éste, profundizar en su mundo interior y exponer el crecimiento de su capacidad y la consolidación de su posición y papel como gobernador y transformador del mundo. Es preciso proyectar los cambios y el desarrollo del medio natural o las condiciones sociales, ateniéndose a la iniciativa del hombre para transformar el mundo conscientemente y con un fin bien definido, según su voluntad y necesidades.

Con la exposición artística de la naturaleza del hombre y su posición y papel como gobernador y transformador del mundo, la ciencia humanista jucheana ha allanado un nuevo camino para mostrar en un plano superior la dignidad y los valores del hombre, y ha solucionado exitosamente las tareas literarias de nuestra época, en la que las masas populares han surgido como dueñas de su destino y de la historia.

He aquí los grandes méritos de la ciencia humanista jucheana que ninguna otra literatura ha podido lograr jamás.

4) EL CARACTER JUCHEANO ES LA VIDA DE LA LITERATURA

Para edificar nuestra literatura como una nueva literatura nacional que responda a las aspiraciones y las exigencias de la era de la independencia, es insoslayable materializar cabalmente el carácter jucheano.

En la literatura el carácter jucheano es el reflejo del espíritu de independencia nacional. Reflejar este espíritu en el campo literario significa materializar las aspiraciones y las exigencias del pueblo por su independencia en la creación literaria, así como hacer representaciones que se ajusten con la vida, los sentimientos y el gusto estético propios de su nación.

Se diría que el carácter jucheano es el rostro y espíritu de la literatura nacional. Gracias a él, se destacan las características propias de la literatura nacional y se manifiestan claramente la inteligencia y el espíritu de la nación.

Materializarlo constituye un requisito indispensable que parte, ante todo, de la naturaleza de la misma literatura como ciencia humanista destinada a describir y servir al hombre. Solamente cuando la literatura refleje debidamente las aspiraciones y exigencias del pueblo de vivir y desarrollarse por vía independiente como dueño de su propio destino, puede describir al hombre y su vida con veracidad, como en la misma realidad, y aportar a su formación como un ser digno y poderoso. La existencia de muchas literaturas nacionales en el mundo actual, también se debe a que reflejan las exigencias y las aspiraciones de sus pueblos respectivos. Ellas constituyen la cristalización artística de las aspiraciones y exigencias mencionadas. Donde cobra vigor el espíritu de la independencia nacional, florece siempre la literatura nacional. Una literatura carente

de este espíritu es como un cuerpo sin alma. En fin, el destino de la literatura de cada país depende de si ella materializa o no el carácter jucheano. En este sentido, afirmamos que el carácter jucheano es la vida de la literatura.

Nuestra era exige desarrollar la literatura según sus aspiraciones e ideal, y así elevar el papel educativo y cognoscitivo de esta, de manera que pueda aportar activamente al cumplimiento de la causa de las masas populares por la independencia. Plasmar el carácter jucheano es una firme garantía para desarrollar la literatura conforme a las aspiraciones de la época y elevar su papel combativo. Cuanto más fuerte sea el carácter jucheano de la literatura, mayor autenticidad cobrará ésta como literatura revolucionaria y popular acorde a las aspiraciones y exigencias de las masas populares, y más aportes hará a la causa de los pueblos por la independencia.

Plasmar el carácter jucheano en la literatura se presenta como una urgencia en vista de que ésta se perfecciona por unidad de la nación. La vida típica de una nación le sirve de base y fuente a su literatura. Dado que la literatura de cada país se desarrolla sobre la base de la vida típica de esa nación, tiene un carácter nacional e independiente, y con este carácter hace aportes al desarrollo de la literatura mundial. Empero, lo niegan los cosmopolitas. No puede haber literatura universal sin la de las naciones, del mismo modo que no puede haber literatura nacional al margen de la vida típica de la nación. El camino que mejor conduce la literatura de cada país a lograr su propio progreso y brindar aportes sustanciales al tesoro de la literatura universal, está en materializar cabalmente el carácter jucheano.

El desarrollo de la literatura con el carácter jucheano se presenta como una cuestión aún más apremiante en el caso de países que fueron colonias del imperialismo o los pequeños Estados que están ubicados entre las potencias. De suprimir todas las consecuencias perniciosas que los imperialistas le habían ocasionado al desarrollo de la cultura nacional y rechazar categóricamente el nihilismo nacional y el servilismo a las grandes potencias, esos países pueden imprimir el carácter jucheano a la construcción literaria nacional.

Dar un carácter jucheano a la literatura es la garantía principal para elevar su carácter partidista, de clase obrera y popular. Estos cuatro rasgos son las cualidades esenciales de la literatura revolucionaria y la fuente de su poderío. Guardan una relación inseparable entre sí. Son rasgos distintivos básicos que definen el carácter social y el valor de la literatura. En esta el carácter partidista, el de clase obrera y el popular tienen por premisa el carácter jucheano. No pueden existir al margen de éste y reflejan las aspiraciones y las exigencias de las masas populares de liberarse de todos los yugos y trabas y llevar una vida independiente y creadora. En la literatura, el carácter partidista consiste en plasmar la idea y los propósitos del partido de la clase obrera para realizar la independencia de las masas populares; el de clase obrera reside en materializar la actitud esencial y el principio revolucionario de esta clase que se esfuerza por liberar a sí misma y a los demás miembros de la sociedad de todo tipo de subyugación y trabas logrando así una plena independencia de las masas populares, y el carácter popular busca realizar las aspiraciones y los intereses de éstas por la independencia. El carácter jucheano constituye la piedra angular de estos tres elementos, de la misma forma que el establecimiento del Juche sirve de fundamento para la lucha por lograr la independencia de las masas populares. En la literatura el carácter jucheano es el factor principal para determinar los otros tres caracteres ya mencionados. Al destacar el carácter jucheano, la literatura se perfecciona y prospera como un arte de tipo jucheano, partidista, de clase obrera y popular, que se adapta realmente a las exigencias de la era independiente, así como estimula cual una bandera a las masas populares, impulsándolas a sumarse a la sagrada lucha por culminar la causa de la independencia.

Nos corresponde centrar el empeño en plasmar el carácter jucheano en la literatura conforme a las exigencias de la era independiente.

Lo más importante en ello es tener un correcto concepto y actitud que permitan colocar a la revolución en el centro de todos los

problemas que surgen en el curso de la creación y edificación de la literatura nacional y resolverlos con las propias fuerzas, de acuerdo con la situación concreta del país. El objetivo de plasmar el carácter jucheano en la literatura, consiste en lograr que ella le sirva mejor a la revolución del país dado. Sólo de esta forma puede adquirir su vitalidad. Plasmar cabalmente el carácter jucheano es la premisa para lograr una literatura auténtica, de tipo jucheano, que contribuya activamente a la revolución.

Resolver todos los problemas referentes a la creación y edificación literarias, apoyándose en el lineamiento y la política del Partido, es una condición esencial para fomentar la literatura con carácter jucheano. El lineamiento y la política del Partido sintetizan las exigencias del pueblo por la literatura y dan respuestas íntegras a todos los problemas teóricos y prácticos que surgen para desarrollarla a nuestra manera. Tomando como guía ese lineamiento y política, y plasmándolos exhaustivamente en las actividades literarias, podemos desarrollar la literatura, de manera independiente y a nuestro estilo.

Para plasmar el carácter jucheano en la literatura, es necesario tener un alto grado de autoestima y dignidad nacionales, conocer bien lo nuestro y apreciar y heredar con acierto el patrimonio cultural de la nación. Quien posee la autoestima y dignidad nacionales que se manifiestan al considerar que su nación no es inferior a otras, puede materializar a fondo el espíritu de la independencia nacional en las obras literarias e impulsar victoriosamente la construcción de la literatura socialista y comunista. Quien se siente orgulloso de su nación, pone de relieve el carácter jucheano en la literatura, pero quien carece de tal orgullo, no puede hacerlo. Orgullosos de pertenecer a la inteligente y valerosa nación coreana, sobre todo, de ser un pueblo revolucionario conducido por un gran líder, debemos consagrar todas las fuerzas y talentos a desarrollar la literatura nacional a nuestro estilo. Asimismo, debemos conocer bien nuestra historia y las valiosas herencias y tradiciones de nuestra nación. Y así podemos resolver a nuestro estilo y de forma creativa todos los

problemas que se presentan en la construcción de la nueva literatura de la era independiente, según las aspiraciones y las exigencias del pueblo y los intereses de la revolución.

Para imprimir el carácter jucheano en la literatura, resulta importante resaltar las peculiaridades de la nación. Esto, como reflejo de las características propias del pueblo que se revelan concretamente en el curso de la vida, tales como su psicología, sentimientos, lenguaje y costumbres, se presenta como una necesidad ineludible para fortalecer el carácter jucheano de la literatura. En este aspecto, hay que centrar el esfuerzo en la descripción veraz y profunda del carácter típico de nuestra nación, formado a lo largo de la historia. Nuestra nación tiene una misma sangre y larga historia. Es culta, inteligente y homogénea. Poseedora de una férrea voluntad, un excepcional talento, buen gusto estético, laborioso y valiente desde tiempos inmemoriales, ha mostrado al mundo sus nobles cualidades espirituales y morales. Su carácter nacional se ha sublimado luego de liberado el país, en el curso de la incansable labor educacional del Partido y la lucha revolucionaria. Es aconsejable que las obras literarias hagan el retrato profundo, verídico y vívido del hermoso y noble carácter nacional. Les corresponde, además, describir con sentido de realidad las bellas costumbres formadas y consolidadas en el transcurso de la larga historia y los atractivos paisajes naturales que son familiares al pueblo. El perfeccionamiento de la literatura sobre la base nacional exige crear ininterrumpidamente nuevas y peculiares formas que se ajusten al gusto y los sentimientos del pueblo.

Para materializar el carácter jucheano en la literatura, es necesario luchar con fuerza contra todas las viejas ideologías como el servilismo a las grandes potencias, el dogmatismo y el nihilismo nacional, venenos muy peligrosos que pueden suprimirlo. Rechazar estas tendencias y destacar el carácter jucheano es un asunto importante que decide el destino de la literatura nacional. Debemos oponernos a todas las viejas ideologías como el servilismo a las grandes potencias y subrayar el carácter jucheano en la literatura,

para cumplir exitosamente la histórica causa de la edificación de la literatura jucheana.

Al recalcar el carácter jucheano en la literatura nacional, no pretendemos afirmar que lo nuestro es mejor ni caer en el chovinismo que niega y rechaza la literatura de otros países. De los aspectos progresistas de esta última, debemos aceptar, desde una posición jucheana, lo que pudiera ayudar al desarrollo de nuestra literatura. Admitirlo no significa abrigarle ilusiones ni seguirle ciegamente. Por muy extraordinario que sea lo ajeno, debemos introducirlo conforme a nuestra situación y desde una posición crítica.

Debemos materializar exhaustivamente el carácter jucheano en la creación literaria para hacer de nuestra literatura un nuevo modelo de la era independiente, una brillante cristalización artística del espíritu de nuestro pueblo de independencia nacional.

5) EL VALOR IDEOLOGICO Y EL ARTISTICO DEBEN IR UNIDOS

Combinar el valor ideológico con el artístico es uno de los principios básicos de la creación literaria. Se trata de una cuestión de principio que hace a nuestra literatura auténticamente jucheana y revolucionaria, y no una mera exigencia profesional para su creación.

En la literatura las tendencias izquierdista y derechista se manifiestan intensamente en el análisis y la solución de la interrelación de sus valores ideológicos y artísticos.

En la producción literaria, ignorar el valor artístico y enfatizar únicamente el ideológico es una tendencia izquierdista, mientras que castrar el segundo y exaltar solamente el primero refleja una posición derechista. Tanto la tendencia izquierdista, que hace de la literatura un mero medio de la propaganda ideológica, como la derechista, que la convierte en un arte por el arte, ajeno a la ideología, son reaccionarias, pues anulan su papel cognoscitivo y educativo.

Los imperialistas y sus lacayos difaman a la literatura socialista,

diciendo que está sometida a la política, lo cual no pasa de ser un sofisma encaminado a encubrir el carácter reaccionario de la literatura burguesa. La literatura pierde su razón de ser si, como sucede con algunos escritores, no se presta debida atención a elevar el valor artístico de las obras, juzgando que son preferibles los daños causados en la representación a los perjuicios políticos e ideológicos. Una ideología que no esté adornada de las representaciones no hace más que conducir la literatura a la muerte. El énfasis unilateral del valor ideológico de las obras trae como consecuencia la degradación artística y, además, termina echándole más leña al fuego de la difamación por los imperialistas y demás reaccionarios con respecto a la literatura socialista.

En la literatura, el valor ideológico y el artístico no están, bajo ningún concepto, en una relación de rechazo mutuo. En ella el uno no puede existir al margen del otro. El intento de darle vida a uno sacrificando el otro acaba por matar a los dos.

Combinar el valor ideológico con el artístico es una demanda indispensable que parte de la naturaleza de la literatura.

La literatura que refleja la vida a través de la representación presupone, lógicamente, la unidad del valor ideológico y el artístico, un factor que determina el valor de la obra. Desde luego, el patrón con que se mide este último difiere según la nación y la época. No pueden ser iguales las apreciaciones literarias de las naciones de distintas costumbres, tradiciones, temperamentos y gustos. De la misma manera, se diferencian las alturas de la percepción literaria según el grado de conciencia y el nivel cultural, y también el nivel en que se trata la literatura en cada fase del desarrollo histórico. En la norma de la apreciación de los valores de obras literarias también puede haber tales y cuales diferencias según el ideal y la clase a la que se pertenece. Estas diferencias se manifiestan con mayor claridad particularmente entre la clase obrera y la burguesa, entre el genuino revolucionario y el oportunista.

Entre los literatos de la reacción burguesa circulan comentarios divergentes en cuanto a cuál es la literatura suprema e ideal. Las

tendencias principales de ellos son el criterio sobre el arte por el arte que persigue la “pura” belleza formal y el del naturalismo consistente en la copia mecánica de la vida propiamente natural, sin tener en cuenta el reflejo de la esencia de la vida social. Ambos son iguales en el sentido de que ignoran el valor ideológico de las obras y toman solamente el valor artístico como patrón de su apreciación. Son criterios que contradicen en su esencia la naturaleza de la literatura.

El valor ideológico es un atributo importante de la literatura y el patrón número uno para apreciarla. El hombre que ella describe no es sino un ser social dotado de conciencia ideológica. Sus actividades encaminadas a comprender al mundo de modo científico y transformarlo de manera independiente son revelaciones de su conciencia, y por esta conciencia ideológica se decide el papel que desempeña en el mundo. Por ende, es lógico que se materialice el valor ideológico en la literatura que describe la vida y la lucha humanas. Un mismo fenómeno de la vida puede ser reflejado con veracidad o distorsionadamente y descrito de forma positiva o negativa, todo según quien lo describe. La literatura es precisamente la creación del escritor quien elige al objeto que se ajusta a sus exigencias y aspiraciones y lo representa conforme a su ideal estético.

Al igual que todas las demás actividades de la conciencia humana, la producción literaria también persigue determinado objetivo. El escritor de la clase obrera crea las obras para sembrar en la gente ideas revolucionarias y proporcionarles amplios conocimientos del mundo de modo que contribuyan más activamente al cumplimiento de la causa socialista y comunista. La propagación del extremo egoísmo y degenerante modo de vida por los actuales escritores de la reacción burguesa tiene la finalidad de invalidar la mente humana. Es natural que el escritor refleje su intención de la creación en el contenido ideológico de la obra. Y por ser este último un elemento necesario para la literatura, el valor ideológico se convierte en una importante norma para la apreciación de los valores de la obra.

En la literatura el valor ideológico se decide por la concepción del

mundo del escritor. Depende de la concepción del mundo con que el escritor ha creado la obra. Hoy nuestros artistas realizan las actividades creadoras sobre la base de la concepción jucheana del mundo, la más científica y revolucionaria, lo cual es una firme garantía para asegurar el nivel ideológico de las obras.

El valor artístico es un atributo propio de la literatura. Una obra literaria carente de este valor y que tiene solamente el ideológico, deja de serlo y se asemeja al material para una conferencia, o un editorial o comentario de un periódico.

El alto valor ideológico combinado con el noble valor artístico constituye el único patrón justo para determinar el valor de las obras literarias. Elevar al supremo nivel tanto el valor ideológico como el artístico: he aquí el objetivo de la producción de nuestras obras literarias.

Nosotros contamos con una correcta política del Partido referente al arte y la literatura, excepcionales obras modelos incluidas las imperecederas piezas clásicas y las sobresalientes fuerzas creadoras preparadas en lo político y profesional, los cuales constituyen seguras garantías para llevar a niveles superiores los valores ideológico y artístico de nuestras obras literarias.

Nosotros, conscientes de que la combinación del valor ideológico con el artístico en un alto nivel constituye precisamente un eslabón de la cadena de la lucha contra el oportunismo izquierdista y derechista en el sector literario y la tarea principal para destacar más las cualidades de la literatura jucheana, hemos de realizar todos los esfuerzos por crear obras perfectas en lo ideológico y artístico.

La unión del contenido y la forma de la obra literaria resulta de suma importancia en la combinación del valor ideológico con el artístico. En la literatura el valor ideológico está relacionado principalmente con el contenido de la obra, y el valor artístico con su forma. En una obra la tendencia del contenido determina el valor ideológico, mientras que la textura de la forma define el valor artístico. Cuanto más profundo y revolucionario sea el contenido de la obra, más alto es su valor ideológico. Asimismo, cuanto más

original y depurada sea la forma, tanto más noble se hace el valor artístico. La peculiaridad de una excelente obra literaria que combina en un alto nivel el valor ideológico y el artístico radica en la unidad cabal del noble contenido y consumada forma que correspondan con las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo. Únicamente aquellas obras que combinan armoniosamente el contenido de la vida heroica de las masas populares por la independencia con una bella forma nacional pueden conmover realmente a los contemporáneos y estimularlos al cumplimiento de la causa de la independencia.

En la creación siempre es necesario solventar bien la relación entre el contenido y la forma.

En esta relación, lo que define y decide es el contenido. En la obra debe ser sembrada una semilla filosóficamente profunda, así como ha de ser tratado tema e idea socialmente significativos y descrito el carácter del hombre típico que exige la época.

En más de una ocasión he insistido en la necesidad de resolver el problema de las cualidades de las grandes obras revolucionarias no en su dimensión, sino en su contenido. La característica esencial de esas obras está en la profundidad filosófica de su contenido ideológico, requisito que no se circunscribe únicamente a la creación de grandes obras. Todas las obras literarias, incluyendo estas últimas, deben tener un buen contenido. Los siguientes fenómenos son manifestaciones de la actitud formalista ante la creación, que ignoran el contenido: acoplar por puro interés estas y otras anécdotas, sin hacer una correcta selección de la semilla; preocuparse por la amena estructuración de los hechos, sin adentrarse en el carácter humano, y plantear asuntos humanos comunes que sean de dominio público.

En la obra literaria, el contenido y la forma se hallan estrechamente vinculados. Uno no puede estar al margen del otro. El primero define y controla la segunda, mientras que la segunda obedece al primero y lo expresa. El contenido se expresa correctamente solo a través de la forma adecuada a él. Una forma bien lograda reacciona positivamente al contenido y lo revela vívida e impresionantemente. El problema de la forma no se soluciona por

sí solo, con la selección de buenas semillas por el escritor y el planteamiento de caracteres y asuntos humanos significativos. Uno puede destacar suficientemente el contenido de la obra cuando moviliza al máximo los medios y métodos representativos como lenguaje, composición, modalidad y estilo. El uso diversificado de tales medios y métodos en la creación permite expresar con mayor eficiencia el contenido. Tratándose de un escritor dotado de correcta concepción del mundo y ricas vivencias, el problema de si resalta bien o no el contenido de la obra depende del grado de dominio de los medios y métodos representativos y su uso eficiente.

Lograr la unidad de la generalización y la particularización es un asunto importante para combinar el valor ideológico con el artístico.

Una obra literaria refleja determinado contenido ideológico como resultado de la generalización, consistente en revelar la esencia de la determinada época, sociedad, clase y capa social y en esclarecer las leyes del desarrollo de la vida. Además, ella se viste de un aire artístico gracias a la particularización que hace el retrato vívido de la vida humana mediante lo individual y lo concreto. La fusión de la generalización y la particularización es el requisito fundamental de la tipificación y, al mismo tiempo, una exigencia de principio para combinar el valor ideológico con el artístico.

La gran idea Juche es el único barómetro para la búsqueda de lo esencial y legítimo de nuestra sociedad y su materialización en la obra. Es la guía más científica para todos los sectores de la lucha revolucionaria y la labor constructiva. Solo cuando sobre la base de esta idea logramos la generalización artística, podemos dilucidar correctamente la quintaesencia de la vida y la lucha en las obras literarias y mantener su gran valor ideológico. El hombre, que representa la época, y su vida encarnan concretamente la esencia de la sociedad. El escritor, en lugar de maniatarse o aferrarse a los fenómenos fortuitos o triviales de la vida, ajenos a las características propias de nuestra sociedad, debe abrirse paso para adentrarse en el centro de la vida donde tiene lugar el impetuoso batallar de las masas populares para materializar la idea Juche en toda la sociedad.

En la literatura, la esencia y las leyes de la vida social se ponen de manifiesto a través de lo individual. El valor artístico de la obra literaria depende en gran medida del nivel de la particularización. Al escritor le incumbe profundizar en la realidad para descubrir los fenómenos particulares que puedan provocar nuevas sensaciones en la gente y, por medio de ello, exteriorizar de forma vívida e impresionante la esencia de la era y la sociedad.

En la fusión del valor ideológico y el artístico resulta importante lograr la unidad de lo político y lo representativo.

El valor ideológico de la literatura se revela con mayor fuerza en su carácter político, que es su máxima expresión. La idea del hombre, ser social, se denota con mayor agudeza en su posición y actitud ante los asuntos socio-políticos. De la misma manera, la tendencia ideológica de la obra literaria se expresa con mayor claridad en la finalidad política que ella persigue. Por consiguiente, para elevar el valor ideológico y artístico de la obra se presenta como una tarea importante exaltar su carácter político.

La literatura sirve a la política. La primera está estrechamente unida con la segunda y es inconcebible sin ella. El mismo escritor refleja en su producción el régimen y el ideal políticos de la sociedad donde vive y los afirma o niega. Cuanto más grande sea el propósito del escritor de hacer de la literatura un medio destinado a defender los intereses de su clase y régimen, tanto más se destaca el valor político de la obra.

A fin de incrementar el valor político de la obra, el escritor tiene que analizar y valorar la vida con agudeza desde una firme posición clasista, y tener bien sentado el puntal de la política en la obra. El valor político de esta depende del grado de la exactitud y profundidad con que refleja la idea y la política del Partido. Al escritor le corresponde describir cada detalle de la vida, ahondando en su esencia ideológica y significado político, y representar al hombre de manera que resalte con nitidez su posición política.

Por servir la literatura a la política no se debe parcializarse a lo político. Una obra plagada de política y exenta de la representación

no es literatura. La política no existe en las personas como un concepto abstracto. Su posición política se pone de manifiesto en cualquier momento de su vida cotidiana y a través de sus labores diarias. La política está vinculada con el destino de cada cual y se materializa concretamente en su vida real. Basta una mera observación de cómo piensan y viven las personas, para imaginar cómo es la política del país a que pertenecen. A la hora de producir una obra, el escritor no debe pensar primero en el abstracto sentido que tiene la política, sino adentrarse en el carácter y la vida concretos del hombre de modo que en este proceso emerja por sí solo el contenido político.

Lograr la unidad de lo filosófico con lo del vivir resulta un requisito importante para combinar el valor ideológico con el artístico. La filosofía y la literatura siempre han tenido una estrecha relación. Es obvio que son diferentes pero se relacionan en el sentido de que ambas le proporcionan al hombre la concepción del mundo y de la vida.

A partir de su deber de trazar el perfil completo del hombre, dominador y transformador del mundo, y sus actividades, la literatura se ve en la necesidad de reflejar con qué ojos se mira al mundo y cómo se trata al hombre, a la sociedad y la naturaleza. Y por reflejar las cuestiones referentes a la concepción del mundo y de la vida humana, la literatura contiene necesariamente elementos filosóficos. Cuanto más profunda es filosofía que contiene, tanto más hondo se hace su contenido ideológico y más influencia ejerce sobre la concepción del mundo y la vida del hombre.

En la literatura no se puede concebir lo filosófico al margen de lo relativo a la vida. Si aquella, con tal de reflejar lo filosófico, persigue solamente la lógica como en la misma filosofía, no puede subrayar el valor artístico ni mucho menos asegurar correctamente el carácter filosófico. El nivel ideológico-artístico de la obra literaria se determina fundamentalmente según tenga o no la filosofía y la vida, elementos que pueden convertirla en una pieza exitosa.

La letra de la recién creada canción *Pyongyang es el mejor* resulta

realmente excelente por la vida y la filosofía que refleja. Hasta ahora se han compuesto muchas canciones que enaltecen a la Patria y la primacía de la nación coreana, pero pocas han tratado la vida y la filosofía con tanta profundidad como la de la citada pieza. Esta carece de grandilocuentes expresiones poéticas y frases retóricas. Está compuesta únicamente de palabras que tratan de fenómenos sumamente sencillos y cercanos a la vida como el campo, la flor, el agua, el manantial, el sol y la estrella, los cuales cualquiera que pisa esta tierra puede ver, escuchar y apreciar a cada momento. Con todo, tales versos modestos basados en la realidad repercuten con gran fuerza en los corazones, lo cual se debe a que reflejan las íntimas vivencias del protagonista lírico quien encuentra las flores de los campos foráneos menos bellas que las de su propio país, halla el agua que le han ofrecido los amigos extranjeros menos fresca que el manantial de su tierra natal, y que canta con afecto su predilecta melodía de *Arirang* aun en el lejano suelo extraño. En estos sencillos y vívidos versos laten con fuerza el fervoroso patriotismo y el alto orgullo de la primacía del país, sensaciones que pueden experimentar solamente aquellos que llevan muchos años viviendo en el exterior, lejos de su terruño natal, y quienes han ido de viaje por algún tiempo a otro país. Es más: la honda idea de que la Patria donde vivo yo es la mejor, por muy amplio que sea el mundo, no la tienen solamente aquellas personas, pues la comparte todo el pueblo coreano. De ahí que la pieza *Pyongyang es el mejor* atrapara con tanta fuerza a miles de nosotros desde el momento en que vio la luz. Las obras literarias pueden tener profundo significado y valor cuando relaten la filosofía a través de la vida y aclaren la profunda idea filosófica a través de su sencilla representación.

Si una obra tiene o no vida depende en gran medida de si la representación se desarrolla siguiendo o no la lógica de la vida y el carácter del personaje, y si existen o no los detalles que se asocian con la vida real con singularidad y viveza. No cabe duda de que cualquier proceso de la vida y la actividad humana tiene su propia lógica, que es objetiva y no guarda ninguna relación con la

subjetividad del escritor. A este no le queda más que seguir fielmente la lógica objetiva, propia del carácter del personaje y el curso de su vida. La mínima intromisión de la subjetividad del autor en este curso que lo haga impertinente e incoherente, incitará las críticas de que a ella le falta vida.

El escritor debe evitar exponer excesivamente en la obra lo que él quiere decir. Con intentar hacer evidentes las cosas pequeñas y aclarar lo filosófico de forma directa por medio de diálogos o monólogos no se puede asegurar la profundidad de la obra. El encanto de la representación radica en enterrar en lo profundo de la vida la intención del escritor y tratar de que esta se revele con naturalidad. Depende del ingenio del escritor hacer la representación de manera que lo filosófico se perciba con naturalidad en medio de una vida vívida e impresionante.

A fin de mantener la unidad de lo filosófico con lo relativo a la vida, resulta importante no anteponer las conclusiones a la representación. Las conclusiones sobre una representación las deben sacar los lectores y no el escritor. Si a la hora de escribir, se llega de antemano a una conclusión para luego ajustar la vida a ella a viva fuerza, ello sería como ajustar los pies a los zapatos, y no los zapatos a los pies.

Una obra literaria no debe dejar la impresión de que la vida haya comenzado o terminado junto con el inicio o el fin del relato. La vida perdura mientras exista el hombre en el mundo y se explaya con amplia extensión. La vida existe desde antes de que se inicie el relato de una obra y continúa aun después de que este se haya acabado. Solo que el escritor refleja en su obra una sección o fragmento del curso de aquella eterna y extensa vida. En la producción, tal sección ha de ser expuesta en su relación con otras vidas que tienen lugar en todos los sentidos. Así la obra puede mostrar la vida con lealtad y nitidez, subrayar la belleza tridimensional de la representación y dejar huellas aun después de concluido el relato.

Para combinar el valor ideológico con el artístico, es preciso enfocar la atención en la armoniosa unidad de ideas y sentimientos.

La unión de lo racional y lo sensitivo constituye el atributo esencial de la representación. En una obra literaria la representación se logra por la unidad de ideas y sentimientos basada en el pensamiento racional y la percepción sensitiva. En la literatura, los sentimientos alejados de ideas resultan insignificativos, mientras que las segundas, desprovistas de los primeros, no pasan de ser concepciones secas y abstractas. Solamente aquella idea que tome el curso de sentimientos y se aclare emotivamente puede repercutir en las fibras del corazón de las personas y quedar grabada en lo profundo del alma. La fuerza de la literatura nace de elevadas ideas acompañadas de nobles sentimientos. Cuando el hombre aprecia o trata un fenómeno, manifiesta cierto criterio ideológico y, a la vez, una determinada actitud sensitiva. Al escritor le toca describir veraz y refinadamente las ideas y los sentimientos que se revelan en el criterio y la actitud de sus personajes ante la vida, tales como la afirmación y la negación, el amor y el odio, la defensa y la condena, etcétera.

Las obras literarias pueden poner de relieve la emoción no solo a través de la descripción objetiva de ideas y sentimientos de sus personajes, sino además mediante la actitud sensitiva del propio autor. Mientras más clara, ardiente y aguda sea esta actitud con respecto a los fenómenos de la vida que se proyectan en la obra, en mayor medida puede ella conmover al lector. Desde luego, esta actitud puede expresarse tanto por el método de la interpretación directa del autor como de manera indirecta, refractándola a los objetos descriptivos. Sean cuales fueren los métodos expresivos que se utilicen, el corazón de quien disfruta la obra encenderá apasionadamente sólo cuando el del escritor arda de la vehemente afirmación de su época, la infinita abnegación a la causa revolucionaria, el amor fervoroso por el hombre hermoso y la vida noble, y la crítica de todo lo viejo.

No son pocos los puntos a discutir en lo referente al valor ideológico y el artístico, asunto que abarca un amplio terreno que incluye el conjunto del contenido y forma de la literatura. Pero lo

cierto es que, al mantener unidos el contenido y la forma, la generalización y la particularización, lo político y lo representativo, lo filosófico y lo relativo a la vida, y las ideas y los sentimientos, podemos responder satisfactoriamente a las exigencias de combinar en un alto grado el valor ideológico con el artístico.

6) HAY QUE IMPEDIR LA IRRUPCION DE CORRIENTES IDEOLOGICAS EXTRAÑAS EN EL CAMPO DE LA LITERATURA

Hoy el imperialismo se aprovecha de la compleja situación creada por la quiebra del equilibrio de fuerzas en el mundo, para dedicarse más frenéticamente a la campaña “anticomunista” y perpetrar de modo más avieso la ofensiva ideológica y cultural contra los países socialistas. Les hacen juego los traidores a la revolución, quienes intentan suprimir la literatura socialista para resucitar la de la burguesía reaccionaria. Dada la situación, al sector literario se le presenta la apremiante tarea de impedir la irrupción de todas las extrañas corrientes ideológicas y preservar el principio revolucionario de nuestra literatura. La situación creada nos exige mantenernos firmes como nunca antes en la lucha contra todas las extrañas corrientes ideológicas. El batallar contra las viejas culturas de la sociedad explotadora ha sido desde siempre un requerimiento legítimo para construir la literatura nacional socialista. El proceso creativo y constructivo de esta va acompañado de cruda lucha clasista para desarraigar las viejas manifestaciones ideológicas que persisten en el campo literario y oponerse a todas las extrañas corrientes ideológicas que se filtran desde el exterior. Únicamente al impedir la ofensiva ideológica y cultural de los enemigos clasistas de adentro y de afuera, la literatura socialista puede edificarse de acuerdo con la naturaleza de la clase obrera y defender cabalmente los intereses de las masas populares.

Las corrientes del arte y la literatura burguesas son

manifestaciones ideológicas reaccionarias de la clase explotadora. Persiguen el objetivo fundamental de diseminar las ideas reaccionarias de la clase explotadora y reniegan el reflejo veraz del hombre y su vida. Las que se divulgan hoy en el ámbito mundial son diversas, pero se basan, sin excepción, en el concepto del mundo reaccionario de la clase opresora y se dedican entusiásticamente a ignorar o tergiversar la esencia de la vida, y embellecer y exaltar lo no esencial.

El naturalismo es la corriente principal del arte y la literatura burgueses.

Tergiversa la esencia y la verdad de la vida, mediante la descripción mecánica de lo fortuito y no esencial. Su objetivo radica en tergiversar la vida de modo que la gente no pueda ver las contradicciones de la sociedad explotadora, paralizar su conciencia clasista y predicarles la “eternidad” del capitalismo.

Los teóricos burgueses del arte y literatura insisten en que no existen diferencias en los métodos creativos del realismo y el naturalismo, pues ambos reflejan la vida de modo objetivo. En la actualidad, en los países capitalistas se crean muchas obras, mezclas indiscriminadas de ambas tendencias literarias, las cuales, enmascaradas de una u otra forma, afluyen a los países revolucionarios. Nosotros debemos tratarlas con alta vigilancia.

El realismo y el naturalismo pudieran ser comunes en cuanto al reflejo objetivo de la vida, pero en esencia son completamente diferentes. Los elementos más distintivos de los métodos creativos son la base de las concepciones del mundo y los principios ideológicos y estéticos. Si el realismo se nutre de conceptos progresistas y revolucionarios del mundo, el naturalismo se fundamenta en los acientíficos y reaccionarios tales como el positivismo, el darwinismo social, etc. El primero describe con particularidad la vida esencial y significativa y la naturaleza social del hombre, pero el segundo absolutiza la vida secundaria y no esencial, así como el instinto biológico del ser humano. Ambos son completamente diferentes tanto en la base de la concepción del

mundo como en los principios con que reflejan la realidad y las funciones cognoscitiva y educativa. Empero, los teóricos burgueses se empeñan en hacer confusa la línea que divide a estos dos métodos creativos y hacerlos un amasijo, para lograr su verdadero objetivo de neutralizar la conciencia revolucionaria del hombre, diseminar el modo de vida burgués y maquillar y elogiar a la sociedad capitalista.

Nosotros debemos distinguir claramente las diferencias esenciales entre el naturalismo y el realismo. Aunque nuestros escritores los conozcan teóricamente pueden cometer tales o cuales errores tendentes al naturalismo en la práctica creadora. Las siguientes manifestaciones no pueden considerarse más que como métodos naturalistas: la tergiversación de la esencia de objetos de descripción mediante el uso indiscriminado de comparaciones inverosímiles y la enumeración insignificante de escenas sangrientas de torturas y matanzas, para poner de manifiesto las atrocidades del enemigo; la tendencia a retratar melancólicamente nuestra realidad revolucionaria y el puro fisgoneo sentimental en la relación amorosa y parentesco, con el vano intento de subrayar el lirismo de la obra; la curiosidad por las trivialidades de la vida no esencial que no puede servir de prototipo para la época y la sociedad; y el sentimentalismo con que se exponen las imágenes de la naturaleza, carentes de todo contenido ideológico.

La pauta con que se divide el realismo del naturalismo radica en si se ha generalizado verídicamente o se ha reflejado tergiversadamente la esencia de la vida. De esta pauta partimos cuando en los años pasados definimos como tendencias naturalistas y criticamos los diversos errores de las obras, tales como las equivocadas comparaciones representativas y la horrorosa descripción de las atrocidades del enemigo.

Desde luego, a diferencia de la literatura burguesa, en la socialista la inclinación al naturalismo no se expresa por medio de la tergiversación intencional de la esencia de la realidad o la exposición del instinto biológico del hombre. El hecho de que el autor cometa errores de carácter naturalista, aun cuando haya partido de buena

intención, se relaciona con su inmadura concepción del mundo, insuficiente reflexión filosófica sobre la vida y, de modo especial, la baja vigilancia ante el naturalismo oculto debajo de la piel del realismo. Es sugerible tener bien en cuenta que una sola manifestación naturalista que se observe en una sola parte de la obra puede poner el conjunto de la misma en contra del propósito inicial del creador. Deberíamos considerar como iguales en esencia el naturalismo de la literatura burguesa y las manifestaciones naturalistas en la literatura socialista, si bien pudieran ser distintos en su forma y grado. Jamás debemos tolerar una pizca del naturalismo en nuestra literatura socialista.

El formalismo es otra corriente principal del arte y la literatura burgueses.

El formalismo separa la forma del contenido y subordina este a aquella, con lo cual degrada el valor ideológico de la obra literaria y estropea el mismo valor artístico. En la literatura burguesa contemporánea el formalismo absolutiza la forma separándola del contenido, y ha llegado a afectar y destruir la misma forma. En el caso del modernismo, máxima expresión del formalismo en el campo literario, tiene disímiles variantes, pero todas ellas reflejan, cada cual a su manera y en forma abstracta, el mundo subjetivo al que la comprensión humana no tiene acceso, con lo cual enturbia el contenido ideológico de la literatura y paraliza su función cognoscitiva y educativa. Los formalistas presentan como “los más excelsos” aquellos poemas que no son más que un juego de palabras difíciles y carentes de sentido, pero lo que buscan en realidad es la forma por la forma, la técnica por la técnica. Con la absolutización de la forma y el desentendimiento del contenido, el formalismo de la literatura burguesa trata principalmente de encubrir la realidad de la sociedad capitalista plagada de males y contradicciones y neutralizar la conciencia clasista del hombre.

En nuestro campo literario el formalismo no existe como una tendencia, pero sus elementos pueden manifestarse de una u otra forma en la práctica relativa. Uno de ellos es la inclinación a las

grandes obras, actitud que hace pensar en la forma antes que en el contenido, en lugar de resolver la relación de ambos según las leyes de la vida, y que busca obtener beneficios de la gran dimensión como fruto de extensa estructuración. Una obra vacía de contenido no causa impresiones por muy extraordinaria que sea su forma. Son expresiones de la tendencia formalista sustituir la representación por la habilidad compositiva y la retórica en lugar de penetrar en la semilla, el tema y la idea de la obra, y el carácter humano, embellecer la realidad e idealizar al protagonista.

Debemos luchar contra la expresión de la tendencia formalista por muy pequeña que sea, de modo que esta no pueda levantar la cabeza en la práctica creativa.

La lucha contra la penetración de corrientes ideológicas extrañas en el sector literario debe encaminarse, ante todo, a impedir la irrupción de ideologías y culturas imperialistas.

La penetración ideológica y cultural es un recurso importante del que los imperialistas se valen para su agresión al exterior. Ellos intensifican esta labor, bajo el vistoso eufemismo de la “civilización cultural”, al tiempo que siguen aferrados a su fuerza militar. Y si ellos consideran el arte y la literatura como medios importantes para su penetración ideológica y cultural, se debe a las características de los mismos, los cuales hacen grandes efectos en la formación del concepto del mundo. Actúan dinámicamente en la razón y la sensibilidad, de modo que influyen considerablemente sobre la vida ideológica y cultural del hombre. Su influencia es mayor en la juventud, cuya concepción del mundo está en la etapa de formación. El imperialismo aprovecha tales características y maniobra de forma astuta para ocultar su naturaleza agresiva, sembrar en la gente la ilusión hacia él, paralizar la conciencia de la soberanía nacional y el espíritu revolucionario de los pueblos y reprimir el desarrollo cultural de las naciones. Su ejemplo más tangible es la situación de Corea del Sur, donde la corrupta y malsana cultura yanqui campea por sus respetos. Hoy en esta parte de Corea, debido a la política de exterminio de la cultura nacional aplicada por los imperialistas

norteamericanos y sus lacayos, la cultura de la nación que cuenta con una larga historia, se ha visto seriamente afectada, mientras que la corrupta cultura yanqui pulula afectando el mundo espiritual de la población.

En la actualidad, los imperialistas tratan por todos los medios de introducir en la parte Norte de la Península el arte y la literatura burgueses, de carácter reaccionario, que apologizan toda clase de inmoralidades y perversidades, el fraude y la estafa, el asesinato y el saqueo, e inculca el racismo y el odio al hombre.

Si no impedimos con rigor la penetración ideológica y cultural del imperialismo, ello puede acarrear funestas consecuencias a la revolución y construcción. En tal caso, no podemos desarrollar un sano arte y literatura nacionales de carácter socialista y, lo peor, es probable que se pongan en peligro hasta las conquistas socialistas obtenidas a costa de sangre. Tal es la seria lección que nos enseña la experiencia histórica del movimiento comunista internacional. El hecho de que hoy día el socialismo se ve frustrado ante la ofensiva contrarrevolucionaria del imperialismo y la reacción, está relacionado con la proliferación del arte y la literatura burgueses reaccionarios y la penetración vertiginosa de la cultura occidental por medio de escritores y artistas malintencionados que han mordido el cebo de la “liberalización” burguesa. En el campo ideológico y cultural, es como un suicidio abrirle las puertas al imperialismo. No debemos ceder ni un ápice a la ideología y cultura burguesa para que no echen sus raíces, cual una hierba mala en medio de las medicinales. Debemos arrancar a tiempo y de cuajo, hasta el más pequeño elemento ideológico y cultural burgués.

Es necesario intensificar la lucha contra el revisionismo en el campo literario.

Como señalara nuestro gran Líder, el revisionismo y el modo de vida europeo son como primos. Quien cae en el revisionismo, introduce el modo de vida europeo; así como quien se empapa de esta forma de vida, abraza el revisionismo. Hoy este tiene distintas manifestaciones, pero todas ellas se han derivado de la ideología

burguesa y no se diferencian en absoluto en el sentido de que en calidad de monaguillos le abren al imperialismo el camino de la penetración ideológica y cultural y le sirven de portavoces. Un ejemplo evidente está en el hecho de que los traidores a la revolución introducen a tontas y a locas el arte y literatura reaccionarios y el modo de vida capitalista que paralizan la conciencia revolucionaria de las personas y las invalidan mentalmente, así como se apresuran a “occidentalizar” y convertir en burgueses el arte y la literatura, bajo el rótulo de la “liberalización”. Al proceder de tal forma ellos pregonan que contribuyen a la liberación ideológica o algo por el estilo. Pero lo cierto es que la introducción de ideas y culturas burguesas que exaltan la opresión y la explotación del hombre por el hombre y convierten a este en un inválido mental no puede servir para la liberación ideológica.

El carácter reaccionario de la literatura revisionista se manifiesta también en su rechazo del carácter partidista, de clase obrera y popular.

Los revisionistas contemporáneos no hacen distinción de la literatura revolucionaria de la clase obrera y la reaccionaria de la burguesía, y abogan por una literatura de toda la humanidad que no tenga que ver con las clases. Ellos sostienen que la literatura no necesita en absoluto el carácter clasista.

El origen ideológico de la literatura revisionista es la idea burguesa. Y por basarse en ella, su esencia no difiere en absoluto de la literatura de esta clase. Tanto el revisionismo de otros tiempos como el actual han tratado de corromper la literatura de la clase obrera y hacerla burguesa. Si los revisionistas de otros tiempos, enmascarados como socialistas, desempeñaron de forma encubierta el papel del monaguillo en la introducción de la literatura burguesa, los actuales se han quitado esa máscara y le han abierto todas las puertas al imperialismo, pregonando abiertamente el retorno de la burguesía.

La “literatura supraclasista” y la “literatura universal”, medios que esgrimen los revisionistas para paralizar la función social de la

misma como arma de la lucha clasista, no son más que una cortina de humo para ocultar sus verdaderos propósitos reaccionarios opuestos a los intereses de la clase obrera. De la misma manera que no puede haber hombre que se aparte de su clase, tampoco puede haber “literatura universal” al margen de ella. La clase obrera, clase más avanzada, elimina progresivamente las diferencias clasistas de la sociedad, no mediante el debilitamiento de su dirección o su fusión a otra clase o sector, sino más bien transformando a estos según su modo y manteniendo firme su posición clasista. Negar el carácter clasista de la sociedad socialista y clamar por la “literatura universal” es, a fin de cuentas, un sofisma para defender o representar los intereses del imperialismo que pregona la “literatura pura” de carácter supraclasista, bajo el ilusorio rótulo de que en la era actual no existen clases.

El carácter reaccionario de la literatura revisionista se expresa asimismo en la negación de la dirección del partido y de su líder sobre la literatura, y en la propugnación de la “libertad de creación”.

Constituyen elementos fundamentales de su esencia reaccionaria el rechazo del papel del líder de la clase obrera y la supresión de las tradiciones revolucionarias establecidas por él. La difamación de su autoridad y méritos es desde siempre el núcleo de la esencia reaccionaria del revisionismo. Los revisionistas contemporáneos desacreditan a los creadores del marxismo-leninismo atribuyéndoles la causa de los errores cometidos durante la construcción socialista, con lo cual pretenden justificar sus actos contrarrevolucionarios encaminados a destruir la fe del pueblo en la causa socialista iniciada por su líder, y a retornar al capitalismo desviándose del socialismo. A partir de este propósito reaccionario, niegan de plano la dirección del partido sobre la literatura calificándola de “intromisión administrativa” y “cruel control” sobre el proceso creativo, y abogan por la “autonomía del arte” y la “libertad de creación”. Debilitan la función de control de los órganos administrativos estatales correspondientes, aparatos de la dictadura proletaria, convierten en una especie de club la unión artística y literaria, agrupación de los

que se dedican a estas manifestaciones y, por otra parte, niegan la orientación política sobre sus actividades creativas y “liberalizan” completamente la labor literaria.

Al negar la dirección partidista sobre el arte y la literatura y crear ilusiones respecto al imperialismo, los revisionistas predicán la amistad y la conciliación con este, inculcan por medio de las obras el pacifismo, el pánico o pesar por la guerra. También fomentan el egoísmo y el liberalismo, así como diseminan la ociosidad y corrupción que alejan al hombre del trabajo, la lucha y la revolución. Como consecuencia de la literatura revisionista, hoy en algunos países los trabajadores y jóvenes se desmoralizan, pululan en la sociedad todo tipo de delitos, e imperan el corrupto modo de vida burguesa, las depravaciones e inmoralidades. Tal es la realidad engendrada por los revisionistas contemporáneos, autores de la llamada “reforma” y frenéticos promotores de la cultura reaccionaria de la burguesía.

No debemos quedarnos con los brazos cruzados, considerando como ajenos tales hechos. En nuestro país, gracias a la sabia dirección del Partido y el Líder, ningún elemento revisionista, por muy insignificante que sea, levanta cabeza. Sin embargo, no se puede afirmar que no existe ninguna brecha por la que pueda infiltrarse el revisionismo. Debemos estar alerta contra su penetración eventual y no cesar ni un instante la lucha contra él.

Para impedir exitosamente la penetración de corrientes ideológicas extrañas en el sector artístico y literario, es necesario librar una fuerte lucha contra el servilismo a las grandes potencias, el dogmatismo y el nihilismo nacional.

Debemos dinamizar esta lucha y así mantener firmemente los principios revolucionarios de nuestra literatura.

2. HERENCIA Y TRADICION

1) PRIMERO LA HERENCIA, DESPUES LA TRADICION

Heredar y enriquecer adecuadamente el patrimonio cultural de la nación constituye una de las tareas más importantes en la edificación del arte y la literatura juceanos. Las manifestaciones artístico-literarias de ningún tiempo pueden surgir y desarrollarse a partir de cero. Apoyarse en el patrimonio cultural creado por las generaciones anteriores y heredar de modo correcto sus contenidos y formas progresistas y populares es la única manera de desarrollar el arte y la literatura de acuerdo con las aspiraciones y exigencias de la nación.

Llevar adelante por un cauce correcto el patrimonio cultural de la nación se presenta como una de las tareas más apremiantes en nuestra época. El país, la nación, es un sólido colectivo humano y la unidad principal de la vida social y su destino está inseparablemente relacionado con la existencia y el desarrollo de las masas populares. Ahora que la lucha por la independencia se lleva a cabo con una fuerza sin precedentes teniendo por unidad el Estado, el tema de la nación se presenta como una cuestión fundamental que decide el triunfo o el revés de la revolución y construcción y el destino de las masas populares. La posición con respecto a la nación se expresa intensamente en la actitud ante su legado cultural. El nihilismo respecto al patrimonio nacional engendra el servilismo a las grandes potencias, y este conduce la nación a las ruinas. El orgullo y el honor por el patrimonio cultural son expresiones importantes de la autoestima y primacía nacionales. Es apreciándolo y heredándolo correctamente como se puede desarrollar el arte y la literatura de forma independiente y según las aspiraciones del pueblo y mantener

invariablemente su identidad nacional.

Heredar y llevar adelante correctamente el patrimonio cultural se presenta como un asunto más serio en nuestro país, cuyos territorio y nación se hallan divididos en dos por fuerzas extranjeras. La herencia cultural no se divide en dos porque el país esté dividido o porque a alguien se le ocurra separarlo a su antojo. Mientras que nuestro pueblo vive en la misma tierra, somos de la misma sangre y hacemos el futuro de común esfuerzo, somos una sola nación y tenemos una sola cultura nacional. El amor al país y la nación y el aprecio del patrimonio cultural son ideas y sentimientos que tenemos en común como parte que somos de la nación. Pese a ello, los separatistas de dentro y fuera del país se aprovechan de esta temporal situación para dividir eternamente el patrimonio cultural de nuestra ingeniosa y milenaria nación. Debemos echar por tierra sus maniobras criminales contra la reunificación y la nación, para poder defender y preservar correctamente el valioso patrimonio cultural que se hereda generación tras generación.

Solucionar el problema de la herencia cultural resulta de suma importancia para lograr la gran unidad nacional y abrir una coyuntura favorable a la reunificación de la Patria. Para lograr la conciliación y la unidad de nuestra dividida nación es preciso que tanto el Norte como el Sur resuelvan todos los asuntos sobre la base del ideal de la soberanía nacional. Hoy día todos los surcoreanos y los compatriotas residentes en el exterior que simpatizan con el Norte y lo visitan, se llevan muy buenas impresiones de nosotros, pues materializamos brillantemente el ideal de la soberanía nacional en todas las esferas de la revolución y la construcción. Su creciente simpatía con nuestra voluntad de la reunificación y su activo apoyo y respaldo a nuestras propuestas con respecto a ella, se relacionan en gran medida con la realidad de que apreciamos y heredamos correctamente el patrimonio cultural. Hasta hace poco, muchos de ellos tenían a los comunistas por hombres de estrecha mentalidad que destruían el patrimonio cultural por considerarlo un remanente de viejas sociedades. Pero ellos mismos se quedan con la boca abierta al ver el arte y la

literatura nacionales que prosperan a toda plenitud en el Norte de la Península. A medida que heredemos y desarrollemos debidamente el legado cultural, podemos afianzar sin lugar a dudas el carácter autóctono del arte y la literatura y, además, despertar el orgullo nacional y el deseo de la reunificación en los coreanos del Sur y los residentes en el exterior.

Nos corresponde solucionar, conforme con el propósito del Partido, todo lo referente al seguimiento de la cultura nacional, teniendo bien claro que ello no se limita solamente al arte y la literatura, sino que constituye un importante asunto político relacionado con las exigencias principales de la época por la independencia y la línea del Partido sobre la soberanía nacional.

Por el patrimonio cultural se entienden los bienes espirituales y materiales creados a lo largo de la historia de una nación por las generaciones precedentes y que pasan a las que les siguen.

Entre el patrimonio figura lo que las nuevas generaciones deben asimilar, lo que deben conservar o lo que han de erradicar. De ellos, el primero constituye precisamente la tradición.

Entre las herencias culturales existen las creadas en medio de la lucha revolucionaria por el socialismo y el comunismo y las clásicas logradas por los antecesores en etapas anteriores. Quien considera como herencias culturales nacionales solamente las segundas, dejando a un lado las primeras, se equivoca. Resulta irracional tratar estas como muy importantes, y de ahí como una concepción que no pertenece a la categoría del patrimonio cultural de la nación. Todos los bienes, no importa que hayan sido creados por los antepasados o por los revolucionarios, forman parte del patrimonio cultural nacional, si sus autores fueron de la misma nación y si las otras generaciones los han asimilado.

Sin embargo, algunos, en su intento de trazar una línea divisoria entre las tradiciones revolucionarias de carácter artístico-literario y las herencias culturales de la nación, separan a ambas como si no tuvieran ninguna relación entre sí. Si nosotros insistimos en la necesidad de separar claramente a las dos, es para defender

firmemente la pureza de las primeras, sin mezclarlas con las clásicas. Hace tiempo, algunos, con tal de ampliar en todos los sentidos las tradiciones revolucionarias de nuestro Partido, insistieron en tratar como tales la antigua tradición patriótica, e incluso la literatura de la escuela Silhak y de KAP¹², lo cual es un disparate de quienes ni siquiera saben cuál es la concepción de las tradiciones revolucionarias, y un sofisma reaccionario encaminado a convertirlas en una mezcla y anular los méritos de nuestro Líder, su creador.

También las tradiciones artístico-literarias de la revolución deben verse como parte del patrimonio cultural de la nación, lo cual es lógico desde el punto de vista científico. Además, es razonable porque así se consolida la posición de las mismas.

Las revolucionarias tradiciones artístico-literarias de la clase obrera no caen del cielo ni son productos de otra nación. Las nuestras han sido preparadas precisamente por los comunistas coreanos. Nuestros mártires revolucionarios fueron, antes que comunistas, eminentes hijos de la nación coreana. El ideal comunista jamás prescinde del ideal nacional ni puede existir al margen de este. El socialismo y el comunismo se construyen por unidad de la nación y Estado, y se organizará, por la misma unidad, la vida humana en la futura sociedad comunista. Las tradiciones artístico-literarias de la revolución son creadas por los comunistas, pero no son bienes necesarios solamente para ellos. Le pertenecen a toda la nación coreana y es un patrimonio que ella debe heredar y enriquecer generación tras generación. Deben estar incluidas necesariamente en el patrimonio cultural, tanto en vista de que han sido preparadas por destacados hijos del pueblo coreano como en la de que constituyen bienes comunes de la nación.

Su valor y significado no se minimizan por el hecho de que las veamos como parte del patrimonio cultural de la nación. Y al verlas como importante componente del patrimonio nacional, podemos apreciar correctamente su posición y valor históricos desde el punto de vista de la historia nacional, así como elevar la categoría del patrimonio nacional. De hecho, resulta sumamente orgulloso y digno

contar, dentro de las herencias culturales, con las tradiciones tan gloriosas como el arte y la literatura de la revolución antijaponesa.

No debemos tomar solamente las herencias clásicas como el legado cultural de la nación, pero tampoco debemos mezclarlas con las tradiciones revolucionarias ni colocar a estas en la misma posición que otras herencias ocupan en el patrimonio nacional. Las tradiciones revolucionarias del arte y la literatura son el núcleo y la columna vertebral del legado cultural de la nación.

Las tradiciones revolucionarias del arte y literatura ocupan la cima del patrimonio cultural de la nación en cuanto al contenido cualitativo. Son productos de una revisión integral y síntesis de las herencias de los antecesores que se remontan a varios milenios de la historia y de un proceso creativo del nuevo arte y literatura de la época independiente. De modo que sintetizan todos los excelentes contenidos de carácter progresista y popular del patrimonio cultural nacional que los antepasados crearon a lo largo de la historia, así como colocaron al arte y la literatura en una altura superior, cosa que las viejas herencias fueron incapaces de alcanzar. Las tradiciones revolucionarias de nuestro Partido en cuanto al arte y literatura reflejan contenidos muy profundos, tales como ideas y teorías originales sobre la materia y experiencias, méritos y estilos de la creación revolucionaria de obras.

Las ideas y teorías originales creadas por el querido Líder, camarada Kim Il Sung, durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, son las más grandes, porque alcanzan la fase más elevada en la historia artístico-literaria de la humanidad, y además constituyen guías correctas capaces de dar respuestas científicas a cuantos problemas se presentan en la edificación del arte y la literatura nacionales. El estilo combativo de la composición musical y dramática, protagonizado por aquellos luchadores que, aun cuando peleaban contra los invasores imperialistas japoneses en una situación indescriptiblemente difícil, tenían al arte y la literatura como arma de la revolución y su producción como parte del quehacer revolucionario, sirve de valioso paradigma para todos los

que edifican hoy un arte y literatura nacional independiente. Tanto las obras hechas en ese período incluidas las clásicas inmortales, como los revolucionarios filmes, óperas y novelas, que se han adaptado a estas últimas bajo la dirección del Partido, se hallan en una altura superior a las herencias anteriores por su valor ideo-artístico, educativo y cognoscitivo, y provocan gran asombro en el ámbito mundial.

Las tradiciones revolucionarias del arte y literatura se sitúan en la cumbre del patrimonio cultural nacional, también por su valor y vitalidad. No se puede heredar al pie de la letra este patrimonio, pues, si bien se ha formado a lo largo de los cinco milenios de historia, lleva en sí limitaciones clasistas y del tiempo. Por muy excelente que sea una obra clásica, debemos heredarla críticamente de acuerdo con las exigencias de estos tiempos y las aspiraciones del pueblo. Pero en cuanto a las tradiciones revolucionarias del arte y literatura, tenemos que heredar todos sus contenidos al pie de la letra y de forma global. Nuestras tradiciones revolucionarias son el prototipo del arte y literatura jucheanos de la nación, las venas que les dan vida y su eterno fundamento.

Nos toca acatar el propósito del Partido y llevar ininterrumpidamente el arte y la literatura nacionales hacia fases superiores, a partir de un correcto concepto sobre el patrimonio cultural de la nación y las tradiciones revolucionarias del arte y literatura.

2) ES PRECISO HEREDAR Y PERFECCIONAR BRILLANTEMENTE LAS TRADICIONES ARTISTICO-LITERARIAS REVOLUCIONARIAS

Preservar y heredar de generación en generación las brillantes tradiciones artístico-literarias de carácter revolucionario, creadas por el gran Líder, camarada Kim Il Sung, constituye una invariable orientación de nuestro Partido.

Bajo la dirección del Partido, nuestros escritores y artistas han logrado resonantes éxitos en su empeño por defender y desarrollar las tradiciones revolucionarias.

Hemos recuperado y divulgado entre el pueblo muchas obras sobre la revolución antijaponesa que estaban enterradas o corrían el peligro de desaparecer debido a la política colonial del imperialismo japonés dirigida a exterminar la cultura de la nación coreana y como consecuencia de errores cometidos por algunos funcionarios luego de liberado el país. Hoy día, esas obras, incluidas las clásicas inmortales, infunden en el pueblo la indoblegable fe revolucionaria y la férrea voluntad, y lo convoca enérgicamente cual una bandera a realizar proezas heroicas.

Nuestro Partido ha llevado a cabo la labor para defender, heredar y perfeccionar las tradiciones revolucionarias del arte y la literatura surgidas durante la lucha contra el imperialismo japonés en estrecha relación con la revolución artístico-literaria. Esta es una tarea para construir un nuevo arte y literatura que reflejen la idea Juche, heredando las tradiciones del período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. En el proceso de esa revolución, hemos establecido una brillante tradición en el arte cinematográfico, al adaptar al cine las obras clásicas inmortales. Y también en ese período, trabajamos con tesón para llevar esas obras a la literatura, la ópera y el teatro, con lo cual creamos el prototipo de la novela revolucionaria y abrimos la nueva era de óperas al estilo de *Mar de sangre* y de dramas al estilo de *Ermita Songhwang*. Todo ello constituyó un exitoso seguimiento de las tradiciones revolucionarias del arte y la literatura surgidas durante la lucha contra el colonialismo japonés y un valioso fruto de la revolución artístico-literaria.

En la labor por seguir y perfeccionar las gloriosas tradiciones, nuestro arte y literatura han alcanzado un pleno apogeo, al adquirir un verdadero carácter revolucionario y popular y heredar la sangre del Juche. Nos compete consolidar los éxitos ya alcanzados y seguir y perfeccionar invariablemente las tradiciones revolucionarias del arte y literatura.

Salvaguardar, seguir y perfeccionar estas tradiciones es la tarea fundamental que decide el destino del arte y la literatura autóctonos de la nación. Solo de esa forma la causa de la edificación de estos puede ser defendida y materializada con éxito, generación tras generación.

Las tradiciones revolucionarias del arte y literatura es la raíz histórica de la causa para construir un arte y literatura nacional de carácter jucheano. Seguir y desarrollar consecuentemente o no decide si se lleva a cabo o no esta causa. Y sólo cuando hereden las gloriosas tradiciones revolucionarias de la lucha antijaponesa, nuestro arte y literatura pueden prosperar ininterrumpidamente guiados por la idea Juche.

Hoy el seguimiento y desarrollo de las referidas tradiciones se presenta con mayor urgencia debido al cambio de generación en el sector artístico y literario. La edificación del arte y la literatura jucheanos es una causa histórica que debe continuar de generación en generación. Este sector ha sufrido cambios de generación y han surgido como sus protagonistas la segunda y la tercera generación de la revolución, quienes fueron formados después de la liberación del país y nacieron durante la revolución cinematográfica y operística, respectivamente. Los últimos no conocen bien lo penosa y ardua que fue la lucha durante la cual se creó y desarrolló la tradición artística y literaria revolucionaria del Partido y tampoco son capaces de apreciar su gran valor. Con algunos de la segunda generación, protagonista de la revolución filmica y operística, ocurre que se les van agotando el ímpetu y la pasión combativos de aquellos tiempos en que pernoctaban comiendo en el mismo escenario o en las salas de creación. La detención o el retroceso en la labor por el seguimiento de las tradiciones revolucionarias durante el cambio de generaciones, puede romper esta continuidad de la revolución, además de traer consecuencias irreparables a la edificación artístico-literaria. Tal es la verdad innegable que demuestran la experiencia histórica y la realidad de hoy. No debemos olvidar estas lecciones y seguir y enriquecer ininterrumpida y dinámicamente nuestras tradiciones

revolucionarias del arte y literatura.

Estas son gloriosas, creadas por el gran Líder en el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. Las de la clase obrera se crean en una nueva etapa del cambio histórico y por un líder de la clase obrera que ha allanado por primera vez el camino de la revolución. En el momento de viraje histórico cuando comenzaba la era Juche, el Líder creó nuevas ideas artístico-literarias que respondían a las exigencias de esos tiempos y las aspiraciones del pueblo, las hizo realidad en todos los campos de la creación y edificación del arte y literatura revolucionarios, y estableció las gloriosas tradiciones artístico-literarias revolucionarias de nuestro Partido.

Estas son de nuevo tipo y de carácter autóctono, formadas al comienzo de la era independiente en el proceso creativo de nuestro propio arte y literatura, distintos a los anteriores. Al reflejar brillantemente y por primera vez en la historia las exigencias de la era independiente, ellas reflejan de manera global las ideas y teorías sobre el arte y literatura y el sistema y métodos de creación, que se deberían tomar como guías para todo el proceso de la construcción del arte y literatura socialista y comunista, así como sintetizan ricas experiencias y valiosos méritos. Por la originalidad y veracidad de sus contenidos ideológicos, el carácter revolucionario y la superioridad de su sistema y métodos creativos, la riqueza de sus experiencias y la grandeza de sus proezas, poseen una eterna vitalidad capaz de orientar e impulsar todo el proceso de la construcción del arte y literatura jucheanos.

Las brillantes tradiciones revolucionarias del arte y literatura de nuestro Partido son las más gloriosas, pues han sido creadas por el gran Líder en el proceso de composición de las inmortales obras clásicas durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. Por regla general, la tradición revolucionaria del arte y literatura de la clase obrera se establece mientras las nuevas obras que aportan a la causa revolucionaria iniciada por el líder, se crean teniendo como guía sus ideas y bajo su dirección. Tal es el proceso legítimo de la formación de la referida tradición.

Algunos sostienen que esta formación requiere de obras ejemplares creadas por un líder, lo cual no tiene que ser así necesariamente, pues en la historia del arte y la literatura revolucionarios de la clase obrera son muy pocos los casos en que un líder ha creado personalmente obras ejemplares. No hace falta que el propio líder sea autor de obras artístico-literarias, pues basta con un ejemplar que encarne sus ideas para establecer la tradición revolucionaria de la clase obrera en este campo. Con todo, diríamos que la tradición creada por la idea original sobre la materia y las famosas obras clásicas del líder es más grandiosa que cualquiera otra semejante. Tales obras, creaciones del líder, no las hay en cualquier país. El establecimiento de una nueva tradición artístico-literaria que encarna de forma global la idea, teorías, métodos y proezas del gran Líder, quien posee extraordinaria perspicacia ideológico-teórica y sobresaliente dote artístico, ha sido factible en el proceso de la creación de obras clásicas inmortales. Estas últimas, hechas en el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, constituyen para nuestro arte y literatura revolucionarios la esencia y el cordón umbilical del que se nutre y seguirá nutriéndose. Nuestro pueblo se siente infinitamente orgulloso y dichoso por el privilegio de contar con obras inmortales como estas.

Entre las tradiciones artístico-literarias revolucionarias de la clase obrera, las de nuestro Partido ocupan el lugar más elevado y brillante gracias a la profundidad de su contenido y el carácter revolucionario del mismo.

La profundidad de sus contenidos la podemos comprobar, ante todo, en las ideas originales concebidas por el gran Líder durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. Basadas en la concepción del mundo centrada en el hombre, estas constituyen la doctrina más revolucionaria y popular del arte y literatura, consistente en analizar y tratar todos los asuntos relacionados con la creación y la construcción del arte y la literatura y encauzarlos al servicio de las masas populares poniendo a éstas en su centro.

La grandeza de nuestras tradiciones revolucionarias del arte y

literatura se pone de manifiesto, además, en los méritos inmortales realizados por el Líder en el proceso de la creación y edificación del arte y la literatura de la revolución antijaponesa. Un aspecto importante de esos méritos es el haber creado obras excelentes que pueden servir de paradigmas del arte y literatura en la era independiente.

El valor de la tradición revolucionaria del arte y literatura se define también por la calidad de sus obras. El arte y la literatura revolucionarios antijaponeses son los más auténticos, puesto que tratan y describen al hombre y su vida sobre la base de la idea Juche. Por primera vez en la historia artístico-literaria de la humanidad, han presentado al pueblo como sujeto de la historia y han descrito en un alto nivel su posición y papel en el desarrollo de la sociedad y la forja de su destino, con lo cual han esclarecido la verdad de que las propias masas populares son dueñas de su destino y que la fuerza que impulsa el movimiento socio-histórico también existe en su conciencia ideológica independiente y actividad creadora. La profundidad con que ese arte y literatura proyectan el destino del hombre y de la revolución se revela nítidamente en la *Ermita Songhwang*, *La florista*¹⁰, *Mar de sangre*, *Destino de un miembro del "Cuerpo de Autodefensa"* y otras famosas obras clásicas.

Ya desde sus inicios, el arte y la literatura de la revolución antijaponesa presentaron magníficas obras dedicadas a su Líder, basadas en una concepción revolucionaria sobre el mismo. La canción revolucionaria *Lucero de Corea* es una pieza monumental en la que el pueblo ensalza la grandeza de Kim Il Sung. Si en aquel período pudo crearse esa obra maestra, que encarna la concepción revolucionaria sobre el estimado Líder, se debe a que este, hombre de extraordinaria perspicacia, gran capacidad de mando, nobles virtudes morales comunistas y conductor de la ardua revolución coreana hacia la victoria, gozaba de absoluta autoridad y profesaba infinito amor al pueblo, y también se debe a la ilimitada e inmaculada lealtad del pueblo, entre ellos los jóvenes comunistas como Kim Hyok y Cha Kwang Su, quienes enaltecieron a su Líder

como gran dirigente de la revolución, Sol de la nación y centro de la unidad, y no vacilaron en consagrar su vida en aras de él. Desde su nacimiento, el arte y la literatura de la revolución antijaponesa asumieron como misión primordial la materialización cabal de la idea revolucionaria del gran Líder y la educación del pueblo en el concepto revolucionario sobre él. La producción de tales obras revolucionarias en los inicios de la causa revolucionaria del Juche daría lugar a la de otras también excelentes, en los años que siguieron a la liberación, como la *Canción del General Kim Il Sung* y la epopeya *Monte Paektu*¹¹, odas inmortales que glorifican como patriota de todos los siglos, héroe legendario y Sol de la nación al Líder, quien regresó triunfante tras cumplir la magna causa de la liberación nacional.

Lo importante de los méritos del referido arte y la literatura es haber fundado nuestros propios métodos creativos del realismo socialista, fase superior del mismo.

Tempranamente, el querido Líder atribuyó gran importancia al papel que desempeñan el arte y la literatura en la revolución y la construcción y mediante sus propias obras clásicas imperecederas y su enérgica dirección sobre las actividades creativas de los jóvenes comunistas y los guerrilleros antijaponeses, defendió y enriqueció nuevamente los métodos creativos del realismo socialista. Y materializando la idea Juche en todos los campos del arte y la literatura creó el nuevo método de creación, el del realismo socialista. Y gracias a este método creativo de nuestro estilo el arte y la literatura coreanos se abrieron paso por un nuevo camino durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y siguieron su desarrollo sostenido, como arte y literatura jucheanos aun después de liberado el país.

Las tradiciones revolucionarias del arte y literatura de nuestro Partido han sido establecidas por el Líder y seguidas y enriquecidas brillantemente bajo la dirección del Partido. El Líder también aportó a su enriquecimiento con la sabia orientación sobre la construcción de una nueva cultura nacional democrática, después de liberado el

país; sobre la producción de obras revolucionarias y combativas durante la Guerra de Liberación de la Patria; y sobre un mayor desarrollo socialista de esta rama en el período posbélico. Nuestro Partido defendió firmemente las tradiciones del arte y literatura de la revolución antijaponesa y las profundizó y perfeccionó aún más conforme a la exigencia de transformar toda la sociedad según la idea Juche, mientras dirigía las titánicas revoluciones cinematográfica, operística, teatral y otras de esta rama. En medio de esta lucha, se fueron profundizando y perfeccionando aún más ideas y teorías autóctonas del Partido sobre el arte y literatura, vieron la luz novelas y películas revolucionarias a nuestro propio estilo, las óperas al estilo de *Mar de sangre* y los dramas al estilo de *Ermita Songhwang*, los cuales contribuyeron a enriquecer nuestras tradiciones revolucionarias, y, además, se lograron nuevas experiencias y méritos en la creación y edificación del arte y la literatura comunistas basadas en el principio de la ciencia humanista jucheana. Tanto los méritos logrados por el Líder después de liberado el país en la fundación del nuevo arte y literatura nacional de carácter socialista como los adquiridos por el Partido en su edificación autóctona representan el brillante seguimiento y desarrollo de las tradiciones revolucionarias de los mismos.

La compleja situación creada en el interior y exterior del país, así como las ricas experiencias adquiridas por el arte y la literatura autóctonos que tienen profundas y fuertes raíces y que han recorrido una trayectoria victoriosa, requieren salvaguardar más resueltamente que nunca las referidas tradiciones del Partido, seguir las y perfeccionarlas magníficamente, generación tras generación. Para alcanzar este objetivo resulta de suma importancia defender y llevar completamente a la práctica las proezas y experiencias acumuladas por el gran Líder durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y las que el Partido ha registrado en su labor orientadora sobre el campo artístico y literario.

Es preciso preservar los méritos ideológico-teóricos de nuestro Partido y plasmarlos cabalmente en la práctica creativa. Sus ideas y

teorías autóctonas aclaran de modo global los asuntos teórico-prácticos con respecto a la creación y edificación del arte y literatura jucheanos, incluyendo la idea sobre la ciencia humanista jucheana y la teoría de la semilla en la obra. De tomar como única guía las ideas y teorías autóctonas sobre el arte y literatura y mantener la pureza de las brillantes tradiciones revolucionarias del Partido en esta esfera, nuestro arte y literatura pueden prosperar con invariable carácter autóctono.

Es necesario defender cabalmente y perfeccionar nuestros propios sistemas de dirección y creación establecidos en el proceso de la revolución artístico-literaria llevada a cabo bajo la guía del Partido. Ambos sistemas sirven para materializar la dirección única del Partido sobre el sector, inducir a los escritores y artistas a cumplir con su responsabilidad y papel como dueños de la creación, y plasmar el principio del colectivismo. Al reflejarlos cabalmente en la práctica, los autores y artistas contribuirán a que repercutan positivamente en la práctica.

Se requiere seguir y fomentar el estilo revolucionario de vida y de creación, puesto de manifiesto durante la revolución cinematográfica, operística y teatral. Engendrado en el intenso fragor de la revolución artístico-literaria, constituye la herencia del estilo de vida y creación de los guerrilleros antijaponeses. A los escritores y artistas les corresponde demostrar su infinita fidelidad al Partido y el Líder, el espíritu revolucionario de apoyarse en sus propias fuerzas y luchar con tenacidad, para superar por sí solos los obstáculos e imprimir nuevos bríos en su labor creadora.

Es necesario continuar impulsando dinámicamente la labor encaminada a transmitir eternamente a las posteridades las famosas obras clásicas por medio de su adaptación a distintos géneros y a mantener el alto nivel ideológico y artístico de las obras artísticas y literarias revolucionarias hechas bajo la dirección del Partido. Los escritores y demás artistas tienen el deber de seguir divulgando o representando las novelas, filmes, óperas al estilo de *Mar de sangre*, y los dramas al estilo de *Ermita Songhwang*, adaptaciones de las famosas obras clásicas, así como esmerarse en el descubrimiento, la

comprobación y la adaptación de nuevas obras, a fin de que se transmitan no solo a las jóvenes generaciones sino también a las futuras, haciendo perdurables de esta manera nuestras tradiciones revolucionarias.

Para defender, seguir y perfeccionar generación tras generación las brillantes tradiciones del Partido en el arte y literatura, es preciso intensificar la educación de los escritores y artistas en las tradiciones revolucionarias.

En este quehacer es sugerible priorizar la educación en la grandeza y los méritos del Partido y el Líder. De esta manera, se debe lograr que todos los escritores y artistas se den cuenta de cuán grandes son el Partido y el Líder, autores y promotores de nuestras tradiciones revolucionarias del arte y literatura que ocupan el puesto más elevado y brillante en las análogas de la clase obrera, y de cuán valiosos son sus méritos revolucionarios.

Con gran orgullo y dignidad por contar con las tradiciones del arte y literatura autóctonos, las más brillantes en el mundo, debemos desarrollarlos aún más como los de signo revolucionario que hayan heredado la inmaculada sangre de Juche.

3) ES NECESARIO VALORAR CORRECTAMENTE EL PATRIMONIO ARTISTICO Y LITERARIO DE LA NACION DESDE UNA POSICION INDEPENDIENTE

Durante su historia de cinco milenios, nuestro pueblo ha creado bienes culturales dignos de ser exhibidos ampliamente en el mundo. Contar con estas brillantes herencias artístico-literarias constituye un gran orgullo de la nación y sirve como una valiosa base para hacer prosperar ininterrumpidamente su arte y literatura. A los escritores y artistas les compete heredar y desarrollar las tradiciones revolucionarias en esta esfera y, al mismo tiempo, hacer florecer aún más las viejas herencias nacionales según las exigencias de la época.

Las herencias artísticas y literarias de la nación plantean diversos

asuntos complejos para su apreciación y continuidad. Entre los bienes del arte y la literatura clásicos, algunos reflejan la realidad social de la era antigua, la medieval, la moderna o el período de la dominación colonial japonesa, así como figuran las creaciones de las masas populares o las de las clases explotadoras. No podemos tratar por igual ni heredar al pie de la letra todas esas herencias que reflejan las distintas etapas y fases del desarrollo social y en las que se mezclan lo progresista y lo conservador, lo popular y lo reaccionario. Debemos heredar y desarrollar lo progresista y popular con el espíritu crítico y según el gusto de nuestros tiempos.

Para seguir y perfeccionar acertadamente el legado artístico y literario de la nación, debe mantenerse con firmeza el principio historicista y el de la actualidad. El primero significa analizar, valorar y manejar cada una de las herencias equitativamente, en su relación con las condiciones socio-históricas de la época correspondiente. El segundo quiere decir solucionar todos los problemas relativos a la continuación de las herencias conforme a las exigencias de la época actual y las aspiraciones del pueblo. No se puede ignorar las características históricas del patrimonio formado a lo largo de muchos años, ni eludir las exigencias actuales que se plantean para su continuación y desarrollo.

Hay que guardarse estrictamente del restauracionismo y el nihilismo nacional en el seguimiento y el desarrollo del patrimonio artístico-literario de la nación.

El restauracionismo es una corriente ideológica reaccionaria que bajo el eufemismo de la supuesta continuación del patrimonio artístico y literario de la nación, trata de restaurar y embellecer lo viejo sin ningún fundamento, en menoscabo de las exigencias actuales y los principios clasistas. De ser promovida esta tendencia, en la creación y edificación del arte y la literatura se torna confusa la línea de clase obrera, levantan la cabeza los arcaicos y malsanos elementos ideológicos que ha dejado la sociedad explotadora, y se resucitan el confucianismo feudal y la ideología burguesa. Debemos evitar con todo rigor la tendencia restauracionista a fin de seguir y

desarrollar el patrimonio cultural nacional desde una posición crítica, de acuerdo con las exigencias de la época y la revolución en desarrollo, y las ideas, los sentimientos y el gusto del pueblo.

También debemos aguzar la vigilancia ante el nihilismo nacional.

Antes, algunas personas del sector artístico-literario, en su empeño por oponerse al restauracionismo, minimizaron las excelentes herencias de la nación como la escuela Silhak y la literatura de KAP, e incluso trataron de obstaculizar el estudio, la publicación y la divulgación de las obras clásicas. Por esta influencia, hubo un tiempo en que algunos estudiosos, pretendiendo oponerse al confucianismo feudal, no trataban debidamente el arte y la literatura clásicos, y aun en el caso de que las trataron en la historia del arte y la literatura o en las publicaciones, se referían brevemente a su lado positivo y en exceso al negativo. Si es así como se deben valorar las obras artísticas y literarias clásicas, no hay por qué tratar tales herencias culturales en la historia literaria, la artística o en las publicaciones. Si, con tal de oponerse al confucianismo feudal y a las ideologías burguesas, no se les enseña a los trabajadores y los jóvenes la historia del arte y literatura nacional ni sus obras clásicas, ellos no pueden saber bien qué obras hubo en nuestra historia ni cuáles fueron nuestros excelentes escritores. Hemos contrarrestado a tiempo la tendencia nihilista nacional y hemos tratado de que las obras clásicas fueran valoradas y tratadas justamente, desde la posición autóctona.

Aquellos que no saben apreciar y enaltecer el patrimonio cultural de su propio país y nación son todos nihilistas nacionales. Esta tendencia tiene raíces muy profundas en nuestro país. Junto con el servilismo a las grandes potencias, ella fue la causa de la pérdida del país en tiempos pasados y obró de forma más nociva en la revolución y la construcción, después de la liberación nacional. Por su profundo arraigo y carácter tenaz, no debemos ceder ni un paso en la lucha contra ella.

El hecho de que algunos minimizaran las herencias artístico-literarias de la nación considerándolas como insignificantes,

se debió en gran medida a que se aferraban al centrismo europeo. Esta es una concepción burguesa, de carácter anticientífico y racista, de aquellos que al afirmar que Europa desempeña el papel protagónico en el desarrollo histórico y cultural de la humanidad, consideran todo lo suyo como lo mejor, y lo ajeno, como inferior. En un tiempo esta doctrina fue difundida ampliamente en el mundo, causando graves estragos al desarrollo cultural de muchas naciones. Nuestro país también fue influenciado por ella y de ahí surgieron los partidarios del nihilismo nacional y del servilismo a las grandes potencias, quienes tomaron por insignificante nuestro patrimonio cultural que tiene una larga historia y se pusieron a predicar la llamada “doctrina de la transculturación”. Tal concepción fue superada considerablemente después de liberado el país, como resultado de enérgicas luchas del Partido para establecer el Juche en la edificación de la cultura nacional.

Sin embargo, en algunas personas subsiste el concepto nihilista y de obediencia a las potencias, pues bajo la premisa de que lo europeo es lo mejor, quieren tomarla como un patrón para medir y valorar lo nuestro. Hay quienes, a la hora de observar muchos fenómenos socio-históricos y culturales, incluyendo la definición del inicio de la era moderna en nuestra historia y la valoración del carácter y la posición de la literatura en esa época, no toman en cuenta las condiciones específicas del desarrollo histórico y cultural del país, sino comparan mecánicamente esos fenómenos con las manifestaciones europeas de la misma etapa y período, y tratan de menoscabar todo lo nuestro calificándolo de atrasado e insignificante. De hecho, nuestro pueblo, nación inteligente y homogénea desde la antigüedad, ha venido desarrollando exitosamente su noble arte y literatura. Nuestra literatura, comparada con la europea, posee excelentes características nacionales. Desde su inicio, nuestras obras literarias clásicas presentaron a los trabajadores pobres y humillados, manifestaron un ardiente sentimiento de simpatía y amor hacia ellos, así como reflejaron con intensidad el espíritu patriótico contra los invasores. Resulta una manifestación nihilista no querer ver estos

puntos positivos y valorarlos como insignificantes a partir de una comparación mecánica con la literatura europea. También es una prueba de estar apresados por el centrismo europeo el que algunos creadores, si bien no tienen casi ningún conocimiento sobre el arte y la literatura clásicos de nuestro país, quieren leer solamente las obras extranjeras y que piensan que los conocimientos se alcanzan únicamente con un buen dominio del arte y la literatura extranjeros. Los fanáticos de la cultura europea son desposeídos del patriotismo y del orgullo nacional. Con la regla del centrismo europeo, es imposible valorar correctamente las herencias culturales de nuestra nación y apreciar justamente las obras literarias clásicas europeas.

Debemos mantener con firmeza la posición autóctona también en la apreciación del patrimonio artístico-literario nacional de las etapas anteriores.

Desde que emprendió el camino de la revolución, el gran Líder solucionó desde esa posición todos los asuntos que se presentaban en el proceso revolucionario y constructivo. Además, al valorar con esa actitud la historia y la cultura nacionales, mostró con su ejemplo práctico cómo resolver los problemas referentes a su continuación. Nos incumbe valorar, tomar y desarrollar nuestras obras artístico-literarias antiguas desde la posición autóctona, erradicando cabalmente la errónea tendencia a compararlas ciega y mecánicamente con las europeas.

Es recomendable ser justos en la apreciación y tratamiento de la literatura de KAP.

Actualmente, en el sector literario la aprecian de modo muy ambiguo. Algunos la definen confusamente como literatura proletaria, sin incluirla ni en la rama del realismo crítico ni en la del socialista, lo cual resulta una apreciación injusta. En la literatura de KAP figuran tanto las obras del realismo crítico como las del socialista. En particular, deberíamos incluir en esta última escuela la mayor cantidad de obras creadas luego de que la mencionada agrupación presentara su nuevo programa. Muchos escritores que formaban parte de ella, tales como Jo Myong Hui, Song Yong, Ri Ki Yong,

Han Sol Ya, Ryu Wan Hui, Kim Chang Sul, Pak Se Yong y Pak Phal Yang, abrazaron el marxismo y se pronunciaron a favor de la liberación de las clases desposeídas, por lo que sus producciones posteriores al año 1927 tuvieron generalmente contenidos socialistas. Muchas de sus obras, entre ellas las novelas *Terruño* y *Crepúsculo*, el cuento *Río Raktong*, la comedia *Prohibidas todas las visitas* y los poemas *Caravana Popular*, *Quítenme todo lo que quieran*, *Vencejo* y *Azalea*, reflejan el anhelo de la liberación social de las masas desposeídas incluida la clase obrera.

Los autores criticaron en sus obras el régimen social que les tocó vivir, abogaron por la liberación nacional y clasista, presentaron como prototipos a los vanguardias de las clases desposeídas, y expresaron su ideal socialista. Es cierto que, debido a la cruel represión y censura del imperialismo japonés, muchas partes de sus obras con un carácter revolucionario fueron castradas o no acentuadas, pero el conjunto de sus contenidos siguió teniendo un carácter socialista. Al poner de relieve las peculiaridades de la literatura nacional, la de KAP llegó a crear estilos extraordinarios a tono con el sentimiento y las aspiraciones de la nación, y alcanzó un alto nivel ideológico-artístico superando las limitaciones de la antecedente literatura de corte realista. Esto demuestra que la literatura de KAP formó parte de la corriente del realismo socialista en nuestro país. Desde luego, debido a que esa agrupación no fue orientada por un partido de la clase obrera y por la limitada concepción del mundo que tenían los escritores, sus actividades fueron restringidas de una u otra forma. Pero no por esta causa se puede considerar que la mencionada literatura no fue del realismo socialista. El realismo socialista surge y se desarrolla de diferentes maneras según las condiciones históricas y las características concretas de cada país. Los integrantes de KAP, si bien no fueron dirigidos por un partido de la clase obrera, asumieron la actitud de esta clase para presentar su programa y librar la lucha, así como para plantear y resolver los problemas del quehacer literario. Sobre todo, en la década de 1930 esa literatura fue influenciada por la Lucha

Revolucionaria Antijaponesa y se encaminó a expresar la fuerte simpatía y respaldo del pueblo a la misma.

Si una obra es del realismo socialista o no, no se determina según si es perfecta o no en lo ideológico y artístico. Entre las obras basadas en un mismo método de creación, algunas son perfectas en lo ideológico y artístico, y otras no lo son. La cuestión radica en el principio creativo y la tendencia ideológica que ellas tienen. Aunque después de la reorganización de KAP su literatura adolecía de una serie de puntos débiles, merece ser incluida a la categoría del realismo socialista, en vista de que su tendencia fundamental fue reflejar la concepción de la clase obrera sobre el mundo. Muchas obras de este carácter fueron creadas también por los escritores del mismo período pero que no pertenecían a KAP, entre ellos Kang Kyong Ae, autor de la novela *Cuestión humana*.

Resulta erróneo pensar que la definición de la literatura de KAP como de realismo socialista puede traer confusiones en la interpretación de las tradiciones del arte y literatura de nuestra revolución. Las obras artístico-literarias del período de la revolución antijaponesa que dieron inicio al dicho arte y literatura, desde el principio tomaron la idea Juche como la base de su concepción del mundo y se desarrollaron como una nueva literatura del realismo socialista a nuestro estilo. Estas mismas cualidades caracterizan hoy a nuestro arte y literatura, pues sus raíces históricas parten del realismo socialista a nuestro estilo en el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. En estas condiciones, por reconocer la inclinación de KAP al realismo socialista, no se hace confusa la línea divisoria entre la herencia y la tradición, ni la literatura de esa agrupación se incluye en las tradiciones artístico-literarias revolucionarias. La literatura de KAP, que se basa en el anterior método de creación del realismo socialista, no deja de formar parte de nuestro excelente patrimonio literario nacional.

Junto con la literatura de KAP, debemos apreciar correctamente, desde una posición justa, la de la “escuela Singyonghyang”. Las obras iniciales de sus partidarios como Choe So Hae, Ri Sang Hwa y

Ri Ik Sang, quienes en la primera mitad de la década de 1920 surgieron con nuevas aspiraciones izando la bandera de la literatura proletaria, le abrieron el paso a la transición del realismo crítico al socialista.

Asimismo, es preciso resolver correctamente, desde una posición autóctona, el problema del origen y el desarrollo del realismo crítico en la literatura coreana. En cuanto al período en que se creó este realismo en nuestro país, hoy algunos tienden a medirlo con la concepción ya establecida por otros, sin estudiar a fondo las particularidades de desarrollo histórico de nuestra nación ni las circunstancias concretas de su desarrollo literario. Hasta ahora en las teorías artístico-literarias han afirmado que el realismo crítico fue surgido y desarrollado por los escritores progresistas en un momento histórico en que se revelaban las contradicciones y el aspecto corrupto de la sociedad burguesa y entraba en el orden del día la lucha de los pueblos contra ella, de modo que su primordial atención estaba en hacer un análisis microscópico del régimen burgués, y criticar y denunciar su carácter contradictorio e irracional. De hecho, este argumento se ajusta a la verdad histórica y tiene su fundamento científico, puesto que el realismo crítico surgió primero en los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, no considero que tal opinión se ajusta a la situación del desarrollo literario de todas las regiones y de todos los países del mundo. En el caso de escritores de países igualmente europeos pero que emprendieron tarde el camino del capitalismo, abrazaron el realismo crítico casi al mismo tiempo que sus colegas de países capitalistas desarrollados. Sólo que, dada la condición en que no se habían exteriorizado aún las contradicciones y la corrupción de la sociedad burguesa donde vivían, enfilaron la punta de la crítica a poner al desnudo la relación social del feudalismo y sus males. De hecho la historia de la literatura universal conoce muchas obras que denuncian con agudeza el carácter reaccionario y corrupto del despotismo feudal, la naturaleza de sus nobles y funcionarios como explotadores e inhumanos, así como las contradicciones y la irracionalidad de esa sociedad. No podemos

excluir tales obras del realismo crítico por el hecho de que no critican y denuncian el antagonismo y la corrupción de la sociedad capitalista. Independientemente de que el realismo crítico que surgió en una fase determinada de la sociedad moderna haya criticado las relaciones sociales capitalistas o las feudales, el problema está en la agudeza con que analizó y criticó y en la veracidad con que reflejó la contradictoria e irracional relación social que se ponía de manifiesto en la concreta realidad de los países respectivos. Aun cuando el realismo crítico había surgido en el capitalismo, si no eran palpables las contradicciones y el carácter irracional de ese sistema y si las viejas y corruptas trabas feudales eran los principales obstáculos que impedían realizar las aspiraciones del pueblo a la independencia, el escritor que sintiera odio y aversión por tal fenómeno se habría visto en la necesidad de dirigir la flecha de la crítica a las contradicciones y la corrupción del régimen feudal y la naturaleza de los nobles y funcionarios como explotadores e inhumanos. Pero no por ello se puede considerar como obras del realismo crítico todas aquellas que llevan una fuerte denuncia. Una obra que refleje realmente la realidad de un régimen explotador, contiene críticas de tal o cual forma. Aunque una obra lleve una crítica muy dura, si no tiene alguna tendencia ideológica, no puede calificarse de realismo crítico ni encontrar en éste el origen de su método creativo. En este realismo, la crítica debe ser una aguda negación de los males de la sociedad feudal o capitalista, así como el sentido de realidad y la denuncia deben acompañar, según el principio artístico del reflejo de la vida, a la semilla, el tema, la idea y hasta la tarea y la composición representativas. La literatura del realismo crítico supera a la que le precedió con respecto al nivel de la tipificación y refleja sinceramente la realidad, pero se limita a denunciar con agudeza los males sociales, sin plantear sus causas ni las vías correctas para erradicarlos. Nosotros debemos partir de este concepto y actitud para enfocar y resolver correctamente el problema del origen y el desarrollo del realismo crítico como método creativo en nuestro país.

Es preciso recuperar más obras literarias de la etapa inicial del siglo XX y valorarlas adecuadamente.

Hace ya muchos años, el gran Líder dio orientaciones similares, cuando hablaba de la escasez de obras artístico-literarias de las décadas de 1910 y 1920. En respuesta a sus indicaciones, recuperamos muchas obras de los principios del siglo XX, las abordamos en la historia literaria y artística, así como sacamos a la luz pública las más indispensables, pero todo esto no es más que el comienzo. Nos toca buscar más obras desaparecidas o encubiertas debido a la política colonial del imperialismo japonés encaminada a exterminar nuestra cultura, y apreciar debidamente obras y autores desde el punto de vista del desarrollo de la historia artística y literaria de nuestra nación.

A partir de esta posición, hace muchos años decidimos incluir en la historia literaria a Ri Hae Jo y también a Ri In Jik, vanguardia de la Nueva Novela del inicio del siglo XX, y sus volúmenes en la *Antología de Literatura Coreana*. Ri In Jik fue autor de novelas como *Lágrimas de Sangre*, *Voz del Diablo* y *Monte Chiak*, fundador del teatro *Wongaksa* e impulsor del movimiento del Nuevo Teatro. Al crear la Nueva Novela en aquella época, él puso su grano de arena en nuestro desarrollo literario.

Para apreciar justamente al escritor y sus obras, no se les debe tratar con prejuicio, cuestionando su origen social y ambiente familiar y los antecedentes de su vida socio-política. Aunque un autor tuviese algunos rasgos negativos, si escribiera obras que contribuyesen al desarrollo artístico nacional y la vida cultural de nuestro pueblo, debemos valorar y exaltar a ese escritor y sus obras con audacia.

Asimismo debemos tratar en un justo nivel las novelas de Ri Kwang Su y los versos de Choe Nam Son. Las primeras obras de Ri Kwang Su, incluida *El pionero*, representan la narrativa de la segunda década del siglo XX y reflejan en cierto grado el descontento por los males sociales de esa época. Cierta vez el Líder contó que cuando él se dedicaba al movimiento juvenil siendo

estudiante de la Escuela Secundaria Yuwen en Jilin, leyó en la citada novela de Ri Kwang Su la inconformidad por la sociedad de aquellos tiempos, pero que en su obra posterior, *La esposa del revolucionario*, reveló que se había entregado al enemigo. Con todo, si sus primeras obras manifiestan el descontento por la realidad reinante y representan la narrativa de la segunda década del siglo XX, sería conveniente tratar en la historia literaria sus puntos positivos. En cuanto al poeta Choe Nam Son, es lógico valorar positivamente el hecho de que al inicio de su vida literaria creó una nueva forma poética que contribuyó al desarrollo de la poesía nacional. Lo correcto sería tratar sus primeras obras en la historia literaria, pues fue él quien introdujo una nueva corriente ideológica, despertó la conciencia de la gente y aportó de cierta manera a la explotación de un nuevo estilo poético.

Orientamos, además, valorar imparcialmente en la historia artística y literaria a los escritores y artistas progresistas en el tiempo de la dominación del imperialismo japonés, como Sin Chae Ho, Han Ryong Un, Kim Ok, Kim So Wol y Jong Ji Yong que escribieron obras progresistas; Sim Hun y Ri Hyo Sok, “acompañantes” de KAP; Pang Jong Hwan, que hizo aportes a la creación y promoción de la literatura infantil moderna; Mun Ho Wol, autor de muchas canciones de estilo folklórico como *Nodulgangbyon*; y a Ra Un Gyu, productor de varias películas con ideas positivas, como *Arirang*.

El objetivo que perseguimos con el tratamiento de autores y obras del pasado en la historia artística o literaria, busca, a fin de cuentas, imbuir de orgullo nacional a los escritores y artistas actuales y a la nueva generación, dándoles a conocer que hubo escritores y creaciones que contribuyeron positivamente al desarrollo artístico y literario de sus tiempos, y por otro lado, orientarlos a sacar experiencias y lecciones de la historia. Las obras literarias son creaciones personales, pero una vez acogidas por el pueblo como obras excelentes que responden a las aspiraciones y las exigencias de la época, se convierten en propiedad común y en valiosos tesoros de la nación. Después de crear una obra, el autor puede sufrir una serie

de cambios en su vida, pero el valor ideológico y artístico de ella queda en la historia. Por tanto, a la hora de tratar a los escritores y artistas de épocas anteriores en la historia literaria o artística, tenemos que referirnos fundamentalmente al aspecto positivo de las obras y analizar con discernimiento su lado negativo, apoyándonos en el principio socio-histórico de la idea Juche y el espíritu de conceder primacía a la nación coreana.

También debemos valorar y tratar adecuadamente la literatura moderna, incluida la del período de la ilustración.

Estas ocupan un lugar muy importante en la historia literaria del país. Se trata de una literatura patriótica, opuesta al feudalismo y a la invasión japonesa. Las obras del período de la ilustración reflejan la aspiración patriótica de retomar el poder estatal arrebatado por los invasores foráneos como los japoneses, y convertir a nuestro país en un Estado “soberano e independiente”, “culto y próspero”, así como reflejan la idea de la ilustración, consistente en defender los derechos del pueblo de las trabas feudales e iluminarlo y despertar su conciencia. La literatura moderna incluida la del período de ilustración adolece de una serie de limitaciones desde el punto de vista epocal y clasista, pero en general contienen muchos elementos progresistas y patrióticos.

Nos corresponde solucionar científicamente, en relación con las peculiaridades del desarrollo literario del país, los problemas referentes al origen y perfeccionamiento de la literatura moderna incluida la del período de ilustración, la definición de su período, sus características representativas y métodos de creación, así como su posición e importancia en la historia literaria.

La escuela Silhak también requiere de una valoración y tratamiento imparciales.

Lamentó la degeneración y las discusiones inútiles de los señores nobles y el atraso del Estado feudal en decadencia, luchó a favor del progreso social y la civilización bajo la consigna de “buscar leyes útiles en la realidad”, y con sus extraordinarias obras contribuyó a traer el alba a la literatura moderna en el país. La teoría de la reforma

social y las obras literarias de Pak Yon Am y Jong Ta San fueron publicadas hace ya dos siglos, pero en esa época tuvieron un marcado carácter progresista y merecen ser expuestas en el mundo.

Por supuesto, los integrantes de la mencionada escuela procedieron de la nobleza y, a partir de esta limitación clasista, criticaron solamente a algunos dignatarios corruptos e impotentes y oficiales malignos, no abogaron por los intereses esenciales del pueblo trabajador ni propugnaron la idea de reforma cabal. En el pasado hubo quienes, en lugar de ver estas limitaciones, se inclinaban a apreciar y exagerar únicamente su lado positivo.

Darle la espalda o negar la literatura de la escuela Silhak, o no querer valorar sus méritos debidamente, son expresiones del nihilismo nacional. Debemos saber apreciar a los escritores y artistas talentosos que dio la nación y enorgullecernos de ellos.

El sector artístico puede publicar las obras literarias de la escuela Silhak, fomentar su divulgación en el ámbito mundial y organizar seminarios sobre ellas.

Debemos, además, rescatar y dar a conocer ampliamente, por diversos métodos y formas, a los escritores y artistas famosos de las eras antigua, media, moderna y contemporánea como Choe Chi Won, Ri Kyu Bo, Kim Si Sup, Jong Chol, Ho Kyun y Kim Man Jung, y sus excelentes obras y las anónimas, entre estas los relatos sobre Chun Hyang, Hung Bu y Sim Chong. En particular, tenemos que promover la recuperación de aquellas creadas en el siglo XIX, pero que no han llegado a nuestras manos por haber desaparecido. Debemos lograr que el mundo sepa que nuestro país cuenta con extraordinarios escritores, compositores y pintores, así como con obras que hicieron aportes al tesoro cultural de la humanidad. De esta forma, las nuevas generaciones sentirán el orgullo y dignidad nacional y apreciarán y heredarán debidamente el patrimonio artístico-literario de la nación.

Es preciso tener un correcto criterio acerca de las canciones populares creadas tradicionalmente por el pueblo y tratar justamente sus herencias.

Representan la parte principal del legado musical de la nación. Y por reflejar intensamente los gustos propios del pueblo, son y seguirán siendo sus piezas favoritas aun en el futuro lejano.

Algunas compuestas hace ya mucho tiempo, suenan anticuadas, pero no por ello podemos ignorarlas, desatenderlas o desecharlas, pues entre ellas figuran las cantadas con amor por el pueblo a lo largo de muchos años, y estas requieren un arreglo a tono con las aspiraciones del pueblo y el gusto actual. En este quehacer resulta importante reproducir adecuadamente las letras. Pero por supuesto, no deben ser modificadas a la semejanza de las contemporáneas. En su reproducción es conveniente dejar intacta la semilla de la letra original y el cambio debe hacerse en el sentido de reflejar principalmente el paisaje natural y lo relativo a la vida. También se puede cambiar la totalidad de las letras originales por otras nuevas. La historia del desarrollo de la música popular conoce muchos ejemplos de que una melodía se interpreta con distintas letras según las épocas y las regiones. Pongamos como ejemplo el cántico *Singosan*, que tuvo distintas letras en las décadas de 1930 y 1940, en el período que siguió a la liberación del país y el tiempo de la Guerra de Liberación de la Patria. Las famosas melodías populares se transmiten de generación en generación alterándose sus letras según los tiempos y regiones. Debemos seguir interpretando esas melodías a tono con el gusto actual, con letras que reflejen las nobles cualidades espirituales y morales y el cálido aliento de los contemporáneos.

Debemos apreciar y tratar correctamente el estilo de la copla coreana del pasado.

Como manifestación de la poesía propia de la nación, fue creado en la época de Coryo y perfeccionado durante varios siglos por distintas capas sociales. En la época feudal en que debido a la idea servil a las grandes potencias rendían culto a los versos escritos con caracteres chinos, surgió ese nuevo y singular estilo de poesía nacional que se componía con nuestro propio idioma, lo cual tuvo una gran repercusión en el desarrollo de la literatura nacional. Sin

embargo, por un buen tiempo ese tipo de poema no pudo desarrollarse sanamente al convertirse en una propiedad casi exclusiva de los señores feudales. Servían en su mayoría para predicar abiertamente los cánones feudales del confucianismo, inculcar los conceptos morales feudales, describir cosas banales relacionadas con la vida de los señores o describir el mero paisaje natural. No debemos rechazar la generalidad del estilo de la copla coreana por el hecho de que haya reflejado de modo evidente los citados elementos. A medida que esa poesía ganaba terreno fueron compuestas también piezas de contenido progresista por hombres con ideas avanzadas y patrióticas. Las obras de Kim Jong So, Nam I y Ri Sun Sin denotan un marcado patriotismo y sentimiento de odio a los invasores. Por otra parte, entre las obras de autores de procedencia plebeya figuran también las que cantan a la bella moral del hombre, si bien no están exentas de cierto aire recreativo.

En un tiempo los restauracionistas, lejos de estudiar y considerar el lado positivo de la copla coreana, elogiaron las obras que reflejan la corrupta y degenerada vida de los dignatarios feudales y trataron de diseminar el confucianismo feudal entre la gente. A ellos se debe que esos versos antiguos fueran considerados inservibles y estuvieran en el olvido por mucho tiempo.

La copla coreana acompañó la música desde sus inicios y, la mayoría de sus versos fueron canturreados por los nobles tocados con sombreros de crin de caballo mientras bebían. Tales melodías, que también entonaban los antiguos eruditos sentados en la sala de visitas, no se ajustan a la realidad actual, de manera que no tenemos por qué reproducirlas al pie de la letra.

El talón de Aquiles de la copla coreana es su limitada expresividad causada por las rigurosas reglas de su rima, pero tiene la ventaja en el sentido de que puede reflejar profundas ideas en sus versos concisos y abreviados.

Ahora que hemos erradicado de raíz el veneno ideológico que sembraron los restauracionistas en el sector artístico-literario y establecido firmemente el sistema de ideología única del Partido

entre las personas, debemos estudiar a fondo el aspecto positivo del estilo de la copla coreana y aprovecharlo como referencia para un mayor desarrollo de la literatura poética. Al mismo tiempo, debemos componer en nuestra era nuevas formas de versos cortos y líricos que retomen la característica representativa de esa poesía.

También debemos valorar y tratar adecuadamente el arte de la corte.

A partir del principio clasista, hemos de criticar y denunciar el carácter antipopular de ese tipo de arte que le servía al rey y la nobleza de la sociedad feudal y jamás permitir la imitación fiel de sus formas artísticas. Pero ello no significa que cataloguemos, sin ningún fundamento, las melodías de sus canciones o las figuras de sus bailes como manifestaciones feudales y antipopulares, pues estas tienen su origen, en definitiva, en la música y la danza del pueblo. El patrimonio artístico-literario de una nación, de carácter popular y progresista, aun cuando haya sufrido deformaciones como para halagar el gusto del rey y la nobleza, nunca pierde por completo su carácter original. Las melodías y los movimientos del gusto popular, que no se pueden suprimir con nada, constituyen hoy elementos valiosos que nuestro arte debe heredar y perfeccionar conforme a las exigencias de la época actual. Nos incumbe aprovechar los elementos progresistas y populares de la música y la danza de la corte para enriquecer nuestro arte sobre una base nacional.

Las obras creadas tras la liberación del país precisan una correcta apreciación sobre la base de las líneas de clases y de masas del Partido.

Nuestro Partido mantiene invariablemente el principio de valorar justamente y salvar las obras de quienes no han traicionado deliberadamente a él, a la revolución, a la Patria y al pueblo. Los que se han formado después de la liberación bajo la guía del gran Líder, son tesoros de valor inestimable de nuestra revolución. Aunque un autor tenga un ambiente familiar problemático y antecedentes complicados en su vida socio-política y haya cometido errores en algún momento, debemos exaltarlo y salvar sus obras, si estas hacen aportes al Partido y la revolución, a la Patria y el pueblo. Nunca debemos enterrar las obras de uno por el hecho de que él haya

incurrido en alguna falta. De nada sirve suprimir las excelentes obras por una u otra razón. Cuanto más obras excelentes adornen la historia artístico-literaria de la era del glorioso Partido del Trabajo, tanto mejor. Cuanto mayores sean las obras de gran valor ideológico-artístico, tanto más se enriquece y resplandece nuestro tesoro del arte y literatura.

3. LA CONCEPCION DEL MUNDO Y EL METODO CREATIVO

1) LA HISTORIA DE NUESTRO ARTE Y LITERATURA REVOLUCIONARIOS ES LA DEL REALISMO JUCHEANO

Actualmente, teóricos y creadores debaten sobre el método creativo en que se apoya nuestro arte y literatura.

Definirlo correctamente a partir de una posición autóctona resulta una urgencia de suma importancia. Pero ese asunto debe ser discutido con seriedad, pues implica determinar debidamente la relación entre él y el del realismo socialista que nos ha precedido, así como dilucidar la naturaleza y las singularidades de nuestro arte y literatura. Si no lo manejamos bien, ello puede crear una equivocada impresión de que estuviésemos contra el realismo socialista, pues hoy esta corriente está siendo objeto de fuertes críticas y aviesas difamaciones por parte de los imperialistas y los traidores a la revolución, quienes la tildan de invento fabricado por la imposición de alguien, caldo de cultivo tanto de los estereotipos y clichés como de la idealización, y de vieja reliquia que no se aviene a la actualidad.

Desde el principio, el método creativo del realismo socialista ha tenido un carácter revolucionario y combativo, puesto que fue creado en reflejo de las exigencias de la lucha revolucionaria de la clase obrera. Nacido a principios del siglo XX, el realismo socialista hizo un balance crítico de los métodos creativos anteriores de carácter progresista como el romanticismo revolucionario y el realismo crítico, y los colocó en una fase superior, sobre la base del marxismo-leninismo.

El realismo socialista es un método creativo científico y justo, pues su requisito fundamental es describir objetivamente la vida y la lucha de la clase obrera y otras masas populares en medio del desarrollo de la revolución y los hechos concretos de la historia. Basado en este método se han creado muchas obras artísticas y literarias revolucionarias, que contribuyen mucho a la causa revolucionaria de la clase obrera para liberar a las clases desposeídas de la explotación y la opresión.

La nueva era en que las masas populares emergieron como dueñas de la historia, exigía un método creativo capaz de representar su vida y su lucha de carácter independiente y creador, con mayor perfección, según la soberana naturaleza del hombre.

Al percatarse con clarividencia de esa exigencia de la era de independencia, el gran Líder Kim Il Sung creó ya en los inicios de la revolución la inmortal idea Juche y, sobre esta base, perfeccionó a nuestra manera el anterior método creativo del realismo socialista y estableció una brillante tradición artístico-literaria revolucionaria. El método creativo en que se apoyan el arte y literatura de la revolución antijaponesa y los actuales que heredan sus brillantes tradiciones, es de un nuevo tipo que se distingue cualitativamente de los métodos anteriores del realismo socialista. Podría considerarse que se iguala con estos en el sentido de que impulsa con dinamismo a las masas populares, como la clase obrera, a la revolución y construcción mediante la representación verídica de su vida y lucha, pero difiere esencialmente de ellos en cuanto a las exigencias de la época y la cosmovisión que les sirve de base.

El método creativo del realismo socialista a nuestro estilo es un nuevo método que se diferencia de sus similares que le antecedieron con respecto al proceso socio-histórico de su creación, la base filosófica y el principio estético. Nuestro método creativo es un método autóctono del realismo.

El método creativo es producto de la época correspondiente. Una nueva era requiere de un nuevo método de creación, y con el cambio del tiempo este también tiene que variar. La tendencia de los

creadores que actuaron en un período histórico determinado y bajo un mismo principio estético conforma una corriente artístico-literaria común y de ahí surge el método de creación. Este se desarrolla y perfecciona con el paso del tiempo.

A la hora de abordarlo hay que analizar ante todo las circunstancias socio-históricas en que surgió y las exigencias de la época que reflejó.

El realismo socialista surgió en un momento histórico en que el capitalismo entró en la fase imperialista y la revolución socialista se presentó como el tema del orden del día, y en reflejo de la exigencia de la clase obrera de derrocar el viejo sistema y edificar una nueva sociedad libre de explotación y opresión. La misión histórica del realismo socialista, que se originó por primera vez en la historia artístico-literaria de la humanidad, fue servir a la liberación de las masas populares trabajadoras de las cadenas del capital y el yugo del imperialismo. Luego de hacer un balance crítico del realismo anterior, reflejó con lealtad la esencia de la vida y la legitimidad del desarrollo de la historia sobre la base de la concepción marxista-leninista del mundo, con lo cual hizo grandes aportes a la causa revolucionaria de la clase obrera. Su aparición fue un acontecimiento histórico de gran significado para el desarrollo del arte y literatura revolucionarios de la clase obrera, del arte y literatura progresistas de la humanidad.

El realismo jucheano fue creado en nuestro país en reflejo de las exigencias de una nueva era histórica, diferente a la precedente, o sea la era de la independencia, en la que los pueblos, otrora explotados y oprimidos, han emergido como dueños de la historia y forjan su destino de manera independiente. La tarea histórica que asumió fue coadyuvar a la plena materialización de la independencia de las masas populares. El nuevo arte y literatura que sirve a la misma causa requería solucionar todos los problemas referentes a la creación y construcción artístico-literaria, con la actitud y posición de dueños, conforme a nuestra realidad y de manera independiente y creativa.

Desde los primeros días en que emprendiera el camino de la

revolución coreana, el gran Líder solucionó, desde una firme posición autóctona y de modo original, todos los problemas que se presentaban en la práctica artístico-literaria de la nueva era, gracias a lo cual nuestro realismo socialista pudo dar sus primeros pasos como realismo socialista a nuestro estilo, como realismo autóctono.

El método creativo y la concepción del mundo guardan una relación estrecha, inseparable.

El primero es el principio estético en que el creador se apoya para comprender y valorar la vida y reflejarla en el arte. El arte y la literatura reproducen la vida, pero no de manera simple sino sobre la base de un principio determinado de creación que responde al criterio político y el ideal estético del creador. En la comprensión, valoración y representación de la vida es importante el concepto que tiene el artista acerca del mundo. El concepto define la posición y actitud del creador ante la vida, delimita sus actividades y determina sus principios y métodos de la representación. Es la base del método creativo y factor fundamental que lo regula.

El criterio y la actitud que adopta el escritor al mirar y tratar la realidad, así como la manera con que la generaliza en la representación artística, dependen enteramente de su concepto sobre el mundo. La historia artístico-literaria de la humanidad demuestra que, por regla general, los que tenían una concepción progresista sobre el mundo recurrieron a los métodos avanzados, mientras que los que profesaban un concepto reaccionario sobre el mismo se valían de métodos también reaccionarios. El método progresista de creación se basa en un concepto del mundo también progresista. Con el paso del tiempo, este se perfeccionó y, en correspondencia con ello, ese método también alcanzó nuevas fases. De ahí que tanto la esencia de un método creativo como su lugar y papel que desempeña en el desarrollo artístico-literario sean determinados por el carácter científico y revolucionario del concepto del mundo.

El realismo socialista se basa en la concepción dialéctico-materialista del mundo, pero el realismo jucheano se apoya en la concepción del mundo centralizada en el hombre, en la

concepción jucheana del mundo. Al plantear por primera vez el papel y la posición del hombre en el mundo como el problema principal de la filosofía y esclarecer el principio filosófico de que el hombre es el dueño de todo y lo decide todo, en vista de que se dio la solución materialista al problema del origen del mundo, la idea Juche ha establecido un concepto filosófico del mundo centrado en el hombre. Este concepto jucheano que ha establecido el criterio sobre el mundo con atención principal puesta en el hombre y ha dilucidado el punto de vista y la posición que lo tratan poniendo en el centro al hombre, ocupa el escalón más alto en el desarrollo de la cosmovisión. He aquí las cualidades esenciales que distinguen cualitativamente al realismo jucheano del realismo socialista que le ha precedido.

Esto no significa que el primer método creativo original, no guarda ninguna relación con el segundo. Por el contrario, ambos están estrechamente relacionados por la comunidad de su ideal clasista y sus métodos representativos de carácter realista. Al igual que su antecesor, el realismo jucheano se creó y forjó en medio de una aguda lucha contra las teorías burguesas idealistas y metafísicas sobre el arte y literatura, así como contra toda una serie de corrientes como el naturalismo y el arte por el arte. Los dos realismos constituyen métodos de la creación artístico-literaria, puestos al servicio de la causa revolucionaria de las masas trabajadoras para edificar una nueva sociedad, libre de explotación y opresión. Asimismo reflejan la existencia bajo el principio del realismo y tienen como vida la verdad.

No se puede concebir el origen y el desarrollo del realismo jucheano sin los éxitos y las experiencias del realismo socialista antecedente. Pero tampoco podemos considerar al primero como simple sucesor del segundo. La continuidad constituye la premisa de la renovación y el progreso. La gran importancia del realismo jucheano radica, más que en haber heredado las valiosas experiencias del realismo socialista anterior, en haber renovado y perfeccionado sus métodos de creación artística y literaria de acuerdo con las exigencias de la era de la independencia. Es un nuevo realismo

dotado de un carácter y aspecto esencialmente diferentes de todos los demás del pasado. He aquí la originalidad y la importancia renovadora del realismo socialista a nuestro estilo, realismo jucheano. En cuanto a la relación de este con el otro es importante valorar principalmente su originalidad, en combinación con su continuidad.

Durante más de medio siglo, desde el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y bajo la dirección del gran Líder, camarada Kim Il Sung, nuestro arte y literatura ha recorrido un glorioso camino, en el cual se ha creado y desarrollado ininterrumpidamente el método autóctono de creación basado en el realismo, el del realismo socialista a nuestro estilo. En este período este original método basado en la concepción filosófica jucheana del mundo, ha hecho gala de su veracidad y superioridad. Y al basarse en él nuestro arte y literatura se ha convertido en un paradigma de literatura y arte revolucionario y popular, y ha abierto una gran era de prosperidad que no se ha conocido jamás en la historia artística y literaria de la humanidad.

Ya hace años que debiéramos haber definido y formalizado en un nuevo plano el método creativo de nuestro arte y literatura. Pero esta tarea no se hace realidad porque alguien insista en ello. La aplicación de un nuevo método de creación en la práctica y su formalización y proclamación son asuntos distintos. La formalización del nuevo método creativo requiere, además de una base ideológico-teórica que lo respalde, un largo período de esfuerzos comunes de los escritores correligionarios por la creación de obras que puedan caracterizar tal método, y se reconoce cuando se hayan publicado las obras ejemplares que den aliento a la era respectiva.

La base ideológico-teórica del realismo jucheano fue preparada ya en los albores de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa por la idea Juche creada por el Líder y la idea artístico-literaria que la tiene como su esencia. Las obras pioneras que caracterizan al realismo jucheano también eran preparadas al darse a luz las inmortales obras clásicas por él mismo en el referido tiempo.

Sobre la base de esa idea, teoría y obras creadas durante la Lucha

Revolucionaria Antijaponesa, el realismo jucheano pudo mantenerse con firmeza y seguir perfeccionándose en las circunstancias muy duras y complejas después de liberado el país. Fue en aquel tiempo en que el Líder presentó el original lineamiento para la edificación del arte y literatura nacional de carácter socialista. Además, en cada fase del desarrollo de la revolución, iluminó el camino a seguir por nuestro arte y literatura, se interesó por las obras e indicó detalladamente el principio y las vías que se deben seguir en quehacer literario. Gracias a su original idea y teoría que ha dado respuestas profundas e íntegras a todos los asuntos teóricos y prácticos relativos a la creación y construcción del arte y literatura socialista y comunista, uno y otra pudieron abrir el camino al realismo jucheano, realismo socialista a nuestro estilo y lograr relevantes éxitos.

En la labor para consolidar y perfeccionar el método creativo del realismo jucheano ha resultado de suma importancia llevar a feliz término la revolución artística y literaria bajo la dirección del Partido. Desde su surgimiento, nuestro método creativo ha tenido la gran idea Juche como base de su concepción del mundo y la idea literaria y artística autóctona como su cimiento estético-ideológico, pero después de la liberación del país no se aplicó completamente en todo el campo literario y artístico. En ese tiempo se hacían sentir en gran medida en este sector manifestaciones capitalistas y restauracionistas, además de la tendencia dogmática y servilista a las grandes potencias.

Sin arrancar de cuajo estas corrientes y tendencias creativas extrañas, era imposible plasmar el método de creación autóctono. Nuestro Partido ha logrado perfeccionarlo exitosamente al impulsar dinámicamente una revolución encaminada a barrer con todos los vestigios de la sociedad explotadora en todas las esferas, tales como el contenido y la forma, el sistema y el método de la creación. Al adaptar las famosas obras clásicas a distintos géneros artísticos y literarios, ha logrado seguir fielmente las tradiciones revolucionarias, perfeccionar el método creativo del realismo jucheano y plasmarlo

plenamente en nuestro arte y literatura, convirtiendo estos en un nuevo tipo de arte y literatura. De manera que en los años 70 nuestro arte y literatura adquirió un nuevo carácter y aspecto autóctono que los distinguen claramente de las manifestaciones del realismo socialista, además de que mostró sin reserva su originalidad y potencialidad al mundo entero.

Nuestra gran realidad y práctica creadora que ponen de manifiesto la superioridad de nuestro socialismo, centrado en las masas populares, donde el Líder, el Partido y las masas constituyen un compacto ente socio-político, presentan como tarea inaplazable definir en un nuevo plano, y desde una posición independiente, nuestro método de creación, así como esclarecer de modo integral su quintaesencia y características. A fin de seguir elevando el valor ideológico y artístico de nuestro arte y literatura y su papel cognoscitivo-educativo según las exigencias de la realidad actual, en que la causa de la transformación de toda la sociedad conforme a la idea Juche se profundiza y desarrolla en una etapa superior, es preciso que los artistas y los escritores comprendan correctamente la esencia del realismo jucheano y lo materialicen cabalmente en la práctica. Esa es la única manera de crear obras revolucionarias y populares que responden a las exigencias de la época y a las aspiraciones del pueblo.

2) EL REALISMO JUCHEANO ES UN METODO CREATIVO QUE SE BASA EN EL CONCEPTO DEL MUNDO CENTRADO EN EL HOMBRE

El realismo jucheano constituye el método de creación más correcto de nuestra era, formado en el curso de la materialización del principio de la gran idea Juche en la labor artístico-literaria.

Contempla y describe la realidad, poniendo al hombre en el centro.

Sobre la base de la concepción filosófica jucheana del mundo, ese

método creativo del realismo socialista exige ver y describir con veracidad al hombre y su vida, con lo cual coadyuva a que el arte sirva con lealtad a las masas populares.

Se diferencia esencialmente del anterior realismo socialista en cuanto a la postura con que valora y proyecta al hombre. Considera a este como un ente social dotado de independencia, creatividad y conciencia, mientras que su antecesor lo ve y retrata principalmente como el conjunto de relaciones sociales. Esta diferencia de concepto engendra en ambos métodos una distinta apreciación y descripción del hombre. La manera de ver y proyectar al hombre y su vida constituye el factor elemental para la definición del método creativo. Tal punto de vista hace variar el asunto que se escoge, el contenido que se refleja en la obra y el principio de la composición representativa.

Por supuesto, el método creativo del realismo anterior también propuso colocar al hombre en el centro de la representación, viéndolo como conjunto de relaciones sociales, pero ni aun así no supo plantear en primer plano la necesidad de ver y describir la realidad sobre la base de la posición y el papel que desempeña el hombre en el mundo.

Tal limitación del método creativo anterior se relaciona con la del concepto del mundo en que él se apoyaba.

El problema esencial en el arte y literatura consistente en cómo valorar y proyectar al hombre y su vida se ha solucionado completamente gracias al realismo jucheano basado en la concepción filosófica del mundo centrada en el hombre.

Al apoyarse en el principio filosófico que ha dilucidado la idea Juche al poner en claro que el hombre es el dueño de todo y lo decide todo, lo ha situado como gobernador y transformador del mundo, ha partido de él para proyectar con mayor exactitud todos los cambios y desarrollos y ha logrado representar su dignidad y valor en el máximo nivel. He aquí la superioridad esencial y el significado renovador del realismo jucheano.

Colocar en el centro al hombre o un objeto material al ver y

evaluar la realidad constituye un problema que implica dos enfoques esencialmente opuestos.

Ver y describir la realidad con el hombre en su centro significa tener como patrón sus intereses en la descripción de la misma y tomar como lo principal sus actividades en la representación de los cambios y desarrollo de ella.

El realismo jucheano exige valorar y describir todo lo que existe en la realidad a partir de los intereses y aspiraciones del hombre a la independencia, así como representar los cambios y el desarrollo de la naturaleza y la sociedad ateniéndose a sus iniciativas.

Tal es el principio fundamental que el realismo jucheano mantiene firmemente como método creativo.

Pero lo cierto es que ese principio no se limita a subrayar en las obras el papel activo del hombre, pues tampoco niega o ignora las condiciones materiales objetivas. Si, a partir de la definición de que el hombre lo decide todo, niega o ignora el papel de la condición material, el autor cae como resultado en el idealismo y en la metafísica. Al valorar y describir la realidad con el hombre en el centro, el realismo jucheano le atribuye debida importancia al papel de las condiciones materiales y le presta profunda atención a la representación veraz y vívida del medio ambiente.

El realismo jucheano es un método creativo que pone en el centro a las masas populares para apreciar y describir la sociedad y la historia.

Ello significa ver en las masas populares al sujeto del desarrollo socio-histórico, y en este movimiento su actividad independiente, creadora y consciente.

Desde luego el anterior realismo socialista también situó a las masas populares en el centro de la representación y describió su papel en el desarrollo histórico. Pero fue incapaz de presentarlas como sujeto del desarrollo histórico y dueñas de su propio destino.

Las masas populares son el sujeto del movimiento socio-histórico, y sin su papel no se pueden concebir ni los movimientos sociales ni el desarrollo histórico. El realismo jucheano exige colocarlas en el

centro de la representación como sujeto de la historia social y describir profundamente la gran verdad de que según sus exigencias por la independencia y su capacidad creadora, la naturaleza se transforma, la sociedad se desarrolla y la historia de la humanidad avanza.

Hace años, en el Teatro Nacional de Drama pusieron en escena el *General Ri Sun Sin*, el cual describió como si a este personaje se le debiera el triunfo de los combates marítimos durante la Guerra de la Patria *Imjin*. Es indudable que Ri Sun Sin, famoso general patriótico, se destacó por sus grandes méritos en las acciones del mar. Pero como reza el refrán: No hay general sin soldados, si las masas populares que lo siguieron no hubieran luchado con valentía en defensa de la Patria, él no habría triunfado. Quienes desempeñaron el papel decisivo en la victoria de la Guerra de la Patria *Imjin* fueron las masas populares que combatieron a riesgo de la vida a los invasores para defender su querida Patria. Las obras que abordan la historia deben poner de relieve la idea de que no son los grandes héroes ni eminentes personajes, sino las masas populares, quienes hacen la historia y desarrollan la sociedad.

El pueblo es el sujeto de la historia, pero su posición y papel varían según la época y la sociedad. En las antiguas sociedades explotadoras, las masas populares trabajadoras crearon con sus fuerzas los bienes materiales y espirituales, pero no pudieron ocupar el puesto de dueñas sino fueron humilladas y oprimidas de distintas maneras por las clases explotadoras. Solamente en la sociedad socialista, donde tienen en sus manos el Poder estatal y los medios de producción, han podido convertirse en verdaderas dueñas de la sociedad y sujeto independiente de la historia. Su posición y papel difieren en los regímenes explotadores. Su situación era diferente en la sociedad esclavista, en la feudal y en la capitalista. El arte y la literatura siempre tienen que basarse estrictamente en el principio socio-histórico jucheano, y reflejar el papel y la posición de las masas trabajadoras de distintas épocas y sistemas sociales, según el nivel de sus exigencias por la independencia y su papel creador. De

esta forma, colocando en el centro a las masas populares, sujeto de la historia, deben mostrar correctamente el proceso legítimo del desarrollo histórico en el que la sociedad esclavista pasa a la feudal, la feudal a la capitalista y la capitalista a la socialista.

El método creativo del realismo jucheano exige particularmente profundizar en la vida relevante y digna que el pueblo lleva como sujeto de la historia y la sociedad en nuestro régimen socialista que tiene encarnada perfectamente la gran idea Juche. Se trata del socialismo superior que da a todos la posibilidad de disfrutar de una plena vida política, económica, ideológica y cultural conforme a su ideal socialista y a sus demandas consustanciales como seres sociales. También es un socialismo centrado en el hombre que le asegura al máximo nivel la dignidad y el valor como tal. El arte y la literatura tienen el deber de revelar profunda e integralmente las características esenciales de nuestro socialismo centrado en las masas populares y mostrar vívidamente la decente y digna vida de nuestro pueblo, convertido hoy en el sujeto independiente de la revolución en el mejor régimen socialista del mundo.

El realismo jucheano es un método creativo que tipifica la vida y la describe verídicamente sobre la base de la concepción del mundo centrada en el hombre. Mantiene en el supremo nivel el principio de la tipificación y la veracidad, principio defendido y perfeccionado tradicionalmente por la literatura realista.

Uno de los contenidos importantes del realismo socialista y que son calumniados por los escritores burgueses reaccionarios son la tipificación y la veracidad del reflejo de la vida. Los revisionistas también insisten en desechar el método creativo del realismo socialista consistente en tipificar la realidad con veracidad y tal como es argumentando que es un método creativo anacrónico. Defender los principios de la tipificación realista y la veracidad constituye un asunto de suma importancia para preservar las gloriosas tradiciones del realismo que el arte y la literatura progresistas han desarrollado a lo largo de muchos años y en especial, las tradiciones del realismo socialista creado por el arte y literatura de la clase obrera.

Tipificar y mostrar con veracidad al hombre y su vida son requisitos esenciales que parten de la misma naturaleza de la literatura de carácter realista. Todo personaje descrito en una obra debe ser el arquetipo que representa la clase o capa social a que pertenece en la época, mientras que su vida, cualquiera que sea, ha de ser típica al encarnar las características de ese tiempo y la legitimidad del desarrollo histórico.

La tipificación y la descripción veraz del hombre y su vida han alcanzado un alto nivel con el advenimiento de la literatura del realismo socialista. Ninguna otra literatura fue capaz de tipificar al hombre como creador de la historia y encarnación del espíritu de la época, ni adentrarse en la esencia de ese ser social y su vida. Si el realismo socialista pudo solucionar en un alto nivel el problema de la tipificación, fue porque se basó en la concepción dialéctica materialista del mundo que permite apreciar y describir correctamente la realidad objetiva y el carácter socio-clasista del hombre.

El realismo jucheano posibilita ver y describir al hombre y la vida con un enfoque independiente y plasmar con mayor rigurosidad las exigencias de la tipificación. Analiza y trata todos los objetos y fenómenos existentes y sus cambios y desarrollo poniendo la atención principal en el hombre, así como aprecia y trata al hombre y su vida tomando como cartabón principal la independencia. Considera como positivo y esencial lo que se ajusta a las exigencias de independencia de las masas populares, mientras que lo que no reúne esta condición lo cataloga de negativo y no esencial. A la hora de tipificar el carácter humano, exige lograr la unidad de la generalización y la individualización, teniendo como fundamento la independencia. El carácter clasista del hombre es también el reflejo de la relación social que se establece entre las personas en el curso de la lucha por lograr la independencia. Los trabajadores como los obreros y los campesinos son prototipos de los que aprecian como nadie la independencia y luchan en defensa de ella, mientras que los explotadores, como los terratenientes y los capitalistas, son

arquetipos de la reacción que ignora y pisotea la independencia de los demás. Dado que tipifica al hombre tomando como cartabón la independencia, el realismo jucheano exalta como patriota y revolucionario a aquel que se ha consagrado en aras del país, la nación, el progreso social y el bienestar del pueblo, aun cuando sea de una familia adinerada. Los viejos intelectuales que se presentan en nuestras obras literarias son precisamente los modelos de tipo Juche, descritos tomando como cartabón la independencia. El realismo jucheano exige tomar como cartabón la independencia para describir no solo al hombre sino también la vida, por lo que califica a la vida que se ajusta a las exigencias de las masas y sus aspiraciones de independencia como un prototipo que encarna la esencia de la era y las leyes del desarrollo social.

Colocar en el centro al hombre y las masas para la valoración del mundo, la realidad, la sociedad y la historia, y mantener los principios de la tipificación y la veracidad tomando como cartabón principal la independencia, son las características esenciales del realismo jucheano.

3) EL REALISMO JUCHEANO EXIGE REFLEJAR EL CONTENIDO SOCIALISTA EN LA FORMA NACIONAL

Al igual que todo lo demás, la obra literaria también se constituye por la unidad de su contenido y forma. El principio y la manera de la creación de la obra literaria se deciden en definitiva por su contenido y forma, y por esto se definen su carácter y su papel social.

Durante la entrevista con el jefe de redacción de *Sekai* (revista japonesa teórico-política), quien visitó a nuestro país a principios de los años 70, el gran Líder le contó un episodio relacionado con el realismo socialista que él mismo experimentó directamente. Durante la pasada Guerra de Liberación de la Patria, él fue a una localidad para consolar a los heridos de un hospital militar. Allí había un dibujo, específicamente un paisaje de Siberia con un gran árbol, una

capa de nieve y un oso arrastrándose sobre ella. El Líder preguntó a los soldados si les gustaba esa pintura o preferían otro paisaje bien hecho sobre nuestro monte Kumgang, a lo que ellos respondieron que les parecía mejor este último. Entonces el Líder le preguntó al jefe de la sección política de la unidad la razón para tener allí el paisaje de la Siberia, y él le hizo la tan deplorable respuesta de que no les quedaba otro remedio porque en la tienda no había otro tipo de dibujo.

Finalmente el Líder le dijo al huésped japonés que los artistas coreanos hablaban mucho de los “realismos” como el socialista, pero que en realidad ignoraban su esencia, y definió que en nuestro país el realismo socialista es reflejar el contenido socialista en la forma nacional. Formulada nuevamente sobre la base de la idea Juche, tal definición era muy diferente a las que conocían hasta entonces los escritores y los teóricos del arte y la literatura. De hecho, fue una definición del realismo jucheano del que hoy hablamos. En ella, el contenido socialista significa un contenido revolucionario que encarna la idea Juche.

Este contenido abarca todos los aspectos que contribuyen a poner de manifiesto la naturaleza del hombre como ser social y elevar su posición y papel: la defensa de la independencia de las masas populares y la solución de todos los problemas en calidad de dueños y de modo creativo; la idea de que la vida más importante del ser humano es la política y que son sus ideas las que lo deciden todo, y el establecimiento de la concepción jucheana de la revolución y de la vida y el concepto colectivista de la vida. También incluye la lucha entre lo nuevo y lo viejo. La historia de las masas populares encaminadas a lograr la independencia es la de la lucha para suprimir lo viejo y crear lo nuevo. Es una ley ineluctable que en ese bregar gana lo nuevo y se elimina lo viejo. La cuestión es con qué posición y actitud debemos apreciar ambos. Cuando hablamos de lo nuevo, nos referimos a lo que contribuye a la materialización de la independencia de las masas populares, mientras que lo que la impide es considerado como lo viejo. Tal es la concepción jucheana.

Al reflejar los contenidos revolucionarios y socialistas sobre la base de la idea Juche, el realismo jucheano deviene el método creativo más progresista y científico capaz de plasmar de manera integral y cabal las exigencias de la literatura como ciencia humanista.

Lo más importante del contenido socialista que va a ser reflejado en las obras artísticas y literarias es lo relativo a la independencia.

La literatura, cuya misión es describir al hombre y su vida, plantea necesariamente muchos asuntos sociales relacionados con la forja del destino humana. Todos ellos, incluidos los surgidos de la vida política, económica y cultural, pueden ser abordados como significativos y apremiantes según las tareas ideo-temáticas de las obras artístico-literarias. De esas tareas la definición de la naturaleza del hombre y la vida tiene un carácter histórico pues ha sido debatida en la literatura desde el inicio de su nacimiento.

El realismo jucheano ha planteado la independencia como la naturaleza del hombre y su vida, con lo cual ha resuelto brillantemente la tarea histórica del arte y la literatura contemporáneos y ha iluminado a estos el camino para contribuir activamente al cumplimiento de la causa de la independencia de las masas populares. El asunto sobre la independencia es un asunto humano que se ajusta absolutamente a las exigencias consustanciales a la literatura como ciencia humanista. La independencia es la vida del hombre social y su atributo básico que lo distingue de otros seres vivos. Es un ser social muerto quien aunque esté vivo no forja su destino de manera independiente, sino le obedece a su mundo exterior o depende de otros. Por consiguiente, en lo que respecta a iluminar el camino a la forja del destino del hombre, el arte y la literatura deben plantear su independencia como el asunto más importante.

La independencia es la vida del hombre y también la del país, la nación. En este último caso, constituye la garantía fundamental para salvaguardar la soberanía del país y la dignidad de la nación, así como la condición primordial para lograr la independencia del hombre. La lucha por la independencia se efectúa por unidad del país

y la nación, y con su destino están enlazados estrechamente la vida socio-política y el destino del hombre. Si el país se subyuga a otros, el hombre también se ve condenado a vivir como esclavo y no puede lograr su independencia. Para cumplir con su misión como ciencia humanista, el arte y la literatura prestarán debida atención al problema de la soberanía nacional, además de al asunto del hombre independiente.

La obra titulada *Inmolación en la Conferencia Internacional*¹³, es una obra modelo que refleja correctamente el asunto de la independencia del país y la nación. Esa obra clásica aborda sobre la gesta patriótica de Ri Jun, mártir antijaponés, la cual es un hecho histórico real. Aun tratándose de este hecho, el contenido ideológico de la obra puede variar según el método creativo en que se basa su representación. Si partiéramos del realismo crítico, nos limitaríamos a denunciar la ocupación japonesa de Corea y las maniobras de sus cómplices de la reacción internacional y a expresar la incontenible indignación y la protesta del protagonista. Pero si recurriéramos al realismo socialista, daríamos un paso más de avance: hallaríamos las causas de la limitación ideológica y los pasivos métodos de lucha de Ri Jun en su posición clasista y su concepción del mundo, además de que expresaríamos la idea de que la libertad y la independencia de la nación se logran solamente gracias a la lucha organizada de las masas populares encabezadas por la clase obrera. Al basarse en el realismo jucheano, la mencionada obra ha podido plantear como su meollo la idea de que la dependencia de las fuerzas foráneas conduce a la nación a las ruinas, así como representar el patriotismo del protagonista con mayor profundidad y riqueza, teniendo como punto de apoyo la independencia.

El hecho de que el realismo jucheano parte de la independencia para esclarecer los problemas no implica la delimitación del contenido de la obra ni obliga a abordar solamente lo relacionado con la soberanía. El asunto de la independencia del hombre y la nación abarca una infinita extensión y uno no tiene por qué plantearlo como un tema directo. Cualquier problema humano de la

vida social puede ser escogido y descrito indistintamente según el propósito del autor si es significativo y urge su solución en el ámbito social. Basta con representar cualquier asunto humano de modo que llegue en conclusión al tema de la independencia. El escritor debe manejar todos los asuntos humanos de la vida social desde la posición de presentar y solucionar los problemas relativos a la independencia de un individuo, un país o de una nación. Cualquier contenido, cuyo tema no tiene que ver precisamente con la independencia, puede ser abordado en las obras si aporta significativamente a consolidarla.

A los escritores les corresponde representar la profunda verdad de la revolución y la construcción que se ha dilucidado ya sobre la base del principio filosófico jucheano y, al mismo tiempo, seguir investigando y reflejando en las obras múltiples aspectos de la verdad de la vida humana que se nutren del profundo principio de la idea Juche.

El problema acerca de la independencia que va a ser reflejado en las obras artísticas y literarias se soluciona por medio de un prototipo dotado de esa cualidad y que la aspira.

El realismo jucheano es un método creativo que permite resolver exitosamente la creación del prototipo de la nueva era histórica mediante la presentación del arquetipo del comunista de tipo Juche, representante de nuestra época. Cuando hablamos del prototipo del hombre independiente, nos referimos al hombre que tiene como vida la independencia socio-política y se entrega de lleno a la lucha por realizar la de las masas populares trabajadoras. Quien posee un firme espíritu independiente y una elevada conciencia revolucionaria y lucha con tesón por la independencia nacional, es el hombre más digno y hermoso, además de ser el verdadero ejemplo con el que sueña la humanidad. Ninguna otra persona puede ser más digna y valiosa que quien lucha por la independencia.

La creación del prototipo del hombre que defiende y aspira a la independencia no es una exigencia que les corresponde solamente a las obras que describen la realidad actual, pues tal hombre existió

también en el pasado. Durante muchos años del desarrollo de la humanidad, la gente no ha cejado en su empeño por liberarse del yugo social. Y tuvo el prototipo del hombre en cada etapa histórica: en la Edad Antigua, el que quería liberarse de la represión inhumana del esclavista; en la Edad Media, el que deseaba llevar una vida independiente, libre de las crueles opresiones del señor feudal; y durante la invasión foránea, el que luchó en defensa de la soberanía nacional. Por supuesto, pudiera haber diferencias en el nivel de la conciencia independiente según las épocas, pero lo cierto es que cada época tuvo sus hombres ejemplares que anhelaban la independencia. A la hora de proyectar el pasado, la literatura debe necesariamente escoger al que puede representar esa época entre los que luchaban por la independencia.

En la creación del carácter del hombre independiente, resulta importante profundizar en su conciencia ideológica. La idea es un factor fundamental que caracteriza las cualidades humanas, y las de un ser independiente se aseguran por su conciencia ideológica del mismo carácter. A este aspecto es al que siempre debemos prestar una atención primordial a la hora de crear un prototipo del hombre independiente. La conciencia ideológica revolucionaria y las nobles cualidades espirituales de un ser social son los indicadores importantes que caracterizan su dignidad y su valor.

El comunista jucheano encarna con mayor perfección la conciencia ideológica y las cualidades espirituales y morales del hombre independiente. Es un hombre verdadero, pues se identifica con la gran idea Juche y considera de vital importancia la fidelidad al Partido y al Líder. También es un revolucionario indoblegable que se consagra por la Patria, el pueblo y la causa revolucionaria del Juche.

Nuestro país tuvo a los comunistas de tipo Juche ya en la alborada de la revolución coreana. Los jóvenes que en ese período enaltecieron al camarada Kim Il Sung como máximo cerebro de la revolución y centro de la unidad y lucharon a costa de su juventud y vida por cumplir la causa revolucionaria del Juche iniciada por el Líder, fueron arquetipos del comunista del tipo Juche. Su infinita

fidelidad al Líder, su sublime sentido del deber revolucionario y su compañerismo fueron heredados intachablemente por los guerrilleros antijaponeses y después de liberado el país el inconfundible concepto que tenían estos acerca del Líder, su indoblegable espíritu y su firme convicción revolucionaria siguen en nuestro pueblo de generación en generación. Ahora que la causa de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche se profundiza y se materializa en una fase superior, miles y miles de comunistas de tipo Juche profesan su infinita lealtad a su Partido y Líder, consolidan más el sujeto de la revolución y luchan denodadamente para anticipar la reunificación independiente y pacífica de su Patria. El largo y arduo trayecto recorrido por la revolución coreana constituye una gloriosa historia en la que nacen y crecen sin cesar los comunistas jucheanos. A nuestro arte y literatura le toca poner todo su empeño en la creación de excelentes prototipos de los comunistas jucheanos que surgen sucesivamente.

El realismo jucheano demanda plasmar una forma nacional en las obras artístico-literarias. Estamos hablando de medios, métodos y técnicas representativos que se ajustan a los gustos y las exigencias de nuestra nación y que esta prefiere.

El arte y la literatura han tenido siempre el carácter nacional. El arte y literatura de cada país se crea por su propia nación y para su propio disfrute, y por tanto adopta por medios expresivos su propio lenguaje y términos artísticos. Cualesquier manifestaciones artístico-literarias, para no hablar ya del realismo, adquieren de uno u otro modo la forma nacional. Y las del realismo jucheano que aportan a la causa de la independencia de las masas populares tienen que tomar necesariamente una forma nacional como su medio expresivo.

Moldeadas a lo largo de la historia, las formas nacionales gozan de relativa perdurabilidad. Y a pesar del paso del tiempo y el cambio del sistema social, permanecen casi intactas durante muchos años y se transforman gradualmente. De ahí que puedan tener elementos viejos y caducos que no van a tono con los gustos actuales y cosas

que aunque fuesen apreciadas positivas en el pasado sean valoradas hoy como negativas. Ya se sabe que con el surgimiento del realismo socialista se han comenzado a crear una nueva forma nacional que responde a las ideas, los sentimientos y las exigencias estéticas de la clase obrera, pero lamentablemente casi todas las formas viejas persisten aún en el ámbito mundial.

Aun en la etapa de la revolución socialista el arte y literatura ha seguido aferrado a formas nacionales que no responden a los gustos actuales, lo que se debe al persistente arraigo del servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo. Y debido a ello, en el arte y literatura socialista han subsistido por muchos años las formas viejas y arcaicas como las del teatro del siglo XIX y las operísticas en que predominaban el aria y el recitado. Nos corresponde superar cabalmente el servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo, para heredar las formas nacionales con espíritu creativo conforme a las aspiraciones y exigencias de independencia de las masas populares. Crear las nuevas formas que reclaman la nueva era y la nueva vida, al tiempo que se supera lo viejo y se desarrolla ininterrumpidamente lo progresista y popular en correspondencia con los gustos actuales, constituye la posición de principios que nuestro Partido mantiene invariablemente.

A partir de esta posición, hace muchos años creamos las obras al estilo del *Mar de sangre* y de la *Ermita Songhwang* en los campos de la ópera y el drama, respectivamente. En la rama de la música establecimos la manera de componer sobre la base de las melodías propias de la nación, la de vocalizar a nuestra manera y la de interpretar que exalta las tonalidades peculiares de los instrumentos tradicionales. En la pintura establecimos nuevos métodos de corte realista que se basan en la escuela coreana. En el baile creamos una nueva forma danzaria a nuestro estilo mediante la perfección de los ritmos y cadencias coreanas tradicionales conforme a los gustos actuales. Además, en la literatura eliminamos los extranjerismos y los originados de los caracteres chinos y le dimos prioridad a los términos propiamente coreanos, con lo cual logramos embellecer aún

más el lenguaje cotidiano que le es familiar y comprensible al pueblo.

Con el paso del tiempo y el progreso de la época, el arte y literatura refleja contenidos más ricos y nuevos, por lo que es necesario seguir buscando formas nacionales en correspondencia con ello. Los escritores y artistas no deben conformarse con las formas nacionales que ya hemos creado y que surten efecto, sino seguir empeñados en buscar las nuevas que respondan a las exigencias de la actualidad en constante desarrollo.

Como método creativo que pone en el centro al hombre y a las masas populares, el realismo jucheano viene a ser una poderosa arma ideológica y metodológica para crear un verdadero arte y literatura en pleno servicio a la causa de la independencia de las masas populares. El surgimiento de este nuevo y poderoso método, que plasma de forma integral las exigencias de la era del Juche, constituye un acontecimiento en la historia artístico-literaria de la humanidad y un gran orgullo para nuestro pueblo, escritores y artistas.

4. EL ENTE SOCIO-POLITICO Y LA LITERATURA

1) EL ENTE SOCIO-POLITICO ES LA FUENTE DE LA REPRESENTACION DE NUESTRA LITERATURA

Desde sus inicios, la literatura ha tenido al hombre y su vida como la fuente de la representación. Refleja al ser humano y sus actividades, con lo cual se pone a su servicio. A lo largo de la historia, reflejó fundamentalmente la vida de la clase que encauzaba el curso de la época y le sirvió. Los objetos principales de su representación variaban cada vez que surgía una nueva clase que representaba a la era. Con la llegada de la era de la independencia, ha encontrado finalmente a quién representar y servir eterna e invariablemente: el ente socio-político, sujeto independiente de la historia.

Este se ha formado en el curso de la prolongada lucha de las masas populares por la independencia. La historia del desarrollo humano es historia de lucha por la independencia del hombre y, al mismo tiempo, historia de continuo crecimiento de la fuerza de la unidad de las masas populares que es su sujeto. En ese bregar nuestro pueblo ha conformado un ente socio-político, que es el sujeto independiente más sólido de la historia. Nos referimos al colectivo que ha escalado la fase superior en la historia del surgimiento y desarrollo de la colectividad social.

Mantener o no la existencia de un colectivo depende totalmente de su unidad y solidaridad. Estas son las aspiraciones de todos los colectivos sociales, pero no pudieron ser logradas plenamente por ninguno de los que existieron en el pasado. Tal objetivo se ha alcanzado solamente con la formación del ente socio-político.

El rasero que mide el carácter progresista y la superioridad de un colectivo social consiste principalmente en el grado en que responde

a los intereses de independencia de las masas populares y la grandeza de su fuerza para hacerlos realidad. La historia jamás conoció una organización que se propusiera el gran objetivo de lograr la plena independencia de las masas populares y que tuviera la potencialidad para ello.

La entidad constituida por el Líder, el Partido y las masas constituye hoy el máximo arquetipo del colectivo socio-político gracias a la perfección y la perdurabilidad de su unidad monolítica, y por su capacidad de hacer plenamente independientes a las masas populares. Nuestra literatura tiene el sagrado deber de defender con firmeza este ente socio-político, valiosísima y relevante conquista lograda por las masas populares en su larga lucha en aras de la independencia.

La formación del ente socio-político en nuestro país dio lugar a la nueva definición de la relación entre la vida y la literatura. Hoy día nuestra literatura tiene como fuente de su representación un mundo completamente nuevo, jamás visto en la historia de la humanidad, una gran realidad donde toda la sociedad enaltece a su Líder como si fuera su padre y conforma una inmensa familia. En nuestra realidad, la relación entre el Líder y el pueblo ha pasado de ser la del dirigente y los soldados, para convertirse en una similar a la de un padre y sus hijos, en lazos consanguíneos en que se piensa, se respira y se actúa de forma idéntica. La relación entre todos los miembros de la sociedad que tienen a su padre en el Líder también se alimenta del deber y compañerismo revolucionarios. En esta inmensa familia no cesan de nacer prototipos de nuevos seres, los comunistas de tipo Juche, y se fomentan ampliamente las nuevas relaciones humanas de índole comunista bajo la consigna de “¡Uno para todos, y todos para uno!”. Esa realidad plantea a la literatura exigencias completamente diferentes a las anteriores.

La formación del ente socio-político exige a la literatura, además de definir en un nuevo plano la fuente de la representación, esclarecer su nuevo papel y misión, así como crear un nuevo método que permita ver y describir la realidad con nuevos ojos. Nosotros

podemos llevar a feliz término la histórica causa de la creación de la literatura comunista, sólo cuando resolvamos con un nuevo enfoque todos los problemas relacionados con la literatura sobre la base de la idea Juche y en concordancia con los principios que rigen la existencia y las actividades del ente socio-político.

Para nuestra literatura el ente socio-político constituye una eterna fuente de la representación.

Se trata de un objeto que la literatura debe defender y servir invariablemente, no solo hoy sino también en el futuro, tomándolo como fuente de la representación.

Para la literatura el asunto sobre la fuente de su representación constituye el objeto al que sirve. El escritor escoge el objeto de la representación a partir de los intereses y las exigencias de la clase para la que trabaja. Y el que se entrega a la causa de la independencia de las masas populares toma como fuente principal de la representación al ente socio-político, el sujeto independiente de la revolución.

En la actualidad, lo principal de nuestras relaciones sociales es el vínculo entre el Líder, el Partido y las masas. Sin él es imposible comprender la realidad coreana y dilucidar su esencia. Para mostrar de forma objetiva esa realidad, la literatura debe necesariamente llevar al centro de la proyección la unidad monolítica entre el Líder, el Partido y las masas.

En la representación del ente socio-político resulta importante observar el principio de la unidad de sus tres componentes: el Líder, el Partido y las masas.

Esta es la exigencia básica de la literatura jucheana que parte de su misión de contribuir a la causa de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche. Esta es una obra para materializar plena y brillantemente en toda la sociedad la idea Juche del gran Líder, bajo la dirección del Partido, a fin de alcanzar la completa independencia de las masas populares, una obra que se impulsa y triunfa por el poderío de la unidad monolítica entre el Líder, el Partido y las masas. El proceso de llevar a cabo esa empresa implica

la consolidación y desarrollo ininterrumpido del ente socio-político.

Para contribuir activamente al perfeccionamiento de ese ente, la literatura debe mostrar de modo profundo y vívido cuál es el factor fundamental que garantiza su vida y fuerza.

Nuestro ente socio-político es el fruto más valioso logrado en el proceso constructivo y revolucionario llevado a cabo por las masas populares unidas en un solo haz bajo la dirección de su gran Líder y Partido, así como es un organismo invencible creado y consolidado venciendo todas las pruebas en su historia. Se sustenta en el infinito amor del Líder hacia el pueblo, y en su fondo se encuentra la estrecha relación entre el pueblo y su Líder y Partido, en la cual estos últimos depositan una infinita confianza en el primero y le profesan un amor infinito mientras este les sigue fielmente enalteciéndolos como sus padres. Una perfecta unión basada en el más noble deber revolucionario y el compañerismo, he aquí la esencia y la superioridad incomparable de nuestro ente socio-político.

Es necesario que la literatura represente profunda y verídicamente la estrecha relación entre el Líder, el Partido y las masas populares, unidos en un solo cuerpo.

Las obras pueden representarlos en un cuadro unificado o por separado. Lo importante es establecer en todos los casos la interrelación de esos tres elementos en un cuerpo. No podemos afirmar que se haya observado este principio en la obra aunque representa directamente al Líder y establece la línea de organización partidista, si no describe verídica y profundamente la interrelación de los mencionados componentes, que comparten el mismo destino. Aun en el caso de representar solamente a las masas sin llevar a la escena al Líder ni establecer la línea de organización del Partido, podemos destacar la grandeza del primero y el papel rector del segundo, si profundizamos en la lucha del pueblo por solucionar los problemas que les preocupan y aplicar al pie de la letra su política. El problema de la observación del principio de la unidad de los tres elementos no radica en la representación conjunta o separada de los mismos, sino en la veracidad y profundidad con que se describe esta

relación.

Lo principal en la representación del ente socio-político es exponer bien sus aspiraciones y exigencias, que están sintetizadas de forma global en las ideas de su Líder. En esa agrupación social que constituye un ente por la uniformidad de ideas, objetivos, acciones y voluntad, lo que piensa el Líder se convierte en la voluntad del Partido y en la convicción del pueblo. Para comprender las aspiraciones y exigencias de tal cuerpo social, el escritor tiene que comenzar necesariamente por un profundo estudio de las ideas de su Líder, y sobre esta base, analizar a qué aspiran el Partido y el pueblo en cada período.

En nuestro país las ideas y propósitos del Líder y Partido, así como las aspiraciones del pueblo, se transmiten con exactitud a las masas por los medios de divulgación y las redes de educación del Partido. De lo que ve, escucha, lee y aprende cada día, el escritor puede captar lo que aspira ahora el Líder y lo que se proponen hacer nuestro Partido y pueblo. Le corresponde analizar no sólo teóricamente sino también estéticamente lo que exige el colectivo socio-político y las vías para llevarlo a efecto. Solo entonces puede tener ricas imaginaciones artísticas e inspiraciones para la representación. Quien no es capaz de percibir su época con visión propia, será calificado de insensible a las aspiraciones y exigencias del Líder, el Partido y las masas, aunque las conozca teórica y perfectamente. Pero ello no significa que todo se resuelve con la sensibilidad. Lo que el escritor necesita imperiosamente es la firme voluntad de compartir su destino con los demás integrantes del ente socio-político y la entrega total y el gran fervor por cumplir a toda costa las aspiraciones y exigencias del ente socio-político, asimilándolas como si fueran sus propias necesidades.

Nuestros escritores correspondieron brillantemente a la confianza del Partido cada vez que este proponía nuevas exigencias y tareas al pueblo. Cuando se presentó la exigencia de desplegar la “batalla de velocidad” en todos los sectores de la construcción socialista, publicaron obras que representaban a los pioneros de este nuevo

movimiento. Cuando exigía que todos vivieran y lucharan como héroes, crearon muchas obras maestras que reflejaban a los verdaderos héroes de nuestra era. Hicieron lo mismo cuando exigió se desplegara el movimiento por la conquista de la bandera roja de las tres revoluciones y se materializara el lineamiento del Partido sobre las masas. Tanto en la última década del siglo XX como en el nuevo milenio, sabrán responder satisfactoriamente con sus muchas creaciones a los propósitos, exigencias de su Partido y Líder, así como a las aspiraciones de su pueblo.

Para que el ente socio-político sea una eterna fuente de la representación, la literatura tiene que definir adecuadamente el rumbo de su creación en correspondencia con ello.

Tal rumbo consiste, en líneas generales, en representar la sagrada causa de nuestro Partido de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche y la materialización de la independencia en el mundo. Los temas de todas las obras serán asuntos concretos derivados de ese rumbo global.

Nuestra literatura tiene el deber de plantear como importantes tareas temáticas las tres revoluciones: ideológica, técnica y cultural. Estas constituyen vías fundamentales para transformar toda la sociedad según la idea Juche. A la literatura le incumbe captar problemas apremiantes y significativos para el cumplimiento de esas revoluciones y darles respuestas profundas.

Tiene que narrar la historia revolucionaria del Líder, el Partido y las masas, así como las gloriosas tradiciones creadas en ese trayecto. Las tradiciones revolucionarias establecidas por el Líder devienen las raíces históricas del colectivo socio-político y la piedra angular que garantiza su destino. Es preciso que nuestra literatura ponga gran atención en la representación de la brillante historia del gran Líder y la historia de la lucha revolucionaria del pueblo guiado por él.

Es recomendable que la literatura plantee como importante tema la causa de la reunificación de la Patria, que toma hoy un auge inaudito por nuestro pueblo. Todos los compatriotas del Norte, Sur y el exterior se han levantado en la lucha con el fuerte deseo y firme

convicción de alcanzar ese propósito. A los escritores les toca brindar aportes sustanciales a este bregar.

Otra tarea de la literatura es representar con profundidad la lucha de nuestro pueblo y demás pueblos progresistas del mundo para lograr la independencia a escala planetaria.

Para que la literatura tenga como eterna fuente de la representación el ente socio-político el escritor debe mantener una firme actitud de protegerlo.

Le compete considerarlo como la matriz de la vida política de todos los miembros de la sociedad, como fuente de una fuerza invencible que decide la prosperidad y el futuro de la nación, y defenderlo con firmeza y luchar activamente para consolidarlo. Esta actitud y posición debe ponerse de manifiesto en la creación. Afirmar y defender al ente socio-político en la obra literaria significa absolutizar y enaltecer al líder de la clase obrera, hacer panegírico al partido de esta clase y encomiar a las masas populares unidas en torno a ambos. En este sentido nuestra literatura debe ser una manifestación que afirme la realidad.

Quien piensa que una obra resulta atractiva por su crítica y negación de algo, tiene una concepción errónea y una forma de pensar anticuada que discrepa con la realidad. Hace muchos años que en nuestra realidad predomina lo positivo mientras que lo negativo se ha relegado a un segundo plano, por lo que sin ningún problema podemos hacer obras excelentes con el contenido de la tipificación y la defensa de lo positivo. Cuando representamos al ente socio-político formado en nuestro país, un cuerpo puro y sólido, debemos tomar con firmeza lo positivo como lo principal conforme a su naturaleza. Claro que nuestra literatura puede exteriorizar y criticar los fenómenos negativos existentes en la realidad. Pero si estos no tienen un carácter antagónico, la crítica no debe ser tan dura como para derrotarlos o enterrarlos. Debe tratarlos en todos los casos en el sentido de ser superados en pro de la consolidación de la unidad y cooperación camaraderil.

El guión de la película *Aval* comprueba fehacientemente la

justeza y la vitalidad del lineamiento de nuestro Partido en cuanto a las masas. Critica los elementos negativos y también a unos funcionarios del Partido. Es imposible que todos estos sean hombres perfectos. Como se observa en el guión, algunos no tratan con tacto a las personas con antecedentes complicados en desacuerdo con el citado lineamiento del Partido, otros se interesan más por los defectos de las personas que por sus virtudes, y también hay quienes por aferrarse a sus datos no llegan a conocer su verdadera naturaleza o la realidad. Tales cuadros merecen ser criticados, pero es erróneo presentar en la obra solamente a los que tengan fallas, porque así tergiversaríamos la realidad como si las organizaciones partidistas estuvieran plagadas de lo negativo e iríamos más allá de la crítica de algún funcionario para acabar en una calumnia del propio Partido. Si, como en el caso del citado guión, presentamos en el centro de la obra a un verdadero arquetipo del funcionario partidista de nuestra era, no provocaríamos grandes escándalos, aunque censuráramos a algunos cuadros.

En las obras que abordan la realidad, no se puede describir como negativos a todos los personajes que rodean al protagonista positivo, considerando que basta con exaltar a este último. Resulta una tendencia errónea que se opone a la realidad representar de esa forma a los personajes secundarios y proyectar al principal como quien hace de tripas corazón. En esas obras hay que profundizar en el proceso de la superación de lo negativo por el activo esfuerzo del protagonista positivo.

Nuestro ente socio-político, que da latidos por la inmortal idea Juche y está unido monólicamente por el deber y el compañerismo revolucionarios, es invencible y perdura al igual que la causa revolucionaria del Juche. A nuestra literatura le incumbe seguir los pasos de avance de ese colectivo, que se solidifica y desarrolla incesantemente con el decursar de la era de la independencia.

Tal como es eterno el ente socio-político, así también lo es nuestra literatura, porque tiene su fuente en él.

2) LA REPRESENTACION DEL LIDER, TAREA SUPREMA DE NUESTRA LITERATURA.

La representación del Líder es lo más fundamental de la edificación de la literatura jucheana, y constituye su tarea primordial a que debe atenerse firmemente.

Como arma ideológica que sirve a la causa revolucionaria del Juche, nuestra literatura ha de plantearse como su objetivo general identificar a toda la sociedad con la idea Juche, idea revolucionaria del gran Líder. Al proponerse la representación de este como su primerísima tarea, puede aportar activamente a la sagrada causa de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche.

El Líder es el máximo arquetipo del revolucionario comunista jucheano que representa la era y las masas populares. Y debe ser enaltecido por la literatura jucheana, pues se trata de un grandioso hombre que encarna en el supremo nivel los rasgos y las cualidades del comunista del tipo Juche. Por medio de su impecable representación artística, la gente llega a conocer el más sublime mundo espiritual del revolucionario y a seguir con gran emoción sus extraordinarias cualidades.

Crear la sublime imagen del querido Líder, camarada Kim Il Sung, es la ardiente aspiración y el máximo deseo de nuestro pueblo y otros pueblos revolucionarios del mundo. Nuestra literatura comenzó a asumir esta tarea con la creación de himnos y leyendas del monte Paektu. El himno revolucionario *Lucero de Corea* fue la primera canción que glorificó al Líder de la clase obrera. Al darse cuenta que componían esa canción, este se opuso y lo impidió, pero los jóvenes comunistas la completaron finalmente y luego la divulgaron ampliamente.

Si la mencionada obra fue un producto del propio impulso y deseo de los jóvenes comunistas, las leyendas del Paektu surgieron espontáneamente en el seno del pueblo. Creadas y transmitidas

oralmente por este durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, hablan de la guerrilla coreana y de su gran General. La enorme cantidad de leyendas asociadas con el Líder que han llegado a formar el grupo de leyendas del Paektu, es la muestra palpable de cuán sincero y apasionado ha sido el respeto y admiración del pueblo hacia él.

La literatura que representa al Líder entró en una nueva fase con la *Canción del General Kim Il Sung* y la epopeya *Monte Paektu*, creadas a raíz de la liberación del país como frutos del ardiente deseo del pueblo y los revolucionarios fieles a su dirigente y de la apasionada inspiración e impulso de un poeta.

La producción de poemas y canciones que elogian al Líder coreano se promueve hoy entre los jefes y personalidades de distintos países del mundo. Utilizan distintos lenguajes y melodías, pero se identifican por el unánime sentimiento de veneración a nuestro Líder. La producción literaria es una labor sumamente consciente y creativa. De nada sirven las imposiciones ni el sentido de obligación para crear obras excelentes que enaltecen de todo corazón a un líder.

No por ser planteada por las aspiraciones y las exigencias del pueblo, la representación del Líder puede ser llevada a cabo espontáneamente, sin lucha ni esfuerzo. Esta tarea no puede ejecutarse con un objetivo bien definido ni con amplitud, ni con grandeza de espíritu, si se deja a merced de la conciencia o la espontaneidad.

Solo bajo la dirección única del partido de la clase obrera, puede ser una labor bien encaminada y organizada, así como puede ser llevada a cabo con dinamismo, a partir de una meta y perspectiva bien definidas.

Desde que comenzamos a dirigir el campo artístico y literario, definimos la representación del Líder como la primerísima tarea de la literatura y la impulsamos fuertemente concentrando la dirección partidista y las fuerzas creadoras. Gracias a la dirección del Partido, esa rama literaria ha entrado hoy en una nueva era de prosperidad. Se ha concluido la parte del período de la Lucha Revolucionaria

Antijaponesa perteneciente al ciclo *Historia inmortal*, se publican sucesivamente obras que abordan los años posteriores a la liberación del país y se ha llevado a la pantalla el guión *Lucero de Corea*. Asimismo se ha establecido un ordenado sistema de dirección y creación y una eficiente base para crear la imagen del Líder. Hoy esta labor deviene el núcleo de la construcción de la literatura jucheana y su pujante tarea fundamental.

Para el sector literario es preciso mantener y hacer brillar los éxitos alcanzados en la representación del Líder. Logramos resonantes éxitos al respecto, pero no tenemos por qué dormirnos sobre los laureles. Aún quedan pendientes muchos asuntos que analizar y resolver. A los escritores les toca cumplir con la honrosa misión que han asumido ante la época y la historia como abanderados de la creación de la imagen del Líder.

Lo más importante en la representación del líder de la clase obrera es describir adecuadamente su grandeza.

En esa literatura es recomendable profundizar en la grandeza del Líder como destacado ideólogo y teórico.

Las obras de ese tipo deben reflejar con profundidad su gran idea revolucionaria, así como hacer resaltar claramente su veracidad, originalidad y su invencible vitalidad.

Al escritor le corresponde proyectar de forma global y profunda el proceso en que el gran Líder creó y perfeccionó la inmortal idea Juche, las originales teorías revolucionarias y métodos de dirección. Las novelas *Albor de la revolución* y *Vía Láctea*, que forman parte del ciclo *Historia inmortal*, reflejan vívidamente la realidad social de la segunda mitad de la década del 20 y revelan con gran profundidad filosófica las razones que dieron lugar al surgimiento de la gran idea Juche, faro que iluminó el curso de la época y la revolución, así como los grandes cambios producidos en la concepción de la gente sobre el mundo como consecuencia de dicho pensamiento. Tal exposición sirve para mostrar con emoción los extraordinarios rasgos del Líder, creador de grandes ideas y teorías y poseedor de aguda perspicacia.

Una obra no precisa necesariamente la descripción del proceso creativo de alguna ideología o teoría para mostrar la grandeza del líder como gran ideólogo y teórico. Tal es el caso de la novela *La mañana luminosa*, del ciclo *Historia inmortal*, y que hace manifestar con nitidez la aguda perspicacia de ese gran ideólogo y teórico a través de su sabia dirección que se expresa al tomar medidas decisivas para educar y transformar a los viejos intelectuales y preparar a los nuevos intelectuales y los cuadros de la nación.

Las obras que abordan al líder tienen que representar con profundidad su grandeza como un político, estratega y artista del mando.

Su dirección sobre la revolución y la construcción es, en esencia, dirección política. Para mostrar sus excelentes cualidades como dirigente, es necesario subrayar el lado político en el que se apoya para analizar y resolver todos los problemas. No viene al caso plantear en la obra un problema técnico que les cuesta trabajo solucionar incluso a los especialistas competentes, pero que finalmente se resuelve gracias al gran Líder. Es sabido que este está versado en todos los aspectos tales como la política, la economía, la cultura y el Ejército, y es capaz de resolver cualquier problema con gran sabiduría. Pero lo que tiene importancia esencial en su representación es, a fin de cuentas, mostrar sus excelentes cualidades como dirigente político. Sus conocimientos enciclopédicos también se basan en su grandeza como dirigente político.

La perspicacia del líder como gran estratega se pone de manifiesto en cada fase de la construcción y revolución al reorganizar adecuadamente las fuerzas revolucionarias y señalar correctamente la meta, el rumbo, la fuerza motriz y el blanco de la lucha, así como las tareas y las vías para llevarlas a cabo.

En su arte de mando ocupan un capítulo importante los métodos revolucionarios y el estilo popular de trabajo.

El escritor debe describir con profundidad la gran política, la gran estrategia y el gran arte de mando de su querido Líder, para así mostrar imponentemente los rasgos de esta personalidad que conduce

la causa revolucionaria del Juche a la victoria.

Todas las ideas, teorías y métodos de dirección del gran Líder son nuevos y originales. Su idea Juche es una gran verdad que se ha descubierto por primera vez en la historia ideológica de la humanidad, y todas sus teorías revolucionarias y métodos directivos que tienen como esencia a esa idea son nuevos, que ningún dirigente precedente ha sido capaz de presentar. Esa idea directriz de la revolución la creó, no en un despacho, sino en la práctica de la lucha revolucionaria. Sobre la base de una filosofía que ama y confía en el hombre, inició su lucha revolucionaria con la conquista de camaradas y en toda su vida ha acudido a la estrategia de desafiar las pruebas.

Para representar a nuestro Líder como el hombre más grandioso del mundo, los escritores tienen que prestar especial atención y concentrar la representación a las mencionadas actividades ideológico-teóricas peculiares y el arte de mando que lo caracterizan.

En las obras que tratan del líder, es preciso representar con nitidez la grandeza de sus cualidades humanas.

Para ello, se requiere presentar a través de una vida rica su estrecha relación con los soldados y con el pueblo. Sus cualidades humanas comunistas se fundamentan en el verdadero compañerismo. Y de este compañerismo se caracteriza su historia revolucionaria y su brillante trayecto de vida. En las obras la relación humana entre el Líder y sus soldados y su pueblo ha de apoyarse en el deber y la camaradería revolucionarios.

De especial importancia resulta para las obras que abordan al líder adentrarse en su grandeza como padre afectuoso de sus soldados y de su pueblo.

Hoy día la relación entre el Líder y sus soldados y el pueblo, es signada como relación entre el dirigente y los dirigidos, como relación de sangre entre el protector político y los súbditos, entre el padre y los hijos, en la cual se quieren mutuamente y el primero se encarga del destino de los segundos mientras que estos le depositan enteramente su confianza.

El líder de la clase obrera ama infinitamente a sus soldados y el

pueblo y se entrega por entero para forjar su destino, lo cual es su deber consustancial como responsable total de su destino y una manifestación de su deber con ellos que le confían y siguen. El líder les da la más valiosa vida política, los conduce a vivir eternamente en el sagrado camino de la revolución y los atiende con cariño para que puedan disfrutar de una plena vida independiente y creadora. Al propio tiempo que deposita infinita confianza en ellos y los honra con amor paternal, se apoya en sus fuerzas para conducir la revolución a la victoria. La confianza y el amor son los sublimes rasgos del líder.

El querido camarada Kim Il Sung es un gran ejemplo del líder del pueblo, que encarna en alto nivel la confianza y el amor hacia éste y sus soldados revolucionarios y aplica una política de este carácter durante toda la vida.

Esta es la razón por la que los soldados y el pueblo siguen infinitamente fieles a su Líder. La relación entre este y ellos, como la de padre e hijos, no admite ninguna distancia ni ninguna reserva. La grandeza de los rasgos humanos del querido Líder radica precisamente en su fusión con los compañeros y el pueblo en una relación de confianza y fidelidad, así como de amor paternal y filial. La literatura debe necesariamente profundizar en esta nueva relación, para así poner de manifiesto la grandeza del Líder como ser humano.

Para dar un cuadro de la grandeza de las cualidades humanas del Líder, resulta importante esmerarse en la descripción de su política de amor y confianza para los compañeros revolucionarios y el pueblo. Todas las políticas y medidas de nuestro Partido son el reflejo fiel de la voluntad y las exigencias del pueblo y están al servicio de su bienestar. Llevan impresos el ardiente amor por el pueblo y el sublime deber del Líder, quien se ha propuesto hacer más digno y feliz a su pueblo, que otrora llevaba una miserable vida, sin Patria, increíblemente humillado y explotado. Ningún otro dirigente del mundo aplica una política de tanto amor y confianza para su pueblo. Es preciso que las obras literarias describan vívida y verazmente esta gran política, prestando atención hasta los detalles de la vida.

A la hora de mostrar la grandeza de las cualidades humanas del Líder, no ha de ser representada en forma estereotipada o convencional.

Si no nos adentramos en la relación del Líder con los que lo rodean y le imprimimos un carácter oficial, su representación se percibe como rígida, estereotipada e insípida. Cada vez que él se reúne con otros funcionarios, bromea con ellos, los hace reír y les cuenta anécdotas de la vida. En la obra se debe mostrar estos detalles de la vida y describir también sobre la base de la vida su relación con los familiares.

Las cualidades humanas del Líder se perciben con emoción en la exposición de su mundo interior, más que en sus diálogos y sus actos. Resulta difícil revelar con viveza las grandes cualidades humanas del Líder sin proyectar su rico y profundo mundo de vivencias interiores que le permiten actuar tras varias reflexiones sobre un asunto. En la representación del Líder, es inadmisibles subrayar solamente un resultado sin hacer un profundo análisis de las vivencias y el proceso de los altibajos psicológicos que necesitó para lograr ese resultado. Tampoco se puede perfilar solamente manifestaciones del Líder, quien soluciona inmediatamente cualquier problema o toma medidas pertinentes. Como ser humano, él ha sufrido más duras pruebas y penas en el corazón que nadie. Él dice que sus canas se deben a los fraccionalistas y que el problema de la reunificación de la Patria no le deja dormir. Nuestras obras literarias deben exponer con viveza ese profundo mundo psicológico.

El Líder posee excepcionales cualidades humanas. El escritor debe estudiar a fondo el proceso de sus actividades revolucionarias y representar con sentido real tales cualidades sobre la base de la vida.

En las obras literarias la representación del Líder debe estar asociada necesariamente con su unidad con el Partido y las masas, o sea, relacionada con estos dos últimos elementos, factor que determina el nivel de la representación del líder de la clase obrera. A partir de esa actitud y posición, se puede analizar al Líder en su estrecha relación con el Partido y las masas, así como representarlo

como centro del ente socio-político. De lo contrario, será descrito como un individuo apartado del Partido y las masas, y no se podrá mostrar a su debido nivel la posición y el papel que ocupa en el ente socio-político. Al tener en cuenta la unidad de esos tres elementos, su puede representar al Líder como centro de la unidad y la dirección, y como gran guía del pueblo, quien con su destacada idea y consumado arte de mando eleva la función y el papel combativos del Partido, el Estado Mayor de la revolución; concientiza y organiza a las masas para aglutinarlas en una fuerza política; y defiende cabalmente sus exigencias e intereses de independencia y moviliza a todos a la lucha para materializarlos.

En la representación del líder de la clase obrera en su relación con los otros dos componentes del ente socio-político, resulta importante describir sus constantes actividades en medio del pueblo.

A nuestro Líder lo llamamos gran padre del pueblo, el cual, manteniendo el contacto con este en toda la vida, ha defendido como nadie sus exigencias e intereses por la independencia y ha dirigido sabiamente su materialización. Durante más de medio siglo, desde que inició la revolución hasta la actualidad, recorrió el arduo camino de la revolución en aras de la Patria y el pueblo, así como está siempre con éste en sus interminables viajes de trabajo. El espíritu y el método Chongsanri, el sistema de trabajo Tae-an y el método de cultivo adecuado a las condiciones del país son el fruto de sus íntimos encuentros con el pueblo y la síntesis de las aspiraciones y exigencias de éste. Para representar al Líder en su unidad con otros dos componentes del ente socio-político es necesario exponer con profundidad sus brillantes actividades y nobles cualidades que le hacen compartir las penas y las alegrías con el pueblo.

A este respecto resulta de suma importancia representar con emoción los inolvidables episodios que hablan de sus interminables visitas de orientación. Pero lamentablemente lo que se narra en algunas obras causa menos impacto que las memorias. Esto se debe en gran medida a la ineptitud del autor de percibir plenamente el gran propósito que el Líder se propone lograr con sus orientaciones sobre

el terreno y su importancia. Aunque haya escogido un tema excelente sobre las labores del Líder en una localidad, no habría más que enumerar los datos si no es capaz de sentir las cualidades humanas de ese gran hombre que se manifiestan en ellas. Cualquiera que haya visitado el Museo de la Revolución Coreana habrá visto el sencillo abrigo militar con el cuello desgastado y lleno de pelusas, que el Líder llevaba en sus largos viajes de orientación. Esta prenda me emociona profundamente. Cada una de sus hebras revela el ardiente amor del Líder hacia su pueblo y el gran esfuerzo que le han impuesto sus largos y agotadores viajes realizados sin un momento de descanso para salvar el destino de la revolución y de la Patria y la nación, y procurarle a su población una vida placentera y culta. Si reflejáramos en las obras las historias de esos recorridos, a partir del emocionante impacto que nos causan los innumerables episodios que contiene ese abrigo, podemos crear obras maestras que representen profundamente la grandeza de las cualidades humanas del Líder.

Para mostrar los extraordinarios rasgos del Líder, es preciso describir de forma sistemática e integral su historia revolucionaria y sus proezas, las cuales constituyen la síntesis de sus extraordinarias ideas y teorías, su sabia dirección y sus nobles cualidades humanas.

La brillante historia revolucionaria y las proezas de nuestro Líder devienen la concreta expresión de su grandeza como eminente ideólogo y teórico y como destacado dirigente. Si las representamos de manera sistemática, la población comprenderá mejor la grandeza de su Líder.

Para representar la grandeza del Líder de modo sistemático, integral y profundo, es necesario poner gran empeño en la producción de novelas en forma de series. En nuestro país la representación del Líder ha dado grandes pasos de avance con la creación del ciclo *Historia inmortal*.

El ciclo de novelas es un género literario creado hace muchos años, pero nosotros somos los primeros en representar en ella al líder de la clase obrera.

El ciclo *Historia inmortal* es una colección, en un título unificado

de obras maestras revolucionarias que describen la historia revolucionaria del gran Líder de forma sistemática e integral y con profundidad. Si tratamos por parte a un enorme objeto socio-histórico, lo reflejamos en varios tomos. Estos tomos, aun cuando tengan cierta interrelación desde el punto de vista del contenido, pueden constituir una obra de muchas partes pero no un ciclo de novelas. Las obras que integran un ciclo se relacionan entre sí, pero además son independientes. Llevan un mismo título, pero cada una de ellas debe tener una independencia relativa y ser obra completa e impecable cuando la analizamos por separado.

El ciclo *Historia inmortal* debe destacar, además de las citadas características generales, su singularidad como una compilación cuyo protagonista es el Líder. Cada una de sus novelas debe abordar una fase de las actividades de su personaje fundamental y narrar principalmente cierto acontecimiento histórico. Es inadmisibles que tales volúmenes adopten formas de crónica o biografía, a las que recurrimos para presentar a renombrados generales u otras personalidades, pues así acabaríamos por enumerar sencilla y llanamente la inmensa historia y las proezas del Líder. Las obras del ciclo *Historia inmortal* deben presentar hechos continuos, así como personajes y tareas temáticas relacionados entre sí. El ciclo está protagonizado por el gran Líder y describe su historia revolucionaria de forma sistemática e integral, de modo que requiere de una estrecha relación entre los temas, entre la línea de personajes y entre la de sucesos de sus novelas. En cuanto a estos dos últimos elementos, se debe unificarlos basándose estrictamente en la realidad y en personas reales. No tenemos por qué uniformar a los personajes ficticios, pero en el caso de los que han sido dados a conocer por la historia, se debe tratar de resaltar su imagen original y proyectar al pie de la letra sus peculiaridades características y sus actividades.

Ahora que se ha concluido la parte de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, nos urge finalizar la del período posterior a la liberación del país. A la hora de representar al Líder de esta etapa, pueden surgir muchos problemas complicados. Ahora él es jefe del

Estado y del Partido. Además de dirigir de forma unificada todos los sectores como la política, la economía, el Ejército y la cultura, es una eminencia de la revolución mundial y el movimiento comunista internacional. Por lo tanto, su representación requiere de un estudio serio.

Representarlo bien para las futuras generaciones constituye la tarea más honrosa, la de mucha responsabilidad para los escritores de hoy. No podemos relegar esta tarea a la posteridad. Nos corresponde concluir la en nuestra generación con ayuda de los que pueden testificar en persona las actividades revolucionarias del Líder.

Asimismo, es preciso representar adecuadamente al relevo del líder de la clase obrera.

Este heredero desempeña un papel decisivo en la continuación de la causa revolucionaria iniciada por su antecesor. La literatura socialista, que está al servicio de la causa revolucionaria de la clase obrera, debe necesariamente asumir como tarea primordial la representación de la grandeza del sucesor del líder junto con la de este.

Lo importante en este caso es describir profundamente su absoluta fidelidad a su líder. Esta es su cualidad esencial. Su primera misión es mantener la pureza de la causa emprendida por su líder y materializarla relevando a las generaciones precedentes, por eso debe serle fiel ilimitadamente.

Es recomendable, además, representar de forma global y profunda las cualidades y proezas del sucesor, como destacado dirigente de la revolución y construcción. El sucesor es un eminente ideólogo, político y estratega que encarna fielmente las grandes cualidades y los rasgos de su antecesor. Cooperar con este en su trabajo y enaltece su causa por medio de la dirección de todos los campos de la revolución y construcción. En este proceso acumula una serie de méritos revolucionarios que nadie puede desacreditar. Por medio de estos méritos, la literatura debe representar con profundidad la grandeza de sus ideas y dirección, además de hacer impresionantes cuadros de sus excelentes cualidades como otro padre afectuoso del pueblo. En su relación con el líder se sitúa a posterior, pero en su

relación con el pueblo es un dirigente que hereda tal como es la posición y el papel de su antecesor. De modo que su representación en la literatura requiere el mismo principio básico que se aplica en la del líder.

La representación del líder de la clase obrera es una tarea común de todos los escritores y colectivos creadores, incluyendo los grupos creativos que se dedican exclusivamente a esa labor. También es un deber de todo el partido y de toda la sociedad. A los órganos de la creación les corresponde activar el entusiasmo de los escritores encargados de la representación del Líder, procurarles óptimas condiciones de reportaje y trabajo, y hacer que toda la sociedad preste apoyo y estímulo a esa labor.

Las obras que representan al Líder sirven de arma poderosa y guía de la revolución para darle a conocer a la población su grandeza y educarla en la fidelidad sin límites a él. Los éxitos en la descripción del Líder representan los del campo literario.

3) LAS OBRAS QUE REPRESENTAN AL LIDER TIENEN SU PROPIA LOGICA

Las obras que representan al líder de la clase obrera deben ser paradigmas de la literatura jucheana.

No es nada fácil lograr el supremo nivel ideológico-artístico de la obra para que sea modelo de la literatura. Basándose únicamente en experiencias y conocimientos adquiridos en la producción de obras comunes, no se puede crear volúmenes impercederos sobre el tema del líder de la clase obrera. El escritor debe tener clara conciencia de que las obras en que aparece el líder tienen peculiaridades estéticas que las distinguen de otras comunes, y materializar adecuadamente esas exigencias.

Todos los elementos de la representación literaria se relacionan estrechamente como los de un organismo vivo. Brotan, crecen y se desenvuelven de acuerdo con su propia razón de ser,

independientemente de lo que piensa el escritor. Por lógica de la literatura se entiende el principio de armonizar y alentar la representación cual un ser vivo, así como reproducir la vida con veracidad conforme a sus propias características. Se trata del principio que hace que la literatura cobre vida como tal y su representación se vigore, se ajuste y se oriente como si fuera un organismo. Si un escritor, hecho presa de subjetivismo, ignora o minimiza la lógica de la vida, sacrifica la representación y distorsiona el carácter y la vida de los personajes. El propósito subjetivo del escritor debe obedecer estrictamente a la lógica de la obra.

Si la obra que representa al líder tiene su propia lógica se debe ante todo a su elevada posición social que se presenta en el centro de lo descrito.

El líder de la clase obrera no es un individuo. Y en la literatura se debe describir al hombre concreto y no al abstracto, por lo cual no se puede proyectar al líder de la clase obrera como un ser abstracto. Describirlo como un personaje concreto pero no como un individuo, esta es la condición específica por la que las obras que lo representan adquieren su propia lógica. Si, con tal de no verlo como un individuo, lo absolutizamos de manera abstracta, caemos en la desviación de considerarlo como un ser así desde siempre. Por el contrario, si lo fusionamos en la generalidad de los individuos a partir del intento de describirlo como un ser concreto, no podremos mostrar debidamente sus elevados rasgos.

Consciente de la esencia de la idea de que el líder no es un individuo, el escritor debe presentarlo en el centro de la representación como centro de la vida del colectivo socio-político, como hombre destacado que desempeña un papel decisivo en la forja del destino de las masas, y describir vívidamente sus nobles cualidades como eminente dirigente y como hombre que se desenvuelve en la realidad.

Las obras que representan al líder tienen el importante deber de describir con emoción su posición y papel en el proceso constructivo y revolucionario. Es preciso proyectar imponentemente sus

excelentes cualidades a tono de su posición de dirigente. Para ello, lo primordial es plantear una tarea de peso de representación que esté a la altura de la grandeza del personaje.

En las obras cada personaje tiene su propia tarea de representación. Hablamos de la parte que le toca a cada uno de ellos para dar solución a la semilla y los problemas básicos derivados de esta, y para componer la estructura de la obra. El aspecto del carácter y la altura de su representación dependen de cómo se plantea y resuelve esa tarea. La tarea de representación del líder es diferente a la de los protagonistas comunes, los héroes o las personalidades sobresalientes de la historia. El líder de la clase obrera resuelve los problemas más esenciales que deciden el destino de la patria y la nación, la revolución y la construcción. La obra debe plantearse una tarea de peso que sea capaz de exponer el mundo de las actividades del líder, quien mueve al colectivo socio-político e impulsa el magno avance de la historia.

La novela *Albor de la revolución*, que forma parte del ciclo *Historia inmortal*, se planteó una tarea de peso de representación, gracias a lo cual ha podido representar al Líder en un alto nivel y de forma imponente. Narra la lucha que desplegó el Líder en Jilin en el período de sus primeras actividades revolucionarias. En aquel entonces los nacionalistas conservadores y los primeros comunistas coreanos, lejos de vincularse con las masas, se dedicaban a hablar en las reuniones de los más selectos de la jerarquía, al tiempo que urdían las más aviesas tramas para incrementar el número de sus adeptos. Esos pregonadores de la “libertad” y la “revolución” se ahogaban en la turbulencia de su tiempo, mientras que los jóvenes que se inclinaban a las nuevas tendencias ideológicas deambulaban sin un rumbo fijo. Así la revolución coreana se sumía en una crisis irremediable. Esa crítica situación presentaba estas preguntas apremiantes: cómo salvar la revolución coreana que declinaba peligrosamente y, si ya era atrasado el ideal de las generaciones precedentes, cuál debía ser la idea revolucionaria que reflejara a la nueva era. La creación de una nueva idea directriz y el allanamiento

de un nuevo camino de la revolución eran tareas históricas que podía asumir solamente un líder destacado. La novela *Albor de la revolución* planteó esta misma tarea y la resolvió con profundo sentido artístico, con lo cual mostró a su debido nivel la extraordinaria capacidad de dirección de nuestro Líder, surgido por primera vez en la historia.

La posición social y el papel de los individuos pueden ser suplidos por cualesquier otros, pero en el caso de un líder no sucede lo mismo. Para la representación del líder ha de plantearse un problema apropiado a su singular posición y papel que nadie puede sustituir. Ese problema es de carácter vital que se relaciona precisamente con los intereses esenciales de las masas populares y las estrategias y las líneas de la revolución y la construcción. Lo fundamental de la dirección del líder es trazar estrategias y líneas de la revolución y conducir sabiamente al partido y a las masas a su cumplimiento. Las estrategias y las líneas de la clase obrera para la revolución pueden ser elaboradas solamente por su líder y materializadas por su única dirección. Estas tareas fundamentales que deciden el destino de la revolución se relacionan siempre con el pensamiento y las actividades del líder. La razón fundamental por la que el líder ocupa una posición absoluta y juega un rol decisivo en la revolución y la construcción radica también en que él controla y resuelve los problemas estratégicos y los relacionados con lineamientos que deciden el futuro del proceso constructivo y revolucionario.

Es sabido que no se puede mostrar a través de una obra toda la historia de las actividades revolucionarias del Líder. Se equivoca aquel que, con tal de presentar un asunto importante relacionado con la estrategia de la revolución, minimiza el contenido y exagera solamente la dimensión. La magnitud de una tarea representativa no tiene nada que ver con la dimensión de la obra. Aun en las obras de pequeña dimensión es del todo posible representar al Líder a través de las importantes tareas históricas relacionadas con el futuro de la revolución. El escritor puede abordar en su obra una sección de las

actividades revolucionarias del Líder. Por ejemplo, puede abordar una visita del Líder a una pequeña industria de una localidad, o un episodio en que él instruye a un funcionario. Por muy pequeña que sea la dimensión de la vida tratada en esas obras el autor puede mostrar la perspicacia con que el Líder prevé la situación de las industrias locales de todo el país y sus grandes proyectos sobre la línea económica del Partido, así como su capacidad de solucionar a través del trabajo con un funcionario, los asuntos de importancia social relacionados con la estrategia de la transformación del hombre. El problema está en si el escritor tiene la suficiente capacidad de investigación como para plantear con seriedad y solucionar los problemas referentes a la estrategia y los lineamientos.

Las obras que representan al líder deben ser profundamente filosóficas. La historia muestra que todos los líderes de la clase obrera fueron o son grandes filósofos. Ellos hacen una revisión integral de las ideas filosóficas anteriores, presentan las nuevas que exige la época y las toman como ideal directivo para el proceso constructivo y revolucionario. Sus actividades ideológicas y teóricas son un proceso de la formulación y el enriquecimiento de teorías encaminadas a materializar su doctrina filosófica ya propuesta como idea directriz en todos los sectores de la política, la economía, la cultura y el ejército. En esa idea filosófica se basa también la dirección del líder sobre la revolución y construcción.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, ha creado la inmortal idea Juche que ocupa el lugar cimero en la historia ideológica de la humanidad. Hoy los pueblos revolucionarios, así como las personalidades de los círculos políticos y sociales del mundo, expresan su asombro y vehemente simpatía con la veracidad de la filosofía jucheana y enaltecen a nuestro Líder como el más grande ideólogo y maestro de la humanidad. Cada una de sus enseñanzas contiene una profunda filosofía y todo el proceso de su pensamiento y actividades resplandece por su extraordinaria clarividencia filosófica. A la literatura le corresponde describir a fondo su singular mundo filosófico, para así destacar debidamente sus cualidades y

proezas. La novela *Marcha Penosa*, que forma parte del ciclo *Historia inmortal*, narra los más de cien días de la ardua caminata realizada por el Ejército Popular Revolucionario de Corea, que bien pudo ser el encartamiento aburrido de uno u otro hecho. Pero ha podido subrayar con profunda filosofía la grandeza del Líder, al transformar las contradicciones y la lucha entre nuestra parte y el enemigo en un proceso de serias confrontaciones entre la filosofía jucheana centrada en el hombre y la “doctrina sobre la vida” de la burguesía.

Para lograr un alto nivel en la representación del líder, también es preciso prestar debida atención a otros personajes. Estos últimos deben ser tipificados como representantes de determinados sectores sociales. Solo cuando tiene contactos con estos personajes que representan los intereses y exigencias de determinados sectores socio-políticos, la imagen del líder puede mostrar satisfactoriamente su posición y papel que desempeña como máximo cerebro que gobierna y conduce al colectivo social. Su prestigio se pone de manifiesto cuando, en lugar de rebajar la categoría de otros personajes de la obra, se eleva aún más. Con respecto a los personajes contrarios se debe describirlos como seres muy potentes y así el lector quedará impresionado ante la grandeza del líder, quien los derrota.

Si las obras que presentan al líder tienen su propia lógica, se debe a que dan a conocer a una personalidad que ha existido realmente en la historia.

En otras obras se puede presentar como protagonistas tanto a los hombres reales como a los imaginarios. Aun cuando se trata de un hombre real, el objetivo del autor no radica en destacar a ese hombre en sí, sino presentarlo como prototipo de la clase y la capa social a las que pertenece. En el caso de optar por un protagonista basado en un hombre real, no hay por qué tomar solamente a este y los datos de su vida real como referencia. En las obras comunes, aun basándose en un personaje real, se puede encarnar en él los datos de varias personas verdaderas o incluir escenas ficticias según el principio de

la tipificación.

A diferencia de las obras que se apoyan en prototipos generalizados, la literatura que representa al líder absolutiza y destaca su imagen original. Las obras de este carácter tienen que reproducir la figura real del líder, más aun cuando se trata de un dirigente que sigue vivo.

La literatura que representa al líder describe a una personalidad que ha existido realmente en la historia, por lo que debe colocar su imagen en el centro de la escena y concentrar todos los elementos para exponer su grandeza. En las obras de ese tipo también la semilla constituye el núcleo, de modo que es preciso seguir la lógica general del proceso de la creación consistente en subordinar todos los elementos representativos a la semilla. Esta se descubre en la historia del líder y se encamina a destacar más su grandeza. Lo mismo sucede con el tema y la idea de la obra. El primero debe relacionarse con los rasgos, las actividades revolucionarias y los méritos del líder, mientras que la segunda debe traducirse en la propuesta ideológica y estética del autor para elogiar la grandeza del líder.

En las obras comunes, aunque es importante también el carácter del protagonista, este no puede considerarse más importante que la semilla, la idea o el tema, desde el punto de vista del contenido de la obra.

Estos tres elementos deben servir para hacer más profunda y significativa la representación del líder.

Esas obras representan directamente a un líder que ha existido en la historia, por lo que su contenido debe ser fiel a los hechos reales de la historia.

Las actividades revolucionarias del líder se dan a conocer a la posteridad y se registran en la historia. La historia del gran Líder, camarada Kim Il Sung, es la de nuestro Partido y de nuestra revolución. No se requiere inventar hechos ficticios en las obras sobre el tema de tal líder. Su historia revolucionaria es grandiosa por sí sola y conmueve infinitamente a la gente. Las obras que representan al líder tienen un valor similar al de los documentos

históricos que transmiten eternamente su gran personalidad y sus proezas. Para subrayar este carácter, es indispensable que se ajuste a los hechos históricos el argumento de la obra, incluidas la relación de personajes principales y la trama. El sistema de la representación no ha de desviarse del curso fundamental de los hechos históricos y, en particular, han de reproducirse al pie de la letra el itinerario de las actividades revolucionarias del Líder, los personajes y los hechos que él recuerda.

Tratándose de una obra que representa al Líder, la imaginación o la ficción del escritor se necesita cuando por uno u otro motivo han desaparecido los datos históricos o estos son insuficientes. Tal es el caso la descripción de la casa en Xiaoshahe en la novela *Año 1932*, del ciclo *Historia inmortal*, que se vale no sólo de los hechos reales, sino también de una rica imaginación del autor para mostrar de forma muy realista la vida de aquellos tiempos.

En las obras en cuestión el uso de la ficción debe hacerse en el sentido de representar artísticamente la grandeza del líder sobre la base de los hechos históricos reales, deducir y reproducir de manera integral los acontecimientos que no han podido ser registrados en la historia, y perfeccionar la obra desde el punto de vista de la ciencia humanista para incrementar su influencia artística.

La lógica de las obras que reflejan al líder tiene que ver también con el propósito de esa creación, el cual consiste en coadyuvar a que la población comprenda mejor la grandeza de su líder, lo respete y admire de todo corazón, asimile sus ideas y designios, así como siga fiel a su causa.

Las obras de tal carácter plantean como una exigencia importante el reflejo de un supremo respeto y lealtad hacia el líder. Resulta un principio creativo inviolable describir con respeto sus extraordinarias cualidades y gloriosa historia revolucionaria.

Esas obras deben tener un tono claro y sublime. Representar la psicología de los personajes con un matiz pesado y oscuro con tal de provocar un ardiente sentimiento de veneración hacia el líder, no se ajusta a la lógica de ese tipo de obras. El líder de la clase obrera es el

sol que ilumina un futuro lleno de esperanzas para la revolución y el punto centripeto que conduce al pueblo a la victoria y la gloria, a la felicidad y la prosperidad. El pueblo lo trata siempre con sentimientos alegres y sublimes. Imprimir esta tonalidad en las obras en cuestión constituye un principio de representación que concuerda con la imagen del líder y la actitud del pueblo con respecto a él.

En las obras que representan al líder, es importante describir acertadamente el carácter de los que colaboran con él.

Tales personajes, quienesquiera que sean, deben tener como núcleo de su carácter la fidelidad al líder. En el ente socio-político la relación entre el Líder y sus soldados revolucionarios se caracteriza por la confianza y la fidelidad, el amor y la lealtad. Los personajes que colaboran con el líder deben ser necesariamente ejemplos vivos de fidelidad a él.

En esas obras el líder debe estar rodeado de hombres que simbolizan la lealtad hacia él y que comparten las penas y las alegrías con él. Desde sus inicios, la historia de nuestra revolución conoce muchos hombres fieles al gran Líder, quienes han compartido la vida y el riesgo de la muerte con él, lo han defendido cual si fueran escudos y baluartes y han continuado invariablemente la causa revolucionaria del Juche. En las obras se debe representar en torno al Líder a esos hombres que siempre están presentes en su memoria. A través de ellos, se debe esclarecer con nitidez la verdad de que la vida puede ser corta desde el punto de vista físico, pero perdura la vida socio-política que les dio el Líder. También se debe estimular a todos a que aprendan de los paradigmas vivos de la fidelidad.

Lo importante para describir el carácter de los personajes allegados al líder es destacar adecuadamente sus temperamentos peculiares. La fidelidad al líder ha de ser el núcleo del carácter de esas personas. Si sobre esta base combinan armoniosamente sus temperamentos peculiares, podemos subrayar mejor su personalidad.

Hacer la representación sobre la base de un profundo conocimiento de la lógica de las obras literarias que abordan al líder es una necesidad indispensable para lograr mayores éxitos

ideológicos y artísticos.

La propia lógica que rige ese tipo de obras no prescinde de las exigencias generales de la literatura como ciencia humanista. El secreto del éxito y el talento del escritor se ponen de manifiesto en la observación estricta de tales exigencias generales sin afectar la singularización de la lógica propia de las obras.

Las obras que representan al líder tienen que colocarlo necesariamente en el punto central. Por su representación debe ser esclarecida fundamentalmente la semilla. Su argumento principal han de ser los acontecimientos históricos que se desarrollan bajo la dirección del Líder, mientras que las relaciones interpersonales deben tener en su centro a este personaje y se narrarán principalmente de las labores revolucionarias diseñadas, organizadas y dirigidas por él. Pero ello no significa que se deba presentar al Líder en cada escena o se lo involucre en todas las grandes y pequeñas tareas. Por regla general, las obras comunes presentan al protagonista en casi todas las escenas y lo relacionan directamente con importantes o insignificativas líneas de sucesos o personajes. Pero en el caso de las obras sobre el tema del líder, basta relacionarlo con la línea principal.

Las obras que representan al líder también deben sembrar profundamente la semilla y plantear apropiadamente el tema. Hoy algunas de ellas no tienen bien definida la semilla ni clara la problemática, lo cual se debe, primero, a la copia cronológica de los datos reales bajo el pretexto de ser fieles al hecho histórico, y segundo, a la negligencia en la búsqueda de la semilla y el tema, a partir de una concepción parcial de que todo se resuelve con una excelente representación del Líder.

Las obras que representan al líder también requieren de distintos recursos y métodos para garantizar una plena objetividad y un sentido real en la descripción. De lo contrario, la representación se volverá estéril y seca. En las obras de ese tipo la vida de los personajes puede ser proyectada tanto desde el punto de vista del escritor, como desde el de una tercera persona o del mismo líder. En

esas obras debe hacerse de modo más libre y diverso la descripción directa del mundo psicológico del protagonista y proyectarse desde varios ángulos su gran imagen. Pero todavía son monótonas y formales sus expresiones idiomáticas y su representación de detalles. Nuestro lenguaje tiene muchas palabras que expresan la alegría, pero se siguen usando repetidamente expresiones corrientes tales como “esbozó una amplia sonrisa en el rostro” o “rió a carcajadas”. Para perfeccionar la literatura que representa al líder, es necesario ante todo renovar sus expresiones del lenguaje. Es recomendable dejar que los escritores pongan a toda prueba su originalidad y creatividad de acuerdo con su personalidad e ingenio peculiar en el uso de palabras y no cuestionar demasiado las expresiones que ellos puedan utilizar. El sentimiento de respeto debe ser expuesto en todo caso en el sentido de asegurar alto nivel de representación correspondiente a la altura de la autoridad y dignidad del líder.

La representación del líder revolucionario de la clase obrera requiere observar los principios generales de la creación literaria, sin dejar de destacar su lógica propia. Por tanto, exige hacer doble esfuerzo que cuando se escribe una obra común. Sólo aquel que es capaz de subrayar la lógica propia de tales obras y que posee el intelecto y las vivencias emotivas que se aproximan a la altura del mundo de ese grandioso hombre, puede crear obras que se transmitirán de generación en generación.

4) ES PRECISO REPRESENTAR PROFUNDAMENTE LA GRANDEZA DEL PARTIDO

La representación de la grandeza del Partido, además de la del Líder, constituye una necesidad consustancial y tarea más honrosa de nuestra literatura que tiene la misión de consolidar el ente socio-político y contribuir a la causa revolucionaria del Juche. El Partido es la columna vertebral del ente socio-político, así como el que organiza y orienta el cumplimiento de la causa revolucionaria del

Juche.

Lo importante para representar la grandeza del Partido es reflejar correctamente sus características.

El Partido del Trabajo de Corea es una organización de carácter jucheano, cuya idea rectora es la idea Juche. Es un partido unido y cohesionado sobre la base de esta doctrina, un partido combativo que lucha con dinamismo por la culminación de la causa revolucionaria del Juche.

Una de sus características esenciales es su estrecho vínculo con el pueblo. Bajo la consigna “¡Servir al pueblo!” se ha puesto a su total disposición, mientras que el pueblo lo enaltece con lealtad con la convicción de que “¡Si el Partido decide, lo cumplimos!”.

Hablamos de un partido próspero que ha resuelto con la mayor brillantez el problema de la continuación de la causa revolucionaria, de un partido intransigente que mantiene invariablemente su posición clasista y principios revolucionarios. Su recorrido ha estado plagado de pruebas y vicisitudes, pero siempre ha mantenido firmemente sus principios revolucionarios. Gracias a su lucha de principios hemos sostenido consecuentemente la bandera socialista en esta compleja y aguda situación sin precedentes creada por las fuertes ofensivas del imperialismo y la reacción, y nuestra revolución sigue avanzando exitosamente, sin ningún retroceso, pese a todas las complejidades que surgen en el seno del movimiento comunista.

A las obras literarias les corresponde representar filosóficamente y a fondo tales características de nuestro Partido para así subrayar enérgicamente el hecho de que él es el mejor partido en el planeta.

Describir apropiadamente las proezas realizadas por el Partido en el proceso constructivo y revolucionario constituye una de las tareas más importantes para mostrar su grandeza.

Sin sus actividades no se pueden concebir los resonantes éxitos que hemos logrado en todas las fases y los sectores de la revolución y construcción tales como la reforma agraria y otras reformas democráticas llevadas a cabo después de la liberación del país, la fundación del Estado y del Ejército, la Guerra de Liberación de la

Patria, la edificación de la base del socialismo y la industrialización socialista, la causa por la reunificación de la Patria, etcétera.

Una de las relevantes proezas del Partido es el haber sentado una firme base organizativa e ideológica para poder convertirse en una organización de tipo Juche de invariable carácter revolucionario y combativo y llevar a feliz término la causa revolucionaria del Juche. La literatura debe representar de manera artística y profunda el proceso de la lucha y las actividades realizadas por el Partido para establecer dicha base.

Otra tarea de la literatura es describir vívidamente los méritos realizados por el Partido al hacer fuerte, digno y grande a nuestro pueblo. En el mundo no existe otro pueblo mejor que el nuestro. Es un pueblo revolucionario, combativo, puro, trabajador, unido más fuertemente que ningún otro en el mundo con férrea voluntad y con un gran sentido del deber. Los hombres extraordinarios han tenido madres extraordinarias. De la misma manera, si nuestro pueblo, otrora explotado y humillado, hace gala de su gran dignidad en el mundo, se debe a la sabia dirección y la esmerada atención de nuestro Partido que lo conduce a la victoria y la gloria, a la auténtica vida y la felicidad.

La literatura tiene el deber de representar profundamente los méritos realizados por nuestro Partido en la edificación del socialismo a nuestro estilo centrado en el hombre, el mejor socialismo en el mundo. Nuestro socialismo, que encarna la idea Juche, es más estable en el mundo desde el punto de vista político, donde llevan una vida muy dinámica en todos los sentidos.

Para representar la grandeza del Partido, resulta importante esclarecer nítidamente su posición y papel bajo el principio de la unidad de los tres componentes del ente socio-político.

El Partido de la clase obrera es el Estado Mayor destinado a materializar las ideas y la dirección del líder, la organización política que lucha en aras de la independencia de las masas populares. Hace realidad las ideas y la dirección del Líder, así como las aspiraciones y las exigencias de las masas populares.

Es aconsejable que las obras representen al Partido como una agrupación que tiene en el centro solamente a su Líder y que está inseparablemente unida con las masas. Si se representa el Partido fuera de su relación con el líder y las masas, no se puede describirlo más que como un colectivo particular ni por ende describir acertadamente su posición y papel como agrupación revolucionaria de la clase obrera. Al proyectar bien su relación con el líder y las masas, se puede presentarlo como un colectivo que materializa las ideas y la dirección de su líder, que está unido y cohesionado con este como su único centro, y que tiene un profundo arraigo en las masas y las incita con fuerza a la revolución y construcción.

Para representar el Partido en su relación con el líder y las masas, es aconsejable enfatizar que ninguna otra organización política puede suplir la posición y el papel del Partido de la clase obrera como fuerza orientadora y que este Partido es el único que enaltece las ideas y los propósitos de su líder y que se encarga y atiende invariablemente el futuro de las masas populares. Se debe observar estrictamente el principio de la unidad de los tres componentes del ente socio-político también para representar la justeza de la política del Partido y sus proezas, la línea de organización partidista y sus funcionarios. Así se puede subrayar aún más la grandeza del Partido.

Lo importante en la representación de la grandeza del Partido es elevar decisivamente el nivel ideológico-artístico de las odas.

La grandeza del Partido puede ser expresada por novelas, la poesía o un guión teatral. Para representar directamente al Partido el estilo más usual es la oda. Esta última ocupa un importante lugar en nuestra literatura y sus valores ideológicos y artísticos están en un nivel relativamente alto. Es lógico que muchas odas sobre el Partido se produzcan en la actualidad en que se evidencia cada día más la grandeza de esa organización y se intensifica extraordinariamente el sentimiento de fidelidad del pueblo hacia ella.

En la creación de odas resulta importante cantar con seriedad a la destacada dirección de nuestro Partido.

La oda es una literatura destinada a describir las grandes obras y

sucesos históricos en escenas líricas majestuosas. En esa literatura el Partido debe ser representado con un lirismo muy intenso y lo descrito ha de resultar solemne.

Los rasgos que la obra describe del Partido dependen de la profundidad de experiencias y pensamientos que de él tiene el autor. Todos nosotros recibimos el beneficio y la sabia dirección del Partido, pero cada cual los asimila en distinto grado. La profundidad de esas vivencias y el grado de la formación hacen que unos perciban la grandeza del Partido en lo hondo de su corazón y otros no. Son mayores los beneficios que del Partido recibimos sin darnos cuenta que los que recibimos conscientemente. Las obras literarias deben abordar todos los beneficios del Partido para que sepamos a tiempo los que ignoramos y aceptemos con mayor emoción los que recibimos conscientemente.

Los éxitos del extenso poema *El pueblo habla* se deben al haber cantado con seriedad a la grandeza del Partido inspirado por un mundo de profundas reflexiones. Resultan particularmente impresionantes las expresiones sobre la proclamación de la primacía de la agricultura en todo el país para mejorar la alimentación del pueblo y la definición de una etapa de la historia como el año de la construcción para que la gente pueda vivir en casas con mejores condiciones. No menos emocionante es la parte que canta a nuestro Partido benefactor que ha denominado revolución la confección de tejido y calzado para el pueblo.

Es recomendable evitar clichés de representación para las obras que abordan la grandeza del Partido. Es inadmisibles emplear indiscriminadamente rimbombantes calificativos y palabras rebuscadas, narrar directamente los contenidos políticos, adornar los hechos o usar expresiones vacías, para describir con gravedad la grandeza del Partido.

Las dedicatorias que se dan a luz con motivo de alguna fecha conmemorativa también son poemas, por lo que requieren de un protagonista lírico que sea singular y de un mundo peculiar que sólo el poeta pueda cantar. El “lirismo” forzado por el sentido de

obligación no puede conmover al público.

El uso de las expresiones políticas no rebaja la representatividad, pero tampoco es indispensable usarlas para elevar el carácter político. Sin el empleo directo de los vocablos políticos, un contenido de este carácter puede apreciarse como poético si se le imprime lirismo, y se puede lograr que el conjunto de su representación revele su idea con un sentido real.

Las odas al Partido no requieren de un ápice de adorno ni exageración. El poeta debe ver con sus propios ojos los acontecimientos emocionantes que ocurren a su alrededor y los hermosos gestos de otras personas, y debe expresar con sencillez y verosimilitud las experiencias que ha tenido al respecto. Nuestro pueblo ama el poema lírico *Madre* porque este refleja de modo verídico la vida y los sentimientos sencillos e íntimos. Así tienen que ser las odas al Partido: desprovistas de expresiones artificiosas y grandilocuentes, pero que reflejen la vida y expongan sentimientos sinceros que le recuerden a cualquiera sus propias vivencias. Entonces, cualquier contenido político puede ser plasmado en la representación.

Las odas que elogian directamente al Partido lo personifican en muchos casos. Las comparaciones metafóricas y simbólicas como la personificación pueden ser eficientes para una vívida representación del Partido, pero hay que ser prudente a la hora de emplearlas. Actualmente, existe una tendencia generalizada a comparar al Líder con el sol y al Partido con la madre, pero no hay por qué utilizar solamente tales comparaciones. Se puede escoger comparaciones originales para expresar al Partido, pero se debe guardar de la tendencia a compararlo indistintamente con cualquier elemento. Hay que ser prudente a la hora de escoger estos símiles, de modo que deben ser peculiares y a la vez convincentes. En cuanto a los fenómenos naturales u otros objetos con que representamos al Partido y al Líder, deben utilizarlos si son apropiados desde el punto de vista político y representativo, luego de hacer un análisis profundo de la impresión que provocan en la gente y los diferentes tonos que

adquiere su significado original.

El Partido se representa artísticamente también mediante la línea de organización partidista y el arquetipo de su funcionario.

Las ideas y los propósitos del Partido se inculcan en las masas y se materializan organizadamente por medio de las actividades de las organizaciones y los funcionarios partidistas. El meollo de la existencia del ser humano es la vida político-organizativa destinada a hacer valer su vida socio-política. Se lleva a cabo bajo la guía y atención de la organización partidista. De modo que en la literatura que describe la grandeza del Partido se presenta como tarea importante el cómo establecer y representar la línea de organización partidista, guía y encargada de la vida política.

La literatura establece y representa la línea de organización partidista para dar a conocer a la población que el Partido es el puente que vincula estrechamente al Líder con las masas, así como un protector encargado de atender y guiar su vida política y hacerla brillar ininterrumpidamente. El Partido es una organización política creada para hacer realidad las ideas y la dirección del Líder, el regazo materno que acoge a todos para que hagan valer la vida política que les ha dado el Líder. Por eso la línea de organización partidista resulta de vital importancia porque los guía a hacer brillar su vida política en la empresa de compartir el destino con su Líder. Al establecer y solucionar apropiadamente la línea de organización política como la del Partido, la literatura puede mostrar a fondo la grandeza y la generosidad del Partido que glorifica la vida política y conduce a la felicidad sin límites.

Por supuesto, podemos abordar explícita o implícitamente la línea de organización partidista, según las características de la semilla y las exigencias del tema. Pero en el caso de que el tema exija subrayar como una importante línea de representación la dirección de la organización partidista y su influencia, no se debe dejar de describir las relaciones del protagonista con el Partido, profundizando solamente en sus nexos con los funcionarios administrativos. Hay que ser prudente a la hora de representar la línea de organización

partidista, pues esta, descrita explícita o implícitamente, nos trae a la memoria al mismo Partido.

La literatura ha de representar acertadamente el prototipo del funcionario del Partido.

Las personas acuden a él lo mismo cuando están alegres que cuando algo las entristece, pues por experiencia saben perfectamente que todos los problemas de la vida y del trabajo se resuelven si se apoyan en la organización partidista. Es sabido que el individuo que se encarga de una organización partidista no es en sí la propia organización. Pero las personas lo visitan y le confiesan sin titubeos hasta los problemas personales, pues están convencidas de que su actitud y concepto de la organización partidista son la misma actitud y concepto hacia el Líder y que esta agrupación las une organizativa e ideológicamente con ese centro del ente socio-político, además de ayudarlas a mantener con pureza y glorificar la vida política que les diera su dirigente. Nuestra literatura debe asumir esta actitud y concepto para poder describir a fondo las peculiaridades del carácter de los cuadros del Partido de nuestra época.

Las cualidades más importantes de los actuales funcionarios del Partido son la fidelidad a su organización y Líder convertida en su fe, y el espíritu de sacrificio por su pueblo. La literatura tiene el deber de crear prototipo de cuadros auténticos del Partido cuya vida se orienta por la concepción jucheana de la revolución que tiene como núcleo el concepto revolucionario del Líder. La fidelidad de esos funcionarios hacia el Partido y el Líder es inconcebible al margen de su abnegación al pueblo. Quien es fiel y se entrega al Partido y al Líder, lo es también al pueblo, y viceversa. El funcionario partidista que se describe en la literatura debe ser tipificado como un hombre infinitamente fiel al Partido, al Líder y al pueblo. La novela *Corazón ardiente* representa como excelente prototipo de nuestra época a un secretario responsable del Partido en un complejo productivo. Con ello la obra demuestra vívidamente que sólo el que es fiel al Líder y tiene un corazón ardiente por el hombre puede convertirse en un verdadero revolucionario jucheano y un cuadro digno de la época.

Los escritores deben crear muchas obras excelentes como aquella que pueden servir de guía en la labor partidista.

Es necesario romper esquemas en la representación de los cuadros del Partido. Nuestras obras literarias se encasillan al describirlos casi siempre en el esquema de que los presentan decentes, ceremoniosos y perfectos en todos los sentidos. La verdad es que entre ellos algunos son decentes, otros importunos y hay también quienes corrigen con audacia los errores cometidos en su trabajo. La situación actual exige que todos trabajen con gran ímpetu y entusiasmo, libre del sedentarismo y marasmo. Por ello no se ajusta a la realidad representar a los cuadros como personalidades formales y ceremoniosas. Hay que describirlos, más que como cuadros partidistas, como seres humanos dotados de distintas individualidades de gran vitalidad.

La literatura puede dar, además, una buena comprensión de nuestro Partido, por medio de la representación de sus miembros y demás trabajadores.

Nuestro Partido existe en la vida concreta de sus miembros y otros trabajadores. Y sus generosas manos alcanzan a cada uno de ellos. Dicen que la imagen del maestro se refleja en sus discípulos. De la misma manera, la imagen del Partido se refleja en el admirable pueblo formado por él. Al observar a un pueblo preparado, su vida y su lucha, se puede tener una concepción objetiva de su Partido. Es necesario que el escritor profundice en la descripción de la vida de un hombre típico de la época, sobre todo en la de un miembro del Partido, para que se transmita con ello la grandeza de nuestro Partido.

Las obras que describen la grandeza del Partido sirven para profundizar el sentimiento de confianza y respeto del pueblo hacia esa organización política, así como para estimularla y alentarla. Nuestra literatura asume realmente una inmensa tarea para aglutinar compactamente a las masas populares en torno al Partido y materializar la causa de éste de generación en generación. Los escritores deben entregar más obras de excelente calidad que

describen al Partido y contribuir así activamente a que todos los miembros de la sociedad depositen una confianza absoluta en el Partido y luchan en cuerpo y alma para materializar su causa.

5) HAY QUE CREAR EL PROTOTIPO DEL HOMBRE DE TIPO JUCHE

Nuestra literatura debe, además de representar al Líder y el Partido de la clase obrera, crear el prototipo del comunista jucheano, para contribuir a la unidad monolítica del Líder, el Partido y las masas populares y convocar con vehemencia a estas últimas al cumplimiento de la causa de la independencia.

El prototipo del hombre jucheano de nuestra época se caracteriza por una infinita fidelidad al Líder, el Partido y las masas.

La fidelidad al Líder constituye la cualidad principal del comunista jucheano y el factor fundamental que garantiza la consistencia del ente socio-político. Sólo el que piensa y actúa de acuerdo con las ideas y voluntad de su Líder y encuentra la dignidad de su vida en compartir la vida o el riesgo de la muerte con él, puede ser considerado como un comunista jucheano que valora al ente socio-político. A la literatura le corresponde centrar su empeño en la descripción de un hombre leal que confía siempre en su Líder como apoyo espiritual y se entrega de lleno para hacer realidad las ideas y la dirección de él y del Partido.

La auténtica fidelidad del comunista jucheano al Líder es convertida en su propia fe.

Esta fidelidad es una noble cualidad de ese comunista, quien cree firmemente en la victoria de la causa revolucionaria iniciada por el Líder, acepta como las más justas sus ideas y dirección, y se dedica por entero a su materialización.

La verdadera fidelidad al Líder no se expresa con un discurso grandilocuente ni con un juramento de tono declamatorio. Cualquiera habla fácilmente de la fidelidad al Líder, pero le es difícil plasmarlo

en la práctica. Para materializar las ideas y la dirección del Líder, debemos pasar por las pruebas más duras y hasta dar nuestra propia vida si es necesario. La historia del movimiento comunista internacional y de nuestra revolución demuestra que muchos que usaban palabras altisonantes o gritaban vivas como nadie durante el período de la paz y la felicidad se deslizaron por la pendiente de la traición en los momentos complejos y difíciles. El hombre verdaderamente fiel es quien, si bien no es elocuente, lleva un ardiente sentimiento de fidelidad en sus venas y no vacila ante ninguna adversidad, y quien, si bien habla poco, agota todos sus esfuerzos y talento en el trabajo, y no duerme tranquilamente por el remordimiento de conciencia y la angustia motivadas por un pequeño error que haya cometido en el camino de seguir al Líder y respira con sus ideas y marca los pasos bajo su dirección.

Sólo cuando se convierte en fe, la fidelidad al Líder puede ser invariable, eterna. Esa lealtad se forma sobre la base de una clara conciencia de la grandeza del Líder y de la convicción de que sólo siguiéndole y enalteciéndole es como garantizar la victoria de la revolución y el futuro del pueblo y del individuo. Esa fidelidad reafirma la conciencia y determinación de seguir hasta el fin bajo la dirección del Líder y engendra la firme voluntad de materializar sus ideas y dirección consecuentemente, en cualquier circunstancia adversa. Los mártires que quedan registrados en la historia de la lucha revolucionaria de nuestro pueblo fueron todos comunistas jucheanos que profesaban la fidelidad a su Líder como una convicción. Ellos confiaron invariablemente en su Líder contra viento y marea, porque estaban firmemente convencidos de que con él podían forjar el destino del pueblo y lograr la prosperidad de la nación. A nuestra literatura le toca pormenorizar la infinita fidelidad hacia el Líder, peculiaridad ideológica y espiritual del comunista jucheano, en relación con su convicción revolucionaria.

La auténtica fidelidad del comunista jucheano a su Líder se basa en la conciencia.

Tal lealtad puede ser pura y sincera, libre de hipocresía y egoísmo.

La conciencia es un sentimiento de responsabilidad que asumimos con respecto a nuestra actitud ante el país y la nación, la sociedad y el colectivo. Es el espejo de los actos y el criterio para discernir la mentira de la verdad. El hombre honrado puede vivir con dignidad aunque no coma y no duerma por varios días, pero con la conciencia manchada no puede estar tranquilo ni por un instante. El núcleo de la conciencia revolucionaria de un comunista jucheano es el sentimiento de responsabilidad que él se atribuye a sí mismo en cuanto a su actitud hacia el Líder. La fidelidad al Líder puede ser limpia e inmaculada cuando emana de una conciencia revolucionaria. La que parte de una mera obligación o imposición, cambia con facilidad, según las circunstancias y condiciones, porque en su fondo yacen el afán de la gloria y el interés personal que empujan al hombre a buscar fama y remuneraciones. Los combatientes revolucionarios antijaponeses fueron invariablemente fieles a su General y a su compromiso con él, aun cuando quedaban en medio de una selva profunda o eran llevados al patíbulo. Estos nobles rasgos son el reflejo de la convicción revolucionaria y también de una conciencia inmaculada con que enaltecieron de todo corazón a su Líder. El comunista jucheano debe considerar como un deber la fidelidad a su Líder, al tiempo que debe alimentarla con su conciencia revolucionaria.

La verdadera fidelidad al Líder del comunista jucheano ha de sustentarse en la moral.

Solamente con la conciencia la fidelidad al Líder no puede manifestarse invariablemente. Solo cuando se la tenga como una necesidad moral sustentada en la conciencia revolucionaria se puede hacer gala de ella en un alto nivel, en cualquier momento y lugar, independientemente de que lo reconozcan o no otros. Tal fidelidad es una cualidad que hace considerar el acatamiento de las ideas y propósitos del Líder como inviolable ética de la vida, como pauta de los actos, y observarlos conscientemente.

La fidelidad al Líder convertida en ética adquiere su mayor sublimidad cuando se respeta al Líder como al propio padre y se asume como un deber legítimo rendirle toda la lealtad.

Las obras deben describir objetiva y profundamente la cualidad espiritual y moral más noble del comunista jucheano, es decir, la fidelidad que él profesa a su Líder en reflejo de su conciencia y ética.

La auténtica fidelidad al Líder del comunista jucheano constituye una parte de su vida.

La fidelidad al Líder se encarna y se consolida en uno en el curso de la vida. Ningún ser humano está fuera de la vida. Sus hermosas y nobles cualidades se forman, se hacen un hábito y se generalizan en medio de la vida. Nuestra vida es un jardín donde florece en realidad nuestra fidelidad al gran Líder y un terreno donde se forjan nuestra convicción, conciencia y cualidades morales. Al hacer de la fidelidad parte de la vida, ella se consolida y se mantiene inmovible ante cualquier tempestad.

Fe, conciencia, moral y vida que se hacen de la fidelidad están relacionadas estrechamente como importantes cartabones que miden el valor de la fidelidad al Líder. Sin la fe es imposible preservar la conciencia y la moral, mientras sin estas no se puede mantener aquella. No existe una verdadera vida sin la fe, la conciencia y la moral, y estas se consolidan en el curso de aquella. El convertir la fidelidad al Líder en fe, conciencia, moral y parte de la vida, viene a ser segura garantía para que los comunistas jucheanos hagan brillar su digna vida y para consolidar y desarrollar ininterrumpidamente el ente socio-político en el que el Líder, el Partido y las masas están unidos con la firmeza de monolito.

Esta es la valiosa verdad que he aprendido a fondo como resumen de mis vivencias durante mi larga lucha revolucionaria para materializar la causa del Líder. Cuando logramos formar a todos los miembros de la sociedad como hombres verdaderos que vean en la fidelidad al Líder su fe, conciencia, moral y parte de la vida, nuestro Partido, nuestro pueblo y nuestra Patria seguirán siendo inmovibles y capaces de hacer cualquier cosa, sin ningún miedo ante cualquier dificultad y prueba.

Para representar la auténtica fidelidad del comunista jucheano a

su Líder, nuestra literatura debe proyectarla en un cuadro vívido, en estrecha relación con el proceso en que va convirtiéndola en fe, conciencia, moral y parte de la vida.

Para lograrlo, es necesario ahondar en el mundo interior del comunista jucheano y describirlo con profundidad.

Hacerlo constituye una necesidad consustancial a la literatura como ciencia humanista y adquiere mayor importancia en las obras que representan la fidelidad al Líder, cualidad más fundamental del comunista jucheano. Una profunda descripción del mundo interior del protagonista permite interpretar debidamente las peculiaridades del carácter del prototipo del hombre jucheano, hombre más hermoso y noble del mundo, así como esclarecer y enriquecer sus cualidades humanas. Cuando las personas tratan a un hombre realmente fiel se admiran por sus hermosos actos, pero más que ello se emocionan por su firme convicción, su ilimitadamente pura y noble conciencia y conducta moral en que se basa su ardiente e intensa lealtad al Líder. Es necesario describir a fondo y vívidamente ese mundo de fidelidad que yace en el fondo de sus proezas, para poder repercutir en las fibras del corazón de los lectores y contribuir a la formación de miles de nuevos hombres fieles a partir de un prototipo.

A fin de describir el mundo interior del comunista jucheano, es importante relatar en una relación integral el proceso en que su fidelidad al Líder se convierte en convicción, en conciencia, en ética y parte de su vida. Sólo con una fidelidad así, es posible seguir fiel a las ideas y la dirección del Líder y entregarse por entero a su materialización haciendo brillar la vida. Los hombres de nuestra época realmente fieles son consecuentes en seguir la revolución, sin vacilar ni una pizca en cualquier puesto difícil ni en cualquier situación y se muestran orgullosos de sí mismos y mantienen intacta su lealtad aun si caen en manos del enemigo y son ejecutados.

A la hora de describir el mundo interior del comunista jucheano, también es aconsejable mostrar detalladamente su fidelidad hecho un hábito. Para el hombre que tiene fidelidad al Líder cuajada en conciencia y moral, esta es, más que una obligación, una conciencia,

una norma moral inviolable y una pauta que rige sus actos. Quien considera como parte de su vida la fidelidad a su Líder, la tiene tan sólida como un hábito y se siente inquieto si no ha cumplido lo que desea o se propone el Líder, aunque ello es muy duro y difícil, y si se ve impedido y obstaculizado en su cumplimiento se siente intranquilo, descontento e inutilizado. Ese hombre halla la verdadera alegría y dicha de la vida en enaltecer al Líder y se siente más orgulloso y digno cuando ha cumplido alguna tarea que éste le ha asignado. Las obras tienen que penetrar en este mundo interior del protagonista y describirlo con profundidad.

El mundo interior de un personaje se basa en la vida y se revela a través de ella. La literatura tiene que describir bien la vida del comunista jucheano si quiere reflejar su auténtica fidelidad en una escena vívida.

La vida del verdadero revolucionario es la más valiosa, pues comienza con la fidelidad al Líder y termina también con ella. La vida y la lucha existen en la fidelidad al Líder, mientras que esta brota y crece en medio de aquellas. Las obras deben partir de esa concepción y posición para describir la vida y la lucha.

En la descripción de un prototipo del hombre jucheano dotado de auténtica fidelidad, resulta importante descubrir y pormenorizar la sección de la vida en que se encarna con mayor nitidez su fidelidad convertida en fe, conciencia, moral y parte de la vida. Si en el intento de mostrar esta en todos sus aspectos, se divide en fragmentos iguales, no se puede profundizar en ningún aspecto. Sólo cuando pormenorizamos la vida que encarna de forma intensa uno de los rasgos distintivos de fidelidad que caracteriza al personaje, se puede darle vida a la representación y subrayar la peculiaridad del carácter de ese hombre.

Con vistas a mostrar amplia y profundamente la fidelidad del prototipo del hombre jucheano convertida en fe, conciencia, moral y parte de la vida, es preciso describirla circunscribiéndose al proceso de la formación del concepto del mundo en el personaje.

El proceso en que la fidelidad al Líder se convierte en fe,

conciencia, moral y parte de la vida, no puede concebirse sin el de la formación de la cosmovisión revolucionaria. Hablamos de una serie de cualidades que no se forman conjuntamente, de la noche a la mañana. Esas cualidades se forman y se consolidan en la práctica de la ardua lucha revolucionaria preñada de pruebas y mediante un proceso de la forja ideológica y la formación revolucionaria encaminado a mejorar cada día más nuestra condición de revolucionarios.

Hoy algunas obras, en lugar de profundizar en la fidelidad del protagonista a su Líder a través de su vida y en estrecha combinación con la formación del concepto del mundo revolucionario, se limitan a introducir algunos diálogos manidos o escenas dramáticas. Con este método descriptivo no puede mostrar de modo vívido al hombre verdaderamente fiel al Líder en nuestra época. En las obras de gran tamaño, como las novelas extensas o medianas, los guiones de varias partes para el largometraje y los dramas de varios actos, el argumento debe entretenerse fundamentalmente siguiendo el proceso en que el protagonista convierte su fidelidad al Líder en convicción, conciencia, moral y parte de la vida. Esto es el principio que la literatura que aporta a la causa de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche debe observar en la descripción del proceso de la formación del concepto revolucionario del mundo. Es erróneo que bajo el pretexto de describir el proceso de la formación y consolidación de la auténtica fidelidad en estrecha relación con el de adquisición del concepto revolucionario del mundo, se representa en orden sucesivo su conversión en fe, conciencia, moral y parte de la vida. Estos importantes parámetros de la auténtica lealtad tienen relación estrecha, por lo que deben ser descritos en un proceso unificado, de forma tridimensional y multilateral y no de manera enumerada ni de modo unilateral.

Al describir vívida, objetiva, amplia y profundamente el prototipo del hombre jucheano que se esfuerza incansablemente para hacer de su fidelidad al Líder convicción, conciencia, moral y parte de la vida, nuestra literatura puede adquirir el carácter jucheano y

revolucionario acorde a las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo.

En la creación del prototipo del hombre jucheano de nuestra época es preciso describir su fidelidad al Líder sobre la base del principio de la unidad del Líder, el Partido y las masas. La fidelidad al Líder está unida con la lealtad al Partido y al pueblo. A fin de mostrar adecuadamente la fidelidad del comunista jucheano al Líder, la literatura debe representar detalladamente la concepción sobre este en estrecha combinación con el concepto revolucionario sobre la organización y las masas.

La fidelidad al Líder, el Partido y las masas se basa en la concepción colectivista sobre la vida que considera la de la agrupación socio-política como el origen de la de los individuos y le atribuye más valor que a la de estos. Las obras deben mostrar debidamente este concepto de los comunistas contemporáneos. Esta es una importante característica de nuestra literatura. A partir de la década de los 80 las obras representan frecuentemente a los héroes y otras personas de méritos callados, arquetipos de verdaderos comunistas, que en silencio se entregan al Partido, el Líder, la Patria y el pueblo, sin perseguir honores ni intereses personales. A los escritores les corresponde seguir representando adecuadamente a estos héroes y también crear el prototipo de los nuevos que se forman ininterrumpidamente en nuestra era. Así pueden mostrar detalladamente su concepción colectivista de la vida, concepción revolucionaria.

Es recomendable representar acertadamente el heroísmo colectivo que caracteriza a los comunistas jucheanos.

El hombre jucheano es el héroe de la época que abre un nuevo camino de la revolución plagado de miles pruebas y vicisitudes. En esta aguda situación en que las maniobras del imperialismo y la reacción contra el socialismo han alcanzado su clímax, el hombre jucheano mantiene intacta su convicción en el socialismo, y para culminar la causa jucheana, avanza con firmeza creando cada día proezas e innovaciones inauditos, enarbolando la consigna de

“¡Vivamos y luchemos todos como héroes!”. La literatura debe necesariamente describir de modo impresionante y en alto nivel su heroísmo colectivo y sus proezas creadoras.

Es necesario representar a los héroes de nuestra era, no como hombres predestinados para tal, sino como trabajadores de origen humilde y seres comunes que acuden al trabajo y tienen su vida familiar al igual que otros. También se debe subrayar que cualquiera que esté firmemente decidido a consagrarse a la causa revolucionaria y a consagrarse para el Partido y el Líder, puede realizar valiosas proezas y convertirse en un héroe. Le corresponde al escritor explicar de modo verídico y sobre la base de la vida cómo un modesto hombre común y corriente se convierte en un héroe. Es importante describir sus cualidades sencillas, así como destacar su extraordinaria altura espiritual y sus excelentes méritos.

El heroísmo de los hombres de nuestra época no tiene carácter individual, sino colectivo. Fuera de la sociedad y el colectivo nadie puede ser un verdadero héroe. Vivir como un héroe no significa perseguir los intereses personales o la fama, sino luchar abnegadamente en aras de la causa revolucionaria de las masas populares. La literatura tiene que esclarecer vívida y profundamente la esencia del heroísmo colectivo de las personas de nuestra época y representar el carácter de los héroes en un ambiente típico en el que todos viven y luchan para ser como ellos. Las obras tienen que subrayar que el heroísmo colectivo se basa en la concepción colectivista sobre la vida, se pone de manifiesto solamente mediante la ayuda activa y la guía de la organización.

En la creación del prototipo del hombre jucheano resulta importante profundizar en su noble humanismo de corte comunista.

El comunista jucheano debe ser descrito como un hombre que ama y aprecia más que nada a sus prójimos, se siente muy honrado de servir a estos, dedica su alma en silencio a la sociedad y al pueblo, así como que posee sentimientos y entusiasmo desbordantes y noble ética.

En la literatura, las cualidades humanas del protagonista deben ir

combinadas con su carácter político. Tal combinación en la creación del carácter del personaje positivo constituye uno de los principios básicos de la ciencia humanista jucheana. En esta ciencia la cualidad humana del protagonista no debe describirse como un don innato, sino como una cualidad formada y consolidada mediante un esfuerzo consciente sobre la base de la concepción jucheana de la vida. Subrayando unilateralmente las cualidades humanas del protagonista no se puede esclarecer la esencia social de su carácter. De la misma manera, si enfatizamos solamente su carácter político no se puede mostrar sus cualidades humanas. La exposición parcial de estas cualidades o el carácter político del personaje trae como consecuencia la disminución de los valores ideológico-artísticos de la obra.

En la creación del prototipo del hombre jucheano resulta de particular importancia describir correctamente los nuevos rasgos espirituales y morales que se han puesto de manifiesto en nuestro pueblo a partir de los años 90.

Hoy estas cualidades se revelan en un nivel sin precedentes.

En los últimos años, los miembros del Ejército Popular, enarbolando las consignas “¡Si el Partido decide, lo cumplimos!” y “¡Seamos los Kim Jin¹⁴ y Ri Su Bok¹⁵ de los años 90!” realizan proezas sin precedentes en la historia del país en los sectores más difíciles de la construcción socialista, y de entre ellos surgen sucesivamente muchos héroes como el jefe de pelotón Kim Kwang Chol, quien en un día pacífico como hoy cubrió con su cuerpo una granada a punto de estallar, para salvar la vida de sus compañeros a costa de la suya. Por otra parte, muchas jóvenes que han pasado el servicio militar asumen masiva y voluntariamente trabajos difíciles.

Los sucesivos gestos emocionantes son protagonizados también por cuadros del Partido, miembros de la Seguridad Social, intelectuales y jóvenes estudiantes. Los jóvenes se dirigen a regiones signadas por sublimes huellas del Líder y ligadas directamente con la historia revolucionaria del Partido, escogen labores muy duras y difíciles, mientras muchachas se ofrecen para acompañar durante

toda la vida a exmilitares heridos. Un aula entera del último año de la secundaria opta por el empleo de barrendero, que anteriormente se consideraba como un trabajo despreciable. Tal es el orgullo de la década 90, su tendencia incontenible.

A estos hermosos gestos de entrega total al Líder, el Partido y las masas se suma la impactante historia de infinita lealtad de la directora del Centro de la Administración Comercial en el distrito Jonchon que conmueve a miles y miles de personas.

En todos esos actos hermosos que se brotan de la palpitante realidad de nuestra era está encarnado fielmente un nuevo concepto de la estética, el concepto jucheano, formado en la mente de nuestros jóvenes y demás sectores del pueblo.

Una importante característica de los nuevos rasgos espirituales y morales del hombre actual radica en considerar como su deber revolucionario, como su quehacer específico, serle fiel al Partido, el Líder, la Patria y el pueblo consagrando todo su ser para estos. En la elevada conciencia de la obligación social asumida ante el Líder, el Partido y las masas, así como en el inagotable espíritu de sacrificarlo todo está la belleza humana sublime y noble, que solamente a nuestro pueblo le ha tocado ostentar. También están en ello la filosofía de la vida de los hombres de los años 90 y el concepto jucheano sobre la estética. A través de su vida nuestro pueblo ha experimentado en carne propia que no puede vivir ni un instante fuera del regazo del Líder. Por eso siempre se preocupa por corresponder a su atención y amor aunque sea de una forma modesta y considera como algo muy hermoso y noble serle fiel a él.

Este concepto sobre la estética no es nada reciente. La sublime belleza humana que se renueva cada día más en nuestra sociedad donde el Líder, el Partido y las masas están unidos firmemente, tiene profundas raíces históricas. Nuestro ente socio-político fue formado y defendido por las primera y segunda generaciones de la revolución y se consolida y perfecciona sin cesar por las tercera y cuarta generaciones. Aunque el planeta se transforme diez veces, nada puede quebrantar la voluntad de nuestro pueblo de confiar su destino

al ente socio-político y compartir con él la vida.

El hermoso y noble mundo espiritual del hombre actual, que está consciente de su sagrado deber ante el ente socio-político, se revela y seguirá revelándose en niveles siempre más altos. La literatura debe estudiar y representar ese mundo espiritual a partir del concepto estético revolucionario basado en la lealtad hacia el Líder.

Para crear acertadamente al prototipo del hombre jucheano, es preciso solucionar correctamente el problema de la tipificación del carácter.

A este respecto resulta importante resolver justamente las exigencias de la particularización y la generalización. El escritor debe destacar la particularidad esencial del carácter del personaje resaltando o eliminando lo que sea necesario de los datos reales. Si se siente más atraído por los detalles insignificantes del carácter que por su peculiaridad esencial, llega a desviarse del principio de la tipificación. No se deben ignorar los hechos reales bajo el pretexto de mostrar lo esencial y lo legítimo. Al tipificar un personaje, no se debe introducir sin miramientos las ficciones que no caben en la realidad ni mucho menos falsificar el conjunto de la obra sin apoyarse en seres reales ni en datos objetivos. Tipificar a base de estos dos elementos ha de ser un principio de nuestra literatura. De lo contrario, el escritor se dedicaría a inventar sentado al escritorio en vez de ponerse en contacto con la realidad. Ese principio se ajusta a la realidad actual en que surgen muchos hombres de tipo Juche y tiene gran importancia para estrechar la relación de la literatura con la realidad y las masas para enriquecer las vivencias del escritor.

En la creación del prototipo del hombre jucheano resulta importante describir vívidamente sus características particulares. Siempre hemos subrayado que la particularización es uno de los principios básicos de la tipificación. Si la representación de un personaje es rígida y seca como un palo, de ella no se percibe el aliento del hombre vivo. Y si esa representación no es viva, la obra entera se vuelve seca.

En la literatura el carácter del protagonista debe ser creado por el

propio autor. El que no haya descubierto un carácter peculiar a su protagonista no tiene derecho a comenzar a escribir. En cada obra él tiene que presentar un nuevo carácter que puede afirmar dignamente que es su propio hallazgo.

Para hacer una vívida representación del personaje, es necesario describir tridimensionalmente su carácter y su vida. Es inadmisibles prestar atención solo al concepto del personaje sobre el mundo y hacer caso omiso a su temperamento. En la definición del carácter del hombre el temperamento constituye un elemento importante que no se puede ignorar. Es raro que muchos tengan un mismo temperamento. El temperamento de un personaje es relativamente muy sólido y casi no sufre cambios durante toda la vida. Dos hombres pueden tener un concepto idéntico del mundo, pero si éste se refracta en dos temperamentos distintos, surgen dos caracteres también diferentes. Es inadmisibles presentar el temperamento innato o el deformado que no va a tono con el carácter y los gustos de la nación. La simplificación y la esquematización del temperamento van también en contra del principio de la tipificación.

En la creación del hombre típico se debe evitar la tendencia a mostrar únicamente el lado positivo, aunque el mismo hecho de presentar a un prototipo positivo, constituye una crítica a los fenómenos negativos. En los miembros de nuestra sociedad perduran, además de rasgos positivos, los negativos. De modo que para transformar a todos ellos según las exigencias de la idea Juche, es necesario educarlos con ejemplos positivos y también desplegar una fuerte lucha ideológica para superar los elementos negativos. Hacerse de la vista gorda ante los fenómenos negativos de la realidad no es una actitud digna de un comunista y va en contra de la conciencia del escritor, que es el portavoz de la sociedad. El escritor debe poseer un espíritu que lo incita a defender fervorosamente lo positivo y criticar agudamente lo negativo.

La crítica de lo negativo ha de ser siempre implacable, firme y exhaustiva, ya que es una lucha para corregir ideas erróneas basadas en la vieja concepción del mundo. El objetivo fundamental que

deseamos lograr con la presentación en la obra del personaje negativo de nuestra sociedad radica en enseñar la moraleja mediante la exposición de cómo él se va transformando gracias a la crítica de principio y el ardiente amor de sus compañeros y colectivo. Y si esta seria lección influye a la gente en toda la vida, entonces la representación resulta un éxito.

Aun en el caso de describir un prototipo positivo, hay que evitar la tendencia a mostrar e idealizar unilateralmente su aspecto plausible. Todos los vivos tienen defectos, con la única diferencia de que los erradiquen con prontitud o no. Para mostrar con veracidad al personaje positivo como lo vemos en la misma realidad, debemos describir objetivamente el proceso del desarrollo de su carácter en el que él se forma y se forja ininterrumpidamente en medio de la vida.

5. LA VIDA Y LA REPRESENTACION

1) HAY QUE TENER UNA CORRECTA COMPRESION ACERCA DE LA SEMILLA DE LA OBRA

Hace mucho que presentamos la teoría sobre la semilla de las obras artístico-literarias. Su veracidad y vitalidad se han confirmado plenamente durante estos años en la práctica de la creación. Desempeñó un importante papel en el surgimiento de una revolución y de una histórica época dorada en el sector artístico-literario. Nos corresponde seguirla materializando plenamente en la práctica creativa. Para ello es necesario tener una exacta comprensión sobre la esencia de la semilla.

Como núcleo de la obra, la semilla es la esencia ideológica de la vida que entraña el problema fundamental que el autor quiere abordar y la base en la que pueden sustentarse los factores de la descripción.

Algunos escritores, encasillados en los viejos conceptos, no valoran la semilla como una categoría nueva y la confunden con el tema o la idea, tendencia que no acaba por desaparecer. Sobre estos últimos se ha discutido durante mucho tiempo en la teoría literaria y en este proceso se ha consolidado la concepción que los considera como los elementos más esenciales de la obra literaria. De ahí que las personas permeadas de esa vieja concepción trataran la semilla al igual que el tema o la idea.

Esta errada concepción también se relaciona en gran medida con que anteriormente algunas personas no tenían una comprensión exacta de lo que es la esencia del tema y la idea. En una obra literaria el tema, la idea, el carácter del personaje y otros elementos particulares tienen relación muy estrecha, por lo que sus conceptos

no pueden ser definidos correctamente sino dentro del sistema general de la representación. En especial, solo cuando se dé una explicación correcta sobre esa categoría que constituye el núcleo de la literatura, es posible esclarecer el concepto de los elementos particulares. El núcleo de la obra es el factor más esencial donde pueden germinar y crecer todos los otros factores particulares.

En el pasado algunos vieron el tema, con razón, como un asunto social planteado en la obra, pero en general lo consideraban como un planteamiento del autor o una idea que lo impulsara a la creación. Esta es una opinión que asimila el tema a la idea o lo considera como el núcleo de la obra.

En aquellos tiempos no se había esclarecido el núcleo de la obra ni se había definido un correcto concepto del tema, por lo que tampoco se podía tener una exacta comprensión de la idea de la obra. Alguno veía el tema como la idea fundamental de la obra y definía como idea solamente la de importancia secundaria, mientras otro trataba indistintamente el tema y la idea.

Por supuesto no fueron pocos los que veían justamente el tema como el asunto social y a la idea como el planteamiento filosófico-estético del autor, pero no pudieron hacer valer su criterio debido a tales y cuales conceptos equivocados. Solamente con el nacimiento de la teoría referente a la semilla, los factores representativos de la obra han llegado a tener una correcta definición.

La semilla se diferencia tanto del tema como de la idea.

Para comprender correctamente su esencia es importante ante todo tener un acertado concepto de lo que es la esencia ideológica de la vida.

A partir de sus aspiraciones y exigencias, el hombre transforma la sociedad y conquista la naturaleza con el fin bien definido, por lo que cualquier fenómeno de la vida tiene determinado sentido ideológico. Es inevitable que los distintos fenómenos de la vida en el proceso de la transformación de la sociedad por las masas populares según sus aspiraciones y necesidades, adquieran un sentido ideológico. Tanto los hechos y acontecimientos históricos de importancia social como

la vida cotidiana reflejan cierto sentido ideológico. Este sentido existe también en los fenómenos naturales que guardan las huellas del hombre, para no hablar ya de los sociales. De un bello jardín los hombres perciben con emoción la esmerada labor del que lo ha cultivado y reconocen su concepto sobre la belleza y su noble afición a la misma.

Sin embargo, cada vida tiene diferente sentido ideológico en distinto grado. En la realidad hay fenómenos de la vida, unos con un simple sentido ideológico y otros con varios. Por regla general, esos fenómenos tienen varios sentidos debido a su compleja interrelación. De esos sentidos hay uno más esencial y determinante que otros, que regula otros similares y controla el mismo fenómeno de la vida. Tal contenido ideológico constituye el factor elemental, el núcleo esencial del fenómeno, que garantiza su existencia. A ese núcleo llamamos esencia ideológica de la vida.

Pero no todos meollos ideológicos de las manifestaciones de la vida son dignos de ser la semilla de la literatura. De esos meollos ideológicos, algunos pueden ser reflejados en la literatura mientras que otros no, pero son apropiados para ser tratados en otras ramas de la ciencia humanística. Es lógico que la literatura no pueda reflejar todas las esencias ideológicas de la vida, aunque se le considera la enciclopedia de la misma. Esto se debe a la ley de la creación de las imágenes propia de la literatura, consistente en reflejar la vida con fidelidad y en forma sensitiva.

Entre nuestros escritores algunos forcejean durante años con una esencia ideológica inapropiada a la literatura, cuya fundamental razón radica en que consideran unilateralmente que la semilla es una esencia ideológica y la confunden con la idea.

La semilla es la esencia ideológica de la vida, pero difiere de la idea a la que nos referimos generalmente. La semilla se percibe racional y sensiblemente, se identifica emocionalmente y promueve tanto el pensamiento lógico como el representativo.

Generalmente la idea es subjetiva y se revela en forma abstracta. Sin embargo, lo ideológico que está encarnado en la vida es objetivo

y se revela de modo vívido en el objeto concreto. Radica en el carácter humano, en el acontecimiento y también en el fenómeno. Cualquier que sea lo ideológico que está encarnado en la vida se halla en un objeto concreto y real. La semilla, en tanto que es la esencia ideológica de la vida, está reflejada vívidamente en un objeto concreto. Este objeto es precisamente la vida que contiene tanto el problema fundamental que quiere tratar el autor como la base en la que pueden sustentarse los factores de la descripción.

Por consiguiente, la semilla se identifica ideológica y emocionalmente. La esencia ideológica capaz de movilizar el potencial intelectual del autor, conmover su corazón, proporcionarle ideas y despertar sus emociones, es la verdadera semilla de una obra literaria.

Una esencia ideológica de la vida que no contiene el problema fundamental que quiere tratar el escritor ni la base en la que pueden sustentarse los factores de la descripción, que por tanto no puede atrapar el alma del autor ni despertar sus emociones, no puede ser la semilla de la obra, por muy grande que sea su importancia social. Si el escritor olvida esto cae en el error de aferrarse solamente a lo ideológico, pensando que la semilla es la esencia ideológica. La semilla literaria puede serla únicamente la esencia ideológica de la vida capaz de sembrar en el autor la chispa de la creación, avivar su fervor, conducirlo al mundo de la experiencia emocional y poner alas a su imaginación creativa.

También se debe tener una correcta comprensión de la relación entre la semilla y la idea de una obra literaria.

Aunque la semilla es la esencia ideológica de la vida, no puede ser valorada como equivalente a la idea de la obra. La idea es amplia y está constituida por la unidad de los contenidos ideológicos que tienen originalmente en la vida la semilla y los distintos factores de la descripción regidos por ésta, tales como el carácter, el suceso y los conflictos, y el criterio del escritor al respecto. En una palabra, la idea de una obra es el planteamiento que el autor quiere aclarar por medio de la materialización de la semilla, su valoración sobre la vida

que se extiende en cuadros, y su conclusión sobre el destino del personaje. Esto significa que la semilla, si bien es la esencia ideológica, no puede sustituir la idea de la obra. La idea parte de la semilla y se determina por ella.

La semilla de la obra es la esencia ideológica de la vida que contiene el problema fundamental que el escritor quiere abordar.

El problema fundamental que contiene la vida se convierte en el tema de la obra que se va a crear. El tema es el problema fundamental que va a ser tratado por el autor en la obra. Ese problema, en tanto que es problema social y humano, se plantea en la vida en que está encarnada la semilla.

El tema de la famosa obra clásica *Destino de un miembro del "Cuerpo de Autodefensa"* es el problema del destino de un pueblo sin Patria, el problema de vital importancia para la nación martirizada y que está en el dilema de obedecer u oponerse a los opresores. Tal problema, de carácter esencial, se planteó a partir de la realidad de nuestro país en los años 30 que contenía la esencia ideológica de que uno estaba condenado a morir igualmente, se alistara o no en el "Cuerpo de Autodefensa", específicamente a partir de la vida relacionada con la mencionada agrupación lacayuna del imperialismo japonés. En ese mundo donde los invasores japoneses campaban por sus respetos, no había lugar donde los coreanos pobres podían vivir. No había ningún lugar donde pudieran resguardarse vivos o muertos. Los que fueron arrastrados al "Cuerpo de Autodefensa" eran carne de cañones para los japoneses y morían como perros, mientras que los demás eran perseguidos por los trabajos forzosos y la hambruna. Fue precisamente a partir de esta tenebrosa y trágica realidad que se planteó el problema de mantener o no la existencia de la nación coreana.

La semilla y el tema están inseparablemente vinculados en la vida. De si la vida contiene o no el problema humano, depende el problema de si su esencia ideológica puede ser o no la semilla de la obra. La esencia ideológica de la vida que no encierra el problema humano no puede ser semilla de la obra literaria. Pero ello no

significa que el tema determina la semilla. Lo que controla la vida que encierra el problema fundamental que va a ser abordado por el escritor es la esencia ideológica que está encarnada en ella. Ese problema esencial está arraigado en la esencia ideológica de la vida, por lo que el tema es controlado por la semilla.

La semilla que va a ser sembrada en la obra literaria es la esencia ideológica de la vida que contiene la base en la que pueden arraigarse los factores de la descripción.

La semilla permite que el autor conjeture la estructura básica de la futura representación. Le perfila la imagen preliminar del carácter del protagonista y otros personajes principales, la relación entre estos, los sucesos, los conflictos, el argumento y otros factores esenciales de la representación.

De ahí se presenta la cuestión de cómo ver la relación entre la semilla y el asunto. Si el segundo es el dato de la vida que le sirve de base para la representación de la obra, la primera es la esencia ideológica de esa vida. Ambos se basan en la vida y están estrechamente relacionados entre sí. Es probable que, cuando un escritor recoge datos de una vida en medio de la realidad, encuentre casualmente una esencia ideológica que ella encierra y pueda tomarla como semilla de su futura obra. Por esta razón, frecuentemente se considera el asunto como parecido y hasta idéntico a la semilla, lo que hace creer haber encontrado una semilla cuando en realidad es un asunto. Lo cierto es que si la esencia ideológica que se ha encontrado con el profundo estudio de datos tomados de la realidad es digna de ser sembrada en la obra, se puede afirmar que se ha descubierto una semilla. Pero si no existe la esencia ideológica digna de ser sembrada en la obra o si no se ha encontrado de antemano, entonces el dato de la vida no puede ser más que un simple asunto.

El asunto es el dato real de la vida. Siempre tiene un cuerpo concreto. Si es el dato sobre un hombre debe responder a cuándo, dónde, qué y cómo hizo esa persona. Y tratándose de un suceso, debe contestar la pregunta de cuándo, dónde, por qué y cómo ocurrió tal hecho. Por lo que si se toma un asunto se puede tener una clara y

concreta imagen de algún individuo o acontecimiento. Sin embargo, ese asunto no puede dar el perfil general de la representación de la obra ni mucho menos determinar los factores descriptivos como el carácter de los personajes, las relaciones entre estos, los hechos y conflictos, ni señalar cómo y en qué dirección describir esos elementos.

La semilla no puede dar tan concreta imagen de los factores representativos como el asunto. Sólo permite deducirlos a través de la imaginación. Pero, a diferencia del asunto, determina la selección de factores representativos particulares, sugiere en qué dirección y cómo describirlos y posibilita imaginar de forma unificada la representación de la obra que verá la luz en el futuro. El mismo asunto recibe el control de la semilla, lo que se debe a que la semilla es la esencia ideológica de la vida que contiene la base en la que pueden sustentarse los factores representativos.

Para comprender correctamente la esencia de la semilla de una obra literaria, es necesario tener clara conciencia de que ella constituye el núcleo del sistema representativo de la misma.

Esclarecer correctamente el núcleo de la obra se plantea como importante tarea en la práctica de la creación y la teoría artístico-literaria. La exitosa ejecución de la labor creadora y la elevación del nivel ideológico y artístico de la obra dependen de lo que consideramos como núcleo.

Hasta ahora algunos escritores han visto el núcleo de la obra en el tema, la idea o el carácter, mientras que una parte de los dramaturgos afirmaron que el conflicto es la vida de la obra. Esta errada concepción sobre el núcleo de la obra dio lugar a la creación de obras como la que no representa al hombre vivo y sólo revela la idea escueta; la que tiene carácter pero está desprovista de ideas significativas; y la que no subraya ni la idea ni el carácter e inútilmente pone tenso al lector. Desde luego, en un sistema representativo, el tema, la idea, el carácter y el conflicto ocupan un lugar importante, pero ninguno de ellos puede situarse en el mismo nivel que la semilla.

La semilla encontrada en medio de la vida y sembrada en la representación se convierte en el núcleo de la obra. Al afirmar que la semilla es el núcleo de la obra quiere decir que ella es la esencia elemental que ocupa el centro de toda la representación.

Para comprender correctamente la semilla como núcleo de la obra, resulta importante conocer a fondo la razón por la que la semilla se aprecia como tal. De definirla como núcleo de la obra basándose en su función dentro del sistema de representación, no es posible dilucidar acertadamente su esencia. Esa función también constituye una importante razón por la que se valora como el núcleo de la obra, pero existe otro factor esencial que garantiza incluso esa función y es indispensable conocerlo para comprender bien la esencia de la semilla.

La razón fundamental por la cual la semilla se aprecia como núcleo de la obra radica en que es la esencia ideológica que tiene encarnada la quintaesencia más profunda de la vida reflejada en la obra. Sin la esencia ideológica, la vida reflejada en la obra muere y la representación pierde su resplandor. Ella es la vida y el núcleo de la vida reflejada en la obra. Por consiguiente, la semilla se convierte en el único centro que controla, unifica y conduce todos los factores de la representación de la obra.

Las experiencias prácticas comprueban el gran papel que desempeña la semilla en el proceso creativo del escritor y dentro del sistema de representación de la obra. Todos los factores representativos conforman en la obra un perfecto engranaje y un cuadro unificado, con lo cual condicionan el florecimiento de la semilla. Sobre la base de la semilla se unen el contenido y la forma de la obra, así como se combinan sus valores ideológicos y artísticos. La semilla es realmente el núcleo medular de la obra.

El proceso en que la semilla pasa de ser la esencia ideológica de la vida a ser el núcleo de la obra es el de la creación del autor y el nacimiento de un nuevo mundo de representación. Solamente la semilla puede unificar el proceso de la creación con el de la representación artística y servir de una norma sin igual para cubrir las exigencias que se plantean en ese proceso. Por ello, la semilla

está relacionada con una sola obra y no puede existir al margen de ella. Si las obras literarias se distinguen entre sí, es porque son germinadas de sus semillas respectivas.

En la creación, escoger una correcta semilla y sembrarla profundamente se presenta como una cuestión esencial que decide el destino de la obra. Seleccionar una buena semilla y sobre esta base hacer una bella representación deben ser la lógica y el estricto principio de la creación literaria.

Son diversos los motivos de la vida que inspiran la creación del escritor. La redacción puede ser motivada por el hallazgo de una idea o carácter significativo, un hecho o un detalle atractivo. Independientemente de lo que haya encontrado primero el escritor, y de lo que lo haya atraído primero, únicamente después de hallada la semilla debe proyectar e iniciar la redacción. Aun cuando haya escogido primero algún carácter o suceso, una vez confirmada la semilla, debe valorarlos de nuevo conforme a sus exigencias y descartar lo que no avenga a ella.

Dondequiera que hay vida, existen semillas que pueden ser sembradas en las obras. En nuestra digna realidad que palpita con las creaciones e innovaciones, existen innumerables semillas valiosas que pueden estimular infinitamente al escritor y darle inspiraciones creativas. Pero no es fácil lograr escoger en cualquier lugar y momento las semillas dignas de sembrar en las obras. El proceso de descubrimiento de una semilla acompaña una fase de estudio de la esencia de la vida. El escritor puede conocer más que nadie de la esencia de la vida porque siempre la analiza con ojos del anatomista y se esfuerza por saber cuál es su esencia y qué problema humano puede hallar en ella. En algunos casos esa esencia aparece tan amorfa que es difícil de definir, y aun en el caso de que se pueda definir, no ocurre eso en la mente en el momento preciso. Hay veces que esa esencia de la vida ya descubierta antes reaparece como un relámpago en la mente cuando se tropieza con un fenómeno significativo. Ello se debe a que este fenómeno ha servido, cual la chispa de una mecha, de un motivo idóneo para expresar la esencia de la vida que se lleva

adentro desde hace tiempo. Es justamente en este momento que se puede agarrar la semilla. Para coger una semilla el escritor no acude solamente a la reproducción de la esencia de la vida ya conocida por algún motivo. También puede encontrar la esencia de una nueva vida al observar y estudiar profundamente algún fenómeno. Esta misma esencia puede ser la semilla de la obra.

La semilla no está a la superficie sino oculta en lo más hondo de la vida. No se descubre con facilidad en una vida ordinaria, sin ningún impacto ni cambio. Se revela con mayor claridad cuando un impacto produce ondas en una vida, esta pierde su curso normal y provoca serias alteraciones en el futuro del hombre. Precisamente en el factor esencial que ha cambiado el curso de la vida y ha originado un viraje dramático en el destino del hombre existe la esencia ideológica de la vida, es decir, la semilla. Para escoger atinadamente una semilla digna de ser sembrada en la obra, el autor no tiene que deslumbrarse por las reverberaciones en la superficie de una vida, sino, dando un paso más adelante, desentrañar incluso el factor esencial que las ha originado.

La investigación de la esencia ideológica de la vida es un proceso de llegar del fenómeno a su esencia. Los escritores no deben conformarse con la observación de los fenómenos de la vida sino poseer la capacidad de pensar y analizar filosóficamente, es decir, de adentrarse en la vida y desentrañar finalmente su esencia a partir de su fenómeno. Sólo el que analiza la vida y piensa filosóficamente puede descubrir en ella una importante y significativa semilla. Todos los valiosos descubrimientos artísticos que se han registrado en la historia de la literatura universal son excelentes frutos del profundo pensamiento filosófico de aquellos famosos escritores que fueron capaces de adentrarse en la vida de su época.

Luego de escoger una buena semilla, el escritor debe concentrar en ella todos los factores representativos y elaborarlos bien artísticamente.

La selección de una buena semilla no significa en sí el acabado de una excelente obra. El descubrimiento de la semilla es en todo caso

una premisa y una base de la creación literaria. Lo ideal sería que una buena semilla engendre una buena obra, pero a veces se escoge la semilla con muchos esfuerzos para finalmente crear una obra de poca valía.

Es recomendable elaborar artísticamente la semilla de modo que esta brote con naturalidad mediante una real y vívida representación. La obra literaria adquiere su valor cuando tiene una clara finalidad ideológica y profundidad filosófica, así como cuando produce un largo eco en la vida.

Es inadmisibles que, con el pretexto de aclarar la semilla, se ignore la lógica de la vida y se revele forzosamente la esencia ideológica. Tampoco está permitido exteriorizar la semilla de forma directa y ruda a través de diálogos principales o explicaciones del autor, como suceden en ciertas novelas o en la literatura teatral. Por supuesto, los diálogos o las explicaciones del autor pueden servir de medios para enfatizar la semilla. Algunas obras recientes aclaran el contenido ideológico acentuando la esencia ideológica en los parlamentos del protagonista. Una vez que la semilla alcanza su plena madurez a través de un proceso de representación de la obra, se puede citar la esencia ideológica en las conversaciones o explicaciones del autor en el sentido de enfatizarla una vez más. Es un juicio erróneo considerar el siguiente método como el más eficiente para la materialización de la semilla: dedicar pocos esfuerzos a la concentración y el enriquecimiento de los factores de la descripción, tal y como exige la semilla, para finalmente sumarles esta adicionalmente, o puntualizar la esencia ideológica en un pasaje importante. La semilla debe emerger con naturalidad por la vía principal de la representación.

El escritor no tiene por qué ajustar la representación a una idea abstracta que no proporciona ninguna imagen artística. Si él cae en el subjetivismo, la semilla muere. Si la semilla debe ser para el autor el mayor descubrimiento, también deben ser originales los elementos que se explayan sobre la base de esa semilla, tales como el carácter del personaje, los hechos, los detalles y los episodios.

Al escritor le corresponde encontrar valiosas semillas capaces de

responder satisfactoriamente a las aspiraciones de la época y las exigencias de las masas populares, para así crear obras con marcado carácter realista y revolucionario en las cuales deben estar combinados los altos valores ideológicos y artísticos.

2) ¿LITERATURA DEL CARACTER O DEL SUCESO?

El cómo valorar y describir al hombre es el punto de partida de la creación literaria.

En la literatura el hombre debe situarse firmemente en el centro de la escena que encauza con iniciativa los distintos cursos de la vida que tiene complejas vertientes. El crea la vida y también la disfruta. Todos los fenómenos sociales surgen por él y se transforman y desarrollan por su activo papel. A la literatura, cuya misión es valorar y describir la realidad desde el punto de vista jucheano, le corresponde colocar al hombre en el centro de la escena y destacarlo con claridad.

El hombre no puede existir al margen de la vida, pero ambos no ocupan la misma posición. El primero ocupa el lugar del dueño de la segunda. Primero es el hombre y después la vida. En la literatura todos los fenómenos de la vida deben ser descritos con el hombre en el centro y obedecer a su representación.

En la literatura describir al hombre es describir su carácter. Colocar al hombre en el centro de la escena significa en fin representar circunscribiéndose principalmente su carácter. En la literatura se deben crear imágenes dirigiendo la atención principal a la representación del carácter y no a la del suceso.

En tiempos pasados se trataba al hombre como parte del mundo material y no se trazaba una línea de principio entre él y otros objetos. En cuanto al problema referente al carácter y el suceso, se abordaba principalmente su relación unificada y se trataban esas dos categorías dentro de un marco denominado representación humana. Al ver solamente la unidad del carácter y el suceso y no trazar una línea

divisoria entre ambos, no se pudo plantear como un principio de la creación el énfasis particular del primero.

Sin priorizar el carácter, la obra no puede corresponder a la naturaleza de la ciencia humanista. La descripción del carácter no implica que en todos los casos el suceso obedezca o siga ciegamente a este. De no resolver adecuadamente la relación entre el carácter y el suceso, el segundo puede devorar al primero.

Los dos se relacionan orgánicamente, pero cada uno tiene una serie de características diferentes. El hecho de que el suceso surge y se desarrolla por el movimiento del carácter y este se revela a través de aquel significa que entre ambos existe una relación orgánica. Pero los dos se distinguen obviamente. Si el carácter es más interior y esencial, el suceso es más exterior y fenoménico. Si el carácter es más activo que el suceso, este es más pasivo que aquel. La pregunta de cuál de los dos es el principal es, a fin de cuentas, el de cuál ha de ser destacado como lo principal entre lo esencial y lo fenoménico, lo activo y lo pasivo. Considerar como lo principal el carácter en la relación entre este y el suceso es una concepción que valora más al hombre en lo que existe objetivamente y da más atención a lo esencial que a lo fenoménico.

Atribuirle la importancia enjundiosa al carácter y no al suceso es una exigencia legítima del progreso de la literatura y del desarrollo de la conciencia estética de las masas populares.

En las etapas inferiores del progreso de la humanidad en que no estaba desarrollada su capacidad de abstraer, el hombre se limitaba a la percepción visual del mundo circundante. Las obras artísticas de aquellos tiempos, por reflejar fielmente tal estado de conciencia, no pasaban de ser una simple imitación de los fenómenos del medio ambiente. La capacidad del hombre de percibir los objetos y los fenómenos se incrementa con el paso del tiempo, pero ese proceso se lleva a cabo con gran lentitud. Por esta razón la cultura humana conservó por mucho tiempo los vestigios del arte consistente en una simple copia del mundo circundante.

Los contemporáneos dotados de sana mentalidad quieren

analizarlo todo no visualmente, sino esencialmente. Cuando leen una obra se interesan más por el carácter de sus personajes que por los sucesos amenos. Describiendo principalmente el carácter es como puede adaptarse la literatura con los gustos actuales.

Para lograrlo, es aconsejable que la obra eleve decisivamente el nivel de la descripción del carácter de los personajes.

Dirigir la atención principal a la descripción del carácter no se resuelve solamente con hacer prevalecer este sobre el suceso en la obra. El intento de subrayar el carácter en menoscabo del suceso acaba por estropear la misma obra. Para lograr que la gente sienta más atracción por el carácter que por el suceso, es preciso hacer hincapié en elevar el nivel de la descripción del primero.

Para presentar en un primer orden el carácter, es necesario concentrar en su descripción las exigencias de la semilla.

La semilla encausa la línea principal de la representación de la obra, por lo que la descripción del carácter también debe adherirse a ella para poder tomar esa línea. Por su naturaleza, la semilla se aclara mediante la representación del carácter del protagonista y otros personajes, no se hace así si no se destaca el carácter de los personajes, aunque se entreteje una amena narración y se estructura de forma ordenada el drama. Pero ello no significa que el carácter del personaje sirva solamente de medio para esclarecer la semilla. Como centro de la representación, el carácter tiene su parte independiente, obra activamente en todas las otras representaciones y realiza sus propios objetivos cognoscitivos y educativos. Sólo mediante la encarnación intensiva de las exigencias de la semilla, el carácter del personaje puede ocupar el centro de la escena y jugar el rol protagónico en el esclarecimiento de la idea temática de la obra.

La inmortal obra clásica *Mar de sangre* aborda varios sucesos, como la operación “punitiva” de los imperialistas japoneses en Jiandao, el ataque de la guerrilla antijaponesa a una ciudadela, la preparación de la rebelión por un grupo revolucionario clandestino, etc. Desde luego, estos sucesos fueron representados veraz y significativamente sobre la base de los hechos históricos reales. Con

todo, el carácter de los personajes se percibe con mayor emoción que esos sucesos, lo cual se debe en gran medida a que el carácter encarna de forma intensa la exigencia de la semilla de transformar el mar de sangre plagado de martirios en el de la lucha. La obra muestra claramente que tanto el carácter como la semilla cobran vida cuando el primero refleja con intensidad la exigencia de la semilla.

Para dar preferencia al carácter y no al suceso, es preciso estructurar la obra como una historia del desarrollo del carácter.

Ahora algunos consideran como iguales la trama de la narración y la de los sucesos, lo cual es un concepto erróneo. En la narración figuran no sólo los sucesos sino además los episodios, los detalles de la vida, la psicología de los personajes y su currículum vitae. Es decir, la narración puede abarcar todos los contenidos que conforman el curso de la vida. El proceso del inicio, desarrollo y desenlace del suceso no es más que un aspecto del argumento de la narración. Este no es una simple concatenación de tal o cual suceso sino un proceso del desarrollo inevitable del carácter del personaje y de su vida. Con el inicio y el desarrollo de la narración se establecen y se profundizan las relaciones interpersonales, de modo que es necesario estructurar bien la trama para que esta refleje fielmente esas relaciones y el proceso del desarrollo del carácter. Las obras deben entretener la trama de la narración siguiendo el curso de desarrollo del carácter de los personajes, principalmente protagonista, así como estructurarla de modo que de la relación entre los caracteres nazcan y se desarrollen los sucesos, los conflictos y los episodios.

Tomar la organización de los sentimientos como lo principal de la estructura también es una exigencia que emana de la necesidad de entretener la estructura fundamentalmente con la representación del carácter. La organización de sentimientos es un método representativo que revela de modo emotivo la esencia del carácter. Junto con la idea, los sentimientos forman parte del mundo interior del hombre, por lo que sin ellos no podemos exteriorizar adecuadamente ese mundo ni, consecuentemente, describir con autenticidad el carácter del personaje. Con una buena organización

de sentimientos se destacan con viveza los caracteres de todos los personajes y se les imprime el sentido de realidad. La literatura en que predominan los sucesos, se aferra fundamentalmente a estos considerando su organización como lo principal de la composición, por lo que con frecuencia no se logra una profunda descripción de las ideas y los sentimientos de las personas y se empeña en tramar la narración con los hechos para despertar principalmente el interés. La organización de los sucesos no es más que la creación de una base de la vida para establecer las relaciones entre personajes y condicionar sus actos. Solamente cuando sirve de base para la organización de sentimientos, puede contribuir a la representación del carácter y causar impactos.

En la descripción de los personajes, el primerísimo objeto es el protagonista. Este es el representante del colectivo de personajes representados en la obra y la descripción de su carácter decide la calidad general de la representación de otros caracteres. Por mucho que se trate de seguir el curso del desarrollo del carácter humano en la composición, si no se logra destacar la línea del protagonista, no se puede evitar que los caracteres sean aplastados en su conjunto por la línea de los sucesos.

En la composición, el protagonista debe situarse en el centro para servir de puente y guía a otros personajes. Para resaltar la línea del protagonista, es necesario confiarle el papel fundamental en la solución del problema principal de la obra, así como colocarlo en el centro de las relaciones entre los personajes, de modo que sea él quien ponga en movimiento a los demás.

El predominio del carácter en la composición se presenta como mayor necesidad en las novelas y otras obras en las que prevalecen los elementos narrativos. A lo largo de la historia, la cuestión de cuál debe ser el elemento predominante en la literatura: el carácter o el suceso, ha sido planteada seriamente en géneros como la novela y la dramaturgia. En estos dos géneros que abordan los hechos más que en ningún otro, es insoslayable prestar mayor atención a la solución de la relación entre el carácter y el suceso.

La literatura debe tratar bien el suceso, aun concediendo la atención principal al carácter.

En las obras literarias figuran distintos tipos de sucesos: los principales y los secundarios, los de gran dimensión, como los acontecimientos históricos, y los pequeños fragmentos de la vida. Conceder la principal atención al carácter no significa de ninguna manera que es permisible ignorar el suceso. Este es un elemento de la vida en que se revela el carácter. Si se desconoce el suceso, el carácter puede perder su terreno de vida. También por medio del suceso se puede mostrar la esencia y la legitimidad de la vida, además de enseñar y educar al pueblo sobre distintas materias. Sobre todo en el caso de tratar cierto acontecimiento o suceso histórico, resulta muy importante describirlo adecuadamente para darle al lector profundos conocimientos sobre esa historia. Las novelas del ciclo *Historia inmortal*, que tratan sobre la historia revolucionaria del gran Líder, tomando como argumento ciertos acontecimientos históricos, muestran objetiva y profundamente cada hecho, circunscribiéndose principalmente a la representación del carácter, con lo cual nos transmiten profundos conocimientos sobre esa historia.

En las obras el suceso tiene un gran significado, pero pierde su valor si no se combina con la representación del carácter. En la literatura el suceso es un medio de la creación del carácter. El suceso debe ser significativo desde el punto de vista social y, además, estar descrito de modo que pueda favorecer la creación del carácter de los personajes. El proceso de desarrollo del carácter debe ser descrito en el curso de la vida y los sucesos significativos. La tendencia a conseguir resultados con la enumeración de sucesos históricos de gran envergadura también se debe a la actitud de ignorar la representación del carácter, inclinándose parcialmente a la organización de los hechos. El hombre es el dueño de la vida y al mismo tiempo el de los sucesos. Estos surgen por la interrelación de los hombres y sus actividades, por lo cual en el centro de la descripción de los hechos debe situarse siempre el carácter del hombre.

3) LA FUERZA DE LA REPRESENTACION ESTA EN LA VERDAD Y LA FILOSOFIA

La veracidad es la exigencia consustancial a la literatura. Al reflejar con veracidad la vida del hombre, las obras literarias adquieren eterna vitalidad y perduran en la historia cultural de la humanidad. Por muy depurada que sea la descripción, y ordenada la composición de una obra, esta no sirve de nada si no refleja fielmente la vida. La veracidad es una de las tareas más importantes de la creación literaria. Una obra carente de esa cualidad no puede ser del agrado de las masas, aunque tenga bien afirmada la política del Partido y haya partido de un excelente propósito ideológico del autor.

La veracidad es un cartabón que mide si la vida descrita en la obra refleja la realidad y si la refleja, en qué grado se asemeja a ella. Si la vida reflejada en la obra se asemeja a la realidad, es veraz; y si no, no lo puede ser.

Para destacar la veracidad de una obra literaria, es necesario reflejar en la representación la esencia de la vida. La representación de una obra no puede ser veraz si contradice la esencia de la vida, si bien se asemeja a esta superficialmente. La obra adquiere ese carácter solamente cuando la representación coincide con la esencia de la vida y está colmada de detalles sustanciales.

A fin de que la representación de la obra coincida con la esencia de la vida, es recomendable tener una correcta comprensión de la relación entre lo esencial y lo fenoménico. Por supuesto, no se puede afirmar que nuestros escritores ignoran esa relación y la manera de asegurar la veracidad de la obra. Hay quienes tienen un buen conocimiento teórico, pero que en pleno quehacer creativo se ven incapaces de representar la vida auténticamente, lo cual tiene que ver con su actitud y capacidad de trabajo.

Describir con veracidad o no la vida es, antes que ser un problema

referente a la capacidad creativa del escritor, un problema más importante que se relaciona directamente con su conciencia.

Sólo el hombre verdadero puede hablar con franqueza, así como sólo el escritor auténtico puede hacer obras verídicas. El escritor tiene que presentarse ante la sociedad con su conciencia, y ejercer su influencia en las masas en representación de la conciencia de la época. Quien carece de conciencia no puede identificarse realmente con la realidad y escribirá su obra con hipocresía y mentiras. Si es un escritor, tiene que valorar y describir correctamente la realidad como modelo del hombre verdadero y como portavoz de la conciencia inmaculada que no admite la hipocresía ni la veleidad.

La conciencia del autor se pone de manifiesto en su posición y actitud de responsabilizarse de sus obras ante el pueblo. Tiene que pensar profundamente en las influencias que sus obras puedan ejercer sobre el pueblo. Si sus obras no son sinceras, pueden influir negativamente en este. Al escritor le corresponde tener bien en cuenta que la autenticidad de sus obras no se relaciona solamente con la elevación del nivel ideológico-artístico de estas, sino más bien con la perfección de sí mismo como revolucionario y con la educación de las masas.

El reflejo veraz de la vida depende en gran medida de la profundidad de las vivencias del escritor.

En este aspecto lo importante es evitar el ciego apego a la mesa y a la caza de datos. Si se escribe ignorando o dando la espalda a la realidad, lo representado no puede concordar con la vida real. Quien no se pone en contacto con la realidad e intenta sustituir su experimentación por la obtención de datos necesarios como hacen algunos periodistas, se ve obligado a definir previamente sentado al escritorio por cuál vía tratar a un personaje y qué altibajos poner en un suceso para llevarlo hasta el fin, y amoldar a esto los datos reales. Las obras redactadas de esta forma revelan, ya antes de que se haya terminado la lectura, cómo será abordado tal personaje y qué desenlace tendrá tal suceso. En cuanto a cuál sería el fin de los personajes o sucesos ya establecidos, el autor puede preverlo, pero

no definirlo concretamente de antemano. Una vez establecidos los personajes y los sucesos, el escritor debe profundizar con paciencia en su desarrollo, siguiendo la lógica del carácter y la vida, hasta que ellos mismos lleguen espontáneamente a una conclusión.

La obra debe ser veraz y al mismo tiempo tener profundidad filosófica.

Hoy nuestro pueblo posee un elevado mundo ideológico y espiritual y ricos y nobles sentimientos por la vida y por eso exige obras excelentes que reflejen con emoción el profundo mundo de la hermosa y noble existencia y que pueden recordarle el verdadero sentido de la vida por largos tiempos. Con vistas a satisfacer la necesidad estética del pueblo e inculcarle un correcto concepto de la revolución y la vida, es necesario crear obras filosóficamente profundas.

Imprimir el valor filosófico en la representación es una exigencia indispensable que parte de la naturaleza de la literatura. Esta es una filosofía de la vida que por medio de escenas artísticas responde al problema del destino del ser humano. Hablamos del problema que concierne no sólo a la literatura, sino también a la filosofía. Ningún problema relacionado con el destino del hombre puede ser resuelto al margen del criterio y la actitud filosóficos acerca de éste. Por consiguiente, la literatura que responde al citado problema adquiere un carácter filosófico.

Para ser una filosofía de la vida que dé respuestas a los problemas relacionados con el destino del hombre, la literatura debe necesariamente tener profundidad filosófica.

El carácter filosófico de una obra literaria se expresa en la profunda verdad de la vida que el autor ha descubierto y enriquecido con su representación.

Se puede emplear el término filosófico tanto para una obra completa como para uno de sus detalles o diálogos, diciendo “detalle filosófico” o “diálogo filosófico”. En uno y otro caso, cuando apreciamos que tiene filosofía, queremos decir que esa obra, detalle o diálogo contiene un descubrimiento y que refleja una verdad de la

vida muy profunda. Se puede afirmar que una obra es filosófica cuando ésta plantea un serio problema sobre el destino del hombre, lo soluciona con una idea profunda y tiene una representación tan jugosa que nos permite ver mucho más allá de lo que expone.

Una obra se califica de filosófica no porque haya tratado un contenido o tenga un aspecto de ese tipo. Anteriormente muchos escritores y teóricos calificaban de filosóficas las obras con problemas o contenidos de tal carácter, y de ahí que en un tiempo surgiera en Europa el género denominado la “narración filosófica”. Pero entre esas obras fueron realmente pocas las que causaron un gran impacto artístico y una profunda reflexión filosófica.

El guión cinematográfico *La familia de Choe Hak Sin* no es una obra que explique una lógica filosófica o tenga algún aspecto filosófico. Pero, mediante el final trágico que acaba con la familia de un pastor que en toda su vida creyó en los yanquis como el propio “Dios” expone con profunda filosofía la gran verdad de que con el imperialismo norteamericano no se puede vivir bajo el mismo cielo. El carácter filosófico es la profundidad de la filosofía de la vida que rige la obra.

El carácter filosófico de una obra tiene mucho que ver con la veracidad de su representación. Mientras más verídica es la vida descrita, más profundidad tiene su filosofía, así como cuanto más significativa y profunda es la idea reflejada en la escena, tanto mayor es su autenticidad.

Para hacer filosófica una obra, es preciso escoger y cultivar bien la semilla que tenga tal carácter. Esta es la primera condición para imprimir los valores filosóficos a la obra. El carácter filosófico de ésta depende de la profundidad de su idea y representación que aclaran la esencia y la legitimidad de la vida. Una obra adquiere profunda filosofía cuando plantea aguda y seriamente y soluciona con alto nivel artístico los problemas de cuál es la verdadera vida del hombre, dónde existe su auténtica felicidad y cómo vivir y luchar para forjar su destino. La semilla es la esencia ideológica de la vida descubierta y cultivada en la obra por su autor, por lo que la

profundidad filosófica de la obra se determina por el tipo de semilla que se escoge.

La hondura del problema del hombre es uno de los factores principales que aseguran la profundidad filosófica de una obra. Esta depende en gran medida de aquella reflejada en la obra.

Es aconsejable representar con profundidad y singularidad todos los factores de la descripción, incluyendo la composición, los detalles y los diálogos. Esto garantiza la profundidad filosófica del proceso general que abarca la selección, el florecimiento y la fructificación de la semilla.

El escritor tiene que ser un filósofo, un apasionado investigador de la vida y maestro del lenguaje artístico. Solamente aquel que posee elevados conocimientos políticos y aguda visión filosófica, puede crear excelentes y auténticas obras filosóficamente profundas capaces de sumergir al lector en profundas reflexiones acerca de la verdadera vida y el camino de la forja del destino.

4) ES NECESARIO ENRIQUECER EL MUNDO INTELECTUAL DE LA LITERATURA

La obra literaria es una creación intelectual del escritor. No es una simple copia mecánica del mundo objetivo, pues refleja la opinión y la posición del autor al respecto. Aun tratándose de una misma realidad, la calidad de la obra difiere según el nivel en que su autor aprecia y describe ese fenómeno. Una obra en que el autor ha analizado y representado la realidad en un elevado nivel intelectual, puede alcanzar un alto nivel ideológico-artístico y ejercer una influencia más positiva en el lector.

El nivel intelectual de la literatura es un importante cartabón que mide el nivel cultural de un país y una nación. Por él se llega a conocer el nivel cultural de una época y el grado de civilización de un país y de una nación. La literatura desempeña, además, un papel de pionero en la elevación ininterrumpida del nivel cultural del

hombre. Con un alto nivel intelectual, puede convertir al hombre en un ser culto y noble, altamente intelectual.

Enriquecer el mundo intelectual de la literatura es una urgencia estética de los contemporáneos. La conciencia ideológica y la capacidad cultural del hombre se incrementan continuamente con el paso del tiempo. El desarrollo de la conciencia ideológica del hombre por la independencia y su capacidad creadora significa el incremento de su nivel intelectual a la misma medida. Tal ocurre en la realidad actual en que se impulsan con dinamismo la intelectualización de toda la sociedad y las tres revoluciones: la ideológica, la tecnológica y la cultural, así como se desarrollan a un ritmo acelerado la ciencia y la tecnología. Y van profundizándose más y más los conocimientos de la gente acerca del arte y la literatura. Las actividades artístico-literarias van abarcando grandes masas y se divulgan muchas obras por la televisión y la radio, por lo cual la gente, sean jóvenes, viejos o niños, tienen acceso a ver obras artísticas y literarias. Como presencia cualquiera, actualmente casi todos, incluidos niños y ancianos, saben apreciar los aspectos positivos y negativos de las películas transmitidas por televisión. Con los viejos métodos representativos y bajo nivel intelectual, el escritor no puede describir cabalmente el mundo intelectual de los contemporáneos ni satisfacer sus altas exigencias del saber. En fin, elevar el nivel intelectual de la literatura constituye una exigencia legítima del desarrollo de la época.

El nivel intelectual de la literatura significa, en una palabra, la altura racional del mundo de la representación. Por regla general no se puede concebir lo intelectual sin lo racional. La representación de la literatura es la unidad de lo racional y lo sensitivo. Por supuesto, la literatura le confiere mucha importancia al factor sensitivo, a partir de sus propias cualidades estéticas. Pero sin la función activa del factor racional, el sensitivo no puede contribuir en absoluto a los valores ideológicos y artísticos de la obra, cuyo nivel intelectual es precisamente la altura de lo racional, que tiene una importante función en el aseguramiento de su calidad ideológica y artística.

El nivel intelectual de una obra se determina por la profundidad y la riqueza de los conocimientos que refleja en comparación con los que son de dominio público, por la exposición de un noble mundo de la belleza digno de asombro y admiración, por el nivel cultural y de destreza descriptiva, en una palabra, por la altura del mundo de la obra.

El mundo intelectual de una obra se expresa de modo integral por medio del conjunto de factores de su contenido y forma.

Uno de los rasgos distintivos fundamentales del intelectual es su elevado propósito. De la misma forma, una obra puede tener un rico mundo intelectual si son profundos y nobles sus contenidos ideológicos. Enriquecer el mundo intelectual de la obra es una tendencia de la literatura contemporánea, pero en sus métodos existen muchas diferencias según la posición clasista y la concepción estética. Bajo el pretexto de elevar el nivel intelectual de las obras, los escritores de la reacción burguesa gastan sus nervios en escribir intencionadamente obras complicadas y confusas, y buscan el intelectualismo en la modelación de imágenes apartadas del contenido y que nadie puede comprender. Piensan que solamente con tales contenidos complicados y confusos pueden complacer a las llamadas personas de gran “intelecto”, y sus obras pueden tener un carácter intelectual comprensible únicamente por ese tipo de gente. Las obras incomprensibles a las masas no valen un centavo y su mundo intelectual no merece ningún debate. El invento de contenidos complicados y confusos se debe al carácter vil y reaccionario de las ideas que esas personas quieren mostrar. Por muy hábiles juegos que se hagan para embellecer la forma, si el contenido de la obra es vulgar, es inevitable que su mundo intelectual se muestre flojo. Por muy noble que sea la idea que se refleja en una obra, si su forma es floja, no puede expresarla debidamente ni asegurar el nivel intelectual. Una obra debe describir la vida, al menos, en un nivel considerablemente más alto que el de los conocimientos comunes, así como ser sana en lo ideológico y noble en lo artístico.

Para enriquecer el mundo intelectual de la literatura, es preciso

descubrir nuevas manifestaciones filosóficas y de belleza.

La existencia o no de una nueva filosofía de la vida en una obra descubierta por el autor es un importante patrón que determina su nivel intelectual, además de ser una cuestión relacionada con su carácter filosófico. El descubrimiento filosófico es la cristalización de las actividades racionales. Las personas valoran realmente el alto nivel intelectual de una obra cuando descubren en ella un contenido profundo y original que refleja la valiosa verdad de la vida. Las obras de profunda y nueva filosofía de la vida, invitan al lector a reflexionar. Las obras deben entrañar serios problemas capaces de conducir a todos los lectores al mundo de profundas reflexiones. Si una obra contiene una filosofía de la vida, eso significa que en ella se reproducen las reflexiones del escritor, cuya profundidad decide el nivel intelectual de la obra.

Las obras deben exponer un hermoso y noble mundo de la belleza. La literatura es una forma de la conciencia social que encuentra y describe la belleza de la vida humana. El nivel intelectual de la obra se mide fundamentalmente por lo que el autor escoge en la realidad como hermoso y por el nivel en que lo describe. Para el concepto estético jucheano, un hombre con alta conciencia de independencia y con una gran capacidad creadora es el ser más hermoso del mundo y su vida marcada por tales cualidades es la más bella. A nuestra literatura le corresponde tomar como objeto de la investigación de la belleza el hombre independiente y su vida y describirlo con un gran ideal estético. Este ideal debe ser noble y sublime de manera que pueda granjearse la simpatía de todos los lectores, y situarse en un alto nivel capaz de satisfacer las exigencias estéticas de nuestra época.

A fin de enriquecer el mundo intelectual de la literatura, es preciso reflejar en la obra profundos y amplios contenidos cognoscitivos.

Las obras han de reflejar ricos conocimientos que puedan refrescar la mente del lector y ser asimilados por este. A través de las obras, el hombre se instruye ideológica y emocionalmente, así como adquiere nuevos conocimientos o consolida los que ya tiene acerca de su ser, la sociedad y la naturaleza. Mientras más elevado sea el

nivel intelectual de una obra, más se aprende de ella. Cuando el lector halla en la obra un mundo intelectual superior al suyo, siente atracción por ella.

Reflejar ricos conocimientos en la obra no significa insertar tales o más cuales hechos de la historia antigua de la humanidad o datos científicos. Hacer alarde de la sabiduría no tiene nada que ver con la elevación del nivel intelectual. Por el contrario, rebaja este nivel, además de ser una revelación de ignorancia. Los conocimientos del mundo que se reflejan en la obra deben emerger con naturalidad como elementos inseparables del contenido.

Para enriquecer el mundo intelectual de la literatura, hay que destacar adecuadamente el carácter racional del personaje, exigencia que se presenta con mayor inminencia en el caso de que se describe un ser contemporáneo.

Elevar el nivel intelectual de la obra literaria y la selección del tipo de hombre como objeto de la representación son asuntos que no coinciden en todos los casos. Se puede describir a un hombre inteligente o a otro menos inteligente. Sea lo que sea éste, lo importante es el nivel de la apreciación y el ideal del autor respecto a ellos. Aun cuando se describe un hombre poco inteligente, se puede garantizar suficiente nivel intelectual de la obra si ese personaje se representa en un elevado mundo intelectual.

Pero ello no significa que la selección del personaje y el nivel intelectual no tienen ninguna relación entre sí. El realismo exige plasmar en la obra el prototipo de la época. Presentar en la obra a un personaje incapaz de mostrar las características de la época y el aspecto esencial de la sociedad revela en sí mismo el bajo concepto y la ignorancia del escritor, además de perjudicar fatalmente el nivel intelectual de lo creado.

A la hora de representar como prototipo un hombre actual, el escritor subrayará necesariamente su aspecto intelectual. En el período de la construcción democrática después de liberado el país, se presentó como prototipo campesinos del tipo Kwak Pa Wi, de la novela *Tierra*, y en el período de la transformación socialista se

consideró como tal, hombres como Kim Chang Hyok, de la también novela *Nueva primavera en Sokaoul*. Sin embargo, para las décadas del 80 y 90, pasados muchos años desde entonces, se debe presentar como arquetipo del campesinado hombres inteligentes dotados de un nivel de conciencia y conocimientos técnicos y culturales superiores al de los citados personajes. Lo mismo sucede con los personajes negativos que pueden existir en nuestra sociedad. A la hora de describir la vida actual, es preciso subrayar el aspecto intelectual también de los personajes negativos y proyectar con más seriedad y categoría el proceso de su educación y transformación.

Para perfeccionar el mundo intelectual de la obra literaria, es aconsejable reflexionar profundamente sobre la composición y desarrollo de la representación.

Emplear en un alto nivel los medios, métodos y técnicas de la representación es una de las condiciones importantes para elevar el nivel intelectual de la obra. Las obras rústicas, las redactadas por un método común y corriente y las que no exponen el singular talento del autor, son consideradas sin excepción como creaciones de un bajo mundo intelectual.

El mundo intelectual de una obra no puede exceder el límite de la inteligencia de su autor. El nivel intelectual de la obra depende enteramente del nivel intelectual de su autor.

El escritor es el instructor de los lectores. Y para enseñar a los demás hay que saber más que ellos. Para enseñar un asunto, se debe saber de cien asuntos, pues de otra forma sus escasos conocimientos se pondrán al descubierto.

No basta con tener muchos conocimientos. No todas las personas dotadas de muchos conocimientos disfrutan de un alto nivel intelectual. Los ricos conocimientos deben combinarse con una elevada preparación ideológica y cultural. El escritor que sabe mucho y bien formado puede crear obras de alto nivel intelectual.

El escritor debe ser un buen conocedor de la vida y una persona con propósitos ambiciosos y elevada preparación cultural. También debe poseer una visión filosófica que le permita desentrañar la

esencia de la vida, gran capacidad intelectual y alto nivel de descripción para así contribuir decisivamente a la elevación del nivel intelectual de nuestra literatura.

5) LA OBRA COBRA VIDA CUANDO SU COMPOSICION ES BUENA

En la vida real los hombres mantienen una estrecha relación entre sí y se desenvuelven en un mundo en constante desarrollo. Las obras literarias, cuya misión es describir concreta y vívidamente la vida como en la misma realidad, han de enfocar la atención en la composición, labor destinada a mostrar la interrelación de los seres humanos y el proceso de su transformación.

El proyecto de una obra se sintetiza en la labor de composición y en esta se define su estructura básica. Hay veces en que en la última fase de la redacción de una obra, se ve uno precisado a borrarlo todo y empezar de nuevo, lo cual se debe generalmente al descuido en levantar los pilares de la composición de la obra, que constituyen su base. Es sabido que una casa sin firmes pilares se derrumba. De la misma manera, por muy buenas que sean la semilla y la descripción, si no está bien compuesta, la obra corre la misma suerte que una torre que se viene abajo aunque su construcción haya costado muchos esfuerzos.

Además de trazar bien la composición de acuerdo con las exigencias de la semilla, resulta muy importante en la literatura ajustarla a la lógica de la representación artística.

Si consideramos la obra como un organismo vivo, tanto la semilla que hace brotar los factores de la descripción como el carácter del personaje que ocupa el centro de la escena tienen su propia lógica para vivir y respirar, al igual que en la vida real. La lógica de la representación artística se aplica, además, a la composición.

Componer la obra en conformidad con la lógica de la representación artística significa establecer las relaciones

interpersonales, los conflictos y el argumento según el curso de la vida propia de una representación que se asemeja a un organismo vivo.

Es inadmisibles componer la obra de manera subjetiva, ignorando la lógica concreta que obedece a la exigencia de la semilla. Si, encasillado en el subjetivismo, se sigue la lógica escueta, la composición no irá a tono con la razón de ser de la representación artística y todo lo descrito en la obra presentará un aspecto seco.

La lógica de la representación artística tiene determinada base. Fuera de esta no puede haber aquella. La única diferencia está en si es una lógica abstracta o una apropiada a las representaciones vivas como los organismos.

En la composición de las obras literarias, la lógica obedece a las peculiaridades formales. Cada obra tiene su propio principio de composición a tono con sus características formales. La composición es diferente en la novela y la poesía. Aun en la misma narración, lo es según la dimensión de la obra.

En la composición la lógica se relaciona también con la semilla de la obra y las características de la vida humana que esta va a reflejar. La semilla sirve de base para organizar el contenido de la obra y unificar los factores formales de acuerdo con el contenido. La forma de composición que mejor se ajusta a las exigencias de la semilla es una sola. A la hora de establecer una relación humana y un episodio, el escritor debe analizar si estos se corresponden o no con las exigencias de la semilla. Cada obra aborda vidas humanas diferentes y por eso es diferente también la lógica que las regula. Cada carácter y vida, que presenta distintos aspectos y formas en la realidad, tienen sus propias singularidades, además de las leyes generales que actúan comúnmente en la sociedad y el colectivo.

Por todas estas exigencias, la lógica de la composición no puede ser regida por el subjetivismo del escritor.

El escritor tiene el deber de componer la obra de manera que su intención ideológico-estética coincida y se resuelva de modo unificado con el carácter que describe en la obra y las exigencias de la vida. En el proceso de creación, hay casos de que aunque el

escritor quiera organizar la composición de manera tal que el protagonista sea eliminado, la lógica del carácter de este hace imposible que esto se haga realidad. En este caso no se debe dejar morir el protagonista sin antes escoger para ello otro personaje. Las exigencias de la composición son severas y objetivas. Aunque el escritor tenga una gran ambición, esta de nada sirve si no va a tono con la lógica de la representación artística.

Sólo cuando la composición se ajusta a la lógica de la representación artística la obra resulta singular. La misma lógica de la representación artística es diferente en cada obra. Por mucha habilidad que tenga un escritor, no puede avanzar en la composición si no conoce de antemano la lógica de la representación artística que caracteriza su obra. Si se establecen las relaciones entre personajes, los conflictos y el argumento según esa lógica, puede resultar irrepitativa la composición.

Esta adquiere el carácter verídico solo si se ajusta a la lógica de la representación artística. Este ajuste sirve, a fin de cuentas, para identificar cabalmente la composición con las exigencias concretas de la vida reflejada en la obra. Al librarse del subjetivismo y armar la composición acorde a la lógica de la descripción, el escritor puede mostrar la vida con verosimilitud.

Una composición bien tramada según la lógica de la representación se caracteriza por el acoplamiento orgánico de todos sus elementos que no admiten la ausencia ni la sustitución. A la hora de examinar una obra, no se puede imponer imprudentemente un criterio, aunque parezca muy racional. Ello se debe a que cada obra tiene su propia lógica. Al escritor le corresponde concatenar orgánica y perfectamente los elementos y partes de la obra de tal forma que no puedan ser desplazados o reemplazados por otros.

La composición de la obra debe estar estructurada con mucho fondo, además de corresponder a la lógica de la representación.

La profundidad de la composición de una obra garantiza la de su contenido. Algunos suelen organizar la composición a base de una línea de leve malentendido. La mayoría de sus obras carecen de

veracidad y profundidad. El método de malentendido puede surtir efecto cuando se emplea adecuadamente, pero con su uso continuo a lo largo de la obra, el contenido de esta suele tener un aspecto vulgar y causar una impresión desagradable en los lectores. En el caso de algunas obras, con el inicio de la lectura se percata ya de lo que va a suceder, lo cual revela la poca profundidad de su composición. La profundidad filosófica de la obra literaria está relacionada también con la de su composición. Con una profunda composición, se puede mostrar a fondo, en la misma medida, el contenido ideológico.

Para lograr la profundidad de la composición, resulta importante analizar la relación de los personajes ateniéndose a la que existe entre sus conceptos de la vida. Las relaciones interpersonajes de la obra literaria no deben ser de signo práctico sino de carácter ideológico, o sea ser vinculadas con sus destinos. Para ello es recomendable ajustar acertadamente esa relación entre personajes sobre la base de sus conceptos de la vida. En la realidad cada cual tiene su propia visión en cuanto a la existencia, la cual se revela por sí sola en el proceso de las comunicaciones. Solo si se muestran profundamente estos intercambios de modo que se pongan de manifiesto las concepciones de cada cual sobre la vida, es posible dilucidar con claridad el destino de esos personajes.

Hoy nuestro pueblo, unido firmemente en torno al Partido y al Líder, vive y lucha sobre la base de una sola idea y un solo ideal. Pero no por ello es permisible considerar como igual el concepto de la vida de todos los personajes que se presentan en las obras sobre el tema de la realidad y tratar superficialmente la esencia del carácter diferente de cada uno. Hasta los hombres que se educan en una misma ideología pueden tener conceptos de la vida de distinta profundidad según la preparación de cada cual.

Las obras que abordan conflictos antagónicos entre nosotros y enemigos requieren de una clara exposición del criterio y actitud política de estos. Claro que tal creación permite satirizar al enemigo. Pero esto no debe llegar al menosprecio del enemigo o a un cliché. Hay quienes tienden a ridiculizar a los seres contrarios como

estúpidos o animales, pero la verdad es que no salimos victoriosos en la lucha contra esas impotentes gentuzas y animales. El menosprecio del enemigo no aporta ninguna ayuda a la representación del vencedor. Los enemigos con quienes peleamos a lo largo de la historia fueron todos muy fuertes. Ellos también tienen su propio concepto y filosofía de la vida. Ellos también saben amar a sus padres, esposos e hijos y defender a su clase hasta con la sangre. La inaudita severidad de las dos guerras¹⁶ que llevamos a cabo y la tortuosidad del camino que ha recorrido nuestra revolución se deben a que nuestros enemigos eran muy fuertes. Las obras deben necesariamente reproducir con fidelidad estos hechos históricos. Sin dejar de subrayar los rasgos perversos y los puntos débiles del enemigo, se debe profundizar en la confrontación entre dos conceptos y filosofías distintas acerca de la existencia.

Con vistas a mantener la profundidad de la composición, resulta importante tramarla plástica y tridimensionalmente.

Una composición simple y estrecha carece de plasticidad y tridimensionalidad, y por ello no tiene profundidad. En la composición se debe trazar claramente el curso fundamental y unir en torno a este los ramales sobrepuestos desde el punto de vista del tiempo y el espacio.

La carencia de tridimensionalidad en la composición se pone de manifiesto en la simplificación de los nexos entre los personajes. Es inadmisibles señalar desde el inicio a los personajes positivos y negativos como tales. Tampoco se les debe poner nombres lindos a los primeros y feos a los segundos. Tales obras definen de entrada cuáles son los buenos y cuáles los malos, por lo cual se puede adivinar claramente el desenlace. En la vida real la relación de los hombres positivos y negativos no es tan sencilla y llana. Si analizamos a los hombres positivos, vemos que también tienen aspectos negativos. De la misma manera, entre las personas negativas, muchas tienen varios aspectos positivos. En nuestro régimen socialista, donde la solidaridad y la colaboración entre los compañeros constituyen la base de las relaciones sociales, los

hombres positivos y negativos no están predefinidos y aunque alguien tenga defectos, no lo tildamos de hombre negativo desde el principio ni lo acosamos con críticas. Si el escritor le da las espaldas a esta realidad social y esquematiza o simplifica según un molde la relación entre los personajes positivos y negativos, acaba por crear obras insípidas y tergiversar la vida actual.

Cuanto mayor sea el esfuerzo del escritor por la composición, tanto mayor será el éxito de su obra.

6) EL EXITO DE LA LITERATURA ESTA EN LA REPRESENTACION DEL LENGUAJE

La literatura es el arte del lenguaje. Este es su único medio para describir al hombre y la vida y transmitir ideas y sentimientos. De ahí la necesidad de que el escritor atraiga a los lectores con su gran dominio del idioma para que ellos lean con atención grabando en el alma cada una de las frases. Por muy grande que sea la idea sembrada en una frase, si esta no da gusto para leer no puede atrapar al lector.

Hasta ahora no se ha dado ni un caso de escritor que no esté versado en la representación idiomática, pero haya redactado una obra exitosa desde el punto de vista ideológico y artístico. Todos los escritores famosos del Oriente y Occidente fueron maestros del lenguaje y precursores del desarrollo de sus idiomas nacionales. Nuestro país conoce muchos autores que nos han legado brillantes tesoros como artistas del lenguaje.

La literatura de la revolución antijaponesa, incluidas las inmortales obras clásicas, creó un brillante ejemplo en la materialización del carácter autóctono y nacional de nuestro lenguaje y en el desarrollo original de la función idiomática de acuerdo con las exigencias de las masas populares por la independencia. Los diálogos y los versos de las famosas obras clásicas constituyen un valioso patrimonio idiomático que nuestra literatura ha de heredar

generación tras generación. Al escritor le corresponde heredar la gloriosa tradición de nuestras letras y registrar cambios decisivos en el mejoramiento del nivel de la representación idiomática.

Lo más importante en la búsqueda y la representación del lenguaje es mantener con firmeza la posición autóctona.

El lenguaje es un medio poderoso de la vida humana. Sin él no se pueden realizar las actividades del hombre, y sin su papel no se pueden concebir las relaciones entre los seres sociales. El lenguaje es un arma poderosa para la lucha encaminada a realizar la independencia de las masas populares. El habla y la escritura posibilitan educar bien a la población como seres de tipo Juche y desarrollar la economía, la cultura, la ciencia y las tecnologías, por transformar la naturaleza, la sociedad y el hombre de acuerdo con las exigencias del Juche. El idioma juega un rol muy importante en la conservación y el perfeccionamiento de la nacionalidad. La identidad del idioma junto con la sangre, viene a marcar la nación, y solo aquélla nación que mantiene la pureza de su idioma puede desarrollarse de modo independiente. La lengua de una nación es de vital importancia para su subsistencia y por ello los imperialistas imponen la política de suprimir la lengua nacional cada vez que emprende la agresión. Nosotros debemos rechazar resueltamente las pretensiones del imperialismo norteamericano de adulterar a la nación coreana y luchar denodadamente para preservar la pureza y el sentido común de nuestra lengua.

Al escritor le corresponde escoger los vocablos y pulir las oraciones siempre desde una posición autóctona, bien consciente de que el problema del idioma no es solamente una simple cuestión relacionada con la representación de la obra sino también un asunto importante vinculado con la soberanía de la nación y pueblo.

Para mantener la posición autóctona en la representación idiomática, hay que estudiar y fomentar el uso de un lenguaje que se corresponda con la voluntad y las exigencias de las masas populares.

Hablar y escribir conforme a los sentimientos y el gusto del pueblo es precisamente establecer el Juche en el lenguaje. La

representación del lenguaje literario tiene ciertas diferencias con la conducta idiomática de los individuos. El lenguaje de las obras está dirigido a las masas populares, de modo que el escritor debe estudiarlo siempre desde la posición de ser interlocutor de estas.

El lenguaje literario debe ser fácil de comprender. Las obras deben ser escritas con un lenguaje comprensible para las amplias masas de distintos niveles culturales. La sencillez del idioma es uno de los rasgos distintivos esenciales que determinan el carácter popular de una obra. El pueblo ama y sigue al escritor que sea capaz de expresar la verdad de la vida con términos sencillos.

El lenguaje literario debe ser culto. Para ser del agrado popular, la obra ha de ser comprensible y altamente culta. Este carácter se manifiesta en distintos aspectos del lenguaje literario.

El lenguaje de las obras debe ser exacto en sus expresiones. Existe solamente un término idóneo para expresar un objeto en la obra. El talento del escritor radica en su capacidad de hallar ese término ideal entre muchos sinónimos. A veces se compara el esfuerzo dedicado por el escritor a la búsqueda de un vocablo idóneo que acierte a la esencia del objeto, con el trabajo para hallar una pepita de oro en medio de un montón de desechos. Sólo el que pone gran empeño en el pulimento de las oraciones puede encontrar palabras y expresiones correctas que brillen cual diamantes. Nuestra literatura debe ser el paradigma de la observación de los reglamentos del lenguaje culto. Los reglamentos de nuestra lengua definen los principios que todos nosotros debemos observar en el empleo del idioma, por medio de la generalización de las características y las exigencias del mismo. Los términos incorrectos que van en contra de los reglamentos ejercen influencias nocivas en la estandarización del idioma en la sociedad.

El lenguaje literario debe ser correcto, conciso y claro. Para ello hay que evitar las explicaciones inútiles. Tanto los versos de la ópera *La florista: Aunque hay en el firmamento una sola luna las gentes la miran, según su fortuna, con distinto sentimiento*, como el parlamento del guión cinematográfico *Secretario responsable del*

Partido distrital: Tanto los fieles como los traidores están cerca de nosotros, se han expresado de forma concisa, pero nos invitan a profundas reflexiones. El lenguaje literario debe ser una cadena de expresiones claras y abreviadas, cada una de las cuales no pueda ser sustituida por diez o cien de otros vocablos.

Para elevar el nivel cultural del lenguaje, es preciso suprimir los términos vulgares, residuos de los viejos tiempos. Como herencia de muchas anteriores generaciones, el lenguaje tiene no pocos elementos anticuados. Los viejos hábitos del lenguaje no se erradican con facilidad. Sacar los residuos de los viejos tiempos que subsisten en el lenguaje y construir una nueva cultura idiomática constituye una revolución. El escritor debe ser abanderado de esta revolución y situarse al frente de la labor para suprimir toda manifestación del lenguaje vulgar e inculto.

Para materializar las exigencias de las masas populares en la representación del lenguaje resulta importante incluir activamente vocablos corrientes en las obras. Reducir las diferencias existentes entre el lenguaje oral y el escrito mediante la amplia introducción de los elementos positivos del primero en el segundo, constituye una de las tareas más importantes para perfeccionar nuestro idioma conforme a nuestras propias condiciones. El origen del idioma nacional es el lenguaje oral y sobre la base de este se desarrolla la lengua escrita. En épocas anteriores, la letra y la escritura eran propiedad de las clases dominantes. De modo que entre el lenguaje escrito, que estaba bajo el control de estas clases y el oral, que el pueblo usaba ampliamente, había diversas y profundas diferencias. Ahora, cuando el pueblo es dueño de las letras y del quehacer de escribir, no podemos dejarlas como tales. A los hombres del pluma les corresponde perfeccionar el lenguaje escrito con la activa introducción de elementos ricos y positivos del lenguaje corrientemente usado por el pueblo y coadyuvar a que el primero aporte a hacer más culto el segundo. Este último, que ha sido creado y perfeccionado por nuestro pueblo en su larga historia, es una fuente inagotable que enriquece el lenguaje de nuestra literatura. El escritor

debe compenetrarse con el pueblo y aprender con tesón su lenguaje con una actitud franca y seria. La búsqueda y selección de expresiones nobles y bellas en el lenguaje popular permite hacer excelentes descripciones verbales comprensibles y aceptables por las masas.

Para mantener una actitud autóctona en la representación idiomática, es necesario dirigir la atención a la promoción de la lengua propiamente coreana.

La lengua nacional pura posee las muy nítidas peculiaridades que la nación ha creado y desarrollado generación tras generación sin dejarlas afectadas por la influencia de otros idiomas. Constituye el meollo del idioma nacional. Es el elemento idiomático que refleja fielmente la psicología y los sentimientos propios de la nación, por eso es eficiente para subrayar el carácter y el gusto del pueblo en el escrito. La lengua propiamente coreana tiene abundantes sentidos y matices refinados y emotivos, distintas formas expresivas y fonemas agradables, condiciones que la convierten en un medio muy apropiado para resaltar la representatividad y el lirismo de las obras. Las obras escritas con ese lenguaje provocan generalmente un intenso lirismo y una sensación de frescura con su representación. La famosa obra clásica *Nostalgia* es una pieza modelo que ha recurrido a la lengua propiamente coreana para resaltar su rica representatividad y el sentimiento de amor al terruño. La primera estrofa que dice: *Aún me parece estar oyendo el buen viaje que me deseó mi madre, con lágrimas en los ojos, en el portal de la casa, cuando yo partía de mi tierra natal*, y la segunda estrofa que recuerda: *Aún me parece estar viendo a mis hermanitos jugueteando en el arroyuelo de aguas cristalinas que corre cerca de mi casa*, emplean términos propiamente coreanos y despiertan un infinito sentimiento de amor al terruño natal, a la Patria. Todas nuestras obras deben ser típicamente coreanas y destacar el gusto propio de la lengua nacional auténtica.

Al mismo tiempo, debemos tratar en lo posible de sustituir los extranjerismos, incluidas las voces de origen chino, por nuevos

términos adoptados en nuestra lengua.

Casi todos los países del mundo tienen voces extranjeras. A esa influencia están expuestos mucho más las ex colonias del imperialismo o los países pequeños situados entre los grandes. Los idiomas de estas naciones no pueden mantener su pureza sin erradicar los residuos de las lenguas y letras extranjeras.

Actualmente nuestro país se esfuerza por fomentar las voces propiamente coreanas, al mismo tiempo que arregla los extranjerismos y voces de origen chino que se han infiltrado en nuestro idioma. Esto constituye una medida importante para evitar la diferenciación de nuestro idioma en el Norte y Sur de la Península, además de preservar las peculiaridades nacionales de la lengua materna. Hoy día, debido a la excesiva afectación de la lengua materna en Corea del Sur y la ausencia de intercambios verbales como consecuencia de la larga separación de las poblaciones de ambas partes, se ha creado el peligro de la desaparición de la comunidad del idioma. Si en esta situación dejamos a los caprichos de la naturaleza el lenguaje de las dos partes de Corea, no tardará mucho para que se pierda la uniformidad de la lengua, rasgo esencial de la nación. Podemos prevenir tal desastre si, pese a la ausencia de intercambios verbales, establecemos una misma norma y un mismo principio para el desarrollo del idioma en el Norte y el Sur de Corea. Podemos evitar la diferenciación del idioma y mantener su pureza si establecemos el fundamento de la lengua tomando como patrón las voces propiamente coreanas, y la desarrollamos sobre la base del principio de arreglo y sustitución de los extranjerismos y palabras de raíz china por nuestros propios términos. En el pasado la lengua propiamente coreana se usó tanto en la parte Norte como en la Sur, pero a raíz de la división territorial por el imperialismo norteamericano, las cosas han cambiado. Hoy en el Sur la lengua pierde paulatinamente su pureza y se va convirtiendo en una mezcolanza. Hasta el lenguaje de Seúl, considerado como “modelo” antes de la liberación del país, ha sufrido cambios: está plagado de términos ingleses, japoneses y chinos, así como ha adoptado tonos y

acentos extraños que no van a tono con el gusto tradicional de la nación. Únicamente en la parte Norte de Corea se ha conservado intacto y desarrollado, según las exigencias de la época, el idioma que hablamos desde la antigüedad, gracias a la correcta política del Partido al respecto. Pyongyang, capital de la revolución, es el centro del lenguaje culto que mantiene y desarrolla con mayor pureza las peculiaridades de nuestra lengua y letras. Si tomamos como norma la lengua que se ha perfeccionado en esta ciudad, podríamos mantener la pureza y la originalidad de nuestro idioma y desarrollarlo sanamente. El lenguaje culto de Pyongyang sintetiza todos los elementos superiores de la lengua nacional creados y cultivados en común esfuerzo por el pueblo norcoreano, además de que ha introducido otros excelentes elementos idiomáticos empleados tradicionalmente en distintas partes de Corea del Sur, sobre todo en Seúl. No es casual que los compatriotas del Sur y de ultramar no escatimen elogios sobre la superioridad del lenguaje de Pyongyang cada vez que visitan esta ciudad. Al escritor le toca comprender mejor que nadie la justeza de la política de nuestro Partido respecto al idioma y usar activamente el lenguaje de Pyongyang.

El uso frecuente de extranjerismos y palabras de raíz china en las obras se relaciona con el viejo concepto que tiene su autor en cuanto a la lengua. En tiempos pasados, los señores serviles a las grandes potencias menospreciaron nuestras letras, rindieron culto a las chinas y calificaron de sabios a los que dominaban y empleaban muchos símbolos de esa nación. Esta vieja concepción causó muchos estragos en el desarrollo de nuestra lengua después de liberado el país y sus consecuencias no han desaparecido completamente hasta hoy.

Para evitar el uso de extranjerismos y palabras de origen chino, es preciso conocer muchos términos recién puestos en uso. Actualmente se arreglan sistemáticamente los extranjerismos y palabras provenientes del chino y el escritor ocupa un lugar importante en la divulgación de los términos así adoptados entre las masas. También le corresponde emplearlos con frecuencia en sus obras. Tienen que

ser los primeros en incorporarlos en sus creaciones.

Con vistas a mantener una firme posición autóctona en el estudio y el uso de lengua es aconsejable aprender del estilo revolucionario de escribir del gran Líder.

Sus incansables actividades ideológicas, teóricas y literarias le valieron para crear un estilo más revolucionario y popular de escribir de nuestra era. Este estilo ejemplar ha respondido en el supremo nivel a las exigencias de principio para el desarrollo independiente de nuestra lengua y letras, en concordancia con el deseo de las masas populares.

Para aprender de ese estilo del Líder, es preciso identificarse con sus originales ideas y teorías respecto al idioma, leer y analizar sus muchas obras y entender metódicamente y a fondo la exquisitez de sus palabras y frases. El escritor debe introducir activamente en la creación la manera de poner de pleno manifiesto las peculiaridades del idioma coreano que se aprecia en sus charlas y escritos; la de plantear y solucionar de modo profundo los asuntos con un enfoque partidista y obrero; la de expresar los profundos sentidos con palabras sencillas y comprensibles para todos; los brillantes ejemplos del manejo lingüístico que le permite hallar nuevas y originales expresiones.

En el estudio y la representación lingüística resulta importante materializar cabalmente los principios del realismo.

El lenguaje es la línea principal que distingue lo realista de lo antirrealista, la literatura progresista de la reaccionaria. A lo largo de la historia los partidarios del arte por el arte y el formalismo han pregonado la “pura forma” separada del contenido y han desatado una sarta de sofismas con el lenguaje como tema fundamental. Hoy ellos siguen insistiendo en sus teorías metafísicas acerca del contenido y la forma, el pensamiento y el idioma. A los escritores les corresponde prestar especial atención a mantener los principios del realismo frente a la fuerte ofensiva de los autores reaccionarios burgueses contra nuestra literatura en torno al problema lingüístico.

Lo esencial del principio realista para el manejo del lenguaje es

lograr la unidad orgánica del contenido y la forma.

Se consideran como formales las obras de escaso contenido y maquilladas de trucos idiomáticos. Los escritores que no estudian a fondo sobre la vida y por ello carecen de ideas, sentimientos y contenidos que puedan ser reflejados en su obra, acuden frecuentemente al torpe juego de palabras. Encubrir la pobreza del contenido y maquillarlo con la elocuencia constituye una burla a las masas. Por el contrario, el que tiene muchas cosas que decir e intenta abordar una idea significativa, pero que se expresa insuficientemente debido a la carencia del lenguaje, no reúne las cualidades como artista del idioma. Las obras hechas sin un gran esfuerzo en el estudio del lenguaje tienen contenidos mediocres. El manjar servido en un plato de buena presencia estimula el apetito. Tanto las obras que no son más que un juego de palabras como las que carecen de expresividad verbal disminuyen por igual los valores ideológicos y artísticos de la literatura.

Para lograr la unidad orgánica del contenido y forma en el manejo lingüístico es necesario estudiar y reflexionar profundamente sobre la vida. La vida le suministra al escritor los contenidos y estos exigen formas correspondientes. Una excelente expresión no surge de la nada sino se descubre en el curso de serios estudios y reflexiones sobre la vida. Quien tiene escasos conocimientos sobre la vida y carece de ricas ideas y sentimientos y claros planteamientos jamás puede idear expresiones profundas e ingeniosas. Lejos de dedicarse al juego de palabras, el escritor tiene que saber valorar con sus propios ojos el objeto que va a tratar y comprender como nadie su esencia e importancia. El hombre puede expresar tanto como conoce. Dicen que la suma de los vocablos que domina equivale a la de los conocimientos y pensamientos. Tanto el objeto que no ha visto como la esencia que no ha captado no pueden ser transmitidos a los demás aunque se valga de gran elocuencia. Por lo tanto, el primer procedimiento del estudio para una excelente representación lingüística debe ser siempre la rica experiencia y comprensión de los objetos a describir.

La representación lingüística debe ser muy significativa, lo cual significa en sí combinar en un alto nivel el contenido y la forma. El rasgo esencial de las frases, expresiones y diálogos célebres lo constituyen los profundos significados. Por eso decimos que hay escrito dentro de lo escrito y palabras dentro de las palabras. El lenguaje literario debe tener frases, expresiones y diálogos célebres de hondos significados. La habilidad de dotar de profundos sentidos las frases y expresiones se aprecia solamente en los escritores que pueden comprender en toda su profundidad y dimensión el sentido de la vida e interpretarlo con sencillez.

El escritor debe prestar particular atención a la composición de diálogos. El abuso de estos en las novelas y los guiones cinematográficos se debe a una errónea concepción sobre los medios básicos de la representación en los mismos, y principalmente, al intento del escritor de solucionar su propósito ideológico de modo directo y fácil, es decir, mediante el diálogo, y no mediante la línea de acciones en los filmes o la descripción en las novelas. Esta es la razón por la cual aparecen los diálogos más de lo necesario, pero no los de peso, de profundidad filosófica. Hay que evitar el uso indiscriminado de los parlamentos.

Con vistas a combinar de forma orgánica el contenido con la forma en el manejo de la lengua, es necesario buscar expresiones correspondientes a cada situación y objeto. Los protagonistas de nuestra literatura son seres que combinan los valores políticos con los humanos. La representación de los diálogos reflejará de forma concentrada el ideal político y la personalidad de los personajes y a la vez ha de ajustarse cual anillo al dedo, a la atmósfera del ambiente y la circunstancia del habla. Lo mismo debe ocurrir con la descripción, monólogo, explicación y otras frases del autor. Cada uno de los enunciados del escritor debe concordar con el objeto, la situación en que este se halla, las ideas y los sentimientos de quien lo describe y el estilo de la obra. Si el escritor usa arbitrariamente sus enunciados subjetivos, puede exagerar o minimizar los objetos y circunstancias, provocando como consecuencia la discordia entre el

contenido y la forma.

Para mostrar con nitidez y veracidad la vida y la realidad de una época, es preciso reflejar correctamente los hábitos del habla de ese período. En cuanto a la narración del escritor, no hay por qué copiar al pie de la letra la lengua de un período histórico dado. En las obras históricas es recomendable que el autor utilice el idioma culto de Corea y agregarle como condimento los vocablos y lenguajes usuales del período que aborda para que el lector tenga una noción sobre esa época. En el reflejo del habla conforme con la época es preciso prestar especial atención a una adecuada selección de expresiones que denoten el régimen socio-político, las relaciones económicas y el estado cultural y moral. Aunque se debe conocer la vida pasada teniendo el presente como punto de partida y describirla de modo significativo, es inadmisibles infringir el principio historicista inventando hechos que no existieron o modificando arbitrariamente los acontecimientos reales.

Para materializar los principios del realismo en el manejo del lenguaje, resulta importante buscar expresiones peculiares y originales.

En la vida cotidiana, las ideas, los sentimientos, el nivel cultural y moral, el oficio, la capacidad intelectual, la afición y los gustos de una persona se expresan casi siempre mediante el lenguaje. Lo mismo sucede con el concepto del mundo y la particularidad del escritor. Diríamos que el lenguaje es una “ventana” por donde se puede observar el alma humana y éste se expone al exterior. El lenguaje literario es vívido, emotivo y personal, a diferencia del que se utiliza en las oficinas públicas, la prensa y el sector científico-tecnológico. De tales características representativas, lo fundamental es su cualidad personal. Esta hace vívido y emotivo el lenguaje. En el lenguaje la personalidad no se expresa por el deseo de hablar y expresar de forma distinta que los demás, sino mediante el esfuerzo por exteriorizar las propias vivencias y las ideas y sentimientos con veracidad, exactitud y claridad. Mientras más personal sea el lenguaje literario, con mayor viveza y verosimilitud se representa la vida. La individualidad en la representación del

lenguaje decide en gran medida la originalidad y la veracidad de la obra. Sin el uso del lenguaje nuevo, la obra no puede reflejar contenidos nuevos.

En principio, el autor no ha de utilizar nuevamente las expresiones empleadas en otras obras. Por muy depurados que sean una oración o un diálogo célebres, estos no pueden tener sus valores como tales más de una vez ni pueden ser normas absolutas para todos los escritores. Estos deben concebir ideas de manera ingeniosa en la medida de lo posible y escoger expresiones y vocablos vivos. Las discusiones que los tres ministros, personajes de la obra clásica *Tres en pugna por el trono*, sostienen para tomar el poder, constituyen un buen ejemplo de la personalización del lenguaje. Las afirmaciones de ellos son muy personales y expresan el carácter de cada cual: Pak insiste en que la única manera de rechazar la invasión de Paengma y salvar a la Patria es unificar los ejércitos subordinados a las tres sectas; Mun plantea pedir ayuda a los países grandes, como una certera medida para enfrentar la situación en que están desiguales las fuerzas; y para Choe lo ideal en los momentos críticos es retroceder un paso para poner en orden la situación y forjar la capacidad. Con ello se hace más evidente la hipocresía de los tres dignatarios que pugnan como fieras para sentarse en el trono, valiéndose de ardidés e intrigas, engaños y trampas, traición y deslealtad a la Patria. Con sólo leer el guión, sin necesidad de oír hablar a esos personajes en la escena, podemos imaginar con viveza las peculiaridades del carácter de cada uno de ellos: Pak, un típico militar bruto y corpulento que blande el sable por cualquier motivo insignificante; Mun, de la familia real, que aparenta ser una persona cortés pero perverso en realidad; y Choe, quien se caracteriza por ser un hombre sumamente astuto y feroz.

La medida decisiva para asegurar la personalidad en la representación del lenguaje literario es que los escritores establezcan sus propios estilos. Actualmente en nuestro país escasean los literatos con un estilo propio. Quien está desprovisto de esa cualidad no puede ser un verdadero escritor. El que se dedica a esta profesión debe

poseer un lenguaje con marcado carácter personal y describirlo cada vez de una forma original que lo distinga del de otros escritores. Jo Ki Chon, autor de la epopeya *Monte Paektu*, puede ser considerado un poeta talentoso dotado de un estilo propio. Sus expresiones poéticas son tan singulares e ingeniosas que nadie puede imitarlas. Algunos plagian sus expresiones con cierta remodelación, pero el lector se percata enseguida que han imitado al citado poeta. El escritor debe presentar en el círculo literario su propio rostro, su propio terreno lingüístico que no puede ser imitado por nadie.

La representación de un lenguaje vivo con un estilo propio depende de la capacidad y destreza del escritor.

El éxito en el manejo del lenguaje depende absolutamente del talento del escritor. El poder de los medios lingüísticos con gran expresividad y capacidad de generalización se decide por el método y el nivel en que el escritor emplea el lenguaje. Sólo cuando él domina los medios y métodos de representación, puede poner en pleno juego el lenguaje de acuerdo con su propósito y lograr en ese proceso un estilo propio. El escritor debe ser el que más vocablos domine y sepa manejar con mayor habilidad el lenguaje.

6. FORMAS LITERARIAS Y LA CREACION

1) LA POESIA DEBE SER LA BANDERA DE LA LUCHA QUE GUIA LA EPOCA

La poesía progresista estimula enérgicamente la lucha de las masas populares por la independencia. Desde los primeros días de la lucha por romper la cadena del capital, la clase obrera ha tenido en la poesía una poderosa y combativa arma que estremece a miles de corazones, al igual que el tambor que resuena en el campo de batalla o el clarín que anuncia el avance de las tropas. En estos momentos en que se vigoriza la lucha de las masas populares por la independencia y se eleva considerablemente su nivel de conciencia ideológica y de cultura, la función combativa y el papel convocatorio de la poesía se incrementan como nunca antes. Un poema revolucionario puede sustituir miles de lanzas y espadas. Nuestra revolución urge mayor cantidad de poemas tan poderosos.

Hoy nuestra causa revolucionaria del Juche avanza impetuosamente hacia las metas más altas y convoca al pueblo a realizar sin interrupción proezas e innovaciones. La realidad actual es diferente a la de ayer, y también cambia con una rapidez increíble el modo de pensar de la gente y su actitud ante el trabajo. A nuestra literatura poética le corresponde reflejar susceptiblemente el desarrollo vertiginoso de la realidad y servir como una bandera de lucha que guía la época.

Para cumplir la función y el papel como tal, la poesía debe elevar decisivamente su valor lírico.

El lirismo es la característica esencial y la vida de la literatura poética. Para atrapar al público esta se vale de esa cualidad, mientras que la novela utiliza los relatos verosímiles e interesantes y el teatro

la fuerza de atracción dramática.

El lirismo es la reproducción alegórica de las emociones transpiradas de la vida. La emoción es un término usual en la vida cotidiana, pero la palabra lirismo se emplea principalmente en el campo de la representación artística. También en la vida ordinaria se utiliza el término lirismo para describir los objetos de modo alegórico.

Los sentimientos que se expresan en la vida cotidiana no se traducen directamente como lirismo en las obras literarias. No todas las emociones de la vida reflejan la esencia de la época. Aun cuando la reflejen, pueden ajustarse o no a la semilla que quiere cultivar el poeta en la obra. Este escoge el sentimiento típico y lo reelabora según las características y las exigencias de la obra. Ese es precisamente el lirismo.

Los sentimientos se basan en cierto concepto del mundo. Todo sentimiento del hombre surge en su relación con la realidad. El hecho de que la realidad sea la base del sentimiento y este sea una forma especial del reflejo de la realidad no significa que todos los objetos existentes puedan despertar emociones. Además, un mismo objeto despierta distintos sentimientos y proporciona diferentes experiencias a las personas. El concepto del mundo y la preparación espiritual son los factores fundamentales que determinan la naturaleza del sentimiento y el grado de la experiencia que se adquieren en relación con la realidad.

El sentimiento y la idea están inseparablemente relacionados. La emoción surge y se revela siempre en compañía de una idea. Por lo que no se puede valorar el lirismo del poema como un simple producto de la percepción. El lirismo es fruto del pensamiento alegórico que combina la percepción con la aspiración ideológica.

Para imprimir un marcado lirismo en una obra poética es necesario reflejar con profundidad los sentimientos prevalecientes de la era.

Estos sentimientos reflejan el curso fundamental de la época y la tendencia emotiva de las masas populares. Abarcan contenidos ricos y diversos. Pueden ser tales sentimientos las siguientes manifestaciones emotivas típicas que se observan en la lucha del

pueblo por la causa revolucionaria del Juche, entre otras su fidelidad al Partido y el Líder; su ardiente deseo de tener como fe la idea Juche y materializarla cabalmente en todas las esferas de la revolución y la construcción; su infinito orgullo de vivir en un país socialista de estilo coreano centrado en las masas populares y su resolución de hacer valer a toda costa ese régimen; su odio a todos los enemigos que intenten pisotear la soberanía nacional; y su fervorosa aspiración a lograr la reunificación de la Península.

En la representación de los sentimientos prevalecientes de la época resulta particularmente importante describir a fondo el ardiente mundo emocional de nuestro pueblo que, muy susceptible a los problemas apremiantes que quiere resolver hoy el Líder y a las exigencias de la política del Partido, se empeña por darles solución a su debido tiempo.

Mi Patria, un excelente poema lírico que canta el patriotismo, constituye el modelo de la representación profunda de los sentimientos prevalecientes en nuestra época. Hay muchos poemas que abordan ese tema, pero son pocos los que expresan tan excelentemente el amor a la Patria a partir del sentimiento predominante de la era. El mencionado poema canta al amor a la madre Patria, pero no simplemente a esa donde nacimos y crecimos, sino a la que garantiza además la independencia de los individuos y de la nación, y lo expresa con emoción, a través de la vida, sobre la base del concepto revolucionario del líder. Por haber sido compuesto de tal manera el poema pudo convertirse en una oda que corresponde al espíritu actual y el gusto del pueblo.

El poeta debe ser el cantor y el corneta de la época. Los verdaderos poetas son aquellos que llevan dentro el ímpetu de la época y se afanan por respirar su mismo aire.

Con vistas a enriquecer el lirismo de la poesía, es necesario que el poeta se descubra plenamente su cara personal.

El lirismo es, por su naturaleza, la manifestación concreta y refinada de la emoción, por lo que posee necesariamente sus propias características. El lirismo poético se diferencia del de otros géneros

literarios. Es la narración directa de la emoción del autor. En la poesía se descubre de forma directa la cara singular del poeta como protagonista lírico. De otra manera, la obra sería ya un fracaso. En los versos debe reflejarse directamente la imagen del protagonista lírico y proyectarse un mundo de singulares emociones que no puede tener ninguna otra persona.

En este sentido, se puede calificar de excelente el poema lírico *Perdóname*. Este contiene las experiencias de la vida de un soldado que se han acumulado desde la temprana etapa escolar y expresa con ardor el excelso juramento que, al cabo del balance de ese pasado, toma el protagonista ante la Patria. El poeta le pide perdón a la Patria por los errores cometidos cuando era un niño sin sentido común pero también le exige que sea intransigente si él se olvida de los grandes beneficios que ella le ha dado. Finalmente expone, con una viva y exuberante emoción, la idea de que él no traicionará jamás al Partido ni a la Patria y que daría incluso su vida para corresponder a su gran amor. El poeta tiene que exponer en cada obra un mundo emocional en el que se emerjan con nitidez su imagen y su voz. Expresar los sentimientos predominantes de la época a través de un mundo de vivencias que dejan ver con claridad su personalidad y originalidad constituye precisamente la exigencia primordial para enriquecer el lirismo de la poesía.

Es recomendable hacer un gran esfuerzo por reforzar la musicalidad en los versos.

La literatura poética tiene su origen en el arte musical y desde su inicio la musicalidad ha sido su atributo consustancial. Diríase que tanto la música como la poesía son canciones de la vida. En la poesía el lirismo transcurre por sobre hermosos y refinados ritmos, así como su lenguaje y versos se armonizan con el ritmo y el compás musicales. Gracias a su rica emotividad, hermosa sonoridad y refinada belleza rítmica, la poesía pasa a ser literalmente música escrita.

El prosaísmo de los versos les quita el carácter musical, atributo esencial de la literatura rimada. El poema debe provocar el deseo inmediato de recitar o aprendérselo de memoria, cual una buena

pieza musical que tan pronto se escucha en seguida provoca las ganas de cantar. Al igual que la música, los versos deben ser solemnes, pulcros y fluidos.

Hay que destacar la musicalidad del poema tanto en el contenido como en la forma. Si las hermosas y ricas emociones líricas que conmueven el alma constituyen el contenido de la poesía que le asegura la musicalidad, se podría decir que la rima es una forma que la destaca.

Por tener ritmo, el lirismo poético se distingue del de otras obras literarias. Sin el ritmo, la poesía pierde la musicalidad. Y la emoción que no tenga musicalidad no puede hacer lírico el poema. En la creación poética se presenta como una tarea muy importante conocer perfectamente la esencia de la rima y su composición y materializarlas de acuerdo con las leyes de la arte métrica de nuestro estilo.

La rima es un concepto que expresa el curso musical del lenguaje poético. Sus componentes básicos son la fluidez y el compás, al igual que en la melodía musical. Estos dos elementos están relacionados inseparablemente. La primera crea diversos altibajos y curvas en la rima, mientras que el segundo logra la simetría y la repetición periódica de las unidades de la misma. La rima poética debe tomar un fluido sonoro y armonioso, sin perder la periodicidad en correspondencia con un compás controlado y regulado.

La rima de la poesía no se logra con ajustar la cantidad de las letras y la moderada medida de los versos. No niego que estos son elementos importantes. La rima se alcanza cuando se seleccionan y se disponen las palabras, midiendo la cantidad y el matiz de las sílabas, y se regula la medida de los versos según la capacidad respiratoria. Pero lo más importante es la viveza de las experiencias emotivas del poeta sobre la vida y la excitación en alto grado del contenido emocional del poema. La rima adquiere su valor sólo cuando sirve para avivar las emociones. En los momentos de violenta conmoción y pasión, el hombre siente el palpitar del corazón que no puede percibir en un estado normal. De la misma manera, cuando

alcanza su máximo vigor la emotividad del poema puede armonizar con naturalidad con la rima. De una pobre vivencia emocional no sale la rima sino una repetición mecánica, por mucho que se trate de ajustar la cantidad de sílabas y observar la métrica. Eso no pasa de ser una especie de formalismo en la creación poética. Si se recurre a explicaciones en lugar de profundizar en los sentimientos, las oraciones salen con carácter enunciativo y por ende se destruye la rima.

Para exaltar la rima de los versos, es preciso manejar con habilidad los diversos medios del idioma nacional. El método de la composición rítmica depende en gran medida de las peculiaridades de la lengua nacional. Al explotar al máximo las excelentes cualidades de nuestra lengua, se debe componer rimas fluidas y bellas a tono con el gusto y los sentimientos del pueblo, y crear sin cesar otras enérgicas, nobles y vivas que se avengan a nuestra era revolucionaria.

Además de subrayar las características propias de la literatura poética, hay que perfeccionar de modo global sus distintos géneros.

Se debe promover tanto la poesía lírica como la épica, y la lírico-epopéyica, y en el caso de la primera, aprovechar al máximo sus distintas formas, sin limitarse a una o dos. Se debe acudir tanto a las formas largas como a las cortas. Hay poemas que han de ser largos, y otros, cortos. No ocurre que estos últimos no emocionen porque son cortos. Una copla, aunque es corta, posee todas las características que debe tener la poesía lírica. Una de las peculiaridades esenciales de la poesía lírica es reflejar contenido rico y profundo en una forma corta. Cuanto más corta, mejor.

Es necesario promover los versos de forma narrativa como la balada. En la vida suceden muchos episodios poéticos y a la vez dramáticos. Y la balada constituye la forma ideal para poetizarlos.

También se deben presentar los versos de carácter político, con marcado matiz comentario, los que enseñan alguna moraleja y los que describen la bella naturaleza del país. Los versos que se alejan de la vida humana y se refieren solamente a la naturaleza no tienen ningún

valor, pero es bueno revelar claramente mediante los versos el mundo humano reflejado en la bella naturaleza. Al igual que en la pintura, la poesía debe tener un género que aborde el tema del paisaje.

Es necesario prestar profunda atención a la creación de la letra musical.

Las canciones revolucionarias desempeñan un gran papel en la conducción de la época y la convocatoria a las masas populares. Donde hay lucha, hay canción, y donde hay canción se vigoriza el optimismo revolucionario y el fervor combativo. Hoy las canciones revolucionarias avivan el fervor de la lucha del pueblo en todas las obras de la construcción socialista y, estimulando el avance de nuestra era, contribuyen activamente a establecer un ambiente revolucionario en toda la sociedad.

Para que nuestras canciones puedan servir de medios poderosos de la lucha revolucionaria y la educación de las masas, primero se deben producir cambios radicales en la composición de las letras musicales.

Estas deben ser versos refinados.

No son un suplemento de la música cantada ni deben serlo jamás. Como una parte de la literatura poética, deben poseer cabalmente sus propias cualidades ideológico-artísticas. Deben tener una semilla original, un marcado planteamiento y una presencia peculiar del autor y las nuevas y ricas emociones que produce algún descubrimiento. Deben tener la suficiente fuerza para conmover el corazón aun antes de que se les pongan notas musicales.

El que la letra musical debe ser un verso refinado significa que ha de reflejar las emociones. La pieza musical titulada *De la ciudad viene una joven para casarse* tiene un contenido sencillo como se aprecia en el título, pero refleja claramente la idea de que gracias a la tesis planteada por el Líder acerca del problema rural socialista, los campos van convirtiéndose en lugares tan buenos para vivir como las ciudades. Se puede afirmar que solamente aquella letra que propugna una profunda idea por medio de concretos y vívidos sentimientos puede convertirse realmente en una refinada pieza de poesía.

El procedimiento normal de la composición de una canción ha de

ser poner música a la letra. Hay veces en que este orden se invierte, pero en tal caso se hace difícil componer una buena letra, pues el escritor pierde la creatividad debido a las exigencias del compositor musical y centra la atención solamente en cómo ajustar la rima y los versos al curso de la música. Tales anomalías se deben en parte al compositor que insiste en sus criterios, pero no por ello se debe atribuirle toda la culpa. Quien escribe la letra musical tiene que saber necesariamente de música. Sólo así puede presentar un texto que convenga al compositor y avivar su inspiración. El motivo por el cual se compone primero la música radica en la ineptitud de los poetas para presentar letras con ricos sentimientos que pueden atraer la atención de los compositores.

La letra musical debe pegarse fácilmente y quedar grabada en la mente por mucho tiempo.

Las canciones hechas al cabo de la liberación del país como la *Canción del arador*, *Mayo de la victoria* y *Vamos al monte y al mar*, para no hablar de las famosas piezas clásicas compuestas hace mucho tiempo como la *Canción de Corea* y *Nostalgia*, tienen letras y melodías fáciles de recordar aun ahora. La letra de la *Nueva primavera* también surge de la mente por sí sola y enseguida nos ponemos a canturrear *Llegó la primavera, llegó la primavera*. La canción debe ser tal que se pueda entonar en cualquier momento sin forzar la memoria.

La letra puede pegarse cuando proyecta la vida. Puede granjearse el amor del público solamente si refleja la vida real que se puede presenciar y experimentar en carne propia y los sentimientos íntimos.

Para que la letra se pegue, debe ser fácil de cantar y comprender. Es del todo posible expresar la profunda filosofía de la vida con palabras sencillas. La letra de la canción es un poema acompañado de música, por lo que no debe tener expresiones difíciles. Para escribirla algunos se dedican exclusivamente a inventar expresiones ingeniosas, como si estuvieran en una competencia de retórica. Hacerlo es importante, pero no es lo fundamental en la creación. La letra, al igual que la música, debe ser compuesta de tal manera que al

escucharla por una vez sea comprendida de inmediato. La letra es un poema corto de unos cuantos versos. Es realmente absurdo tratar de mostrar una profunda idea mediante el reflejo de diversas y difíciles expresiones en un contexto limitado. Para la letra musical se deben escoger aquellas expresiones sencillas y comunes pero capaces de causar impacto en la gente e invitarla a reflexionar por largo tiempo. La letra de la canción *Cae la nieve* proyecta una escena más bien simple, pues no habla más que de una persona que, sentada a la ventana, en una noche en calma y de nieve, escucha un cuento de la guerrilla antijaponesa. Pero lo cierto es que esa pieza hace recordar muchas imágenes asociadas y tiene gran repercusión. En la creación de la letra, en lugar de tratar de lograr efecto con expresiones, se debe extender una escena vívida e integral que haga imaginar muchas cosas y producir un eco duradero.

Nuestra literatura poética tiene un rumbo bien definido para su creación. Lo que importa es que el poeta trabaje con pasión, bien consciente de la misión que ha asumido ante la época. Cuando con el corazón inflamado adquiere profundas experiencias emotivas de la vida y se ahonda en las reflexiones, es posible que se registren renovaciones ininterrumpidas en la literatura poética y se recojan abundantes cosechas en la producción de excelentes poemas y letras musicales.

2) HAY QUE DESARROLLAR LA LITERATURA NOVELISTICA SEGUN LAS EXIGENCIAS DE LA EPOCA

La novela es el género representativo de la literatura. La altura, o sea el nivel de desarrollo de la literatura de un país se aprecia principalmente por los valores ideológico-artísticos de la novelística.

La novela es el género literario más amado por el público. Se lee ampliamente por los niños y ancianos, para no hablar de los jóvenes sensibles a lo nuevo y dúctiles a múltiples emociones. Su lectura

coadyuva a comprender la verdad de la vida y los principios de la revolución, así como a cultivar bellos y nobles sentimientos. También ejerce una gran influencia en el establecimiento del concepto revolucionario del mundo.

Los valores sociales de la novelística son determinados por la apreciación de las masas populares. En tiempos pasados, nuestros escritores crearon muchas obras excelentes que le gustan al pueblo, entre ellas las novelas que integran el ciclo *Historia inmortal*. Pero no se puede afirmar que a nuestro pueblo le gustan todas las novelas que se producen. El escritor tiene que analizar profundamente por qué algunas de sus producciones no se leen ampliamente entre el pueblo.

Este fenómeno surge debido a la distancia entre la realidad y la vida descrita en las obras. El lector se siente atraído por el mundo de la obra cuando se familiariza por algún motivo con la vida de su protagonista.

Una de las razones por las cuales algunas novelas infunden menos familiaridad y no profundizan en la vida radica generalmente en la idealización del personaje. La representación del personaje incomparablemente superior que el hombre real no puede causar simpatía a los lectores. Es lógico que la novela deba adelantarse a la realidad, pero si se inventan personajes que superan a esta, se acabaría idealizando al hombre y la vida. Los protagonistas de nuestras novelas deben ser hombres reales y tener un aspecto familiar, como si fuera uno más de entre nosotros. A la novela le corresponde revelar la esencia de la vida común que observamos a diario y representar como prototipo el elevado mundo espiritual guardado en lo profundo del corazón de las personas ordinarias. Se llega a tener el interés artístico cuando se comprende un nuevo y profundo sentido que encarna la vida cotidiana y se deja llevar espontáneamente por el noble mundo de la vida.

Algunas novelas no son leídas ampliamente por las masas debido a la ausencia de la vida. No vale la pena hablar de los valores de una novela si casi no se puede encontrar la vida en ella, porque este

género posee realmente gran posibilidad de reflejar con amplitud y desde distintos ángulos las diversas facetas de la existencia. La vida descrita en la novela abarca no solamente la política, la economía y la cultura, sino además la familia, el pasado y el futuro. El escritor debe tener grandes experiencias sobre todos esos aspectos de la vida y describirlos libremente a partir de la semilla de la obra. Cuando se comenta que una obra tiene la vida o no, no se refiere a cualquier vida. Nos referimos a la vida típica que refleja la esencia de la época y sociedad, la vida nueva y singular descubierta por el autor. Por muy minuciosa que sea la descripción de los fenómenos cotidianos, si no es verosímil, decimos que la obra no tiene vida. El hombre pasa cada momento en medio de la vida. Cualquiera tiene profunda experiencia de la vida y la entiende a su manera. Como creadoras y beneficiarias de la vida, las masas populares tienen muchos conocimientos sobre ella. En cuanto a las obras que se les presentan ningún escritor tiene derecho a regatear con ellas sobre la veracidad de la vida. La tergiversación de esta, por mínima que sea, no pasa con el pueblo. Aún más, si aun después de terminada la lectura no se logra percibir una vida verídica, tal obra no puede ser del agrado del público.

Hoy nuestra narrativa debe ser un nuevo género que desafíe todo lo viejo. El Partido requiere producir una revolución en esa literatura conforme a las exigencias de las masas populares por la independencia y su alto nivel cultural. En acato de la orientación del Partido de promover una revolución en la esfera artístico-literaria, el escritor debe eliminar todos los elementos y esquemas viejos de la narrativa y crear muchas obras de estilo coreano que respondan a las exigencias de la era Juche.

En la producción novelística resulta importante destacar las peculiaridades de este género.

La novela tiene la ventaja de emplear de modo global los medios representativos de la literatura. No existe ninguna vida que no pueda ser descrita por el lenguaje, medio básico de la representación literaria. Con el lenguaje se puede describir, platicar, explicar y

expresar desde la posición de escritor. El lenguaje no puede hacer gala de su ilimitada capacidad expresiva en todos los géneros literarios. Si la poesía expresa principalmente los sentimientos humanos con narraciones del autor, diálogos y otros medios por el estilo, la dramaturgia se vale de los parlamentos y las explicaciones del escritor para reflejar la vida humana que generalmente puede ser apreciada por la vista. Sólo la novelística puede expresar todo lo que está al alcance del lenguaje, empleando al máximo los medios representativos como la descripción, los diálogos, la narración del autor y la explicación. La novela tiene la posibilidad de mostrar a plenitud las figuras visuales, la psicología interior y la vida privada, así como describir en todos los aspectos al hombre y la vida sin ninguna restricción de tiempo y espacio. Por ser un género que, utilizando plenamente el medio del lenguaje, entreteje la trama muy amena, la novela provoca en el público el impulso espontáneo de leerla y, a diferencia de las obras escénicas, le brinda la posibilidad de disfrutar su lectura en cualquier momento y lugar.

El hecho de que la novela tiene la ventaja de utilizar integralmente el medio del lenguaje a diferencia de otros géneros, no significa que su redacción sea más fácil que la de la dramaturgia y la poesía. Poder describir libremente la vida no pasa de ser en todos los casos una posibilidad.

El uso integral de los medios de la representación literaria es la ventaja de la novelística y a la vez su característica. A la novela le toca aprovechar esta ventaja para poner empeño en mostrar profunda y ampliamente todos los aspectos del hombre y su vida.

El empleo integral de los medios de la representación literaria en la novela no descarta la necesidad de dirigir la atención principal a la descripción.

La novela no debe escribirse como el guión del drama, en el cual se da cuenta de cómo va a ser el curso de la narración leyendo solamente los diálogos. Es verdad que el diálogo es importante y se emplea con frecuencia en la novela, pero no constituye el medio fundamental de la representación. El relato de la novela debe fluir

principalmente por una serie de descripciones, y en estas participarán como elementos suplementarios el diálogo, la narración del autor y la explicación.

La descripción más importante de la novela es la de psicología. Lo fundamental en la exposición del mundo interior de un personaje es describir a fondo el curso de sus pensamientos. De esta manera se puede revelar concretamente las cualidades esenciales de su carácter y su modo de pensar. La descripción del aspecto exterior y los actos de los personajes y el ambiente que aparecen en la novela ha de servir para mostrar por igual la psicología de esos personajes y la figura del escritor. Cuando la descripción de la apariencia y los actos de los personajes y del ambiente refleja la psicología de ellos y del mismo autor, se nutre de sus ideas y sentimientos y traspasa por su apreciación emotiva, puede armonizar con las características de la novela y atraer la atención del lector.

La descripción pormenorizada del hombre y la vida es la forma esencial de la narración de corte realista. Así deben ser descritos principalmente en la novela tanto los personajes como el ambiente.

Exponer la vida en forma de relato es otro rasgo importante de la novela.

La novela es una literatura descriptiva y a la vez narrativa. En el coreano el término novela se ha originado de la narración. La historia de la literatura universal comprueba que en cualquier país la novela surgió de obras con forma de relato. Con el desarrollo de este género literario se fue incrementando gradualmente el peso de la descripción y se inclinó el centro de la atención a la representación del carácter de personajes. Esto ha permitido que el estilo narrativo se transforme en el descriptivo y el contenido se desarrolle como un relato literario cuyo eje es la descripción del carácter. Con todo, la exposición del hombre y la vida a través de una determinada narración no ha dejado de ser un compromiso inviolable.

La novela debe tener necesariamente algún relato literario.

Ese relato debe ser ameno y atractivo. La novela ha de ser sensible a los problemas cuya solución esperan ansiosamente las

masas populares en la vida real, resolverlos de acuerdo con sus aspiraciones y, además, tramar con amenidad el argumento. El curso de la narración debe ser atractivo en todo momento en una continuidad de escenas fascinantes y emocionantes, ora apretando, ora aflojando el alma del lector.

El relato de la novela ha de transcurrir por el curso de sentimientos perfectamente organizados. La organización de los sentimientos es una vía importante para entretejer con emoción el relato y atraer con naturalidad al lector al mundo de la representación. Podría decirse que es una labor de la representación que establece relaciones de sentimientos entre los personajes y entre la obra y el lector.

Para la organización impecable de los sentimientos, es preciso establecer bien la relación de los personajes en este aspecto. A diferencia de la idea o voluntad, el sentimiento humano es muy variable y veleidoso. Los sentimientos de los personajes que se presentan en una obra sufren cambios y transformaciones, formando un curso determinado. Visto en su conjunto, se acumulan y explotan sucesivamente en busca de un punto culminante. Las líneas de sentimientos de los personajes se entrelazan estrechamente entre sí y se influyen unas sobre otras. Al profundizar en esta relación de influencias según la lógica de la vida, el autor puede organizar bien los sentimientos entre los personajes.

En la organización de los sentimientos es necesario establecer adecuadamente los nexos emotivos que unen al lector con el mundo de la representación de la obra. El verdadero objetivo de esa labor radica en provocar mayor placer emotivo en el lector. Una obra no tiene ningún valor si el lector no comprende ni simpatiza con las risas, las lágrimas, o la conmoción de sus personajes. Si el escritor, emocionado por sí solo, ignora los sentimientos del lector, surgen sucesivas incongruencias y contradicciones emotivas entre el personaje y el lector, y, a fin de cuentas, la organización de sentimientos acaba en un fracaso. El autor debe dominar siempre la psicología del lector, conocer bien sus sentimientos y establecer la

relación de sentimientos entre los personajes según la lógica de la vida.

La organización de sentimientos está relacionada con el lirismo de la obra. El lirismo de la novela se logra por la intensa descripción emotiva de los objetos y la narración del autor, pero más bien por los hondos sentimientos que entraña el mismo relato. En la novela, el lirismo del relato depende de la organización de sentimientos. El escritor debe lograr un gran lirismo de la obra mediante la vinculación perfecta de la línea de sentimientos de cada personaje con la de otros conforme a la lógica del carácter y la vida.

La organización de sentimientos tiene que ver también con el dramatismo. Este es un rasgo propio de la dramaturgia, pero es también un elemento indispensable en las novelas que abordan determinados asuntos. Por supuesto, según los casos, pueden haber novelas seriamente dramáticas, o las de modalidad suave, tranquila y lírica, o de activa y viva. Mas no se puede afirmar que novelas de esa modalidad tienen o no tienen dramatismo. Según modalidades puede ocurrir que unas tengan marcado dramatismo por apariencia y otras lo tengan bien encubierto por dentro. La narración de la novela debe ser dramática para organizar los sentimientos con elasticidad y atracción y conducir a la gente al mundo de la representación. La novela debe tener algo que, desviándose de lo común y corriente, contrarreste lo previsto, y describir nuevos y singulares altibajos de la vida.

Lo importante en la producción novelística es evitar los esquemas.

El autor debe proyectar y representar con audacia. Si mide cada paso, mirando a la cara de otros, no puede desistir de los clichés. Actualmente no pocas obras representan la relación humana como la que existe entre el que educa y el educado, pero no es obligatorio hacerlo así. Es verdad que la literatura sirve para educar a la gente, pero su objetivo educativo no se logra solamente por la mencionada relación. La gente se instruye por influencia de un noble ejemplo del protagonista y también por la aguda crítica a los fenómenos

negativos. La educación surte efecto cuando se realiza por distintos métodos y desde diversos ángulos.

Otro cliché es desarrollar el argumento ajustándolo al orden de la presentación del ambiente, el origen y el desarrollo del suceso, el clímax y el desenlace. El argumento ha de ser estructurado con libertad y de distintas formas según la semilla de la obra y la personalidad del escritor. A este le corresponde buscar entre las formas de composición perfeccionadas a lo largo de la historia aquellas que pueden reflejar la vida con fidelidad y que responden al gusto de la época. También le toca estudiar y refinar ininterrumpidamente las nuevas formas de composición que armonizan con el desarrollo de la vida real y la naturaleza del arte.

Con vistas a subrayar los sentimientos en la obra, suelen incluir la línea de amor, fenómeno que en sí no es negativo. De representar adecuadamente la relación amorosa, se puede dar una correcta concepción acerca de la ética de amor de nuestra época y adornar la obra con un peculiar matiz emotivo. Lo malo es que esquematizan esa relación y la muestran con poca naturalidad y de forma insípida. Generalmente en las obras las parejas de jóvenes enamorados se separan por alguna equivocación, una diferencia de criterios o algo por el estilo, hasta que finalmente se juntan de nuevo. También hay quienes tratan de buscar en algo inevitable el motivo del primer encuentro de dos amantes, pero no deben proceder así. Dos jóvenes pueden unirse por pura casualidad o separarse al final por la discordia de ideales.

El esquema es una muralla que separa la literatura y el lector. Los escritores tienen que presentar cada cual algo nuevo, desprendiéndose de todo tipo de esquemas.

Es recomendable diversificar los métodos de descripción en la novelística.

El gusto estético del hombre se transforma y desarrolla con el tiempo. Con los métodos empleados en los tiempos antiguos no se puede crear novelas que respondan a los nuevos gustos estéticos de nuestro pueblo. Una vez trazado el rumbo de la creación, sea novela

o poema, no hay por qué encasillarse en un esquema, restringiéndose por una manera de seguirlo. No importa ir por un camino recto o dando vueltas. En la creación literaria los métodos representativos deben ser aprovechados por el escritor según su capacidad.

Entre los métodos representativos, algunos son del gusto de las masas populares, mientras que otros prefieren las clases reaccionarias. Debemos rechazar rotundamente los métodos vulgares que les agradan a las clases reaccionarias, establecer el Juche y defender firmemente la posición de la clase obrera en la aplicación de los métodos de descripción.

Los métodos de la representación literaria son eficientes, pues han sido generalizados a lo largo de muchos años. El escritor no debe aferrarse a los consabidos métodos, sino emplear otros nuevos y más eficientes de acuerdo con el gusto y las exigencias del pueblo, para así ampliar con audacia la extensión de la representación.

Las novelas pueden aprovechar eficientemente los métodos, como el del establecimiento de varios protagonistas. No hay ley que establece que la novela debe tener solamente un protagonista. Y no pasa nada con presentar varios protagonistas, con tal de que la semilla lo exija. Este método es apropiado para mostrar de forma tridimensional las inmensas escenas de la época y la vida. A diferencia de otros géneros literarios, en esas novelas no se pregunta quién es el protagonista.

Se puede acudir también al método de ocultar al protagonista. En este caso su representación, difractada en varios sentidos, se trasmite al lector de manera indirecta. Esta fórmula es más difícil que la directa, pero puede provocar mayor interés y expectativa acerca de la imagen del protagonista y atraer más atención por el drama de la obra.

La novela puede poner en el centro de la representación un hombre negativo de la sociedad. También se puede escribir novelas semejantes a los guiones cinematográficos *El día de la boda* y *Mi familia*. En ese tipo de novelas se debe exponer con claridad la esencia ideológica de manera que las personas que tienen el mismo

defecto que su protagonista aprendan una seria lección de la vida. La crítica a tal personaje tiene que ser dura, pero al mismo tiempo se deben mostrar los esfuerzos constantes y sinceros del colectivo por conducirlo por un buen camino. Asimismo, se pueden crear obras que sitúan a un enemigo en el centro de la representación y denuncian su mundo interior.

Hay otro método que consiste en describir la vida fundamentalmente con la exposición de la psicología del autor y los personajes. Requiere de dar más espacio a la descripción analítica de la experiencia psicológica de los personajes y el monólogo del autor. Su buen uso permite profundizar en lo interior y esencial, más que en lo exterior y fenoménico, por eso se hace posible subrayar con eficiencia el carácter filosófico de la obra. Este método no tiene nada que ver con el subjetivista. Hay quienes, para representar principalmente la psicología, desatan pensamientos sin forma y confusos que se les antojan o hacen disparates con frases que nadie puede descifrar, lo cual no es admisible en absoluto. El método debe estar dirigido a exteriorizar el mundo espiritual del hombre con veracidad y riqueza y según la lógica de la vida, así como a exponer con mayor filosofía y profundidad la esencia de la vida y el pensamiento del escritor.

Es necesario buscar y aplicar ampliamente el método del romanticismo en la novela. Al escritor le toca aplicar creativamente y según las exigencias y el gusto de la vida actual el método romántico creado en el curso del desarrollo literario universal. Al mismo tiempo debe buscar activamente los nuevos métodos del romanticismo.

Hay que diversificar no solamente los métodos de representación, sino, además, los géneros de la novela.

Quienes piensan que los novelistas se reconocen como tales solamente si escriben obras de mediano o gran tamaño, se equivocan. Entre los famosos autores del mundo muchos se dedicaron a narraciones cortas durante toda su vida. Los valores sociales de la novela no se definen jamás por su volumen. Un relato de corta extensión, pero dotada de un elevado carácter ideológico y artístico

tal y como exigen la época y el pueblo, es del todo posible que sea calificado de obra famosa.

El desarrollo de la realidad exige obras breves con contenidos actualizados y de carácter convocatorio, como es el caso del cuento corto. Este género, de fácil difusión y de carácter combativo y convocatorio, es un excelente medio para la educación de las masas. Ningún otro género de la narrativa puede superar al cuento en el inmediato reflejo de las maravillas y las innovaciones que se realizan día tras día en las grandes obras de construcción. Actualmente, el periódico *Munhak Sinmun* publica fragmentos de obras largas que ocupan una o dos planas, lo cual no le conviene al carácter del rotativo, que exige una rápida difusión, y no va con el espacio limitado de sus páginas. Sería conveniente publicar muchos cuentos en los órganos de prensa como el mencionado periódico y las revistas, incluida la *Literatura coreana*.

Es necesario promover las epístolas, los diarios, las novelas de deducción y espionaje. Desde luego que estos géneros tienen ciertas limitaciones. Pongamos como caso la epístola en la cual resulta difícil describir la vida libre, amplia y profundamente, desde la posición de la tercera persona. Pero se pueden crear excelentes obras si se superan tales limitaciones y resaltan sus cualidades positivas.

Los relatos basados en los hechos reales desempeñan un papel importante en la educación de la gente con ejemplos positivos. Nuestra realidad es la fuente inagotable de datos significativos para ese tipo de literatura. En la realidad transcurrieron las valiosas vidas de aquellos que protagonizaron admirables gestos sin precedentes: algunos optaron sin vacilación por la muerte para salvar a sus compañeros, al colectivo en los momentos cruciales, mientras que otros dieron su piel y hueso a un enfermo que estaba al borde de la muerte. En el mundo no existe una sociedad como la nuestra, donde nacen nuevos seres y palpita una nueva vida. Esta gran y digna realidad pone al escritor en contacto con una rica vida cargada de sentidos. Y esta misma realidad es la fuente inagotable de los relatos basados en los hechos reales. A través de las obras literarias, el

pueblo quiere verse a sí mismo crecido como nuevos seres humanos de la nueva era y apreciar como en la misma realidad el gran ímpetu de la nueva sociedad y de la nueva vida que ha construido con sus propias fuerzas. Las narraciones históricas y basadas en hechos reales deben reflejar con fidelidad los personajes y los hechos y al mismo tiempo satisfacer todos los requisitos de la ciencia humanista. Basarse en los personajes y los hechos reales no significa enumerar los datos como en un documento cronológico.

Hay que escribir asimismo novelas de ficción. Se puede ampliar su extensión y tratar en ellas la vida social. Por ejemplo, hoy, cuando todos luchamos con optimismo imaginándonos cómo sería la Patria reunificada, si el escritor hiciera una obra que describe de manera ficticia los momentos emocionantes de ese gran acontecimiento, colmaría de alegría y esperanza al público y estimularía sus labores y su vida. De la misma manera, es posible representar con imaginación la sociedad ideal comunista, el futuro de nuestra sociedad donde se haya materializado totalmente la idea Juche, o el mundo donde la humanidad haya alcanzado su plena independencia. Tales relatos pueden causar mayor impacto que las conferencias donde se hablan de un futuro luminoso. En esos relatos la fantasía no ha de ser jamás una absurda quimera. Debe basarse en las leyes del desarrollo histórico y científico y poner sus pies en la vida real.

Hay que escribir también muchos relatos compuestos por el método alegórico. Nuestra literatura clásica cuenta con muchas obras excelentes de ese género, entre ellas la *Rata sometida a la justicia*. El método alegórico sirve para satirizar la vida de los enemigos y también para mostrar con amenidad la vida real de nuestro pueblo mediante comparaciones.

Sería posible crear los relatos rimados y los que sirven para el desarrollo intelectual.

Nos corresponde, además, aceptar desde nuestra propia posición y emplear de distinta manera otros excelentes métodos representativos y diversos géneros de la novela que han sido explorados por la literatura contemporánea.

Nuestra novelística debe mantener con firmeza su posición central en la literatura y materializar exitosamente las exigencias de la época y la realidad en desarrollo. A los escritores les toca liberarse de todos los viejos esquemas y esforzarse más por realizar nuevos cambios en la narrativa.

3) ES PRECISO ADAPTAR LA LITERATURA INFANTIL A LAS PECULIARIDADES SICOLOGICAS DE LOS NIÑOS

Formar a los niños como comunistas de tipo Juche es una tarea de largo alcance para la prosperidad de la Patria. Ellos son los capullos de la nación y los protagonistas del futuro. El mañana de la Patria y el porvenir de la nación depende de cómo formamos a los niños.

En la educación de los infantes como revolucionarios, las obras artístico-literarias juegan un rol importante.

A los niños, seres muy susceptibles desde el punto de vista emocional y curiosos, les encanta la lectura. Las obras literarias revolucionarias les muestran ejemplos vivos del estudio y la vida y les suministran nutrientes espirituales necesarios para su formación como revolucionarios. Las obras consolidan en diversos aspectos los conocimientos adquiridos en el aula, además de ampliar la visión del mundo a los niños que lo contemplan desde el limitado círculo de su casa, pueblo y escuela.

La literatura infantil se asemeja en muchos aspectos a la de los adultos, pero tiene también una serie de peculiaridades por el hecho de dirigirse a los niños.

Se trata de una literatura que tiene como lector a los niños y describe desde su punto de vista. Sus propias cualidades se expresan más en su punto de vista de la descripción que en los objetos de la misma. Su característica esencial consiste en describir el hombre y la vida desde el punto de vista de los niños. Por lo común, presenta a los infantes como protagonistas y describen su vida, pero a veces

parte del punto de vista de un niño para reflejar la vida de los adultos. En esa literatura todas las vidas deben ser el reflejo de la visión de los infantes y las experiencias adquiridas desde su enfoque. Quien lee esa literatura es el niño. Por la peculiaridad de tratar a los niños, su valor artístico reside en describir acertadamente el mundo infantil. Y si una obra infantil no corresponde a la psicología de los niños, pierde su valor como tal. Le toca reflejar contenidos revolucionarios de acuerdo con las características psicológicas y el nivel de conocimientos de los que pasan por la primera etapa de la vida.

El escritor de la literatura infantil debe conocer bien las peculiaridades de los niños coreanos y representarlos sobre la base de ello.

Los niños coreanos tienen una muy elevada conciencia ideológica.

El gran Líder los presenta siempre como “reyes” del país y les dispensa todo lo mejor del mundo. Desde que nacen, ellos se benefician a diario de la atención del Partido y su Líder, por eso cantan: *Nuestro padre es el Mariscal Kim Il Sung y nuestra casa es el regazo del Partido*. Realmente la fidelidad de los niños coreanos a su Partido y a su Líder es mucho más grande, emocionante y ardiente que la de los infantes de cualquier otra parte del mundo.

En nuestro país, todos, desde muy temprana edad, reciben educación revolucionaria por medio de la vida organizativa y colectiva. Por eso, nuestros infantes son muy organizados, disciplinados y colectivistas. A temprana edad conocen de la vida política, comienzan a formar el concepto del mundo y adquieren una elevada conciencia como herederos de la causa revolucionaria.

La literatura infantil debe ser representada necesariamente conforme a la alta preparación espiritual de los niños.

Anteriormente algunos se limitaban a describir los colores rojo, azul y amarillo, lo cual no satisfacía los sentimientos ideológicos y estéticos de los infantes. En la actualidad la literatura infantil del mundo tiende a catalogar el carácter del niño como una cualidad innata y se ha puesto de moda la exaltación del “temperamento puro”

de carácter supraclasista. Desentender los valores adquiridos y absolutizar los innatos en la descripción del carácter del niño conduce a la nueva generación a dar la espalda a la sociedad y a convertirse en un ser inerte para la época y la revolución, en un prisionero del fatalismo reaccionario. Debemos evitar la introducción de las tendencias reaccionarias de la creación que se oponen a la naturaleza de la literatura revolucionaria y no se avienen al estado espiritual y las exigencias de los niños coreanos.

Es preciso describir a fondo la fidelidad de ellos que admiran y siguen al gran Líder y al benefactor Partido. Ellos no la tienen aún como un concepto del mundo ni de la vida. Es necesario que las obras para ellos representen vívidamente la grandeza de nuestro Líder y Partido, de manera que el lector comprenda de todo corazón que ellos son los mejores del mundo. Además, es recomendable presentar los prototipos vivos, tales como los del Cuerpo Infantil que lucharon valientemente junto al General durante la guerra antijaponesa, los que pelearon denodadamente durante la Guerra de Liberación de la Patria y los de la Unión de Niños que han sido infinitamente fieles a su Líder, para que ellos los tengan grabados en la mente como pilares de su alma.

Es sugerible reflejar verazmente el alto sentido de organización y espíritu colectivista de los niños que se manifiestan a través de su vida orgánica revolucionaria. Se debe mostrarles de modo vívido cuán poderoso es el colectivo y cuán valiosos y desinteresados son sus compañeros, su colectivo, así como exponer con gran representatividad el modelo de los que se destacan en la vida de la Unión de Niños.

La literatura infantil debe poner gran empeño en la concientización de los niños como herederos de la causa revolucionaria del Juche. Al escritor le corresponde darles a conocer claramente con su obra las grandes pruebas por las que ha pasado nuestra causa revolucionaria, su justeza, su grandeza y su invencibilidad. Además, enseñará a la nueva generación cuál es su posición y deber para heredar la mencionada causa. La literatura

infantil debe describir con emoción la realidad de la Patria socialista en cambio y el elevado mundo espiritual y la lucha de los mayores, para así estimular con fuerza y ejercer influencias revolucionarias sobre los niños. Las experiencias y las proezas de lucha de los niños durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y la Guerra de Liberación de la Patria demuestran que ellos también pueden hacer valiosos aportes a la revolución. La literatura infantil debe despertar en ellos el gran interés por la construcción socialista y por la causa de la reunificación de la Patria, así como conducirlos a que contribuyan a la causa en aras del país y el pueblo.

Los niños coreanos tienen generalmente un alto nivel intelectual.

Todos ellos reciben los beneficios de la enseñanza. Y nadie en edad escolar tiene que dedicarse a algún trabajo ni es expulsado del aula por no pagar el estudio. En nuestro país se construye una escuela para un pequeño grupo de niños que vive en una isla anónima y se destina un tren para que una docena de infantes de una apartada aldea montañosa pueda asistir a clases. Una ordenada red de educación cubre todo el país desde las ciudades hasta los recónditos poblados montañosos e islas y todos los niños en edad escolar aprenden a plenitud gracias al sistema general de enseñanza obligatoria gratuita de once años. Los lectores de nuestra literatura infantil son precisamente los niños que reciben educación regular en los círculos infantiles, las primarias y las secundarias integrales.

Por esta razón, la literatura infantil debe ser escrita teniendo en cuenta su nivel intelectual. Por ser bajo en general el nivel de conciencia de los niños en comparación con el de los adultos, no se debe escribir obras sin estudiar nada, recurriéndose solamente a conocimientos demasiado generalizados o tratando temas de poco valor.

El primer deber del alumno es estudiar con afán. La literatura infantil tiene que centrar la atención en establecer entre los alumnos un correcto concepto y estilo de estudio y despertar su interés por los nuevos conocimientos, para que concentren sus esfuerzos en el aprendizaje de los materiales docentes, que es su tarea fundamental.

Al escritor le toca prestar especial atención a que en sus obras no surjan elementos contradictorios a la pedagogía o que obstaculicen el desarrollo intelectual de los alumnos, así como tomar la iniciativa para establecer relaciones con las escuelas y reflejar a tiempo en las obras los problemas apremiantes que se presentan en la enseñanza escolar.

Nuestros niños coreanos tienen alma pura e inmaculada.

En nuestro país no existe ninguna fuente social que pueda contaminar a los niños de aguas sucias. La unión del país en un ente socio-político y el sano ambiente de vida que reina en él coadyuvan a que los niños reciban una influencia positiva en cualquier momento y lugar: la familia, la escuela y la sociedad. En ningún otro país del mundo los niños son tan cándidos y sanos como en el nuestro.

A la literatura infantil le corresponde reproducir con autenticidad el corazón tan pulcro de nuestros niños. Debe cuidarse de las influencias de carácter reaccionario y las viejas ideas de los enemigos de manera que el alma de nuestros niños, tan blanca como el papel, no se ensucie ni con una sola mancha.

Los niños coreanos llevan una vida feliz y envidiable en un excelente ambiente social, y por eso es preciso prestar debida atención a su falta de noción sobre las viejas sociedades y de experiencias de las pruebas de la lucha revolucionaria. Ellos son la nueva generación que tiene por delante un largo y escabroso camino de la revolución. Impredecibles pruebas y dificultades pueden obstaculizar su avance. Para que la nueva generación luche hasta sus últimas consecuencias manteniendo intacta su casta fidelidad bajo cualquier circunstancia, la literatura infantil debe proyectarse minuciosamente sobre la historia revolucionaria del gran Líder plagada de múltiples adversidades y pertrechar a todos los niños con el espíritu del monte Paektu. Al mismo tiempo debe mostrarles con vívidas imágenes artísticas la trágica historia llena de martirios y humillaciones que nuestro pueblo tuvo que sufrir por no contar con su país y su poder, para que reafirmen su determinación de seguir defendiendo la felicidad de hoy.

A los escritores les corresponde desarrollar la literatura infantil como una manifestación artística propiamente nuestra que se ajusta a la política del Partido y las peculiaridades de los niños coreanos. Solamente de esta forma la literatura infantil puede contribuir a la formación de esos infantes como futuros cuadros de la revolución coreana que se identifican con la idea Juche.

En la producción de las obras para niños resulta importante tener bien en cuenta las características psicológicas generales de la etapa de niñez y adolescencia.

Los de esta etapa suelen ser de una mentalidad simple, francos, vivos, ágiles y activos, no están tranquilos ni un momento. Lo captan todo como una cámara fotográfica y les encanta imitar. En lugar de ser ágiles en el pensar y actuar, no son constantes y pacientes, y en vez de ser muy dúctiles a los sentimientos y la emoción, no tienen una gran capacidad abstracta y aunque son minuciosos y ocurrentes, tienen una estrecha visión. Los niños difieren en la etapa de niñez y la etapa de adolescencia. He aquí la necesidad de diferenciar el nivel y la calidad de las obras según las características de los niños preescolares y los alumnos. El escritor para niños debe ser un experto sicólogo del mundo infantil y el mejor amigo de los niños.

Las obras para niños deben ser interesantes. En ellas el problema del interés se presenta con mayor exigencia que en la literatura para adultos. Por su naturaleza, al niño le encantan los cuentos. Se sienta sobre las piernas del adulto e insiste en que le haga interesantes cuentos viejos, lo cual es la psicología común de los niños. A esa edad es normal que sienta gran atracción por las obras literarias que despiertan interés. Se debe lograr que el niño busque por sí solo los libros cual la abeja la fragancia de las flores. Si se lo exige como una obligación, no se puede esperar resultados positivos. El niño tiene una mentalidad simple y no es constante, por lo que si es insípido el libro que lee por primera vez, inmediatamente se aburre y se aleja de él.

La literatura infantil debe transmitir la idea por emoción a través de imágenes interesantes, en lugar de inculcarla a través de la lógica. No es justo imponer las ideas hechas conceptos a los niños que aún

no tienen bien desarrollada su capacidad imaginativa. Es más eficiente describir las pequeñas ideas que pueden ser asimiladas con facilidad por la percepción infantil, que plantear una gran idea ambiciosa en la obra. La representación artística de la literatura infantil debe ser sensitiva al máximo y tener el ritmo musical, en correspondencia con las peculiaridades y el gusto de los niños que son muy perceptivos y lo asimilan todo de forma sensible.

En la literatura infantil ha de sentirse una actividad muy variable y una gran movilidad. Obras de esas cualidades encantan a los niños. Es preferible describir concisamente los detalles dinámicos de apariencias impresionantes y peculiares, a hacer una prolija representación de un objeto estático. Y conviene más narrar con amenidad una serie de acciones interesantes y variables, que profundizar en la psicosis de los personajes, como sucede en la literatura para adultos.

La literatura infantil debe utilizar palabras y expresiones fáciles en la medida de lo posible teniendo en cuenta que los niños están en el proceso del aprendizaje del idioma. Sus expresiones serán sensitivas, moderadas y ordinarias. Se buscarán en la vida de ellos las palabras comunes y las expresiones de uso frecuente, evitando en la medida de lo posible vocablos abstractos y difíciles. Pero ello no significa que se pueda utilizar unas y otras veces los términos fáciles para los niños o representar algo con una limitada cantidad de vocablos. Para ellos que aprenden el lenguaje, las obras se convierten en sí en manuales extraescolares del idioma coreano. Si a veces encuentran palabras desconocidas, ellos consultan el diccionario o con los adultos y así amplían su conocimiento lingüístico. El escritor debe tratar de que los niños aprendan de su obra mayor cantidad posible de vocablos cultos y expresivos.

Hay que diversificar los contenidos y las formas de la literatura infantil, de acuerdo con la tendencia y exigencia del niño por lo nuevo. En el caso de la narración, se puede combinarla con el diálogo humorístico, introducir la forma poética, abordar los hechos reales y escribir las fábulas y los distintos géneros de fantasía.

También se podrían escribir obras con temas similares a los que abordan los dibujos animados, entre ellos *El tejón ingenioso*, producciones del Estudio de Películas Científicas, que les dan a los niños conocimientos científicos y a la vez los educan ideológicamente. La literatura infantil aprovechará los diversos métodos ya existentes como la alegoría, la fantasía, la exageración y la simbolización. Por otra parte, creará audazmente nuevos métodos y técnicas de descripción. Los autores deben ser intrépidos exploradores de los nuevos géneros literarios que concuerden con el gusto y la psicología de los niños actuales.

En la literatura infantil es conveniente reflejar las exigencias generales de la creación artística.

La literatura infantil debe subordinarse a los principios de creación de la literatura en general. No se puede ignorarlos, insistiendo en exaltar sus particularidades. En cierto caso, se puede afirmar que la obra infantil debe ser más fiel a los principios generales de la literatura.

El problema de la veracidad se presenta con mayor importancia en la literatura infantil. Su importancia no radica solamente en la elevación de los valores artísticos de la obra, pues se relaciona con el asunto educativo más serio que es cultivar la sinceridad en los pequeños. Si los niños, que quieren imitar cualquier cosa, leen frecuentemente obras absurdas y artificiales que no concuerdan con la vida real, ellos también adquirirán el vicio de inventar de esa manera cuando hablan y escriben. Debemos formarlos a esa temprana edad como hombres sinceros que no saben mentir ni actuar con hipocresía.

Otra exigencia vital de la literatura infantil es la originalidad de la representación. La semejanza y el esquema significan la muerte para la literatura en general, con mayor énfasis en el caso de la literatura infantil. Los niños, susceptibles a lo nuevo y que gustan de cambios constantes, odian las repeticiones y los esquemas encajados en las formalidades. Las obras para ellos deben ser más ingeniosas y originales que otras.

El escritor de obras infantiles es el educador cercano de los niños que los forma como sucesores de la causa revolucionaria del Juche. En la continuación y el cumplimiento de esta sagrada causa de generación en generación, debe cumplir exitosamente con su honrosa tarea y responsabilidad.

4) DESARROLLAR EN DIVERSAS FORMAS TODOS LOS GENEROS LITERARIOS

A medida que se intensifica la lucha independiente y creativa de las masas populares, se amplía ininterrumpidamente la esfera de la vida que la literatura ha de describir. El hombre explora cada día más dimensiones nuevas de la vida en su lucha por la conquista de la naturaleza y la transformación de la sociedad y de sí mismo. Con el continuo enriquecimiento y la ampliación de la vida humana, fuente de la representación para la literatura, se diversifican las formas literarias. En el curso de la creación de una nueva sociedad y una nueva vida, nuestro pueblo va liberándose de las trabas de las viejas ideas y culturas, y se convierte en auténtico dueño de ideas y culturas revolucionarias. La ininterrumpida elevación de su nivel ideológico-cultural exige diversos tipos de obras con alto valor ideológico-artístico.

Desarrollar en diversas formas todos los géneros de la literatura es su necesidad consustancial. La historia de la literatura ha sido el proceso del cambio y desarrollo de sus contenidos y, al mismo tiempo, de sus formas incluidos los géneros. Los géneros literarios se han constituido a lo largo de la historia y se han fijado de cierta manera, pero no son perfectos ni absolutos. Hay que desarrollarlos sin cesar a medida que cambian los contenidos literarios. Sólo así se puede situar la literatura a la altura que exige la época. Aunque el cocinero prepare varias comidas especiales, esta diversidad no se nota con facilidad si se sirven en platos de igual forma. Las distintas tonalidades y los sabores propios de los manjares se hacen evidentes

cuando se sirven en platos diferentes. De la misma manera, en la literatura se deben aprovechar al máximo todas sus formas si se quiere destacar la personalidad de los autores y embellecer de miles de flores el jardín literario.

Para desarrollar en diversas formas los géneros literarios, es preciso evitar la tendencia a encasillarse en algunos de ellos y emplear de modo integral los que han puesto de manifiesto su superioridad y vitalidad a lo largo de su desarrollo histórico y que también concuerdan con la realidad actual y las exigencias del pueblo.

Resulta una necesidad vital diversificar la dramaturgia, al igual que la poesía, la narrativa y la literatura infantil, conforme con las exigencias de nuestra realidad cargada de acontecimientos dramáticos.

En este aspecto, lo importante es tener una amplia comprensión de lo dramático.

Las películas y los dramas actuales describen fundamentalmente la lucha entre lo nuevo y lo viejo que se realiza en la vida. En su mayoría establecen como conflicto la rivalidad y contraposición directa entre los personajes positivos y los negativos. Esto significa que nuestros escritores describen con veracidad la esencia de la vida. La vida comienza, continúa y termina con la lucha. La vida es una cadena de luchas entre lo positivo y lo negativo, específicamente entre el desarrollo y el atraso, entre lo progresista y lo conservador, entre lo activo y lo pasivo. El conflicto es el reflejo artístico de dicha lucha. En la representación de un hecho dramático, lo esencial es desarrollar la trama luego de establecer como conflicto la contradicción y la lucha entre los personajes positivos y los negativos. Pero lo cierto es que la contradicción y rivalidad entre lo positivo y negativo no puede ser el único factor dramático. Es lógico que el dramatismo plantee como premisa una determinada contradicción, pero no por ello surge solamente por los conflictos y choques directos entre los personajes. Tal concepto constituye hoy una vieja teoría.

El guión cinematográfico *No envidiamos nada a nadie en el mundo* entraña un serio dramatismo, si bien no muestra los choques directos entre los personajes positivos y los negativos en el aspecto de carácter. Es dramático el destino de dos hermanos, uno varón y otra hembra, que quedaron huérfanos de padre y madre a mano de los agresores imperialistas yanquis durante la pasada Guerra de Liberación de la Patria, pero que luego se formaron como excelentes artistas gracias al Partido. Pero también resulta dramática la vivencia del protagonista quien, para cumplir el legado de un compañero de armas muerto en sus brazos, viajó el país entero durante más de veinte años en busca de los hijos de su entrañable amigo. Cada vez que él constata la vida infinitamente feliz que llevan los miles de huérfanos gracias a la benevolencia del Partido, sin envidiar nada en el mundo, en el fondo siente insatisfacción por no hallar a esos dos hermanos y a su vez un gran odio y rencor hacia los invasores que les quitaron a sus padres. La guerra ha terminado, pero la herida que los yanquis le han dejado en el alma no se ha cicatrizado aún. Para él buscar a los muchachos significa la lucha continua contra el enemigo. El drama psicológico que él vive es el reflejo de la severa lucha entre el noble humanitarismo socialista y la reaccionaria idea de odio al hombre. Por ello, la obra tiene un fuerte atractivo dramático, conduce al público a su mundo profundo y provoca en él fuertes impresiones.

El guión *No envidiamos nada a nadie en el mundo* es un modelo en el establecimiento y desarrollo del conflicto. Pero esto no quiere decir que todas las obras dramáticas con el tema sobre el reencuentro de los familiares deban ser descritas a ese estilo. La manera de desarrollar el dramatismo según las características y exigencias de la semilla debe ser peculiar en cada obra.

Lo dramático se viste de distintos ropajes en la vida. Calificamos de dramático el inesperado reencuentro de los familiares que vivían por mucho tiempo separados uno del otro. Ahora que acrecienta como nunca antes el clima de la reintegración nacional, muchos coreanos residentes en el exterior visitan a nuestro país, lo cual viene a constituir una tendencia que nadie puede impedir. Algunos de ellos

se encuentran aquí con sus hijos o su cónyuge de cuya existencia no sabían absolutamente nada durante decenas de años de separación debido al colonialismo japonés y la política norteamericana encaminada a dividir a la nación coreana. La emocionante historia de esos encuentros es muy dramática. Después de esa despedida indeseada, anhelaron el reencuentro a toda hora e hicieron todo lo posible para hacerlo realidad. Aunque físicamente se encontraban lejos de la Patria, en el alma aspiraban siempre su reunificación. Los que viven en la Patria luchaban denodadamente por esta causa y los de afuera también se le han sumado, rechazando la amenaza, el chantaje, el manejo conciliatorio y el engaño de los separatistas del interior y exterior de la Península. El reencuentro de ellos es un fruto valioso de esa sagrada lucha. Diríase que esto es justamente una historia dramática que debe reflejar nuestra literatura. Cuando en el curso de la vida sentimos un gran impacto por un hecho sorprendente que supera nuestra imaginación, lo catalogamos de dramático. La gesta heroica protagonizada por la estudiante Rim Su Gyong¹⁷, conocida ampliamente como la “Flor de la reunificación”, que arriesgó la vida cruzando la línea de división entre el Norte y el Sur de Corea, fue un acontecimiento dramático que dejó boquiabierto al mundo entero. También fue una historia impresionante que supera la imaginación humana la vida de un “prisionero no abjurado con larga condena”, radicado en Corea del Sur y ampliamente divulgado hace poco por la prensa. Decimos dramático cuando logramos de chiripa un resultado que era imprevisible o cuando un hecho que creíamos que sucedería de una forma da un vuelco inesperado. También causan dramatismo los relatos que mantienen al público en estado de tensión mediante uno y otro fracasos en una empresa que parece estar casi concluida, o los que tienen un desenlace inesperado con la solución de un malentendido entre los personajes.

Tales relatos dramáticos tienen una serie de puntos comunes. Surgen de un impacto que desvía el curso de una vida normal y traiciona a los pronósticos. Cuando una trama se desarrolla siguiendo el curso normal de la vida o transcurre tal y como prevé el público,

este no la percibe como dramática. Relatos dramáticos tienen motivos. Por muy impactante que resulte un suceso, este no provoca ningún dramatismo, si ocurre en un instante, sin antecedente ni consecuencia. Para provocar el dramatismo, se necesita una premisa impactante y una serie de motivos subsiguientes. Un relato dramático debe causar tensión y tener un gran poder para atraer al público. En la vida cotidiana el hombre no siente casi ninguna tensión, pero una vez que se destruye ese ritmo normal en un momento impactante, se vuelve tenso, se excita y observa con agudeza la situación. En una palabra, pueden ser dramáticos los relatos o hechos que tengan algunos motivos para provocar la tensión y excitación, debido a la ruptura de la vida normal y de los pronósticos.

Al escritor le corresponde descubrir asuntos dramáticos en distintos campos de la vida real y describirlos de diversas formas y modalidades.

La dramaturgia requiere el uso integral de diversas formas, sin limitarse al drama de asunto serio. Necesitamos no solamente las tragedias revolucionarias como la ópera *Verdadera hija del Partido* y la película *Isla Wolmi*, sino además las comedias ligeras, entre ellas el film *Mi familia* y las dirigidas a denunciar los crímenes de los enemigos de toda laya contra el pueblo. Es preciso, además, promocionar las obras pequeñas como diálogos humorísticos y sainetes. Muchas obras de estos últimos géneros de gusto popular fueron llevadas a la escena en un tiempo por los grupos de propaganda artística. Debemos tomar sus experiencias para producir mayor cantidad de piezas dramáticas.

Es recomendable desarrollar la literatura satírica.

En un tiempo en el sector literario vieron la luz las obras tituladas *La América desnuda* y *El General en esqueleto*, pero ahora casi no se hacen poemas, novelas ni dramas satíricos. A veces se escuchan en la radio los monólogos satíricos y eso es todo. La literatura satírica comenzó a desaparecer casi a igual tiempo de la desaparición de artículos en forma de sátira en los periódicos. Y no faltó el motivo para que desaparecieran estos artículos en el periódico. A finales de

los años 50 en la realidad coreana predominaron los fenómenos positivos, pues con la completa supresión de las relaciones de producción capitalista y la implantación de las de producción socialista, desapareció toda fuente de males sociales. La nueva realidad exigía promover aún más la educación de las personas con ejemplos positivos. Tal fue la razón por la que desaparecieron por sí solos las obras artísticas y los mencionados artículos periodísticos que satirizaban o ironizaban los fenómenos negativos de la realidad.

La literatura satírica no se hace innecesaria por ser fundamental la influencia de los hechos positivos para educar a las personas. La situación actual la exigen como nunca antes. Hoy el blanco de la literatura satírica son las fuerzas reaccionarias separatistas del interior y exterior del país que se oponen a la reunificación independiente y pacífica de la Patria, sueño secular de toda la nación, y las fuerzas agresoras imperialistas acaudilladas por los norteamericanos que pretenden lograr la hegemonía en el mundo con su obstinada política anticomunista. A nuestra literatura satírica le corresponde revelar ante el mundo su naturaleza reaccionaria y antipopular, denunciar mordazmente sus crímenes cometidos ante la historia y la humanidad, y propiciarles golpes demoledores. Debe ser como una flecha que atravesase el corazón del enemigo y una bomba que derrumbe su baluarte.

Nos toca, además, desarrollar la literatura basada en hechos reales y la ficticia y escribir muchos artículos cortos como ensayo y ensayo corto.

Actualmente nuestra literatura de ficción no abarca un mundo amplio y no son diversas sus modalidades. La imaginación creativa no es necesaria solamente para el escritor sino además para todos los que conquistan la naturaleza y transforman la sociedad. Y la literatura de ficción les proporciona nutrientes para abrir su imaginación creativa.

El escritor no debe menospreciar el ensayo. Un ensayo bien escrito, de elegante estilo, puede repercutir en los lectores más que la novela y la poesía. A lo largo de la vida, todo escritor debe publicar

al menos unos cuantos ensayos memorables. El ensayo debe ser como un poema lírico escrito en forma de prosa, con un estilo refinado y elegante. El deja de serlo si el autor, en lugar de exponer sus propias impresiones, transmite los hechos que provienen de otras fuentes. Aun cuando el ensayo hable de las impresiones de su autor, no motiva la lectura si expone una y otra vez las ideas de dominio público o narra de forma directa los contenidos políticos. Hoy se ha hecho una formalidad inevitable incluir alguna cita de nuestro Líder independientemente del discurso del contenido del ensayo. No hay que proceder así, porque el ensayo también es un género literario. En lo adelante será necesario organizar concursos y algo por el estilo para que los escritores redacten excelentes ensayos que contengan su propia personalidad, reflexiones profundas e ideas y sentimientos ricos y vívidos.

En el empleo de formas literarias que se transmiten a través de la historia, resulta importante renovarlas ininterrumpidamente de acuerdo con las exigencias del desarrollo de la realidad y el gusto del pueblo.

Entre las formas y géneros literarios ya existentes, algunos se heredan a lo largo de la historia mientras que otros tienen una vida efímera. Y aun tratándose de formas creadas hace mucho tiempo, unas siguen utilizándose y otras están ya obsoletas de acuerdo con el desarrollo de la época y la vida y la elevación del ideal y las exigencias del pueblo. No puede haber formas ni géneros universales apropiados a todos los tiempos y a todos los campos literarios. Hasta las formas y los géneros que han comprobado su superioridad a lo largo de la historia requieren un nuevo desarrollo conforme a las exigencias de la época. De estas exigencias partimos cuando renovamos la dramaturgia en el proceso de la revolución del cine, la ópera y el drama. Al sector literario le toca emplear activamente las formas ya existentes que se han desarrollado a lo largo de la historia y, además, crear sin cesar nuevos géneros que concuerden con las exigencias de la época y el gusto del pueblo.

Los nuevos géneros que creamos en el campo escénico, antes y

después de la revolución operística, tales como las narraciones, las epopeyas y los dramas épicos, todos acompañados de música y baile, unen estas tres artes y vienen a constituir una forma del arte sintético. De estas, la literatura, que es la más esencial, es una forma singular que combina los elementos poéticos, dramáticos y épicos. En el sector literario es necesario crear nuevas formas correspondientes a las exigencias del desarrollo de la realidad, sobre la base de los logros y las experiencias ya alcanzados.

En particular, es preciso explorar distintas formas nuevas de la teleliteratura.

Esta literatura gana mucha popularidad a partir de la activa participación del televisor en la vida cultural. Consolida rápidamente su posición en el campo artístico-literario y atrapa la atención del público. Con la introducción del televisor en todo el país, la función social de esa literatura se ha elevado considerablemente y se ha acrecentado mucho el interés del pueblo por ella. La teleliteratura tiene corta historia, pero impone su presencia en el sector artístico-literario. Esto se debe a las siguientes ventajas que tiene la televisión: el uso integral de todos los medios y métodos representativos que tienen las artes sintéticas incluyendo el cine, para no hablar de la literatura en general, y el contacto diario con las amplias masas. Debemos diversificar la teleliteratura y elevar aún más su calidad.

La telenovela, telefilme y el teledrama difieren en cierta forma de la novela, cine y drama ordinarios, respectivamente. Tienen una serie de características correspondientes a las peculiaridades de la televisión, tales como los medios representativos, el tiempo de la transmisión y el modo de la visión y la audición. Se debe tener en cuenta que la televisión puede ser contemplada por una sola persona o una familia. También se presenta la necesidad de utilizar frecuentemente los métodos cinematográficos. Con todo, la telenovela también es una novela, por eso debe destacar las cualidades propias de la literatura descriptiva, mientras que el telefilme y el teledrama deberán tener sus atributos como arte de

acción y de diálogos, respectivamente.

La telenovela utiliza como medio básico la descripción hecha por el lenguaje a través de la narración del locutor y a esa descripción se unen las escenas. Esa descripción por el lenguaje no ocupa proporción absoluta como en la novela común, pero por ella se transmite la mayoría del relato. El locutor puede situarse fuera de la pantalla y ese papel pueden desempeñarlo varias personas, alternativamente. A menos que se destruya el sentido real de la vida, el locutor puede participar como un personaje o este puede convertirse en aquél. El uso de diversos métodos por el locutor y la buena combinación de las escenas pueden amenizar la telenovela.

A diferencia del telefilme, el teledrama toma el diálogo como medio básico de la representación. Comparado con el drama común, el teledrama tiene menos limitaciones en cuanto a las condiciones escénicas, el tiempo y el espacio, pero los sucesos principales han de efectuarse en un lugar fijo.

A diferencia de los géneros ordinarios correspondientes, la telenovela, el teledrama y el telefilme se transmiten divididos en varias emisiones, cada una de las cuales tiene un enredo relativo. Esta es la característica de estos géneros.

La teleliteratura exige llevar su calidad a un nivel superior y crear nuevos y distintos géneros.

En la diversificación de las formas literarias resulta una tarea importante destacar las peculiaridades de cada una. Toda obra literaria y artística tiene su propia forma. Su representación se concreta y adquiere su imagen en esta forma. Diríamos que la forma artística es un recipiente que contiene su representación. Todas las formas y los géneros literarios poseen sus propias características. Los estilos de la descripción literaria se compenetran y armonizan entre sí, pero las formas y los géneros mantienen sus peculiaridades. Hay versos en forma de prosa y también dramas combinados con la poesía, pero ellos tienen sus propias características. Si a la hora de diversificar las formas, ignoramos los límites relativos que dividen a ellas en la creación o fabricamos sin ningún fundamento otras formas

amorfas, podemos meter un caos en el desarrollo literario.

Nosotros debemos resaltar las características propias tanto de los géneros transmitidos a lo largo de la historia como de los de nueva creación, para así adornar con diversas y hermosas flores el jardín de la literatura jucheana.

5) DESTACAR LAS PECULIARIDADES DE LA CRITICA A NUESTRO ESTILO

La crítica es una gran fuerza motriz del desarrollo de la literatura destinada a buscar nuevos campos de su representación y poner en un cauce correcto el proceso de la creación de las obras. En virtud de su papel conductor, se aclaran a tiempo los problemas teórico-prácticos que se presentan en la relación entre la época y el escritor, y entre la realidad y la literatura, y se allana el camino para llevar a cabo las orientaciones del Partido referentes a la creación y la edificación literarias.

A lo largo de la historia la literatura ha sido revisada y valorada por la crítica. Muchas obras famosas registradas en la historia de la literatura universal fueron conocidas ampliamente gracias a una correcta crítica póstuma. Gracias a esta un escritor desconocido se descubre como un maestro de talla mundial, y una obra, aclamada por muchas personas en un tiempo, es abandonada por la historia, por haberse descubierto su verdadero valor. La crítica impulsa activamente el desarrollo literario, valiéndose de su perspicacia que le permite ser la primera en descubrir nuevos brotes de la creación, y de su amplia capacidad de sintetizar y generalizar los logros.

Sin la crítica no se puede esperar el sano desarrollo de la literatura. Su aplicación activa posibilita rectificar a su debido tiempo las tendencias negativas de la creación, perfeccionar ininterrumpidamente la visión política y los conocimientos artísticos de los escritores y ayudar a prevenirlos de los errores que puedan cometer en su producción.

Elevar sin cesar el papel combativo de la crítica es necesario también para rechazar la penetración ideológico-cultural del imperialismo y el restauracionismo, y para contrarrestar oportunamente la degenerada corriente artístico-literaria burguesa y las teorías artístico-literarias contrarrevolucionarias de los revisionistas. Si el círculo de la crítica no habla, se restauran las viejas tendencias creativas y levantan la cabeza todas las corrientes literarias malsanas.

Si el crítico, aferrándose a un molde viejo, escribe de modo anacrónico, el escritor no reconocerá su autoridad y su escrito perderá validez. El crítico debe esforzarse al máximo por crear una crítica a nuestro estilo, según las exigencias de la época y el desarrollo artístico-literario.

Para perfeccionar la crítica conforme a las exigencias de la actualidad y el desarrollo artístico-literario, es indispensable conocer bien y plasmar en su ejercicio la esencia y las peculiaridades de nuestro propio estilo al respecto.

La crítica a nuestro estilo se desarrolla sobre la base de las ideas y teorías artístico-literarias jucheanas y se escribe conforme a la situación del país y las exigencias del desarrollo de nuestro arte y literatura.

La misión fundamental de la crítica es desempeñar el papel de guía para el arte y la literatura. Su tarea principal es orientar la producción de obras artístico-literarias de acuerdo con las exigencias de la época y el desarrollo histórico. En el pasado se consideraba que esta importante tarea incumbía absolutamente a los críticos. Pero en el caso del arte y la literatura de la clase obrera, los críticos desempeñan su papel orientador bajo la dirección del Partido y el Líder. Estos últimos crean las ideas artístico-literarias, guía directriz de la creación y edificación del arte y literatura, formulan las líneas y políticas a este respecto en cada período de la revolución, presentando así el rumbo y las vías del desarrollo del arte y la literatura y conducen a los escritores y artistas a su materialización. El papel orientador de la crítica a nuestro estilo se asegura

firmemente por las ideas y orientaciones del Partido.

Nuestra crítica debe conducir a la literatura mediante la interpretación y divulgación de la política del Partido al respecto y la búsqueda de medidas prácticas para materializarla. La política del Partido es una brújula que indica el camino a seguir por el arte y la literatura de nuestra época. Por lo tanto, defender, interpretar y divulgar esa política constituye una tarea importante de la crítica para guiar la literatura. Defender firmemente, divulgar de modo activo y materializar a cabalidad la política del Partido son características esenciales de la crítica a nuestro estilo. Los críticos deben ser los vanguardias en la defensa y la materialización de la política artístico-literaria del Partido, y su labor, una poderosa arma para impulsar el desarrollo del arte y la literatura jucheanos.

Lo esencial de la crítica a nuestro estilo es comprobar la justeza y la vitalidad de la política artístico-literaria de nuestro Partido y buscar las vías concretas de la representación para aplicar esa política en la práctica creativa. A los críticos les corresponde escribir muchos artículos que comprueben cabalmente la justeza de la línea y la orientación del Partido sobre el arte y la literatura, y aborden ampliamente los brillantes méritos realizados por el Partido en ese sector. Nuestra crítica debe contribuir activamente a poner a los escritores y el pueblo al tanto de la política artístico-literaria del Partido y a la vez a aplicarla cabalmente en la práctica creativa.

Ahora, cuando se hacen más evidentes las maniobras del imperialismo y la reacción contra el socialismo, defender firmemente la política del Partido acerca del arte y la literatura constituye una tarea de suma importancia que se relaciona con el destino de la literatura jucheana. El crítico debe ser un luchador que, situándose al frente de la batalla cultural, salvaguarde con firmeza esa política de las difamaciones de los imperialistas y sus lacayos y de su penetración ideológico-cultural. Con aguda visión política, debe impedir que ningún elemento extraño opuesto a la referida política del Partido se introduzca en nuestro arte y literatura. Con pobres conocimientos y estrecha visión no se puede interpretar y divulgar

amplia y profundamente la justeza y la vitalidad de esa política, ni defenderla. El crítico adquirirá ricos conocimientos sobre todas las teorías y corrientes artísticas y literarias difundidas en el mundo y discernirá inmediatamente el más mínimo detalle extraño y la corriente reaccionaria que le da origen.

El papel orientador de la crítica no se cumple solamente con la propaganda de la política del Partido acerca del arte y la literatura. El Partido se limita a trazar en su política el rumbo de la creación y edificación literaria. Por lo tanto, la crítica debe orientar los asuntos concretos de la creación, sobre la base de la idea y teoría del Partido sobre el arte y la literatura. Le toca captar a tiempo y con sensibilidad las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo y, además, trazar concretamente el rumbo en cuanto al tema y la representación.

El crítico tiene el deber de solucionar de modo científico los problemas teóricos y de principio sobre el arte y la literatura, para establecer en los escritores un correcto concepto literario. La crítica puede dilucidar claramente, desde una posición autóctona, los problemas referentes a la psicología del escritor en la creación o el concepto estético que las personas tienen sobre el partido, el líder, la patria, el pueblo, las tareas revolucionarias y el trabajo social en el socialismo.

El crítico será un guía que introduzca conforme a nuestra situación los logros de la literatura extranjera de carácter progresista y revolucionaria. Siempre debemos tratar la literatura extranjera con justeza y desde una posición autóctona, y aprender con modestia sus aspectos positivos. De nada sirve insistir en la superioridad de nuestra literatura y darle la espalda a la de otros países. Al crítico le toca estudiar a fondo y ampliamente la literatura extranjera para descubrir a tiempo sus elementos positivos, y ayudar a los escritores en sus actividades creativas para que aprovechen esos elementos con espíritu creativo y conforme a nuestro gusto.

La crítica a nuestro estilo debe adoptarse una actitud de valorar y ayudar sinceramente al escritor y sus obras.

El carácter de la crítica difiere según la relación social que se

establece entre el crítico y el escritor. La actividad del crítico está estrechamente relacionada con la creación del escritor. En nuestro país el crítico y el escritor son camaradas revolucionarios que luchan por un mismo ideal del socialismo y el comunismo y por los mismos intereses. Por lo tanto deben unirse en una relación de colaboradores, basada en el deber revolucionario y el compañerismo. El crítico dirigirá y ayudará de todo corazón al escritor en su trabajo, así como escribirá desde la posición de apreciar al autor y responsabilizarse de sus obras.

Ha pasado mucho tiempo desde que la crítica difamaba al mismo autor o empleaba el llamado “método destructivo” consistente en ignorar el lado positivo de la obra y hurgar y señalar únicamente sus defectos. El crítico no debe tratar con frialdad al escritor a la manera de valorar su obra si se le antoja, y si no, aplicarle la férula de la crítica, ni hacer su trabajo sin criterio propio y con prejuicio por el hecho de que se lleve mal con el escritor. Tal crítica se puede pasar solamente en las sociedades donde el egoísmo predomina en la relación entre el crítico y el escritor. Prestar ayuda sincera y de principios al trabajo de los escritores y tratar sus obras desde la posición de apreciarlas y hacerse responsable de ellas sobre la base del deber revolucionario y el compañerismo, es la ética de la crítica a nuestro estilo.

No niego la importancia de la crítica en la evaluación de las obras. Pero el objetivo fundamental de esa valoración no es la crítica en sí sino promover la producción de obras excelentes. Es más eficiente prevenir los errores que dejar que aumenten hasta un límite serio y criticarlos. Nuestra crítica debe ser preventiva fundamentalmente, a tenor con la voluntad del Partido. Esto favorece elevar su papel orientador.

La crítica debe explorar nuevas maneras y métodos de representación que se necesitan en la creación literaria y generalizar las experiencias positivas adquiridas en este proceso. Es preciso descubrir con perspicacia los nuevos intentos e iniciativas de la creación, respaldarlos activamente y fomentarlos. El verdadero

crítico es el que encuentra los brotes positivos de las obras, o sea los nuevos intentos del escritor. Le corresponde conocer al dedillo tanto los puntos positivos creados intencionadamente y a costa de grandes esfuerzos por parte del escritor como los elementos también válidos que este haya añadido sin querer. Aunque esos elementos no pasen de ser unos brotes imperceptibles o tengan tales o más cuales errores, se debe apoyarlos activamente y generalizarlos, si tienen una buena tendencia y son prometedores.

Dirigir en la crítica la atención principal a la generalización de los elementos positivos, no significa que se puede pasar por alto o tratar ligeramente los desperfectos y errores que se observan. La crítica ha de ser de principios, justa y aguda. Resulta importante valorar justamente la obra. Tenemos que criticar duramente sus errores, pero a la vez ser justos y prudentes a la hora de valorarla en su conjunto. La crítica será aguda, pero servirá para promover la voluntad del escritor por la creación. Le compete exponer claramente al autor los defectos esenciales de la obra y sus motivos, así como explicarle las medidas efectivas para superarlos.

En la crítica el subjetivismo es un tabú. Es inadmisibles ignorar la intención del escritor, juzgar su obra a partir de fórmulas ya existentes y esquemas, ponerle sin ton ni son sambenitos políticos o valorarla simplemente con un enfoque sociológico. Lo que se requiere realmente es la crítica literaria y no la sociológica o política. El crítico debe poseer un sentido artístico y una capacidad imaginativa para la descripción casi similares a los del escritor. Sin esos elementos que le permiten apreciar con capacidad descriptiva la vida y la obra, se verá obligado a analizar solamente la lógica general de carácter abstracto. A diferencia de los sociólogos en general, el crítico debe poseer un buen dominio de la representación, la lógica, la psicología creativa del autor y la lógica de la obra. De esta forma, y también señalándole al escritor qué puede ser la alternativa, el crítico puede convencerlo y causarle la simpatía. Aun tratándose de un solo asunto, los escritores pueden tener diferentes modos de representarlo y el crítico no debe calificarlos a la ligera. No debe imponer sus

criterios subjetivos sobre las concretas vías de la representación. Le corresponde sumergirse profundamente en el mundo de la obra, analizar el intento creativo del escritor y darle explicaciones convincentes de sus errores y los aspectos que él no tuvo en cuenta.

Nuestra crítica contribuirá activamente a la formación de las masas populares como auténticas creadoras y beneficiarias del arte y la literatura.

Por regla general, la crítica se dirige principalmente a los escritores y los artistas para guiar sus creaciones. Pero solo de esta manera, jamás puede ser disfrutada por las masas populares. La crítica debe servir para el pueblo y granjearse su amor.

Las masas populares son dueñas de la cultura y las que se encargan directamente de la revolución cultural. Hoy en nuestro país el pueblo se ha convertido en creador y beneficiario del arte y la literatura, gracias a la correcta política del Partido. La crítica que no puede ser comprendida más que por los especialistas es propia de las viejas sociedades. En nuestro país cualquier crítica debe satisfacer las exigencias y el gusto de las masas populares.

La crítica coreana ha de representar las aspiraciones y exigencias de las masas populares por el arte y la literatura. A veces una obra valorada por la crítica provoca descontentos en el público o viceversa. Tal crítica, sin excepción alguna, no había aplicado oídos a la opinión del público o le había hecho caso omiso. El crítico debe saber percibir la opinión pública, antes de dar conclusión en la valoración de una obra. Las masas populares son críticos más sabios. No se puede considerar como excelente la obra que no sea apreciada por ellas. La crítica respetará y transmitirá siempre su voz. El crítico será un buen compañero del escritor que lo pone al tanto de las exigencias del pueblo y lo guía para que produzca obras que concuerden con las aspiraciones y el gusto del público.

En nuestro país la crítica es un medio importante para enriquecer los conocimientos culturales del pueblo. Por medio de ella, este aprende profundamente de la política y los logros del Partido en el sector artístico y literario, así como los valores ideológicos y

artísticos de las obras y su importancia para la educación. Y, además, adquiere ricos conocimientos artístico-literarios.

Para que la crítica pueda servir a las masas, debe estar redactada con términos comprensibles para el público. El empleo de palabras rebuscadas es un hábito empedernido que tiene la crítica desde su nacimiento. El crítico, consciente de que sus escritos lleguen directamente a manos del pueblo, reflejará las exigencias de este en su contenido, forma y otros aspectos.

La crítica coreana tiene un carácter organizativo y colectivista. Nuestros críticos están agrupados bajo la única dirección del Partido y el Líder y sus actividades se llevan a cabo de manera organizativa. Ellos se valen de un solo patrón de carácter político para analizar y valorar las obras literarias. Además, materializan cabalmente el principio colectivista en sus actividades.

Por su carácter organizativo y colectivista, nuestra crítica difiere esencialmente de la del régimen burgués, donde reinan relaciones individualistas y cada cual quiere imponer sus propios conceptos sobre el arte y literatura y principios de la creación. Aquí las actividades de nuestros críticos no se realizan, como en otros países, a manera de clubes liberales, y no se crea una confusión ni un caos, diciendo uno jota y otro zeta.

La creatividad del crítico se hace sentir aún más si se apoya en la organización y el colectivo. Si la crítica se realiza por un método atrasado y de manera desordenada, no llegará a solucionar correctamente ningún problema. Su organización aporta a elevar su papel como orientadora.

A la Federación General de Escritores y Artistas y a la Unión de Escritores les compete determinar correctamente en cada período el rumbo y el objetivo fundamentales de la crítica, y resolver con eficiencia los problemas por el método de ejecución sucesiva y concentración de los recursos. A la vez deben observar atentamente la tendencia del desarrollo literario y las labores de los escritores, organizar oportunamente los seminarios y los debates de los críticos por medio de las publicaciones, y movilizar la fuerza de ese

colectivo para la solución de los problemas ideológico-teóricos que se presentan en la creación literaria. Es necesario promover los debates teóricos entre los críticos. Sin las discusiones, tanto el círculo de la crítica como la labor literaria pierden su vitalidad. Las mencionadas organizaciones deben plantear a veces temas valiosos que serán dilucidados por la crítica, involucrar activamente a los críticos en ese debate y conducir el proceso de este foro por un rumbo correcto.

Para mejorar la labor de la crítica, resulta importante elevar el papel de los profesionales en servicio activo. La crítica debe ser protagonizada, en todos los casos, por estas personas que se encuentran muy cerca de la realidad de la creación.

Es inadmisibles imponer las tareas a los críticos por vía administrativa. Estos deben tener sus propios puntos de vista y sus claros planteamientos de carácter estético. Un crítico debe tener el suficiente coraje para presentar sus opiniones sobre cualquier obra, aunque ellas contradigan las de otros. En este proceso surgirán las polémicas, que le enseñarán muchas nuevas cosas al escritor, al crítico y también a la generalidad de los lectores. La labor de la crítica debe ser organizada en el sentido de fomentar el talento y la creatividad de los que se dedican a este oficio y avivar su entusiasmo. Si ese trabajo restringe las iniciativas del crítico y se le impone, puede tener efectos contrarios.

Nuestra crítica debe contar con un firme eje ideológico-teórico que concuerde con las exigencias de la política del Partido hacia el arte y literatura, tener asegurado un profundo carácter científico y teórico para sus contenidos y ejercer una gran influencia sobre la vida cultural del pueblo.

Nuestra crítica debe tener una lógica profunda e irrefutable. Sólo así puede investirse de poder persuasivo. Una crítica se apodera del corazón del público si se basa en una lógica irrefutable que encarna a su vez la gran pasión del crítico decidido a entregarse de lleno a la edificación de la literatura jucheana. El crítico debe asumir la actitud de responsabilizarse del presente y el futuro de nuestra literatura y

tener un profundo sentimiento de justicia.

También la crítica es una actividad creativa. Ella requiere de descubrimientos y criterios originales del crítico. Una crítica carente de investigaciones y que es la copia de otra teoría anterior que ya es de conocimiento general no es crítica en el sentido estricto de la palabra. El crítico debe armarse de coraje para plantear algo nuevo en su trabajo. Solo contando con tales críticos ese trabajo puede cumplir mejor con su misión y papel.

Es necesario renovar radicalmente los estilos de la crítica. Esta no es una tesis científica ni ningún tipo de discurso u oratoria. Su estilo debe ser lógico, artístico, agradable y ameno. Nadie nos ha señalado que ella debe tener siempre un estilo parecido al del comentario. Podemos adoptar distintos estilos, entre ellos el de la controversia a modo de diálogos y debates, el rimado o ensayístico, y también el de la epístola y el diario. Es necesario promover también una forma de comentario propia de los escritores. Esta forma de comentario, al hacer un profundo análisis de las peculiaridades de la labor de ellos y sus experiencias, puede colmar a los escritores de orgullo y de confianza en sí mismo, además ofrecer una gran ayuda a la generalización de los ejemplos de la originalidad y personalidad en la creación.

Es preciso elevar la autoridad de la crítica en la edificación de la literatura jucheana. La crítica debe tener una autoridad tal que en el círculo literario la consideren como una guía para la producción de las obras. La autoridad de la crítica se determina por su calidad. La crítica pierde tal cualidad si el que la hace no tiene capacidad y es bajo su nivel profesional. Sólo con la crítica que tiene autoridad es posible materializar cabalmente la política del Partido en las actividades literarias e impulsar fuertemente el desarrollo de la literatura jucheana.

7. LA DIRECCION DEL PARTIDO Y LA LABOR LITERARIA

1) LA LABOR LITERARIA DEBE REALIZARSE BAJO LA DIRECCION DEL PARTIDO

La dirección del Partido sobre la labor literaria es un requisito indispensable para construir una literatura revolucionaria de la clase obrera y el factor esencial que garantiza los éxitos en el desarrollo del sector. La misión histórica de la literatura de la clase obrera radica en el aporte a la causa del socialismo y el comunismo. Esta causa le incumbe al Partido de la clase obrera y por consiguiente se lleva a feliz término únicamente bajo su dirección. Para la literatura revolucionaria de la clase obrera esta dirección es lo que significa la vía respiratoria para los organismos vivos.

La dirección del Partido sobre la labor literaria es la orientación política, orientación basada en la política sobre la construcción y creación de la literatura revolucionaria de la clase obrera. El Partido de esta clase indica el rumbo y las vías para la producción y construcción de la literatura que refleje las aspiraciones y las exigencias de las masas populares y orienta desde el punto de vista político a estas y a los escritores a participar activamente en la labor literaria. Únicamente bajo la dirección del Partido, los escritores pueden cumplir con su responsabilidad y papel como artífices de la edificación de la literatura de la clase obrera y poner en pleno juego su inteligencia y entusiasmo creativo. Sin la dirección del Partido, no pueden realizar sus actividades según las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo.

Las experiencias históricas nos enseñan que si los que construyen la literatura socialista y comunista rechazan la dirección partidista

sobre su labor y la “liberalizan”, la literatura se ve contaminada por las corrientes ideológicas reaccionarias, pierde su naturaleza revolucionaria y de clase obrera y a la larga se precipita por la pendiente de retorno a la literatura burguesa.

Algunos, arguyendo que la dirección partidista maniata a los escritores e impide el desarrollo creativo de la literatura, insisten en la necesidad de asegurarles la “libertad de creación”, expresión que no pasa de ser un sofisma encaminado a atacar la literatura socialista y suprimir la dirección del Partido de la clase obrera sobre la labor literaria. La “libertad de creación” que ellos propugnan es falsa. Los reaccionarios describen la sociedad capitalista como un lugar donde se puede hablar libremente de cualquier tema, pero en realidad en ella se permiten solamente las ideas que defienden el sistema burgués mientras que se atropella despiadadamente la libertad de pronunciarse en contra de la clase burguesa y el régimen explotador y a favor de la justicia y la conciencia. Todos los que hablan de la “libertad de creación” se oponen al servicio de la literatura a la política, pero paradójicamente abogan por la política burguesa.

Si el Partido renuncia a la dirección sobre la labor literaria, los escritores y artistas se corromperán y los disidentes, los que abrigan ilusiones por la literatura de la burguesía occidental desafiarán a esa organización política y a la revolución, exigiendo más que nadie la “libertad de creación”. Ahora, cuando los imperialistas desencadenan la ofensiva antisocialista y en algunos países se crean situaciones anormales, la realidad exige intensificar como nunca antes la dirección partidista sobre el arte y la literatura.

Esta dirección jamás amarra al escritor de pies y manos ni impone el esquematismo a la literatura. Nuestro Partido hace siempre todo lo que puede para poner en pleno juego la creatividad y la personalidad del escritor y se opone a la introducción de la literatura burguesa bajo el eufemismo de la “libertad de creación”, pero no a la libertad de las actividades ni a la personalidad de los creadores. Liberalizar la creación no significa tolerar hasta las obras reaccionarias que perjudican los intereses de las masas populares. El Partido dirige la

labor literaria para movilizar al máximo las iniciativas del escritor y hacer que la literatura contribuya mejor a la causa de la independencia de las masas populares. Para el escritor constituye el máximo orgullo y felicidad recibir la dirección del Partido de la clase obrera que define la esencia y la misión histórica de la literatura según las exigencias y aspiraciones de las masas populares, ilumina claramente el futuro desarrollo literario y atiende cuidadosamente su vida política y sus actividades profesionales.

Para intensificar la dirección partidista sobre la labor literaria es necesario establecer un correcto sistema de orientación y mejorar decisivamente los métodos y el estilo de trabajo de los funcionarios.

Hay que establecer firmemente el sistema de dirección partidista sobre la labor literaria. Hay un refrán que dice: Con muchos remeros el bote sube a la montaña. De la misma manera, si no establecemos el sistema de dirección partidista, la labor literaria pierde el rumbo, se estanca o da pasos atrás, y hasta puede ser manipulada por los ambiciosos y conspiradores políticos. Solo cuando se crea y construye bajo la dirección del Partido, la literatura mantendrá su entereza en cualquier situación, defenderá y materializará cabalmente las ideas y los propósitos del Líder y las orientaciones del Partido, y se desarrollará plenamente conforme a las exigencias de la época y la revolución.

La dirección del Partido sobre la labor literaria es, en esencia, la del Líder. Por medio del Partido, el Líder realiza la dirección unificada sobre la revolución y construcción, mientras el Partido, sobre la base de las ideas y los propósitos del Líder, realiza las actividades organizativas y políticas encaminadas a conducir la revolución y construcción a la victoria. Todas las orientaciones del Partido se basan en las ideas y propósitos del Líder y sirven para materializarlos. Por lo tanto, todos los cuadros de la esfera ideológica y los escritores establecerán un riguroso sistema consistente en absolutizar los propósitos y las orientaciones del Partido, y solucionar todos los problemas según sus resoluciones.

Con vistas a dirigir atinadamente la labor literaria el Partido debe

hacer un buen trabajo político, trabajo con los escritores, para incentivar su creatividad.

En la dirección partidista sobre la labor literaria, resulta muy importante el trabajo con los escritores. Para alcanzar éxitos en cualquier labor, es necesario elevar ininterrumpidamente la conciencia política de las masas encargadas de ese trabajo y movilizar activamente su fuerza y creatividad inagotables. Al elevar la conciencia política de los escritores en la misma medida en que se desarrollan la lucha revolucionaria y la labor constructiva, ellos pondrán en pleno juego su inteligencia y entusiasmo creativos y producirán excelentes obras con alto valor ideológico y artístico.

En la labor con los escritores es importante mejorar continuamente los métodos y estilos de dirección de los cuadros. Conscientes de que sus métodos y estilos de trabajo influyen en el prestigio de nuestro Partido, los cuadros del sector literario deben aprender mucho de nuestro Líder en este aspecto.

Hay que combinar armoniosamente la dirección basada en la política y la de representación sobre la labor literaria.

La primera significa conocer controlar y guiar la creación literaria de manera que esta tenga un sólido eje político adaptado a las ideas y los propósitos del Partido. Y la segunda quiere decir guiar al escritor en el proceso de creación para que eleve el nivel ideológico y artístico de su obra según las características de la creación literaria.

Bajo el pretexto de dirigir la creación desde el punto de vista político, las organizaciones y los funcionarios partidistas del sector literario no deben ignorar las peculiaridades de la obra y los propósitos del autor ni imponerle a este sus criterios, ni olvidarse de establecer un firme puntal político en su labor, a la hora de dirigir la representación artística. Los dirigentes de la creación y los supervisores no se limitarán a establecer el puntal político de la obra y trazar su rumbo, sino ayudar y estimular con tacto al escritor a solucionar debidamente los problemas que se presentan en la

representación. Las referidas instituciones no frenarán jamás la producción de las obras, sino le ofrecerán ayudas. Para lograr este objetivo, sus integrantes deben tener una sólida formación. Resulta más difícil encontrar los puntos positivos y negativos de una obra y presentar planes de corrección dirigidos a obtener resultados satisfactorios, que el mismo hecho de escribirla. Los dirigentes y los supervisores deben ser maestros para los escritores y por eso deben poseer conocimientos políticos y capacidad profesional más elevados que los de ellos. Deben trabajar con capacidad profesional y no con autoridad.

Solamente los cuadros dotados de muchos conocimientos políticos y cualidades artísticas profesionales pueden comprender correctamente las exigencias políticas del Partido sobre la labor literaria, conducir correctamente y prestar servicios reales a los escritores en la materialización de esas exigencias, y así ganarse el respeto y cariño de ellos.

Para intensificar la dirección partidista sobre la labor literaria, es indispensable elevar la función y el papel de las organizaciones partidistas en ese sector artístico.

La política y la orientación de nuestro Partido respecto al arte y la literatura se transmiten a los escritores y se materializan también a través de las citadas organizaciones. Además, tanto la vida organizativo-ideológica de todos los escritores como sus actividades creadoras se llevan a cabo bajo la concreta dirección de sus respectivas células y organizaciones de base del Partido. Debemos consolidar las organizaciones partidistas en el sector literario y elevar resueltamente su función y papel combativo, para así materializar cabalmente la política del Partido en todos los campos de la creación literaria. Las organizaciones partidistas contribuirán a que los escritores defiendan y hagan valer los méritos realizados por el Partido en su dirección sobre la labor literaria, así como intensifiquen su vida organizativo-ideológica y el estudio para obtener mayores avances en su actividad creadora.

2) DINAMIZAR EL MOVIMIENTO LITERARIO

En la edificación de la literatura socialista resulta importante dinamizar ese movimiento.

Dinamizar el movimiento literario es una necesidad consustancial a la literatura socialista. Esta se edifica por la fuerza organizada y colectiva de las masas y se pone al servicio de los intereses comunes de ellas y de la sociedad bajo la dirección del Partido. Para el escritor la actividad creadora no es una simple profesión, sino un quehacer revolucionario. En la sociedad capitalista cada una de las obras se convierte en mercancía, en un medio de ganancia. En ella los escritores no se liberan de su condición de productores que obtienen ganancias con sus mercancías y no pocos de ellos se dedican a la labor creadora por intereses personales y por lograr fama, más que por el bien de la sociedad y el pueblo. Pero en la sociedad socialista las obras literarias no se transforman jamás en mercancías como tampoco puede haber escritores que persigan su propia fama. Nuestros escritores son revolucionarios, antes que ser como tales, y para ellos la creación literaria constituye una actividad socio-política, una actividad revolucionaria. Por su carácter social, la literatura socialista no debe optar por la vía del profesionalismo basado en el individualismo, sino por la del movimiento masivo basado en el colectivismo, movimiento literario.

Es necesario dinamizar este movimiento también para satisfacer las exigencias de la realidad en constante desarrollo. La labor literaria ha de ser una cadena de intensas faenas encaminadas a asimilar sensiblemente las exigencias de la realidad que cambia sin cesar y materializarlas con gran agilidad. Para ello es preciso dinamizar el movimiento literario y así agrupar a todos los escritores en una fuerza organizada y despertar un gran interés entre las amplias masas por el desarrollo literario. Con la movilización de todo el colectivo creador y la activa participación de las amplias

masas, se puede conquistar cualquier meta en la labor creativa literaria.

Asumimos la importante responsabilidad de renovar ininterrumpidamente la creación literaria conforme a las exigencias de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche. No podemos cumplir esa tarea con esquemas y métodos manidos. La historia literaria de la humanidad muestra que en los momentos transitorios en que las tendencias progresistas de la nueva era reemplazaban a las viejas de la etapa anterior sucedieron los movimientos que reflejan las nuevas corrientes ideológicas. Con vistas a eliminar todos los residuos de la vieja y anacrónica literatura que han subsistido por largos años, y construir cuanto antes la literatura revolucionaria jucheana, debemos avivar más el fuego del movimiento literario.

Tenemos suficientes condiciones y posibilidades para vigorizar este movimiento. Hoy contamos con la sabia dirección del Partido y del Líder, así como con ideas y teorías originales sobre el arte y la literatura. Se han formado sólidamente las filas de los escritores infinitamente fieles al Partido y el Líder, y las masas también se muestran muy entusiastas por la labor literaria. Con una buena organización, podemos promover enérgicamente el movimiento literario.

El movimiento literario es una digna labor que convoca a los escritores a participar activamente en la vida socio-política y la actividad creadora, para elevar considerablemente la función social y el papel de la literatura. Nuestra literatura no debe reflejar solamente la realidad, sino además ser orientadora de la vida y corneta de la revolución que les sirva de guía a las masas. Nos corresponde dinamizar el movimiento literario de manera que a lo largo y ancho del país resuenen las voces de los escritores que estimulan la lucha revolucionaria del pueblo y que las obras enardeczan como una llama el corazón de miles de hombres.

El movimiento literario es una labor revolucionaria destinada a engendrar innovaciones sin precedentes en la literatura mediante la

organización de las actividades creadoras de los escritores y la promoción del colectivismo. Si esta labor se efectúa de modo disperso con el pretexto de que cada escritor trabaja con personalidad distinta, no se pueden producir nuevos cambios en ella. El movimiento literario es una labor que encamina hacia un claro rumbo y meta a todas las fuerzas creadoras, y es una operación y acción conjuntas para resolver todos los problemas de la construcción literaria por el esfuerzo colegiado de los escritores.

El movimiento literario es una labor encaminada a despertar el interés de toda la sociedad por este arte y convertirlo en una propiedad de las masas.

Nuestro movimiento literario es movimiento a nuestro estilo de carácter original, pues ha surgido como un nuevo desarrollo sobre la base de un balance de los éxitos y experiencias del anterior movimiento literario socialista. Sus características fundamentales consisten en que tiene como única guía directriz la gran idea Juche y su encarnación, las ideas artístico-literarias, y se desarrolla con el claro objetivo de edificar una nueva literatura revolucionaria de tipo jucheano.

No puede haber un movimiento literario al margen de su ideal directriz. Todos los movimientos que ha conocido la humanidad han sido promovidos a partir de una determinada idea o ideal y se han librado como lucha para materializarlo. La idea o el ideal directriz es la guía que define el carácter y el propósito del movimiento literario, y el primer patrón con que se miden su carácter progresista y su importancia histórica. El movimiento social se organiza cuando surge la necesidad de realizar a un ritmo acelerado alguna aspiración y exigencia de la sociedad o un colectivo. De la misma manera, el movimiento literario tiene un ideal u objetivo de lucha común que una sociedad o colectivo quiere lograr a través de él. Según el nivel del objetivo de lucha se determina el del movimiento literario. Nuestro movimiento ocupa la fase más alta en toda la historia literaria porque se ha propuesto edificar, bajo la bandera de la idea Juche, una literatura que encarne con mayor perfección las

exigencias y las aspiraciones de la era de la independencia.

Nuestro movimiento literario no es nada reciente. El gran Líder, llevando adelante la tradición artístico-literaria de carácter revolucionario implantada durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, planteó una línea original de edificación de la cultura nacional inmediatamente después de liberado el país y desde entonces ha conducido vigorosamente nuestro propio movimiento. Bajo su dirección y la del Partido, este movimiento ha alcanzado un desarrollo dinámico conforme a las exigencias del Juche y en ese proceso ha creado muchas grandes proezas que asombran al mundo. Brillantes huellas ha dejado sobremanera en la época de gran prosperidad del arte jucheano en que se produjo una dinámica revolución en el cine, la ópera y el teatro.

Los dirigentes del sector literario y los escritores deben participar activamente en este movimiento, con un correcto criterio y actitud con respecto a él. Si lo organizamos y lo impulsamos enérgicamente según las exigencias de la realidad, podremos acoger una nueva era dorada como en los años 70. El movimiento literario requiere algo más que meras palabras. Ha de efectuarse sustancialmente con un fin bien definido sobre la base de un proyecto concreto y un rumbo correcto, así como hacer balances exhaustivos. Los dirigentes del sector literario y los escritores tomarán una firme determinación y adoptarán medidas decisivas para vigorizar aún más nuestro movimiento literario.

El movimiento literario debe ser realizado enteramente bajo la dirección del Partido.

Al margen de esta, no podemos desarrollar la literatura en correspondencia con las exigencias del desarrollo de la época y la revolución ni prevenir la penetración de todas las ideologías extrañas como la burguesa y la revisionista. Al sector literario le toca consolidar como nunca antes el sistema de dirección única del Partido y establecer una rigurosa disciplina de solucionar todos los problemas relacionados con el movimiento literario de acuerdo con las orientaciones de este. Los comités del Partido en las instituciones

de creación impulsarán con responsabilidad el movimiento literario en sus respectivas unidades.

En el movimiento literario resulta importante lograr la unidad del Partido, los órganos administrativos del arte y la literatura y la Federación General de Escritores y Artistas (FGEA).

Para lograr éxitos en el movimiento, es preciso que la citada Federación y los órganos administrativos como el Ministerio de Cultura y Arte, unidos estrechamente bajo la dirección del Partido, preparen a los escritores desde el punto de vista ideológico y estético, los impulsen con fuerza a la creación, les creen óptimas condiciones de trabajo y movilicen al máximo su fervor revolucionario y su creatividad.

Para lograr la unidad de las tres entidades ya mencionadas en la labor literaria es importante elevar el papel de la FGEA y la Unión de Escritores. El movimiento literario es de carácter social, por consiguiente, si se promueve por la iniciativa de dichas organizaciones bajo la dirección del Partido, puede convertirse en una labor de los mismos escritores y llevarse a feliz término bajo la atención de su colectivo. A la FGEA y la Unión de Escritores les corresponde esmerarse en la educación de sus miembros y la dirección y ayuda en su creación literaria. Deben divulgarles regularmente los lineamientos y las orientaciones del Partido para el arte y la literatura, prepararlos desde el punto de vista ideológico y estético, orientarlos e incitarlos a que dinamicen su creación de acuerdo con esas orientaciones, así como discutir y determinar el rumbo de creación perspectiva, de temas para cada etapa y de redacción de sus órganos a partir de dichos lineamientos y orientaciones del Partido. También deben organizar periódicamente las reuniones de estudio de las ideas del gran Líder sobre el arte y la literatura, cursillos de los escritores y el seminario por departamentos, para así debatir con seriedad los grandes problemas ideológico-estéticos que se presentan en la creación, revisar a tiempo y correctamente los éxitos y los errores revelados en este proceso, y promover las polémicas. Es recomendable organizar con

responsabilidad la evaluación de las obras de modo que estas sean valoradas justamente conforme a las exigencias de la política del Partido.

En el sector literario no se debe realizar la dirección sobre la creación por el método administrativo y profesional. Con este método no es posible dirigir correctamente la labor literaria. Es, además, el factor principal que engendra el burocratismo y el subjetivismo, y un obstáculo que frena el movimiento literario.

Hay que educar política e ideológicamente a los escritores y las masas para convocarlos al movimiento literario.

Debemos divulgar ampliamente la política artístico-literaria del Partido entre los escritores y las masas y llamarlos a participar como un solo hombre en su materialización. En particular, debemos conducir por un buen camino a los escritores de manera que ellos adquieran conocimientos globales y profundos sobre las ideas y las teorías del gran Líder y el Partido con respecto al arte y literatura jucheanos, y establezcan con firmeza el Juche en la edificación literaria. Al mismo tiempo, es preciso desatar una intensa lucha ideológica para erradicar todo tipo de remanentes ideológicos negativos que obstaculizan la labor literaria, entre ellos la pasividad, el conservadurismo, la manía por la notoriedad, el individualismo, el servilismo a las grandes potencias y el revisionismo.

Hay que avivar el interés de los escritores por la creación y realizar bien la labor para poner en pleno juego su talento colectivo. Para estimular el interés de los escritores por la creación es necesario hacer que sus obras se publiquen cuanto antes, premiar los libros de excelente calidad y sacar a la luz pública las colecciones de autores individuales. Asimismo, se deben organizar las labores destinadas a difundir las obras o las actividades creadoras de un escritor. Si se realiza este trabajo de acuerdo con las exigencias de la política del Partido, será posible estimular el entusiasmo del creador y dinamizar aún más el movimiento literario.

Es necesario organizar minuciosamente la labor para vigorizar el movimiento literario.

El sector literario debe tenerlo todo bien preparado, trazar un plan movilizador y, una vez definido el objetivo, luchar con celo y audacia hasta alcanzarlo. En el movimiento literario debemos organizar detalladamente la labor encaminada a crear y generalizar los ejemplos positivos.

Es necesario establecer un ordenado sistema de trabajo para el movimiento literario y preparar bien las condiciones necesarias.

Los éxitos del movimiento literario han de expresarse en las obras. Poco importan los discursos altisonantes. Lo que realmente nos interesa es incrementar el número de obras maestras. El balance de cada fase del movimiento literario se realizará fundamentalmente con la calidad y la cantidad de las obras producidas, y los autores de buenas obras serán exaltados como vanguardias del movimiento.

El crítico debe jugar un rol importante en el movimiento literario. Sus vigorosas actividades le dan vida y ánimo al conjunto del movimiento. Como orientador de este, el crítico se situará al frente de la lucha para abrir una época de gran prosperidad de la literatura jucheana.

No se debe realizar el movimiento literario como una actividad intensa de poca duración. Por el momento debemos luchar enérgicamente para hacer una época de gran prosperidad de la literatura jucheana, y en lo adelante seguir intensificando el movimiento y así mantener nuestra literatura en un auge permanente.

3) HAY QUE HACER DE LA LITERATURA UNA OBRA DE LAS MASAS

Hacer de la literatura una obra de las masas es la garantía fundamental para lograr éxitos en su movimiento y para imprimirle un carácter revolucionario y popular en concordancia con las exigencias de la era Juche. Solo de esa manera, podemos dinamizar el movimiento literario sobre la base de las masas y desarrollar nuestra literatura conforme con las exigencias y las aspiraciones del pueblo.

Incluir a las masas en la literatura es una orientación invariable de nuestro Partido. Significa promover la participación de las amplias masas en la creación literaria y lograr el pleno disfrute de la literatura por todos los miembros de la sociedad. Es una labor destinada a convertir a las masas populares en verdaderas creadoras y beneficiarias de la literatura.

La participación de las masas en la literatura es un requisito importante para la edificación y el movimiento literarios. El éxito de todas las labores depende de cómo se moviliza a las masas populares, dotadas de inagotable inteligencia y pasión creativa. Al apoyarse en ellas y promover su talento y entusiasmo, podemos impulsar la edificación de la literatura y promover su movimiento a tono con las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo. La fuerza motriz del desarrollo literario son las masas populares.

La literatura tiene como su objeto a las masas populares y representa su vida. Estas experimentan más profundo que nadie la vida que crean y disfrutan y comprenden mejor que nadie el ideal estético a que aspiran. No puede haber desarrollo en la literatura si esta no se relaciona estrechamente con las masas populares, creadoras directas de la vida descrita en las obras y críticos más justos y sabios de estas. Las masas populares deben ser necesariamente verdaderas dueñas y beneficiarias de la literatura, así como desempeñar el papel protagónico en esa actividad creadora que refleja la vida que ellas mismas experimentan, conforme a sus ideales.

La participación de las masas en la literatura es un requisito importante para transformar a toda la sociedad según la idea Juche. Para lograr este objetivo es perentorio convertir a todos los miembros de la sociedad en comunistas de tipo jucheano. Nos referimos a los seres de nuevo tipo desarrollados integralmente en todos los aspectos: ideológico, tecnológico y cultural. En la sociedad comunista, supremo ideal de la humanidad, el hombre llega a la fase suprema del desarrollo intelectual y todos disfrutan de una vida culta y abundante. Para alcanzar un nivel que se corresponda a las

exigencias de tal sociedad ideal, todos debemos seguir cultivándonos desde el punto de vista ideológico, tecnológico, cultural y estético.

Para lograr la participación de las masas en la literatura, es preciso perfeccionar la divulgación de las obras literarias.

Divulgar las obras entre las amplias masas es un proceso importante para hacer de la literatura una obra de estas. Solo de esta manera, podemos preparar a los hombres como excelentes comunistas dotados de un sólido concepto revolucionario del mundo, ricos conocimientos culturales y nobles cualidades morales, e incitarlos a participar activamente en la labor literaria.

Para optimizar la divulgación de las obras literarias, es necesario elevar la responsabilidad y el papel de los encargados de la edición y divulgación de las publicaciones. Los que se dedican a la edición de esas obras, mejorarán la calidad de los libros, revistas y periódicos literarios e incrementarán la variedad y el número de ejemplares de las publicaciones. Por su parte, los que se encargan de la divulgación de las obras literarias trazarán un correcto proyecto de trabajo que responda a la orientación y las exigencias de la labor ideológica que el Partido plantea en cada etapa, lo cumplirán a tiempo y sin falta, y emplearán distintas formas y maneras en la propaganda y explicación sobre el contenido de las obras literarias.

Es importante lograr que el pueblo, especialmente los niños y jóvenes, hagan de la lectura de las obras literarias parte de su vida y costumbre. Para el revolucionario la obra literaria es la guía de la vida y la lucha y un importante sustento para su formación espiritual. Debemos leer las obras no como un pasatiempo sino como un deber revolucionario que nos ayuda a cultivarnos.

Para establecer el ambiente de la lectura debe haber muchas novelas y poemarios. Lo que se necesita para crear tal ambiente no son discursos, sino tomar medidas reales para aumentar la variedad de los libros e incrementar su tirada.

Es necesario organizar de modo sustancial los debates sobre lo aprendido en las obras literarias. Estos influyen poderosamente en los trabajadores, los niños y jóvenes para que lleven a la práctica la

verdad de la lucha y la vida que han aprendido de las obras. Podemos utilizar distintas formas y métodos eficientes, entre ellos la exposición de opiniones sobre la determinada novela, la recitación de poemas y la “noche literaria”, los cuales llevarán las obras a surtir efecto.

Es preciso vigorizar la creación literaria entre las masas.

Con las obras creadas por los profesionales, no podemos satisfacer la demanda del pueblo por la literatura. El hombre exige diversos géneros literarios y no sólo disfruta de las obras sino también tiene aspiración a participar en su creación. Todos deben ser ávidos lectores y saber escribir.

Los corresponsales voluntarios son vanguardistas en la incorporación de las amplias masas en la literatura y dignos relevos de los escritores. Para propiciar un nuevo auge en la creación literaria por las masas es esencial promover las actividades de los círculos de los aficionados a la literatura y enardecer al máximo el fervor creador de los corresponsales voluntarios. Estos últimos son los protagonistas de la vida que crean directamente la palpitante realidad de hoy y constituyen una nueva fuerza creadora que aún no está influenciada por las viejas tendencias literarias. Ellos son capaces de reflejar la vida con gran sencillez y autenticidad como nadie, puede hacerlo, y pueden abordar con valor lo nuevo jamás concebido por nadie. Desde luego, tienen poca experiencia y débiles técnicas artísticas, así como no disponen de suficiente tiempo para dedicarse a la creación porque deben ocuparse de su oficio principal. Pero la llave del éxito en la creación está en la idea y la pasión. Los corresponsales voluntarios, siguiendo el ejemplo de los exguerrilleros que crearon obras revolucionarias y combativas a pesar de que tenían que combatir al imperialismo japonés, deben crear más obras excelentes desde el punto de vista ideológico y artístico ahorrando cada minuto y segundo y manifestando un inquebrantable espíritu revolucionario y una gran pasión. Los cuadros responsables de las instituciones, las empresas y las granjas cooperativas deben tener una correcta concepción acerca de las

actividades de los círculos literarios de masas, facilitarán su continuo funcionamiento y garantizarán a los correspondientes voluntarios óptimas condiciones para crear y debatir.

Es preciso fomentar la composición literaria entre los estudiantes. Si ellos redactan mucho en la primaria y la secundaria integral, adquieren la capacidad de expresar por escrito sus pensamientos y la habilidad literaria, así como pueden desarrollar la literatura infantil. Es necesario que la redacción literaria se convierta en un movimiento masivo y cotidiano en todas las escuelas secundarias integrales del país.

Hay que normalizar los concursos literarios y elevar decisivamente su nivel. Se trata de un método idóneo para despertar el interés de las amplias masas por la creación, así como descubrir y cultivar entre estas los valiosos brotes de la creación literaria. Debemos organizar periódicamente los concursos con motivo de fiestas importantes, tales como el natalicio del gran Líder y el de la fundación del Partido. Nos corresponde esmerarnos en la premiación de las obras seleccionadas en esos concursos y tratar bien las que no han sido seleccionadas. En cuanto a estas últimas, no se debe apartarlas, sino prestar ayuda a sus autores, siempre que tengan alguna esperanza, para que sigan perfeccionándolas hasta que puedan salir a la luz pública.

Es insoslayable mejorar e intensificar la dirección sobre la creación literaria masiva. No debemos encargar esta tarea a un reducido número de funcionarios sino convertirla en una labor de la Unión de Escritores y de todos sus miembros. Los corresponsales voluntarios están a cargo de los escritores, por lo que estos deben dirigir eficientemente la creación literaria de aquellos, aunque estén muy ocupados por sus tareas. Por ayudarles jamás escribirán obras en sustitución de ellos. Deben ayudarlos de veras, de modo que puedan andar con sus propios pies.

La labor de incorporar a amplias masas en la literatura ha de aspirar a alcanzar el ambicioso objetivo de convertir el país en un país de artes.

Convertir el país en un país de artes significa convertir las actividades artístico-literarias en parte de la vida social y dotar a todos los miembros de la sociedad de elevados conocimientos culturales y cualidades artísticas tal y como exige la sociedad comunista. Si se logra ese objetivo, el arte y la literatura florecerán plenamente y todos serán sus auténticos creadores y beneficiarios.

4) EL ESCRITOR ES EL REVOLUCIONARIO QUE COMPARTE EL DESTINO CON EL PARTIDO

La literatura es un arma ideológica de nuestro Partido y el escritor es el vanguardia del frente ideológico de esta organización política. Nuestros escritores que defienden este frente deben seguir fielmente las ideas y la dirección del Partido en cualquier circunstancia. Y sus plumas han de resplandecer siempre, cual espadas de la revolución que lo defienden.

Gracias a la gran confianza política del gran Líder y el Partido, los escritores tienen una posición social muy elevada. Nuestro Partido, teniendo en cuenta la importancia y las características de las actividades creativas de los escritores, siempre los exalta en el ámbito social y les concede tratos privilegiados.

En nuestro país las actividades del escritor están estrechamente relacionadas con el cumplimiento de la causa del Líder y el Partido. El escritor es considerado un eterno acompañante, fiel ayudante y excelente consejero para la edificación y las actividades del Partido. Es, además, un defensor cabal y cumplidor activo de la línea del Partido para el arte y la literatura. Le corresponde cumplir con su sagrada misión, con el honor y orgullo de ocupar la más alta posición social, privilegio que no tuvo jamás en ninguna etapa histórica y en ninguna sociedad anterior.

El escritor debe ser el eterno acompañante del Partido.

Nos referimos al comunista de tipo Juche que deposita su destino enteramente en el Partido y lo comparte con él hasta el fin. El

escritor debe ser un eterno acompañante del Partido, dispuesto a compartir con este las ideas, la vida y el riesgo de la muerte en el largo y escabroso camino para culminar la causa revolucionaria del Juche. Cuando sea tal acompañante y no un compañero temporal de la revolución, puede llevar una valiosa y digna vida. El escritor debe ser un hombre verdaderamente fiel que confía y sigue solamente al Partido, no importa de qué lado sople el viento. Para corresponder a la confianza y esperanza del Partido y el Líder, ha de seguirles con una fidelidad invariable, aunque se le venga encima el cielo y se le hunda la tierra, y consagrar la vida y la juventud en ese camino.

El escritor debe ser un fiel ayudante del Partido.

Se trata de un colaborador fidedigno quien cree de todo corazón en la justeza y la vitalidad de los propósitos, las ideas, las líneas y las políticas del Partido, lo apoya y defiende cabalmente, y apoya su causa con los éxitos prácticos. El escritor debe ser un ayudante fiel del Partido que coadyuva la causa de este con su talento e inteligencia. Debe confiar absolutamente en las ideas y las líneas del Partido y materializarlas consecuentemente. Entregará su cuerpo en aras del Partido y en la creación de cada obra reafirmará su disposición a apoyar y materializar consecuentemente sus ideas. En cualquier lugar y momento debe pensar primero en las ideas y los propósitos del Partido. Lo que desea y se propone el Partido es lo que exigen la época y la revolución, y aspira el pueblo, y cuya solución espera ansiosamente la realidad. Al escritor le toca captar a tiempo lo que el Partido quiere solucionar. Y si con ese tema escribe una obra de alto valor ideológico y artístico, esto significa defender al Partido y ayudarlo. El escritor siempre debe realizar la labor literaria, tomando como semilla el asunto que el Partido desea resolver con urgencia. De esta manera puede exhibir su honor y cumplir su deber específico como fiel ayudante y confiable colaborador del Partido.

El escritor debe ser un excelente consejero del Partido.

Se trata de un pensador apasionado, de un ayudante activo, quien, firmemente convencido de la justeza de la causa del Partido y la victoria de la revolución, estudia y plantea las vías y las propuestas

constructivas para solucionar los problemas que se presentan en las actividades del Partido y la práctica de la revolución. El escritor debe poseer elevada visión política y ricos conocimientos, y pensar siempre a favor de la prosperidad de la Patria socialista y la culminación de la causa revolucionaria del Juche, así como plantear a tiempo las propuestas constructivas. Esto significa que en sus obras ha de presentar tales personas como protagonistas de la época, como prototipo del hombre de tipo jucheano. A través de las obras creadas por los escritores, el Partido puede conocer mejor la realidad e identificar los problemas pendientes y las vías para solucionarlos.

Para escribir obras excelentes que pueden servir de consejo al Partido, el escritor debe ser más sensible que nadie a las ideas y los propósitos del Partido y tener una amplia visión que le permite observar el conjunto de la revolución y construcción. Sólo el que sea sensible a las ideas y propósitos del Partido, puede escoger una semilla problemática destinada a materializar cabalmente su línea y política, dar respuestas acertadas a las cuestiones, cuya solución exige el Partido y aspira el pueblo, y así hacer brillar su honor como excelente consejero del Partido que apoya su causa de todo corazón.

El escritor debe ser un defensor cabal y un cumplidor activo de la línea del Partido acerca del arte y la literatura.

Cuando hablamos del defensor cabal de la línea del Partido, nos referimos a un simpatizante y defensor quien, firmemente convencido de la justeza de las ideas y la política del Partido, las apoya decididamente y lucha con intransigencia contra la penetración de todas las corrientes artístico-literarias de carácter reaccionario. La idea y la política del Partido son guías directrices únicamente correctas de nuestro arte y literatura que reflejan la verdad de la idea Juche y las exigencias del desarrollo de la realidad. Al realizar las actividades literarias apoyándonos firmemente en la línea del Partido respecto al arte y literatura, podemos escribir excelentes obras que respondan a las aspiraciones de la época y las masas populares, y desarrollar de forma sana el arte y la literatura. Contar con la guía más científica que ilumina claramente el camino a seguir por el arte y

la literatura constituye el máximo orgullo y felicidad de nuestros escritores. A estos les corresponde aceptar esa línea del Partido como la únicamente justa y dominarla a la perfección. Les toca también luchar con intransigencia contra los grandes y pequeños fenómenos que calumnian la línea y la política artístico-literarias del Partido y que intentan introducir en esta esfera ideas y corrientes de la burguesía reaccionaria.

El activo cumplidor de la línea del Partido respecto al arte y literatura significa aquel que materializa sin falta e incondicionalmente la línea y la orientación de esta organización política. Aunque esta presente políticas muy justas y sabias, si no la llevan a la práctica los escritores, no servirían para nada. Cumplir incondicionalmente la política del Partido es una de las cualidades esenciales de quien le es infinitamente fiel. El escritor debe mantener siempre esta actitud, apoyar la orientación y la línea del Partido, y materializarlas sin ninguna queja en sus labores creativas.

Cuando el escritor cumple con su sagrada misión específica como eterno acompañante, fiel ayudante y excelente consejero para la construcción y las actividades del Partido, y como defensor cabal y ejecutor activo de su línea para el arte y la literatura, puede ser denominado como un verdadero soldado revolucionario de tipo jucheano de la esfera artístico-literaria que comparte su destino con el Partido.

Para serlo, los escritores deben prepararse sólidamente en el aspecto político e ideológico.

Tienen que esforzarse como nadie para establecer el concepto revolucionario del Líder. El Partido de la clase obrera le pertenece a su Líder, y la fidelidad al Partido se manifiesta concretamente en la lealtad a su Líder. Es necesario llevar a cabo una eficiente labor encaminada a divulgar entre los escritores la grandeza del Líder, fundador y guía del Partido, de manera que ellos, siempre muy conscientes de ella, apoyen y cumplan sinceramente la causa de esta organización.

El escritor debe prepararse para poder valorar al hombre y la vida

a partir de un concepto y una posición autóctonos. Quien se nutre de ricos elementos ideológicos y espirituales y sobre esta base se compenetra con la realidad para escribir y hablar a tono con las ideas y los sentimientos de las masas populares, puede crear oportunamente obras que reclaman con apremio el Partido y la revolución.

Es necesario promover entre los escritores una pujante lucha para erradicar las viejas ideologías. El escritor tiene muchas oportunidades de conocer las viejas ideologías y culturas, pero por otra parte, por dedicarse a un trabajo intelectual, tiene pocas oportunidades de forjarse en la realidad y de laborar en un colectivo. De ahí que él sea más propenso a las influencias de las viejas ideologías. Los remanentes ideológicos que perviven en su mente pueden servir de vehículos para la penetración de ideas y culturas burguesas y de corrientes revisionistas. El escritor debe superar todas las viejas ideologías como la burguesa, la revisionista y la confucionista feudal, y pertrecharse firmemente con la doctrina Juche, idea revolucionaria de nuestro Partido.

Para ser auténticos soldados del arte y literatura que comparten el destino con el Partido, los escritores deben estar preparados sólidamente en lo técnico y profesional. Sin la capacidad ni talento literario no pueden brindarle ayuda al Partido ni cumplir cabalmente su línea pertinente. Si tienen alta capacidad literaria pueden registrar continuos avances y renovaciones en la creación. Esa capacidad decide también en gran medida si crean o no obras maestras. Los que describen la vida a su antojo como los escritores burgueses pueden crear obras sin dedicar grandes esfuerzos. Pero, para crear obras excelentes que combinan el valor ideológico con el artístico, a tenor con la exigencia y propósito del Partido, hay que tener alta capacidad profesional. El escritor debe estudiar y experimentar la vida más que nadie. Solo así puede ser bien conocedor de la vida y creador talentoso.

Conscientes de su sagrada misión como verdaderos soldados revolucionarios del arte y literatura de tipo jucheano que comparten

el destino con el Partido, los escritores crearán muchas obras excelentes con alto valor ideológico y artístico y de diferentes temas y géneros. Únicamente de esta manera, pueden corresponder a la confianza y esperanza del Partido.

La teoría literaria jucheana se ha creado y perfeccionado en medio de una dura y compleja lucha encaminada a edificar bajo la dirección del Partido una auténtica literatura del Juche, o sea, la literatura comunista de carácter muy elevado a la que aspira la humanidad. Solamente cuando esta teoría se materialice cabalmente en la práctica, la literatura de la era independiente puede adquirir un carácter verdaderamente revolucionario y popular, de acuerdo con las exigencias de la época y las aspiraciones del pueblo.

La creación literaria es una labor que requiere de una profunda idea y gran pasión. Sólo el que tenga un correcto concepto del mundo, gran entusiasmo creativo y elevadas cualidades artísticas y hace profunda reflexión filosófica, es capaz de crear obras excelentes que serán apreciadas por el pueblo y reconocidas por la historia.

La teoría jucheana sobre la literatura es la guía para la creación y la edificación literaria en la era independiente y el patrón para la valoración de las obras. Ayuda al escritor a comprender mejor al hombre y el profundo mundo de la vida, a reflexionar y a arder de pasión para buscar la verdad de la existencia y dilucidar en un alto nivel el valor del ser humano. Los escritores deben estudiar a fondo esta teoría y materializarla cabalmente en la práctica creativa. De esta forma deben convertir nuestra literatura en un arma de la lucha para contribuir activamente a la transformación de toda la sociedad según la idea Juche y la realización de la independencia en todo el mundo.